
LA FAMILIA ROSETTI
BLOOD
memory
PIA SINCLAIR

BLOOD MEMORY

PIA SINCLAIR

© 2025 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Sofia
2. 2 - Alexei
3. 3 - Sofia
4. 4 - Sofia
5. 5 - Alexei
6. 6 - Sofia
7. 7 - Alexei
8. 8 - Sofia
9. 9 - Alexei
10. 10 - Sofia
11. 11 - Alexei
12. 12 - Alexei
13. 13 - Sofia
14. 14 - Sofia
15. 15 - Sofia
16. 16 - Sofia
17. 17 - Alexei
18. 18 - Sofia
19. 19 - Alexei
20. 20 - Sofia
21. 21 - Alexei
22. 22 - Sofia
23. 23 - Sofia
24. 24 - Sofia
25. 25 - Alexei
26. 26 - Sofia
27. 27 - Sofia
28. 28 - Alexei
29. 29 - Sofia
30. 30 - Alexei
31. 31 - Sofia
32. 32 - Sofia

33. 33 - Epílogo: Nico

1 - Sofia

La clutch de Chanel pesa exactamente tres onzas más de lo que debería, y me encanta.

De pie, sola, en los escalones del Museo, acomodo por última vez la seda color crema de mi vestido Valentino. El aire de la tarde de agosto sabe a lluvia que se avecina, trayendo consigo el lejano sonido de risas burbujeantes desde el interior, donde la élite de Chicago sigue su farsa de caridad sin mí. Han pasado tres semanas desde que Emma recibió una bala destinada a Alessandro. Tres semanas planeando mientras ella sanaba, mientras yo perfeccionaba este momento.

Mi chofer esperó exactamente el tiempo que le indiqué—diez minutos después de que lo despedí con una sonrisa y la seguridad de que me iría con mis hermanos.

Mis hermanos, que se fueron hace una hora.

La hoja oculta en el forro de mi clutch presiona mi palma, un consuelo más íntimo que cualquier caricia de amante. Las ganzúas electrónicas reposan junto a ella, herramientas de un oficio que mi familia no sabe que he perfeccionado. En la familia Rosetti, todos guardamos nuestros secretos cerca y nuestras armas aún más cerca.

Desciendo dos escalones, mis tacones resonando contra el mármol con un ritmo deliberado. La seda de mi vestido susurra sobre mi piel con cada movimiento, un contrapunto sensual a las armas ocultas debajo. El sonido se amplifica en la plaza vacía, campana de cena para los depredadores que sé que están vigilando. Tres semanas dejando brechas estratégicas en mi seguridad. Tres semanas de misteriosos dolores de cabeza que me hacían salir a buscar aire justo en los peores momentos. Tres semanas desempeñando el papel de la presa perfecta y vulnerable.

Todo llevando a este momento, sola en un vestido de diseñador, prácticamente envuelta para regalo, lista para ser tomada.

Mi pulso se mantiene firme en sesenta y cuatro latidos por minuto. Me preparé para esto. No para el secuestro en sí—eso es sólo

teatro. Me preparé para lo que viene después. Para entrar en la guarida del hombre que quiere verme muerta y descubrir por qué sueño con el nombre de su hermano. Los fragmentos de esas pesadillas arañan los bordes de mi conciencia—¿por qué conozco canciones de cuna en ruso? ¿Por qué esto se siente como regresar a casa?

El viento cambia, trayendo consigo el aroma de un perfume caro.

Ya llegaron.

Tres sombras emergen detrás de las columnas ornamentadas del museo, moviéndose con una precisión fluida. No corren, ni gritan, ni esgrimen armas. Simplemente aparecen, bloqueando mis rutas de escape con una economía de movimientos que sería hermosa si no buscara intimidar.

—Señorita Rosetti —la voz del hombre al frente lleva un ligero acento ruso, sutil pero presente—. El señor Volkov solicita su compañía.

Aprieto la mano sobre mi clutch—no lo suficiente para intentar sacar la hoja, sólo para fingir el miedo que debería sentir—. —No creo que nos hayan presentado formalmente.

—No —responde. Da un paso más cerca, y mi ojo entrenado capta el inconfundible bulto de su funda bajo el hombro, pero es la torpeza elegante de sus movimientos lo que llama mi atención. Una vieja herida en su pierna derecha, probablemente—. Pero el señor Volkov ha querido conocerla desde hace tiempo.

Mi pulso constante no revela la satisfacción que recorre mi cuerpo. Por fin. Después de semanas de planeación cuidadosa, la trampa que preparé para mí se está cerrando.

—¿Y si rechazo su solicitud?

La sonrisa del hombre es casi apenada. —Entonces tendríamos que insistir.

Observo a los tres, analizando posiciones, calculando ángulos de ataque que no tengo intención de usar. La SUV negra espera en la acera, su puerta ya abierta como una boca lista para devorarme entera.

—Bueno —digo, dejando que un leve temblor se filtre en mi voz, sólo a medias fingido—, dicho así…

Camino hacia el auto con la barbilla en alto, cada centímetro la princesa Rosetti demasiado orgullosa para dejarse arrastrar. Los hombres se forman a mi alrededor, lo bastante cerca para atraparme

si intento huir, pero separados lo suficiente como para que no pudiera con los tres aunque lo intentara.

Lo cual no haré. Porque esto es exactamente lo que buscaba.

—Puedes subir sola, o Boris puede ayudarte —el soldado principal indica la puerta abierta—. Al señor Volkov le gusta el cumplimiento voluntario, pero aceptará otros métodos.

Antes de que pueda responder, otra voz corta el aire nocturno. Suave, medida, y de algún modo más peligrosa que cualquier grito.

—Eso no será necesario.

Alexei Volkov sale de detrás de la SUV como si hubiera estado allí todo el tiempo, y mi fachada cuidadosamente mantenida se resquebraja apenas un poco. Sus ojos claros captan la luz moribunda de la tarde, tornándose del color del hielo invernal. Es exactamente como lo recuerdo desde la última vez que lo vi, de pie en mi propio comedor, amenazando a mi familia. Por mi culpa. Alto, delgado, moviéndose con la gracia contenida de un depredador que nunca ha necesitado apresurarse porque su presa nunca escapa.

—Sofiya Rozetti —dice en ruso—София Розетти—, y escuchar mi nombre en ese idioma, dicho por sus labios, me provoca un escalofrío inesperado. —Printsessa.

Princesa. La palabra debería sonar a burla, pero hay algo más en ella. Algo que me oprime el pecho.

Él me rodea lentamente, lo suficientemente cerca como para que perciba su perfume—oscuro, con notas de ámbar y humo. Cuando pasa detrás de mí, su aliento roza el vello de mi nuca, y odio que mi cuerpo lo reconozca—alguna memoria celular anterior al pensamiento consciente. Mi cuerpo traidor responde a su cercanía—mi pulso se dispara a pesar de mi control, la piel se calienta bajo la tela.

—Sabes —dice con aire casual, todavía rodeándome—, esperaba más miedo. Lágrimas, quizás. Por lo menos algo más que esta… calma.

—¿Las lágrimas cambiarían algo?

—No. —Se detiene justo frente a mí, lo bastante cerca para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás y mirarlo a los ojos—. Pero serían normales. Y usted, señorita Rosetti, está comportándose de manera decididamente anormal.

Lleva el dedo hacia arriba, sin llegar a tocar mi mejilla, trazando el aire justo al lado de mi rostro. El casi-rozar me sacude la piel con

electricidad. —La esposa falsa de tu hermano, Emma, gritó cuando le dispararon. Una reacción muy normal con una bala atravesando la carne. Pero tú... ni siquiera pestañeaste cuando mis hombres te rodearon.

El grito de Emma resuena en mi memoria—ese sonido que hizo cuando la bala le atravesó el hombro, la sangre extendiéndose por su vestido blanco como vino derramado. Mi culpa. Siempre mi culpa. La culpa me inunda, aguda y repentina, una compañera familiar en estas tres semanas pasadas.

—Emma sobrevivió —digo, con la voz más firme de lo que siento.

—Esta vez. —Sus ojos pálidos me estudian con una intensidad que casi me impulsa a retroceder. No lo hago—. Pero, ¿cuántos más sufrirán por tus pecados? ¿Cuánta sangre más debe correr antes de que la deuda quede saldada?

Sostengo su mirada directamente, dejándole ver algo real en mis ojos—no miedo, sino comprensión. —El pánico rara vez mejora una situación, señor Volkov.—

Algo se refleja en su rostro. ¿Sorpresa, tal vez, o respeto? —No,— asiente suavemente, —casi nunca lo hace.—

El momento se estira entre nosotros, cargado de algo que me niego a nombrar. Luego, él da un paso atrás y señala el auto con fingida galantería.

—¿Nos vamos, printsessa?—

Podría correr. Incluso ahora, incluso rodeada, probablemente podría regresar al museo antes de que me atraparan. Un solo grito bastaría para llamar a seguridad. Una llamada y mis hermanos estarían aquí en minutos, con suficiente poder de fuego para arrasar una manzana entera.

Pero no corro. No grito.

Elijo caminar hacia la SUV, cada paso deliberado y voluntario. El cuero cruje cuando me deslizo dentro. Debajo del olor a auto nuevo, percibo algo levemente metálico. No me permito pensarlo demasiado. Me acomodo como si estuviera entrando en una limusina tras una gala, y no en el vehículo de mi enemigo por decisión propia. La naturaleza voluntaria de mis movimientos claramente inquieta a los hombres de Alexei; veo cómo se intercambian miradas, la confusión marcada en la tensión de sus hombros.

Alexei entra tras de mí, sentándose tan cerca que nuestras rodillas casi se tocan. La puerta se cierra con un sonido que parece

definitivo, y el conductor se aleja de la acera.

Atravesamos las conocidas calles de Chicago, que se ven diferentes tras los vidrios polarizados—las relucientes vitrinas de la Avenida Michigan dan paso a territorios más oscuros. Conozco estos caminos. He matado en algunos de estos callejones, dejado cuerpos en los contenedores detrás de esos depósitos. Pero esta noche no soy la cazadora.

Esta noche elijo ser la presa.

—No eres lo que esperaba,— dice Alexei, su voz apenas un susurro.

Me giro para mirarlo, encontrando esos ojos pálidos ya fijos en mí. —¿Y qué esperabas?—

—Alguien más blanda. Más quebradiza.— Su mirada se desliza hacia mis manos, que siguen perfectamente apoyadas sobre mi cartera. —Alguien cuyo pulso estuviera desbocado.—

No puede sentir mi pulso desde ahí, pero de alguna manera sabe que está firme. Así como yo sé, de alguna forma, que no va a matarme. No todavía. Entre nosotros hay algo eléctrico e innombrable, que hace que esto se sienta más como un baile que como un secuestro.

Una sombra cruza su rostro—sorpresa, quizás, o el inicio de respeto. —Entrenamiento Rosetti,— murmura, casi para sí. —A sus mujeres las crían frías.

Que lo crea. Que piense que mi familia me hizo así, que estoy simplemente actuando mi papel de princesa intocable de la mafia. Es más fácil que la verdad.

—He conocido a tus hermanos,— continúa, todavía estudiándome. —Marco, que mata sin pestañear. Dante, que firma sentencias de muerte entre besos a su esposa. Esperaba que su hermana estuviera… protegida.—

—Que te cuiden no significa ser débil.—

—No,— concede, y ahora en su voz hay algo nuevo. Interés. —No lo significa.—

El silencio que sigue se siente menos como una amenaza y más como una evaluación. Lo he sorprendido, y está recalculando. Perfecto. Cuanto más subestime el verdadero motivo de mi presencia, más tiempo tendré para buscar mis respuestas.

Las puertas del complejo aparecen delante de nosotros, industriales e imponentes. A medida que nos acercamos, siento el

peso de mi elección posarse sobre mí. Una vez que esas puertas se cierren, no habrá marcha atrás. No habrá escape. No habrá rescate. Solo yo y los monstruos que he decidido enfrentar.

Las puertas se cierran detrás de nosotros con la precisión mecánica de una tumba sellándose, y a pesar de todo, me siento más viva de lo que me he sentido en años.

Alexei vuelve a estudiarme, esos ojos pálidos calculando algo que no logro descifrar. Los asientos de cuero crujen cuando se acomoda, orientando su cuerpo hacia mí de una forma que debería intimidarme, pero en cambio se siente como reconocimiento.

—La mayoría de las mujeres ya estarían negociando a estas alturas,— dice. —Suplicando. Ofreciendo algo a cambio de su libertad.—

—Yo no soy la mayoría de las mujeres.—

—No.— Su mirada recorre mi rostro como si intentara leer un idioma que casi reconoce. —No lo eres.—

El silencio se estira entre nosotros, cargado y peligroso. Siento que intenta descifrarme, encasillarme en una categoría que tenga sentido. Rehén valiente. Princesa rota. Alguien con deseos de morir. Lo dejo preguntarse.

—O eres muy tonta,— dice al fin.

Le sostengo la mirada. —Quizá solo estoy cansada de tener miedo.—

Algo cruza su rostro—no es exactamente fe, pero sí aceptación de una respuesta plausible. Se recuesta contra el cuero, pero noto cómo sus dedos tamborilean contra su muslo. Inquieto. Indeciso.

Bien. Que crea que soy imprudente. Que piense que la culpa por casi causar la muerte de Emma me dejó insensible. Que crea cualquier cosa menos la verdad.

Mis dedos encuentran el broche de mi cartera, notando las armas ocultas bajo el cuero de diseñador. Herramientas que probablemente no necesitaré, pero cuya presencia me da solidez. Igual que los recuerdos que atormentan mi sueño me anclan—fragmentos de nanas rusas, el sabor del té negro con mermelada, la risa de un niño resonando en salones de mármol.

Las pesadillas siempre terminan igual: con sangre y gritos y la voz de un niño llamando a su hermana. Pero quizá aquí, en este complejo que huele a peligro y a secretos, por fin descubra cómo comenzaron.

La SUV reduce la velocidad, y a través del parabrisas veo el edificio principal crecer ante mis ojos. Es una fortaleza disfrazada de mansión, con líneas limpias y cristales blindados.

—Todo el mundo quiere algo, señor Volkov,— digo, rompiendo el silencio. —Incluso los rehenes.—

—¿Y tú qué quieres, kotyonok?— El apodo se le escapa, y lo veo contenerse, la mandíbula tensándose casi imperceptiblemente.

La verdad arde en mi lengua: Quiero saber por qué sueño en ruso. Quiero saber por qué una pulsera de plata con medio corazón me hace llorar. Quiero saber por qué el nombre de tu hermano se siente como una oración y una maldición envueltas en una culpa que no puedo explicar.

En cambio, le doy otra verdad: —Quiero libertad.—

Su risa es suave, sin rastro de humor. —La libertad tiene su precio.—

—Todo lo tiene.—

La SUV se detiene, y sé que es el momento—mi última oportunidad para revelar esta trampa, para hacerle una señal a los hombres que seguramente mi familia tiene observando, para terminar esta farsa. El presente se siente más pesado de lo que debería, como dar un paso al borde de un precipicio sabiendo que no puedes volar.

Tomo el manillar de la puerta, saliendo al aire nocturno de Chicago que, de pronto, parece estar lleno de posibilidades en vez de peligro. El complejo se extiende ante mí, y en algún lugar dentro están las respuestas que llevo once años buscando.

Detrás de mí, escucho a Alexei salir del vehículo, sus pasos deliberados sobre la grava.

—Bienvenida a tu jaula, Sofiya Rozetti,— dice.

La forma en que dice jaula lo hace sonar más a una promesa que a una amenaza.

Pero las jaulas solo retienen lo que quiere escapar.

Y yo estoy exactamente donde quiero estar.

2 - Alexei

Sofia Rosetti no ha dicho una palabra desde que salimos del museo. Once años de planeación, y su silencio es la única variable que no tomé en cuenta.

Camina a mi lado entrando a mi casa, su vestido de seda color crema sigue impecable a pesar de las circunstancias. El viento de la tarde sopla y juega con el dobladillo de su vestido, subiéndolo apenas lo suficiente para dejar ver un destello de muslo. Aparto la mirada a la fuerza, odiando la reacción inmediata de mi cuerpo. Esto es por venganza, no por la forma en que la luz del verano hace que su piel brille como porcelana.

Su aplomo aviva mi ira como gasolina al fuego. Necesito hacer que se asuste.

—¿Sabes lo que voy a hacerte? —pregunto de manera casual, inclinándome hasta que casi rozamos los hombros.

Alza el mentón ligeramente, toda una princesa aun ahora. Esos ojos azules me estudian con una intensidad que pertenece al depredador, no a la presa.—Imagino que vas a decírmelo.

Su insolencia hace que mi sangre hierva. Bien. Quiero que pelee. Romperla será mucho más dulce.

Me adelanto para obligarla a detenerse y cruzo el espacio entre nosotros, mi mano encontrando su garganta. No la aprieto, todavía no, solo reclamo. Su pulso late bajo mi palma como un pájaro atrapado. Un cuello tan delicado. Tan jodidamente fácil de romper.

—Te está esperando una habitación —le digo, presionando con el pulgar justo donde su vida palpita más cerca de la superficie—. Paredes de cemento que han escuchado los gritos de cien hombres. Un desagüe por donde ha corrido sangre más veces de las que puedo contar. —Mi agarre se endurece apenas lo suficiente para que respirar le cueste trabajo.—La mandé limpiar especialmente para ti, printsessa.

Su pulso se dispara, por fin, algo real, pero luego, increíblemente, se estabiliza. Como si encontrara su centro a pesar de mi mano

rodeando su cuello. Sus dedos se aferran a su bolso, los nudillos blancos contra el broche, la única señal de que esto le cuesta algo.

—Cuando termine contigo —continúo, inclinándome lo suficiente para que mi aliento le roce el cabello en la sien—, vas a conocer cada rincón de esa habitación. Cada superficie. Todas las maneras en que puedo hacer que te dobles hasta que te rompas.

Ella jadea cuando aumento la presión, pero sus ojos nunca se apartan de los míos. Hay miedo, sí, pero también algo más. Algo que me dan ganas de matarla o de probarla, y no sé cuál impulso es más fuerte.

—El sótano está perfectamente insonorizado —murmuro contra su oído—. Puedes gritar tan fuerte como quieras. Nadie vendrá. Nadie va a salvarte.

—¿Como nadie salvó a Mikhail?

Sus palabras me enfrían la sangre. Mi agarre se afloja involuntariamente y ella inhala con dificultad, el color regresando a su rostro. Veo cómo se da cuenta de que mostró demasiado, pero ya es tarde.

—¿De eso se trata esto? —pregunta, su voz ya no tan firme como antes—. ¿Venganza por tu hermano?

Me hecho hacia atrás, estudiándola mientras mi mente corre. Esto no es el guion. Debería estar llorando, suplicando, negociando. No enfrentándome palabra por palabra, como si estuviéramos en una pelea de esgrima.

—Justicia —corrijo suavemente, sacando la foto de mi chaqueta —. Míralo.

Le arrojo la foto: el cuerpo de Mikhail, sangre escurriendo debajo de él, los ojos vacíos. Todo su cuerpo se sobresalta y trata de apartar la mirada, pero le sujeto el mentón, obligándola a ver.

—Dieciocho años —le digo—. Tu hermano psicópata lo mató solo porque se atrevió a querer a la chica equivocada. Mira lo que tu familia le hace a quienes se acercan demasiado.

Una lágrima se le escapa por la mejilla antes de poder evitarlo. Por fin, algo rompe esa compostura de porcelana.

—Entonces nos entendemos —susurra—. Los dos hemos perdido hermanos en esta guerra.

La comparación me da ganas de rodearle el cuello con ambas manos y apretar hasta que lo retire.—Tus hermanos están vivos.

—¿De verdad? —Me sostiene la mirada, y veo dolor real allí—. El chico que podía cantar perdió la voz para siempre. El que pudo ser otra cosa aprendió a amar la violencia. —Su voz baja.—Todos morimos un poco aquella noche.

—No. —La palabra sale como un gruñido.—No te atrevas a comparar las pérdidas de tu familia con las mías. Mikhail está muerto. No cambiado metafóricamente. Pudriéndose en la tierra.

—Tienes razón —dice en voz baja, y esa confesión me sorprende —. No es lo mismo. No podría serlo nunca.

Le sujeto la muñeca, buscando su pulso de nuevo. Sigue demasiado firme. Incluso los soldados entrenados muestran más miedo cuando enfrentan a la muerte. Presiono mi pulgar contra los huesos delicados y ella se estremece, pero no intenta soltarse.

—¿Por qué no tienes más miedo? —La pregunta se me escapa antes de poder contenerla.

Ve dónde mis dedos rodean su muñeca como un grillete, luego me mira de nuevo. Un leve temblor la recorre, uno que no puede ocultar del todo.—¿De qué serviría mi miedo?

—Sería satisfactorio.

—Entonces lamento decepcionarte. —Pero su mano libre sigue apretada tan fuerte al bolso que los nudillos están blancos como huesos.

Me hago a un lado y avanzo hacia la casa principal, dejando que me siga como una buena rehén. Mientras cruzamos, escucho atento, esperando una señal de que entiende que no hay escape de aquí.

Su respiración se quiebra, apenas. Pero cuando miro hacia atrás, la veo observando todo a su alrededor, analizando las medidas de seguridad con lo que parece interés profesional. Cámaras en cada esquina. Guardias en puntos estratégicos. Cerraduras electrónicas que sellan todas las salidas.

—Impresionante —murmura, y no sé si se burla de mí o solo está ganando tiempo.

He estado dentro del complejo de su familia, caminado sobre sus pisos de mármol, y sé que en comparación mi casa debe parecer simplemente funcional. La belleza la dejamos para las mujeres, no para la arquitectura.

Había planeado llevarla directamente al sótano, empezar de inmediato mientras su miedo aún estaba fresco. Pero algo en nuestra

conversación cambió mis intenciones. Quiero deshacerla lentamente, entender qué la mueve antes de desarmarla por completo.

—Tu habitación —le digo mientras subimos unas escaleras y recorremos un pasillo, mi mano encontrando la parte baja de su espalda para guiarla hacia adelante. Ella se pone rígida al sentir el contacto, y percibo el temblor recorrerla; por fin, una grieta.

Ella se detiene en el umbral.—¿No vas a llevarme al sótano con el desagüe conveniente?

La sequedad con la que lo dice casi me hace reír, lo cual me molesta. Esta mujer no debería estar haciendo bromas minutos después de haber sido capturada.

—¿Prefieres el sótano? —pregunto, desafiándola, presionando con más fuerza mi palma contra su espalda, sintiendo el calor de su piel a través del vestido.

—Me intriga la diferencia entre la amenaza y la ejecución —dice, pero ahora noto el leve temblor en su voz.

Me inclino, mis labios rozando casi su oído.—La noche es joven, kotyonok. Tenemos todo el tiempo del mundo para ambas cosas.

Ella se estremece, y la satisfacción me inunda. Ahí está, la niña asustada tras la fachada valiente.

La suite que he preparado para ella está en el tercer piso: necesidad desnuda envuelta en seguridad. Sábanas de algodón áspero, muebles básicos, un baño independiente. Y barrotes en las ventanas, cerraduras electrónicas en las puertas. Una habitación perfecta para una ex-princesa Rosetti.

Ella lo observa todo con esa mirada analítica, pero veo cómo sus manos tiemblan antes de entrelazarlas.—Y yo que pensaba que tratarías de seducirme.

El comentario me toma por sorpresa y mi cuerpo reacciona a la palabra “seducir” de formas que no debería.

—Tal vez aún lo haga —respondo, con la voz más ronca de lo que quisiera.

—¿Entonces por qué las sábanas de lija? —Pasa los dedos por la cama, y sigo el movimiento como depredador acechando a su presa. —¿O aquí comienza la tortura?

Carajo. Ya lo notó todo. Esta mujer no se le escapa nada.

—Guerra psicológica —le explico, acercándome hasta que tiene que alzar la cabeza para mantener el contacto visual.—Para recordarte que ya no estás en tu lindo castillo.

—Hmm. —Ella va hacia la ventana, prueba los barrotes con dedos que ya no tiemblan en absoluto.—Pierde el efecto si me lo cuentas, ¿no? O quizá no eres el monstruo que finges ser.

Mi mano sale disparada, la giro y la presiono contra la pared. Ella suelta un jadeo, y lo siento en el pecho.—Soy exactamente el monstruo que tu familia creó —le digo con frialdad, rodeándola con mis brazos a ambos lados.

Ahora respira más rápido, su pecho sube y baja de una manera que atrae mi atención antes de que pueda evitarlo.—Lo sé —dice simplemente, y a pesar del miedo que ahora veo en sus ojos, lleva la mano y acaricia la cicatriz en mi mandíbula, la de aquella noche.—Yo también lo soy.

Ese toque quema como ácido, y retrocedo bruscamente. Ella permanece pegada a la pared, la mano cayendo a su costado, pero algo ha cambiado entre nosotros.

—Ponte cómoda —le ordeno, retrocediendo hacia la puerta, porque si no me voy ahora, haré algo de lo que me arrepentiré. Algo que no tiene nada que ver con la venganza y todo con el calor que se forma en lo más profundo de mi columna.—Esta noche comenzamos de verdad.

—¿Comenzar qué exactamente? —pregunta, y hay un reto en su voz a pesar de que todo su cuerpo tiembla ahora.

No respondo, no puedo responder. Esto es un baile, y de alguna forma ella conoce los pasos.

Salgo de su habitación, el clic de la cerradura electrónica se escucha con una firmeza definitiva. Pero mientras camino por el pasillo, me siento desequilibrado y no es por su inesperada entereza, sino por la forma en que se veía contra esa pared, los labios entreabiertos y el pulso latiendo en su garganta.

En mi despacho, sirvo vodka y me permito sentirlo: la satisfacción de por fin tener la última pieza de un rompecabezas que llevo once años armando. Sofia Rosetti, enjaulada en mi casa, esperando mi juicio. Mikhail sabría apreciar la ironía: la chica que lo llevó a la muerte, ahora completamente a merced de su hermano.

Bebo mientras observo los monitores de seguridad que muestran su habitación desde distintos ángulos. Ella recorre el espacio con método, probando cada barrote, cada cerradura, buscando salidas que simplemente no existen.

Sus dedos recorren las paredes, se detienen en las esquinas, prueban la resistencia de las tablas del piso. Profesional. Metódica. No busca presa del pánico como una cautiva asustada, sino que es otra cosa. Eso me hace inclinarme hacia adelante, siguiendo sus movimientos con renovado interés.

Ella se acerca al tocador, se sienta con gracia y comienza a quitarse las horquillas del cabello. Las ondas rubias caen sobre sus hombros, y pasa los dedos entre ellas, observando su reflejo. Entonces hace algo inesperado: sonríe. Una sonrisa pequeña, privada, pero real. Como si ya hubiera ganado una partida que yo ni comprendo.

Esa sonrisa me desconcierta más que las lágrimas alguna vez lo harían.

Mi teléfono vibra. Ekaterina. Lo dejo sonar hasta el buzón, enfocándome en cambio en el monitor donde ahora Sofia examina las túnicas sencillas del clóset, acariciando las telas ásperas con los dedos.

Ya escucharé el mensaje de mi hermana después. Ahora necesito comprender a esta mujer que no se ha quebrado todavía, y por qué eso me afecta más que si lo hubiera hecho.

La observo durante otra hora, anotando cada uno de sus movimientos, cada expresión. Es metódica, cuidadosa, aprendiendo los límites de su jaula con la paciencia de alguien que ya planea su escape. Bien. Que busque. No hay salida.

3 - Sofia

Estoy en la postura del guerrero cuando la cerradura hace clic y se abre.

Sin tocar la puerta, sin advertencia. Solo Alexei llenando el umbral, con esos ojos pálidos observando mi posición—una pierna extendida detrás de mí, los brazos estirados sobre la cabeza, el cuerpo perfectamente equilibrado a pesar del sencillo y áspero vestido de verano que apenas cubre mis muslos. Lo encontré en el clóset, junto con un montón de otros atuendos toscos de mi talla. Una indirecta nada sutil de que no me tratarán como una princesa, a pesar de su absurdo y burlón apodo para mí.

La habitación intenta con todas sus fuerzas ser hermosa, pero parece que un catálogo de diseño vomitó aquí: papel tapiz de seda con destellos amarillos que chocan con las tablas pálidas del piso, molduras en el techo claramente pegadas como idea de último minuto, y barras de acero reforzado que no combinan ni contrastan con los accesorios del baño, sino que logran que ambos parezcan baratos. Pasé la tarde explorando mi espacio limitado, buscando salidas, localizando cada "hidden" cámara, complacida en silencio al no encontrar ninguna en el baño. Novato.

No me muevo cuando se abre la puerta. No me sobresalto. Sostengo la postura con el control elegante que me enseñó el ballet, dejando que vea exactamente cuánto no me afecta su presencia. Aunque mi pulso se acelera al verlo, al notar cómo se estira su camisa sobre el pecho, el poder casual en su postura.

—La mayoría de los prisioneros no hacen yoga —dice, entrando sin invitación.

—La mayoría de los captores no ofrecen un clóset lleno de ropa. Me niego a quejarme por el desaire obvio, las telas ásperas y los malos cortes de la ropa que básicamente son fundas de almohada con agujeros para los brazos, solo porque sé que eso es lo que él quiere.

Cambio suavemente a la postura del árbol, parándome en una pierna con las manos unidas al pecho. El movimiento hace que el vestido de algodón suba un poco. Sus ojos siguen el movimiento antes de regresar a mi rostro.

La luz de la luna que entra por el vidrio a prueba de balas resalta los bordes de su cabello rubio cenizo, vuelve sus ojos pálidos casi plateados. Parece que no ha dormido en una semana. Hay una tensión en sus hombros, una rigidez alrededor de su boca que antes no estaba. Bien. Que pierda la cabeza por mi culpa.

Me rodea despacio. Siento su mirada recorriendo mi cuerpo: mi garganta, el subir y bajar pausado de mi pecho, la definición de los músculos en mi pierna extendida. Está lo suficientemente cerca como para percibir su loción, ese mismo aroma oscuro de antes. Ámbar, humo y peligro que aceleran mi pulso, aunque trate de mantener el control.

—Eres muy flexible —observa, deteniéndose justo detrás de mí.

—Años de práctica. Bajo la pierna y me giro para enfrentarlo. Mis dedos tocan inconscientemente mi garganta, donde todavía percibo su caricia fantasma, y veo que sus ojos siguen el movimiento.

—Me pregunto hasta dónde logras doblarte antes de romperte. —Su voz baja hasta convertirse en un susurro que recorre mi columna como hielo y fuego.— Me pregunto si te doblarás igual de hermoso para mí cuando te tenga sobre mis piernas, suplicando.

El aliento se me corta, el calor inunda mis mejillas y se acumula en mi vientre. El recuerdo de su mano en mi garganta, la violencia contenida en su agarre, provoca un escalofrío no deseado en mí. ¿Qué me pasa? Esto es reconocimiento, nada más. Él es mi enemigo, mi captor, pero mi cuerpo parece no comprender esa diferencia.

—¿Te refieres a cuando me tortures en tu sótano?

—Hay muchos tipos de tortura, kotyonok. Solo algunas dejan moretones. —Da otro paso y puedo ver las venas de sus antebrazos, donde ha remangado sus mangas, la fuerza latente allí.

Sus palabras me atraviesan directo y me odio por la forma en la que mis muslos se tensan al escuchar su tono.

—He estado pensando en qué hacer contigo —continúa, su voz bajando a un susurro peligroso.— Quizás el desagüe en el sótano no sirva solo para limpiar sangre. —Extiende la mano, sus dedos rozando apenas mi garganta sin llegar a tocar. Ese casi-contacto eriza mi piel con una conciencia indeseada.— Podría llevarte ahí ahora —

murmura, acercándose tanto que su aliento calienta mi oído—, desnudarte, encadenarte a esa silla de metal. Hacerte entender lo que pasa con quienes se meten con la familia Volkov.

Retrocedo instintivamente hasta quedar contra la pared, atrapada entre el yeso frío y su presencia abrasadora. Tengo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.— De algún modo dudo que me hayas traído aquí solo para matarme en tu cámara de tortura.

—La muerte sería demasiado rápida. —Sus dedos por fin me tocan, presionando suavemente mi garganta. Reprimo un jadeo ante el dolor tierno, y por cómo mi cuerpo se inclina hacia su toque a pesar de todo.— Quiero que sufras primero. Quiero que entiendas lo que tu familia me quitó.

—Entonces vas a decepcionarte —le digo, con la voz menos firme de lo que quisiera.— Entiendo la pérdida mejor de lo que crees.

Algo titila en sus ojos. Sorpresa, quizá, o curiosidad. Baja la mano pero no retrocede, manteniéndome acorralada contra la pared.

—He estado observándote —dice de pronto.

La sangre se me hiela. Claro que aprovecharía las cámaras. Pensar que me observó esta noche mientras dormía me hace arder la piel de vergüenza.

—No lloraste —continúa.— No entraste en pánico. Probaste cada cerradura, cada barra, revisaste los turnos de los guardias por la ventana. Como si buscaras escapar. Permíteme dejarte algo claro: nunca serás libre otra vez.

Tres semanas de planeación me trajeron aquí, a esta hermosa prisión. Mi bolso Chanel descansa sobre el tocador donde lo dejé, aparentemente sin tocar. Mi navaja y ganzúa siguen en el forro, sin haber sido descubiertas por su búsqueda superficial.

—¿Qué eres en realidad, Sofia Rosetti? —se inclina hacia mí, acorralándome con sus brazos a cada lado.— ¿Perfecta princesa o algo completamente distinto?

En vez de responder, ladeo la cabeza.— ¿Por qué no me has matado todavía?

La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, la curiosidad genuina superando la cautela. Esperaba haber tenido que usar mi navaja a estas alturas, deslizarla entre su tercera y cuarta costilla antes de esconder su cuerpo y buscar respuestas en su oficina, luego llamar a mis hermanos para que vinieran a rescatarme.

Su mano se mueve para delinear el borde de mi mandíbula, esos ojos pálidos se entrecierran. —¿Estás tan ansiosa por morir?

—No. —Inclino la cabeza, observándolo como él me ha estado observando a mí. —Pero lleva once años planeando esto. Me tiene exactamente donde quiere. Entonces, ¿por qué la demora?

Su mandíbula se tensa. —Quizá disfruto verte retorcerte.

—No me estoy retorciendo.

—No —asiente, y hay algo parecido a frustración en su voz—. No lo estás.

Una tos proveniente de la puerta abierta nos sobresalta a ambos, encontrando a un guardia que carga una bandeja. La cena.

Llega en bandejas de plata baratas adornadas con demasiadas flores como para ser elegantes. Alexei da indicaciones a los guardias, quienes evitan mi mirada al entrar. Preparan la pequeña mesa junto a la ventana, la plata y el cristal capturando la luz del atardecer. La suite se ha transformado a lo largo de la tarde. Lo que antes parecía una prisión ahora se siente como otra cosa. Un escenario, quizá.

Alexei despide a los guardias con un gesto, luego se vuelve hacia mí con esa sonrisa fría.

—Siéntate —ordena.

Podría negarme, pero tengo hambre y curiosidad por este juego que él está jugando. Me acomodo en la silla, notando cómo se posiciona entre la puerta y yo. Siempre calculador, siempre en control.

La comida huele exquisita. Filete miñón, verduras asadas glaseadas con algo decadente, vino que hasta Marco apreciaría. Pero cuando llevo la mano hacia el tenedor, su mano cubre la mía.

—No —dice simplemente—. Tú comes lo que yo te doy. Cuando yo te lo dé.

La orden me atraviesa, haciendo que el calor se acumule justo donde no debería. Mis dedos se aferran a la plata, pero su agarre es implacable.

—No puede estar hablando en serio.

—Siempre hablo en serio. —Toma el tenedor de mi mano, corta un trozo de carne con deliberación—. Abre la boca.

Giro la cabeza, un último gesto de desafío. Él atrapa mi barbilla con la mano libre, obligándome a mirarlo. El agarre es firme pero no doloroso, su pulgar presionando mi mandíbula de una forma que me roba el aliento.

—Puedes comer de mi mano o puedes morirte de hambre. Tú decides.

La humillación arde, pero hay algo más también. Un escalofrío oscuro ante esta intimidad retorcida. Entroabro los labios, permitiéndole alimentarme como si fuera de su propiedad. La carne está perfectamente cocida, tierna, pero apenas la pruebo. Todo mi enfoque está en la forma en la que observa mi boca, en la intensidad de esos ojos pálidos que parecen desnudarme.

Sus dedos rozan mis labios al retirar el tenedor, y veo sus pupilas dilatarse con el contacto. La visión me sacude por dentro. No soy la única afectada aquí.

—Háblame de la noche en que Mikhail murió —dice, cortando otro trozo.

La pregunta me toma por sorpresa, y lo miro antes de responder. —No sé nada de esa noche.

—Mientes. —El tenedor se detiene cerca de mi boca—. Cada detalle que recuerdes.

Así que esto es el inicio de la inquisición.

Acepto el trozo que me ofrece, usándolo para ordenar mis pensamientos. Sus dedos se quedan un momento más contra mis labios, y tengo que luchar contra el insensato impulso de abrirlos más, de probar su piel. Mi cuerpo me traiciona por completo, respondiendo a mi enemigo como si fuera un amante.

—Solo sé lo que me han contado. Mi padre y varios de sus hombres se reunieron con los Moretti, que eran nuestros grandes aliados, pero alguien disparó y la reunión amistosa se convirtió en una masacre. Casi todos terminaron muertos. Nosotros los culpamos durante años, y los Moretti nos culparon a nosotros, pero siempre fueron ustedes, los rusos, tratando de hacernos eliminar entre nosotros.

Otro bocado. Esta vez su pulgar atrapa una gota de jugo en la comisura de mis labios, el toque es eléctrico. La sensación va directa a mi centro, y aprieto los muslos bajo la mesa.

—No me interesa escuchar la propaganda de tu familia —dice—. Quiero saber qué recuerdas tú.

—No recuerdo nada —respondo, la angustia entrelazándose en las palabras. Respiro hondo varias veces, intentando recuperar el control, recordándome que estoy aquí por elección, aquí para encontrar información, no para compartirla. No es como si tuviera

algo que compartir. Dante dice que debería hablar con una terapeuta sobre mis recuerdos perdidos, pero mis sesiones en el campo de tiro son toda la terapia que necesito.

El tenedor cae sobre el plato. Alexei se levanta de golpe y camina hacia la ventana. El sol poniente perfila su silueta en relieve, hermoso y terrible, como un ángel vengador.

—Tenía dieciocho años —continúa, la voz áspera—. Tenía toda la vida por delante. Y tu hermano le abrió el pecho por fijarse en la chica equivocada.

El dolor en su voz quiebra algo en mi pecho. Mi compostura, tan cuidadosamente construida, finalmente se fractura. La culpa que cargo, las pesadillas que me despiertan a las tres de la mañana cada noche, todo sale a la superficie.

—Lo sueño —admito, las palabras escapándome antes de que las pueda detener—. Todas las noches. Los gritos, la sangre. Me despierto con sabor a cobre en la boca y sintiendo que me ahogo en culpa.

Él se gira para mirarme, y algo cambia en su expresión.

—Bien —dice, pero ya no hay tanto veneno en sus palabras como antes. Regresa a la mesa, toma la copa de vino y la acerca a mis labios—. Bebe.

El vino es rico, complejo. Notas de cereza negra cubren mi lengua. Su pulgar roza la comisura de mi boca, atrapando una gota, y el gesto es casi tierno. El toque se queda un momento, su piel cálida contra la mía, y noto que su respiración cambia, tornándose menos pareja.

Un momento después, él ya está de pie, sus ojos arden con una rabia fría. Llama a sus guardias para que retiren la comida y la mesa, ignorando mis protestas porque sigo teniendo hambre.

Cuando está a punto de salir, se da vuelta y me observa un largo momento, algo indescifrable en esos ojos pálidos. Casi parece que va a decir algo amable, o al menos agradable.

Su sonrisa es helada. —Espero que el hambre haga peores tus pesadillas.

4 - Sofia

Espero hasta las 2 de la mañana, cuando el complejo respira como una bestia dormida y la cámara de mi habitación completa su lenta rotación, apartándose de la puerta del baño.

La oscuridad presiona contra las ventanas con un peso invisible. Llevo horas siguiendo el patrón de la cámara: veinte segundos de punto ciego cada tres minutos. Más que suficiente para alguien entrenada en las sombras.

Mi clutch Chanel descansa inocente sobre el tocador donde lo dejé. Los guardias que lo revisaron no encontraron nada: labial de diseñador, espejo compacto, pañuelos. No notan el falso forro, la manera en que la costura tira apenas un poco en una esquina. De verdad parecen principiantes. Hasta mi prima más joven e ingenua de Nueva York, Carmela, podría descubrir el engaño si se fijara.

En el baño, con la puerta cerrada, trabajo el forro hasta liberarlo. La ganzúa se desliza—aleación de titanio hecha a la medida, tan delgada como una tarjeta de crédito pero infinitamente más útil. Un regalo de mi primo hacker, Milo, la pasada Navidad, aunque probablemente él nunca imaginó que la usaría para escapar de un complejo ruso. Gracias por el equipo, Milo. Gracias por el entrenamiento, Nico.

Pego el oído a la puerta de la suite. Silencio. El cambio de guardia pasó hace seis minutos; tengo otros nueve antes de que regresen. Mi pulso se mantiene firme; para esto fui hecha. No para sentarme en una jaula falsa esperando a que me quiebren.

La cerradura es sofisticada: electrónica, con un sistema manual oculto bajo un panel casi invisible. Cuarenta segundos de manipulación cuidadosa, ajustando el ángulo, aplicando justo la presión necesaria. El mecanismo susurra en vez de hacer clic, y soy libre.

El pasillo se extiende ante mí, iluminado sólo por tiras de emergencia a lo largo de los zócalos. Me quito los zapatos—ahora descalza, el piso está frío bajo mis pies pero silencioso,

perfectamente silencioso. Años de ballet me entrenaron para esto: avanzar sobre las puntas, distribuyendo el peso, cada paso deliberado y sin sonido. Mamá nunca imaginó que las clases de danza de su hija servirían para este propósito.

Voy trazando un mapa a medida que avanzo. Ala este primero—habitaciones de invitados vacías, motas de polvo bailando bajo la luz de la luna que entra por ventanas sin cortinas. El aire sabe a abandono, a estancamiento. Tres puertas, todas cerradas, pero la nada tiene una cualidad especial. Nadie ha estado aquí en meses.

Ala oeste, después—la diferencia es inmediata. Olor a tabaco y aceite de armas en el aire, el murmullo distante de voces, luz filtrándose bajo las puertas. Aquí la vida sigue incluso a esta hora. Su territorio. El aroma me eriza la piel—peligro y masculinidad condensados en una advertencia invisible.

Detrás de una puerta, lo veo: un arsenal oculto tras un panel falso, visible por una puerta entreabierta. Reconozco el montaje al instante. La misma configuración que usamos nosotros. ¿Son todas las familias mafiosas tan predeciblemente paranoicas, o él nos estudió con ese detalle?

Las escaleras me llaman. Hacia abajo está la sala principal y, más abajo, el aire helado y el olor a cloro—el sótano con el que me amenazó. La garganta me palpita recordando su toque, un collar que no puedo quitarme. Subir conduce a la oscuridad y a las posibilidades.

Elijo subir, contando cada escalón, memorizando los que crujen.

El tercer piso se siente distinto—más vivido, más peligroso. Una puerta queda entreabierta a la mitad del pasillo, luz azul desparramándose sobre el mármol como agua. Me acerco despacio, escuchando en busca de respiración, movimiento, cualquier señal de presencia.

Nada.

Abro la puerta un poco más, apenas lo suficiente para deslizarme de lado. El cuarto de vigilancia se abre ante mí—paredes cubiertas de monitores mostrando cada rincón del complejo. Mi ojo entrenado cuenta rápido: dieciséis pantallas, cuatro ángulos por cada una, cobertura total. Equipo profesional, de nivel militar.

Pero no es la tecnología la que me deja sin aliento.

El corcho cubre la mitad de la pared del fondo, y está tapizado de fotos. Decenas. No, más. Quizá cincuenta. Tal vez cien.

Todas de mí.

Mis piernas avanzan sin pensar, llevándome más cerca. Las imágenes se mezclan al principio—un caleidoscopio de mi propio rostro devolviéndome la mirada desde distintos ángulos, distintos días, distintas versiones de mí que no sabía que estaban siendo vigiladas.

Ahí—yo en la ópera hace tres meses, vestido esmeralda captando la luz mientras me río de algo que dijo Marco. Recuerdo esa noche. Acabábamos de cerrar el trato en Detroit. Me sentía intocable.

Otra—saliendo de mi cafetería favorita, lentes de sol puestos, el teléfono pegado a la oreja. El ángulo sugiere que el fotógrafo estaba al otro lado de la calle, probablemente en un auto. Paciente. Esperando. Cazando.

Aquí—bailando en la boda de Emma y Alessandro, girando con Nico, la cabeza echada hacia atrás de pura alegría. Una de las pocas veces que bajé la guardia por completo. Pero alguien me miraba incluso entonces.

Corriendo al amanecer en el parque, auriculares puestos, coleta balanceándose. Hago esa ruta tres veces a la semana. Llevo años así. ¿Cuántas veces estuvo ahí él, invisible, estudiándome como una presa que planea devorar?

Las fechas escritas en las esquinas hacen que se me encoja el estómago. Las fotos más antiguas son de hace tres años. Yo tenía veintidós entonces—cuando empecé a tomar el control de ciertos negocios familiares. Cuando dejé de ser sólo la princesa protegida de los Rosetti. Él no empezó a vigilarme de niña. Esperó hasta que me convirtiera en… ¿qué? ¿Una mujer? ¿Una amenaza? ¿Un trofeo digno de tomar?

Una foto en particular me atrae—yo en la ventana de mi habitación en la hacienda, mirando hacia los jardines. Tres de la mañana, según la marca de tiempo. Solo otra noche. Otra pesadilla con Mikhail, sin duda, me había arrancado del sueño, dejándome jadeando y culpable. Me había parado muchas veces en esa ventana, tratando de sacudirme la sensación de sangre en mis manos, una que nunca podría lavar.

Él estaba mirando. Incluso entonces. Incluso en mi momento más íntimo de dolor.

Otra imagen detiene mi corazón—yo a los quince años, días antes de que Mikhail muriera. Joven, inocente, intocada por la sangre que

pronto nos mancharía a todos. ¿Alexei habrá agregado esa foto después, buscando señales de la chica que conoció a su hermano?

El pecho se me aprieta cuando la comprensión me golpea como una ola. Esto no es venganza—es obsesión. Obsesión cruda, devoradora, aterradora que eriza mi piel.

Años de vigilancia, de documentación minuciosa. Aprendiendo mis rutinas, mis costumbres, mis momentos más desprevenidos. Algunas de estas fotos no tienen ningún propósito estratégico—solo yo existiendo, pensando, viviendo mi vida sin saber que unos ojos siguen cada uno de mis movimientos.

Mi mente se quiebra en mil preguntas, cada una más aterradora que la anterior. ¿Cuántas veces sonreí pensando que estaba sola? ¿Cuántos momentos privados ha reunido él como si fueran trofeos?

Estoy horrorizada. Perturbada hasta lo más profundo de mi ser.

Pero debajo de la repulsión, algo más late. Oscuro. Peligroso. Un reconocimiento que no quiero nombrar. La excitación que se enrosca bajo en mi vientre me hace odiarme. La bilis me sube por la garganta incluso cuando el calor se acumula entre mis piernas. ¿Qué clase de persona rota se moja por ser acechada? Mi mamá estaría horrorizada. Mis hermanos me encerrarían para protegerme de mí misma. Pero aquí, en la oscuridad, con su obsesión expuesta en las paredes, mi cuerpo traiciona cada lección moral que alguna vez aprendí.

Él me eligió. De todas las formas en que podía tomar su venganza, de todos los miembros de la familia a quienes pudo haber atacado—me eligió a mí. Pasó años estudiándome, aprendiéndome, deseando… ¿qué? ¿Entenderme? ¿Poseerme? ¿Destruirme?

El cuarto de vigilancia huele a café rancio y calor electrónico, pero debajo de eso—su loción. Ámbar y humo. Él se sienta aquí, mirándome, rodeado por su propio aroma, como la guarida de un depredador.

Pasos en el pasillo—dos pares, botas pesadas sobre mármol. No tengo tiempo para llegar a la puerta. Me agacho tras la fila de servidores en la esquina, pegándome contra la pared, haciéndome pequeña y quieta. Dejo de respirar por completo.

La puerta se abre de golpe. Dos guardias entran, hablando ruso. Las palabras pasan sobre mí y entiendo fragmentos—otra cosa que nunca me he permitido analizar demasiado. La facilidad para comprenderlo me inquieta menos de lo que debería. ¿Por qué

conozco este idioma? ¿Por qué se siente tan natural como respirar? Las preguntas se amontonan junto a todas las otras que no puedo responder sobre esa noche de hace once años.

—¿Escuchaste lo de Sergei? —pregunta el primer guardia, acomodándose en la silla frente a los monitores.

—Joder. Sí. —Un silbido bajo.— Mandíbula cerrada con alambres. Van a traer un especialista de Moscú por su ojo.

El estómago se me tensa.

—Idiota. Uno pensaría que después de cinco años ya sabría que no debe andar hablando de más.

—¿Y qué dijo?

Una pausa. El crujido de una silla.— Algo sobre la chica Rosetti. Lo que haría si tuviera diez minutos a solas con ella. —Otra pausa.— Lo dijo en el comedor. No vio que el jefe entró.

—Blyad. —La voz del segundo guardia se vuelve más baja.— ¿Y Gregor? Escuché que ahora está en la ruta a Siberia.

—Hasta la primavera. Si sobrevive.

—¿Y qué hizo?

—Le llevó la cena. Al parecer la miró demasiado tiempo cuando tomó la bandeja.

Silencio. Luego:— Debe valer algo. ¿Rescate? ¿Intercambio?

El primer guardia resopla.— Lo has visto aquí. Tres, cuatro de la mañana, solo… mirando su pantalla. No revisa la seguridad. Solo a ella. Por horas.

—Entonces, ¿hacemos de cuenta que no existe?

—¿Quieres acabar como Sergei? Sí. Ella no existe. Es un mueble. No la miras cuando estás cerca, y olvidas que tiene rostro.

Siguen hablando, pero mi mente se pone en blanco ante esta nueva información. Sergei—brutalizado por sugerir que me lastimen. Otro guardia prácticamente exiliado por mirarme demasiado tiempo.

No solo me mantiene cautiva. Me está protegiendo. Brutalmente. De sus propios hombres.

Por fin los guardias se van, su conversación deriva hacia otros temas. Yo me quedo congelada un minuto entero más, procesando lo que aprendí.

El hombre que envuelve mi cuello con su mano, que me obliga a comer de sus dedos como si fuera su mascota, que promete romperme en su sótano—ese mismo hombre les rompe los huesos a sus propios soldados por amenazarme.

El regreso se siente más largo, cada sombra como el posible escondite del hombre cuyas fotos prueban que sabe cómo volverse invisible. Mis pies descalzos se quedan un poco pegados al mármol—sudor, miedo, deseo—dejando huellas invisibles que gritan mi culpa. ¿Y si me está mirando ahora mismo? ¿Y si me deja escapar solo para ver qué haría? Cada movimiento es calculado, preciso—no los torpes pasos de una cautiva asustada, sino la destreza de alguien que ha matado en silencio antes. Mis hermanos me entrenaron para ser decorativa. Yo me entrené para ser letal.

La puerta de mi suite se relockea desde dentro con un suave clic. 3:52 AM. Poco menos de dos horas de libertad, de ver detrás del telón.

Me deslizo en la cama, pero mi mente no deja de dar vueltas. Dos revelaciones luchan por imponerse, cada una transformando todo lo que creía entender.

La vigilancia lo cambia todo. No ha estado planeando su venganza durante semanas o meses—me ha estado cazando durante años. Cada movimiento que he hecho, cada rutina que he establecido, cada momento que pensé que era privado—ha estado ahí, observando, aprendiendo, anticipando.

Pensé que estaba siendo astuta, dejando huecos estratégicos en mi seguridad. Pero él ya conocía mi seguridad. Probablemente la ha estudiado más tiempo que yo.

Pensé que yo era la cazadora, entrando en su trampa con los ojos abiertos, mis ganzúas ocultas, mis habilidades afiladas.

Pero él me ha estado cazando por mucho más tiempo. Muchísimo más. Yo era la presa antes de siquiera saber que había caza.

La segunda revelación me perturba aún más. La violencia contra sus propios hombres—no se trata de venganza ni de tortura ni de quebrarme. Se trata de posesión. No quiere que nadie más toque lo que considera suyo.

Él planea matarme, por eso tengo mi cuchilla enfundada contra mi muslo incluso ahora.

Pero primero quiere poseerme.

El pensamiento hace que el calor se extienda por mi cuerpo. Mi mano se desliza hacia mi cuello. El fantasma de sus dedos en mi boca me atormenta. Ahora entiendo que el hambre en sus ojos no era solo por humillarme—era por poseerme. Por finalmente tocar lo que solo ha podido observar.

¿Qué haría Marco si supiera que puedo abrir cerraduras? ¿Dante se sentiría orgulloso o horrorizado? ¿Luca se reiría y me ofrecería enseñarme más? La familia sabe que manejo bien la cuchilla y puedo tumbar a un hombre en un parpadeo, pero no tienen idea de mis otras habilidades. No tienen ni idea de lo que su princesa ha aprendido en las sombras.

La conversación de los guardias resuena en mi mente. No lo dijeron, pero lo pensaron: soy la debilidad de Alexei.

Bien.

Una debilidad que puedo explotar. Una obsesión que puedo manipular. Si ya está medio poseído por sus pensamientos sobre mí, puedo empujar eso más allá. Usarlo contra él. Hacer que me desee tanto que olvide ser cuidadoso, olvide su venganza, olvide todo excepto la necesidad de tener lo que lleva tanto tiempo observando.

Que me mire a través de sus cámaras. Que golpee a sus hombres por mirarme mal. Que crea que tiene el control mientras su obsesión lo consume desde adentro.

Voy a convertir su deseo en un arma, transformar su obsesión en mi salida. Ser el arma que no ve venir, escondida a plena vista, envuelta en calicó, moretones y su propia necesidad desesperada.

El poder en ese pensamiento me hace sentir más en control de lo que he estado desde que entré en su auto.

El sueño no llega. Cada vez que cierro los ojos, veo esas fotos en la pared—mi rostro una y otra vez, momentos que creí solo míos.

Lo peor no es la violación de ser observada. Ni siquiera es el escalofrío enfermo que siento al saber que alguien ha estado tan obsesionado conmigo durante años.

Lo peor es el calor que se acumula en mi vientre cuando lo imagino solo en esa habitación, mirando esas fotos en la oscuridad.

¿Se toca mientras las mira? ¿Se imagina a qué sabré, cómo sonaré, cómo me sentiré? ¿Planea todas las formas en que quiere romperme, o planea todas las maneras en que quiere adorarme?

Mi mano desciende por mi cuerpo antes de poder detenerla, deslizándose bajo el algodón áspero del camisón que encontré en el closet, los dedos encontrando el calor entre mis muslos. La humedad ahí me hace jadear—estoy empapada, mojándome solo por saber que él me observa. Solo por ver esas fotos, evidencia de una obsesión que me hace arder de una manera que nunca sentí antes.

Presiono con más fuerza contra su toque fantasma en mi garganta con la otra mano, sintiendo sus huellas como una marca, y mis caderas se arquean involuntariamente. El dolor se dispara directo a mi centro, haciéndome mojarme aún más, necesitándolo más. Mis dedos se deslizan entre mis pliegues, encontrando mi clítoris, y tengo que morderme el labio para no gemir.

Lo imagino mirándome a través de sus cámaras—yo tocándome mientras llevo sus marcas, excitándome con el saber de su obsesión. ¿Entraría furioso aquí? ¿Reemplazaría mis dedos con los suyos? ¿Por fin tomaría lo que ha estado observando durante tanto tiempo?

El pensamiento me empuja al borde. Froto mi clítoris más rápido, presionando mi garganta con más fuerza, persiguiendo algo oscuro, prohibido y perfecto. Mi espalda se arquea sobre la cama mientras recuerdo sus dedos en mi boca durante la cena, la manera en que me observaba tragar cada bocado como si fuera una declaración, una promesa, una amenaza.

El orgasmo llega rápido y devastador. Introduzco dos dedos dentro de mí, imaginando que son los suyos, que finalmente me está tocando como solo ha podido fotografiarme. Mi sexo se aprieta alrededor de mis dedos mientras llego al clímax, su nombre un susurro en mis labios que negaré por la mañana.

Mientras las sacudidas se alejan, dejándome sin aliento, avergonzada y de alguna manera aún deseando más, la verdad se asienta sobre mí:

Voy a seducirlo por información. Para evitar que me mate. Y voy a seducirlo porque lo necesito.

5 - Alexei

El teléfono suena a las 6:06 AM. Hora de Moscú—ya es tarde allá. Sé lo que es antes de contestar.

—Alyosha. La voz de Katya llega cansada, tensa.—Mamá pasó una mala noche.

—¿Qué tan mala?

—Los doctores dicen que quedan semanas ahora. Tal vez menos.

Miro por mi ventana el amanecer gris de Chicago. La ciudad parece fría, indiferente. Llevo once años planeando este momento, y ahora el tiempo se me escurre como arena entre los dedos.

—Sigue preguntando por Misha. Si ya fue vengado.—La voz de mi hermana se quiebra un poco.—Dice que no puede descansar hasta saberlo.

Aprieto la mandíbula.—Dile que pronto.

—¿En serio? ¿Pronto?—La voz de Katya se vuelve más baja.—Porque lo que sea que estés haciendo ahí, lo que sea que planees, se le está acabando el tiempo, Alexei.

—Dije que pronto.

—Quiere morir sabiendo que la muerte de su hijo significó algo. ¿Puedes darle eso?

Pienso en Sofia, allá arriba en su suite, tranquila como el agua en calma. Imperturbable. Indómita. La mujer que nombra a Mikhail como si tuviera derecho siquiera a pronunciar su nombre.

—Hoy—digo.—Dile que hoy.

Cuelgo antes de que Katya pueda responder.

El último aliento de mamá será para preguntar si lo he vengado. ¿Cómo le explico que quien mató a su hijo logra excitarme? Que pienso más en su boca que en su muerte?

Los monitores de seguridad brillan en la penumbra matutina. Abro el canal de Sofia. Sigue dormida, acurrucada de lado en la áspera camisón de algodón que le di, nada que ver con la princesa mimada que finge ser. Respira tranquila, en paz.

Ahora la imagen la muestra durmiendo, pero antes vi… No. Alejo esa imagen. No cambia nada.

Once años esperando. Mi madre muriendo sin paz. Y la mujer responsable duerme como una niña.

Basta.

Reviso los registros de la madrugada. Algo llama mi atención. Huecos entre las 2 y las 4 AM. Tres cámaras titilaron. Apagones de quince segundos, escalonados. Eso no es un fallo. Es intencional. Profesional. Aprieto la mandíbula cuando entiendo el significado. Alguien manipuló mi seguridad. En mi propio complejo.

Retrocedo la grabación, analizando cada cuadro antes y después de los apagones. Las cámaras del pasillo no muestran nada. El canal del cuarto la muestra en la cama antes y después. Pero en esos quince segundos…

Ella sabe cosas. Tiene habilidades que esconde. Bien. Cuando la tenga en el sótano, haré que me cuente todo.

Hoy, Sofia Rosetti muere.

No toco la puerta. La abro de golpe contra la pared y ella se despierta al instante. No son reflejos de princesa. Son reflejos de soldado. Se incorpora y cubre el pecho con la delgada manta. Esos ojos azules buscan los míos, evaluando el peligro de inmediato.

Por primera vez desde que la tomé, veo algo parpadear ahí. Miedo. Miedo real.

Bien.

—Levántate.

—Alexei…

—Ahora.

Obedece sin discutir. El camisón le llega a medio muslo, los pies descalzos contra el suelo frío. Parece pequeña, frágil. Sé mejor.

La tomo del brazo con fuerza suficiente para dejarle marca y la saco del cuarto. No pelea, no grita. Sólo camina conmigo, los pies descalzos golpeando el mármol. Atravesamos el pasillo. Los guardias desvían la mirada. Bien. Si alguno la hubiera mirado con ese camisón, tendría que matarlo.

Hasta las escaleras. Bajamos un piso. Luego otro.

La temperatura desciende con cada escalón. El aire se vuelve clínico, huele a cloro. Siento su resistencia ahora, leve, involuntaria. Sabe a dónde vamos. Ahora huelo su perfume floral apenas perceptible mezclado con sudor.

—Alexei, espera…

—Ya has esperado suficiente. Yo también.

La puerta del sótano se abre a la oscuridad. Acciono el interruptor, los fluorescentes encienden zumbando, revelando pisos de concreto con desagües, la mesa de metal atornillada al centro, herramientas alineadas en la pared. La silla espera en el medio. Estructura de acero, correas de cuero.

El concreto irradia frío. Esta habitación ha escuchado cosas. Visto cosas. Las paredes guardan ecos de hombres que pensaron que eran duros hasta que dejaron de serlo.

La arrastro a la silla y la obligo a sentarse. El cuero está helado contra su piel. Veo cómo la piel se le eriza en los brazos. Le ato las muñecas a los reposabrazos, los tobillos a las patas. El cuero le muerde la piel y ella jadea, y algo oscuro se enrosca en mi interior. Su pulso late bajo mis dedos cuando le sujeto la muñeca, rápido y cálido como un conejo.

Las correas están lo bastante apretadas para dejar marca, pero no para cortar la circulación. Quiero que esté consciente para esto.

Ahora respira rápido, el pecho subiendo y bajando bajo esa tela fina. La compostura finalmente se rompe, como hielo bajo presión.

Tomo un cuchillo de la pared. No el más grande, uno preciso. La hoja resplandece bajo la luz áspera al volver a situarme frente a ella.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Traga saliva, la garganta le tiembla.—Por Mikhail.

—Porque mataste a mi hermano.

—Yo no…

—Le contaste a tu familia sobre el ruso que rondaba a su princesa. — El cuchillo presiona contra su garganta, no la corta, solo deja que sienta el filo. Ella traga saliva y veo cómo se mueve su cuello, me imagino marcándolo con mis dientes en lugar de acero. La traición de mi cuerpo me obliga a apretar más. —Y ellos le abrieron el pecho con una daga. Eso es culpa tuya.—

Por fin lágrimas. Maldita sea, por fin. Brillan en sus mejillas y odio que la hagan más hermosa, odio que mi verga se dé cuenta aunque le esté poniendo un cuchillo en la garganta.

Está llorando, asustada y atada a mi silla de tortura, y yo estoy poniéndome duro. ¿Qué clase de monstruo soy? El tipo que ella merece.

—Mi madre se está muriendo— le digo, manteniendo el filo firme —. Lleva once años esperando saber que su hijo fue vengado. Hoy, le doy paz.—

—¿Eso lo va a traer de vuelta?—

La pregunta me deja helado.

—¿Matarme hará que Mikhail regrese?— insiste.—¿Deshará lo que pasó?—

—Eso equilibrará la balanza.—

—No, no lo hará.— Su voz tiembla, pero mantiene mi mirada, esos ojos azules fieros incluso entre lágrimas.—Él seguirá muerto. Tu madre seguirá muriendo. Y solo habrá un cuerpo más en este cuarto. Nada más.—

—Tú no puedes…—

—Sueño con él.—

Las palabras me congelan por completo. El cuchillo titubea.

—Cada noche. Sueño con un niño llamando a su hermano. Escucho palabras en ruso que no debería entender. Me despierto llorando y no sé por qué.— Nuevas lágrimas caen, reales y crudas.— Hay algo que no recuerdo. De esa noche. De antes.—

El silencio se estira entre nosotros. Solo el zumbido de los fluorescentes y su respiración entrecortada.

—Estás mintiendo.—

—Estoy atada a una silla con un cuchillo en la garganta. ¿Por qué mentiría ahora?—

La lógica atraviesa mi rabia. Estudio su rostro, buscando engaño, pero solo encuentro confusión y dolor, igual al mío.

—¿Con qué sueñas?—

Me lo cuenta en susurros rotos. Fragmentos de un jardín, palabras rusas que le salen sin esfuerzo, la risa de un niño que le hace doler el pecho. Alguien grita “Misha, Misha” y no sabe si lo está oyendo o diciéndolo.

El cuchillo cuelga olvidado a mi costado.

—¿Cómo era él?— susurra, y la necesidad genuina en su voz me desarma.—Por favor. Necesito saberlo.—

Las palabras salen de mi garganta como metralla. Me odio por cada una, pero siguen llegando.

—Era tierno en una familia que valoraba la violencia.— Las palabras brotan sin mi permiso.—A los quince años, encontró un perro herido. En vez de matarlo como ordenó papá, lo llevó con un

veterinario, pagó su tratamiento con su propio dinero. Papá lo golpeó por eso. Mikhail solo sonreía y decía que el perro vivió.—

Ella llora aún más fuerte pero no aparta la mirada.

—Jugaba ajedrez fatal porque no podía sacrificar piezas. Decía que hasta los peones merecían sobrevivir. Tenía un bonsái que heredó de nuestro abuelo. Pasaba horas podándolo, hablándole como si pudiera escucharlo.— Mi voz se quiebra.—Quería ser arquitecto. Construir cosas en vez de destruirlas. Decía que en nuestra familia ya había suficientes guerreros.—

Ahora camino de un lado a otro, el cuchillo suelto en mi mano, perdido en recuerdos que no me permitía tocar desde hace años.

—Su risa era fuerte, sin reservas. Nada parecido al sonido que debería tener un Volkov. Cuando se reía, el cuarto entero cambiaba. Incluso papá sonreía a veces al escucharla.—

Me inclino lo suficiente para probar sus lágrimas, mi boca a centímetros de la suya.—Dime por qué viniste aquí, Sofia.— Sus labios se abren, y por un instante de locura, casi acorto la distancia. Casi reclamo esa boca que pronuncia el nombre de mi hermano.

Algo cruza su rostro. No es sorpresa. Más bien resignación.

—Me secuestraste— dice con calma.

—Tienes entrenamiento. Habilidades que tu familia no anda pregonando.— Mi mente repasa las implicaciones.

La recorro de arriba abajo, realmente deteniéndome a mirarla. Piernas abiertas, tobillos amarrados a las patas de la silla, muñecas atadas a los descansabrazos. El camisón de algodón áspero subido hasta la mitad de los muslos, mostrando más de lo que debería.

Pero quizás también está escondiendo algo.

Coloco la punta de mi cuchillo en el espacio entre sus piernas y lo uso para subirle aún más el camisón, tratando de no pensar en la piel de sus muslos que estoy exponiendo ni en si lleva algo debajo.

Ahí. Sujetada alto, en la parte externa de su muslo. Una navaja. Una maldita navaja.

—Tienes un cuchillo— digo.

No responde, solo me taladra con esos malditos ojos azules suyos.

Pudo haberlo usado contra mí. Apunñalarme de lado cuando la arrastraba abajo, o cuando la empujé a la silla. Tuvo minutos para salvarse, pero decidió no hacerlo.

¿De verdad estaba tan asustada que olvidó su única arma? No. No es propio de Sofia. Todo en ella es demasiado controlado, demasiado

preciso. Incluso atada a una silla con un cuchillo en la garganta, analiza, planea.

—Tuviste esto todo el tiempo.—

Ella no responde.

—Cuando até tus muñecas. Cuando presioné el cuchillo contra tu garganta. Pudiste haberte liberado. Pudiste haberme matado cuando estaba— Hablando de Mikhail como un idiota. Expuesto. Vulnerable. —distraído.—

Aún así, ella no dice nada.

—¿Por qué no lo hiciste?—

Ella levanta la mirada hacia mí. Las lágrimas aún frescas en su rostro. —No lo sé.—

La observo, luego al cuchillo en mi mano. Debería acabar con esto. Mi madre se está muriendo. Mikhail sigue sin ser vengado. La balanza exige sangre.

Pero no puedo matarla. No así. No hasta entender.

Por qué no luchó.

Por qué sueña con mi hermano.

Por qué acabo de pasar minutos valiosos contándole a mi enemiga sobre el corazón bondadoso de Mikhail.

Por qué desactivó mis cámaras para explorar mi propiedad.

Corto una de sus muñecas con mi cuchilla y luego me alejo.

—Libérate. O no. Alguien vendrá a revisarte en la mañana.—

—¿Vas a dejarme aquí? ¿En el sótano?—

—Considéralo tiempo para pensar en lo que me estás ocultando. Sea cual sea el juego que juegas, termina ahora.—

Me giro hacia la puerta, necesitando distancia entre nosotros antes de hacer una estupidez. Algo débil. Ella pasará el día en esta fría habitación de concreto, rodeada de las herramientas de mi oficio, preguntándose si al caer la noche traerá la muerte o algo peor.

—Alexei.—

Me detengo, pero no me giro.

—Lamento lo de tu madre.—

Las palabras me golpean fuerte. Doy un portazo, el sonido retumba por el pasillo del sótano. Que se quede en el frío y la oscuridad. Que se pierda en sus pensamientos.

En el pasillo, me apoyo contra la pared. Mis manos tiemblan.

Ella vino aquí armada con la hoja de una profesional. Ha estado jugando conmigo desde el principio, y la dejé porque estaba

demasiado enfocado en la venganza para ver lo que tenía delante.

Pero entonces, ¿por qué dejarme amenazarla? ¿Por qué no pelear cuando claramente tiene las habilidades?

¿Qué eres realmente, Sofia Rosetti?

No la princesa. No la víctima. Algo completamente distinto.

Y no voy a matarla hasta entender por qué.

Subo las escaleras hacia mi sala de vigilancia y enciendo las cámaras del sótano. La observaré en los monitores, veré cómo se libera con movimientos demasiado entrenados, demasiado precisos para una princesa consentida. Miraré cómo el camisón se sube por sus muslos mientras trabaja, revelando más de esa piel suave que no debería desear probar.

Mi polla late mientras me acomodo en la silla, múltiples ángulos de ella llenando las pantallas. Ya está trabajando en las ataduras, su mano libre moviéndose con una eficiencia inquietante. Profesional. Entrenada. Letal.

Agarro con fuerza el brazo de la silla hasta que los nudillos se me ponen blancos, con la fuerza suficiente para doler. El dolor no disminuye el calor que crece en mi columna mientras la observo arquear la espalda, probando la resistencia de las ataduras restantes. El algodón delgado se pega a sus pechos, marcando cada curva.

Mi mano se mueve para acomodar mi erección dolorosa, demorando más de lo que debería, y el ajuste se transforma en una caricia, y antes de darme cuenta tengo la verga en la mano, los ojos pegados a la pantalla, aunque solo piense en cómo matarla.

No sé cuánto tiempo me quedo allí, viéndola trabajar en las ataduras. Mi mano se mueve más rápido sobre mi polla cuando libera su otra muñeca, que debí atar más floja de lo que pensé. Con ambas manos libres, puede agacharse y alcanzar el cuchillo en el suelo, que usa para desatar sus tobillos. La manera en que se mueve —eficiente, calculada—solo confirma lo que sospechaba. Esta mujer está entrenada. ¿Militar? ¿Inteligencia? ¿Otra cosa?

Debería estar furioso. En cambio, me estoy masturbando como un adolescente, viendo cómo se frota las muñecas para que le vuelva la circulación.

Cuando se pone de pie, estira los brazos por encima de la cabeza, arqueando la espalda. El camisón se sube más, y me aprieto con más fuerza, odiando mi debilidad. Odiando estar masturbándome por la mujer que hizo que mataran a mi hermano.

Pero no me detengo.

Ella recorre la habitación, examinando cada herramienta en la pared con interés profesional. No miedo—curiosidad. Pasa los dedos sobre una hoja dentada, prueba la punta de un gancho en la yema de su dedo. La intimidad del gesto me hace gemir.

Entonces mira directamente a la cámara, y me quedo petrificado. ¿Podrá ver la luz roja? ¿O simplemente sabe instintivamente dónde estarían las cámaras? Esos ojos azules miran directo hacia mí, y por un momento enfermizo imagino que puede verme con la verga en la mano, observándola como un maldito pervertido.

Aparto la mano de golpe, asqueado de mí mismo. De ella. De lo que sea que es este retorcido juego entre nosotros.

Pero no puedo obligarme a apartar la mirada de los monitores. Sofia se ha acomodado de nuevo en la silla, las piernas cruzadas en los tobillos, como si estuviera esperando tranquilamente una reserva en un restaurante, en lugar de estar sentada en una cámara de tortura. La calma es inquietante. Calculada.

Estoy enfermo. Asqueado de mí mismo. Pero no puedo dejar de mirarla, y pronto mi mano vuelve a masturbarse en mi polla. Me vengo fuerte en la mano, la vergüenza ardiendo en mí como ácido.

6 - Sofia

El sótano está helado. Eso es lo primero. Ese tipo de frío que se mete en los huesos y se instala allí como si fuera el dueño del lugar.

Mi muñeca izquierda palpita donde la correa de cuero todavía muerde mi piel, y mi cuerpo recuerda el calor de los dedos de Alexei cuando la aseguró. Cortó la atadura de mi mano derecha antes de salir furioso, dejándome a medio atar en esta silla de tortura, como un pensamiento sin terminar. El cuchillo que tenía amarrado al muslo está en el piso de concreto, apenas fuera del alcance de mi mano libre. Seguro lo tiró ahí después de descubrirlo, después de examinarlo con esos ojos pálidos que no se pierden de nada.

Pero no sin antes rozar mi muslo con sus dedos, y tuve que morderme para no soltar un gemido que no tenía nada que ver con el miedo.

Poniendo a prueba el ángulo, me estiro tan lejos como la atadura lo permite. Mis dedos rozan el mango de la hoja, pero no logran agarrarlo. El cuero se clava más hondo en mi muñeca con cada intento, dejando ya marcas que para la noche se pondrán moradas.

Hay otra manera. Una que va a doler.

Sujeto mi pulgar izquierdo con la mano derecha, respiro hondo y jalo. La articulación se resiste, luego cede con un chasquido húmedo que resuena en las paredes de concreto. El dolor sube por mi brazo, brillante e inmediato, pero ya lo he hecho antes. Nico me enseñó la técnica hace años, aunque nunca imaginó que la usaría para escapar de una cámara de tortura rusa.

Ni que pelearía contra la loca necesidad de quedarme.

Mi mano se libera de la correa, el pulgar colgando en un ángulo antinatural. Lo sujeto de nuevo y lo regreso a su lugar con un quejido que no alcanzo a tragarme. La articulación late, ya inflamándose, pero funciona cuando flexiono los dedos.

El peso del cuchillo en mi palma me da seguridad, aunque mi pulso se acelera solo de pensar en que Alexei me descubra

desaparecida. No de miedo. Algo más oscuro, más perturbador. Algo que me hace presionar los muslos pese al frío del concreto bajo mis pies desnudos.

Podría escapar ahora. Forzar la cerradura, deslizarme por su complejo como el fantasma en que me convertí. Pero huir significa abandonar respuestas sobre Mikhail, sobre las palabras rusas que me atormentan en sueños. Sobre por qué el dolor de Alexei se siente como propio, retorcido y errado pero imposible de negar.

No. Me quedo. Pero a mi manera.

El camisón cuelga de mí como un costal de papas. Algodón áspero, sin forma, diseñado para arrancar la dignidad junto con el estilo. El mensaje es claro: aquí no eres nada. No eres la princesa Rosetti. Ni siquiera vales ropa decente.

Todavía me arde la piel donde él me miró esta mañana, su mirada recorriendo la tela delgada como una caricia física.

La mesa de metal atornillada al centro del cuarto brilla bajo las luces fluorescentes, y yo trabajo alrededor de ella, usando su superficie como mesa improvisada. Elijo una hoja pequeña de su pared de herramientas. El filo brilla, recién afilado, seguramente usado para trabajos delicados, del tipo que interesarían a Luca. El metal está frío en mi mano, y me pregunto de quién habrá sido la sangre que probó por última vez. El pensamiento me recorre la espalda con un escalofrío oscuro. Esto es lo que él hace, quien es él. Y yo uso sus propias herramientas para rehacerme.

El primer corte transforma el escote, creando una V sutil que de verdad favorece en vez de ahogar. Trabajo metódicamente, cada tajo es deliberado, pero mi mente vuelve una y otra vez a sus dedos en mi cuello, a la presión cuidadosa que me mojó en vez de asustarme. Mis manos tiemblan al cortar otra costura, y me repito que es por el frío.

Mentiras. Hasta a mí misma me miento.

Ajustar la cintura me lleva varios intentos. Pellizco la tela, corto, anudo el exceso en pliegues decorativos a los lados. Cada modificación es un acto de rebeldía, pero también algo más. Mientras el vestido toma forma, aferrándose a mis curvas en vez de ocultarlas, imagino su reacción. Cómo sus ojos pálidos se van a oscurecer, cómo su control podría destrozarse.

Pensar en eso me hace sentir calor entre las piernas, y me odio por ello.

El dobladillo lo acorto hasta la mitad del muslo. No es escandaloso, pero sí suficiente para mostrar que tengo piernas, que soy mujer y no un bulto de harina. Un tajo a un lado permite moverme mejor, práctico y con un toque de elegancia discreta. Pasan horas mientras trabajo, el movimiento repetitivo casi me calma, aunque cada ajuste me mantiene hipersensible a mi propio cuerpo. Cómo el algodón áspero roza mis pezones. La piel expuesta al aire frío.

Me reflejo en el metal de un instrumento quirúrgico. Cabello salvaje, mejillas encendidas por el esfuerzo, el vestido pegado a curvas que no debería querer que él note. Me veo como lo que soy: una mujer jugando un juego peligroso con un hombre capaz de destruirme.

¿Lo peor? Que una parte oscura y rota de mí quiere que lo intente.

Cuando al fin me alejo para mirar con perspectiva, la transformación está completa. Lo que fue diseñado para humillar se ha convertido en mi armadura. El algodón áspero ahora abraza mis curvas, el diseño improvisado da la impresión de que elegí esta prenda en vez de que me la impusieran.

Pero mis dedos tiemblan sobre la tela, recordando lo fácil que fue para él levantarme, cargarme, dominarme. Cómo mi propio cuerpo me traicionó deseando más.

La puerta se abre sin aviso. Un guardia entra, joven, tal vez de veinticinco, con esa postura rígida que grita entrenamiento militar. Lleva una charola: pan negro, agua, algún tipo de carne gris que tal vez fue comida en otra vida.

Lo coloca en el suelo, cerca de la silla, cuidando de mantenerse fuera de mi alcance. Inteligente. O bien entrenado. Sus ojos permanecen fijos en la pared detrás de mí con una intensidad que habla de consecuencias.

—Gracias —digo, modulando mi voz suave y cálida. La princesa, no el arma.

Nada. Su mandíbula se tensa, pero su mirada no vacila.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí abajo? —intento de nuevo.

Silencio. Sus manos se cierran apretadas a los costados.

—¿Cómo te llamas?

Da media vuelta y se va. La cerradura suena tras de él con una firmeza definitiva.

Su silencio pesa más que las palabras. En mi mundo, los hombres que no miran a las mujeres o son santos o siguen órdenes respaldadas por la violencia. Este chico no es ningún santo.

La manera en que mantuvo sus ojos tan rígidamente apartados, la distancia cuidadosa. Algo en eso me recuerda cosas que he escuchado de pasada, patrones que he observado. Los hombres que temen involucrarse suelen tener buenas razones. Y en organizaciones como la nuestra, esa razón casi siempre es su jefe dejando bien claras las consecuencias.

Tiene miedo. No de mí, sino de lo que podría pasarle si lo descubren mirándome, hablándome. La disciplina rígida habla de órdenes estrictas, del tipo que viene acompañada de castigos severos ante la desobediencia.

Ese pensamiento acelera mi pulso. Me hace preguntarme qué más ha reclamado Alexei como suyo y solo suyo.

Pero noté el teléfono sujeto a su cinturón. Un modelo Android antiguo, de esos con seguridad mínima. El leve bulto del estuche sugiere que siempre lo guarda en el mismo lugar, probablemente lo saca un montón de veces durante un turno. Costumbre. Predecible.

Tampoco revisó mis ataduras. No notó los grilletes de cuero colgando vacíos, ni que ahora estoy sentada en la silla por elección y no a la fuerza. Estaba tan concentrado en no mirarme que olvidó realmente verme.

Descuidado. Y justo lo que necesito.

Como la comida insípida porque mi cuerpo necesita energía, aunque cada bocado me recuerda la noche anterior. Alexei alimentándome con su propia mano, sus dedos rozando mis labios, la forma en la que miraba mi boca como si quisiera devorarme. Cuento los segundos entre cada bocado, calculo el tiempo basándome en el ritmo de pasos que escucho ocasionalmente detrás de la puerta. Cambios de guardia cada dos horas. Ruido de cocina que debe ser la preparación de la cena, por cómo se siente el ambiente, como si fuera principio de la noche.

Cuando el recinto al fin se queda en silencio, salvo por algún que otro paso ocasional, calculo que ya es pasada la medianoche. Horas de guardia mínima, cuando incluso los criminales duermen.

Hora de moverse.

Desprendo la ganzúa del lugar donde está escondida en mi cabello, en la nuca, cubierta por mis mechones sueltos. La cerradura

del sótano tarda cuarenta segundos. Menos de lo habitual porque la adrenalina hace que mis dedos sean ágiles y seguros. El pasillo se extiende oscuro y vacío, con luces de emergencia que proyectan sombras largas donde podría esconderse cualquier cosa. Podría esconderse él.

Mi cuerpo se tensa ante el pensamiento, los pezones se endurecen bajo el vestido alterado. Contrólate, Sofia.

Ya conozco la ruta. Subir las escaleras, atravesar el corredor principal, pasar frente a la sala de monitoreo donde seguro alguien mira las pantallas. Pero a esta hora, observar se vuelve monótono. Los ojos pesan. La atención se dispersa.

La puerta de su estudio está, por supuesto, cerrada con llave. Esta me toma un minuto entero. Mecanismo más sofisticado, probablemente de fabricación alemana. Pero las cerraduras son solo rompecabezas, y siempre se me han dado bien los rompecabezas. Y con las herramientas de Milo, resulta más fácil.

Adentro, la oscuridad solo es quebrada por la luz de la luna filtrándose a través del vidrio blindado. Mis ojos se adaptan rápido, recorriendo cuero y caoba, y entonces su aroma me golpea. Ámbar impregnado en todo, como si hubiera marcado este cuarto como suyo. Odio la manera en que me hace endurecer los pezones bajo el algodón áspero. Mi cuerpo no entiende que él es el enemigo. Solo reconoce su cercanía, su toque, el recuerdo de sus dedos en mi boca.

Sobre su escritorio descansa un bonsái, meticulosamente cuidado. ¿Acaso no dijo que Mikhail solía cultivar bonsáis? Entonces, ¿por qué está ese árbol aquí? Una de las ramas ha sido podada recientemente. Hay algo tan cuidadoso, tan paciente en el gesto. Las mismas manos que rodearon mi garganta cuidan este árbol delicado.

Busco registros, pruebas, cualquier cosa que explique por qué sueño con un niño ruso llamando mi nombre. Su sistema de archivo es predecible. Alfabético, cronológico, codificado por color según tipo de operación. Manifiestos de embarques, expedientes de personal, registros financieros. Todo útil para entender su organización, pero nada sobre niños que se conocieron hace once años.

Entonces lo veo. Un marco plateado en la estantería, parcialmente oculto detrás de volúmenes encuadernados en cuero.

La foto muestra a dos chicos en un bote, con el sol brillando en el agua detrás de ellos. Uno claramente es Alexei, tal vez de dieciséis años, esos ojos pálidos inconfundibles incluso entonces, pero de

alguna forma más suaves, sin la coraza que siempre he visto. El otro debe ser Mikhail. Cabello más oscuro, rasgos más dulces, un brazo echado sobre los hombros del hermano menor. Ríen de algo que queda fuera del encuadre.

Tomo el marco con dedos temblorosos, estudiando el rostro de Mikhail. Me obligo a recordar. Este Alexei más joven, tan distinto del depredador controlado que me tiene cautiva, hace que algo se quiebre en mi pecho. Solo era un chico que amaba a su hermano.

Un destello me sacude, repentino, violento. Sol sobre el agua, pero distinto. Un jardín. Una voz de niño, emocionada: —Sofia, mira esto…— Su voz, joven, brillante y llena de vida.

Luego nada. El recuerdo se cierra de golpe como una puerta en mi cara.

El pecho se me parte de dolor por un niño al que no termino de recordar haber amado. Las lágrimas me empañan la vista antes de poder detenerlas. ¿Cómo se llora a alguien que ya olvidaste? ¿Cómo cargas la culpa de un crimen que no recuerdas haber cometido?

Me tiembla la mano al devolver la foto a su lugar, pero no queda exactamente igual. El ángulo un poco desviado, el marco girado apenas. El temblor sube por mi brazo, volviéndome torpe. Al girarme para irme, mi codo tropieza con una pluma fuente sobre el escritorio. Rueda, pero la agarro antes de que caiga al suelo.

La caseta del guardia está a mitad de camino de regreso al sótano. Por la puerta, veo a mi chico de los recados de antes desplomado en su silla, sus suaves ronquidos rompiendo el silencio. Su teléfono descansa sobre el escritorio a su lado, pantalla apagada.

Contengo la respiración, entro. Él no se mueve. El teléfono se desbloquea al tocarlo. Sin contraseña. Un error de principiante que lo mataría en la organización de mi familia.

Abro la app de mensajes, tecleo rápido al número desechable de Nico que memoricé:

Viva. Complejo Volkov. Recopilando información. No extraigan. Estoy cerca de algo. Contactaré cuando pueda. S

Enviar. Borrar el mensaje. Vaciar la carpeta de eliminados recientes. Cerrar la app. Devolver el teléfono exactamente donde estaba, en el mismo ángulo, la pantalla mirando en la misma dirección.

El guardia sigue roncando, ajeno a todo.

De vuelta por pasillos que ahora me resultan más familiares, aunque cualquier sombra podría ocultarlo, y mi cuerpo responde ante esa posibilidad con una anticipación vergonzosa. Entro al sótano que se ha convertido en mi reino temporal. Vuelvo a cerrar la puerta desde dentro, un truco que me llevó años perfeccionar pero que en momentos como este vale oro.

Me acomodo en la silla donde él me dejó, no atada, pero esperando. Serena. Arreglada como si nunca me hubiera ido, para quien solo mire por encima. Pero el camisón transformado cuenta otra historia, ahora ceñido donde antes era holgado, deliberado donde antes era degradante.

Mis pensamientos giran de nuevo hacia esa fotografía. La risa de Mikhail congelada en el tiempo, tan distinta a la sangre y los gritos de mis pesadillas. Parecía feliz. Joven. Vivo. Y Alexei a su lado, desprotegido y genuino de una forma que me hace doler el pecho.

¿Por qué sueño contigo? le pregunto al fantasma en mi memoria. *¿Por qué tu nombre me sabe a hogar?*

El sótano no ofrece respuestas, solo el eco de mi respiración y el zumbido lejano de los sistemas de ventilación. El frío se pega a mis piernas desnudas, pero por dentro ardo. Culpa, deseo, confusión, todo enredado.

Pienso en el rostro de Alexei cuando hablaba de su hermano. El dolor allí era real, crudo, tenía once años pero aún sangraba. Es un monstruo que guarda cuartos de tortura y hace que sus hombres teman mirarme a los ojos. Pero amaba a Mikhail. Y de alguna forma, creo que yo también lo hacía.

El vestido ahora se siente como una armadura. Aliso el algodón áspero sobre mis muslos, admirando mi trabajo bajo la luz fluorescente, aunque soy muy consciente de cómo se pega a la piel, de cuánta pierna revela, de cómo me mirará él cuando lo vea. Esto es lo que hago. Tomo lo que me dan y lo hago mío. Quiso romperme hasta dejarme en nada. Yo me reconstruí en algo más fuerte, más filoso.

Algo de lo que no podrá apartar la mirada, y detesto cuánto me importa eso.

Me siento en la silla y espero, espalda recta, manos en el regazo, perfectamente compuesta para lo que venga. Mi cuerpo vibra de anticipación y me niego a reconocerlo.

Que venga. Estoy lista.

O al menos eso me repito.

Pasos en las escaleras. Rápidos, pesados, subiendo de dos en dos. No es el andar medido de un guardia, ni el cuidado de quien intenta pasar desapercibido. Alguien tiene prisa.

El corazón se me acelera desbocado.

La puerta se abre de golpe, tan fuerte que golpea la pared de concreto.

Alexei está en el umbral, el pecho subiendo y bajando como si hubiera estado corriendo. Su camisa blanca está salida del pantalón, mangas arremangadas mostrando esos antebrazos que antes me sujetaron, el cabello revuelto como si se lo hubiera pasado los dedos demasiadas veces. Pero son sus ojos los que me congelan. Salvajes, furiosos, y con algo más que no puedo nombrar. Algo que parece hambre apenas contenida.

Su mirada me recorre sin piedad, tomando todo de una vez. Las ataduras vacías colgando de los brazos de la silla. Mi cuchillo descansa sobre mi regazo. El camisón que iba a humillarme, ahora convertido en algo que marca cada curva que no quiero que note.

El aire entre nosotros chisporrotea, eléctrico y peligroso. Puedo olerlo desde aquí, ámbar y humo y furia masculina, y mi cuerpo reacciona como si ya me estuviera tocando.

Me mantengo perfectamente quieta, las manos cruzadas sobre la hoja, sosteniendo su mirada con calma aunque el calor me invade entera.

—¿Qué demonios —resopla, la voz áspera como grava y pecado— has hecho?

7 - Alexei

—¿Qué carajos hiciste?

Ella levanta la mirada desde la silla, y por Dios, está sentada ahí como si fuera la dueña del lugar. Sin ataduras. Las correas cuelgan vacías de los brazos de la silla. El cuchillo, su cuchillo que yo había arrojado al piso, ahora descansa sobre su regazo, recuperado a pesar de que lo coloqué estratégicamente lejos.

Apenas he dormido. Cuando finalmente me rendí, fui a mi estudio para servirme un vodka. Fue entonces cuando lo vi. La pluma fuente estaba dos pulgadas a la izquierda de donde debía estar. Siempre la mantengo perfectamente paralela al borde del escritorio. Siempre. Es un hábito de la infancia, cuando saber si algo había sido movido significaba la diferencia entre estar a salvo o una puñalada en la oscuridad. Mi padre me inculcó esa paranoia a golpes hasta que se volvió tan natural como respirar.

Así que supe, sin duda, que la pluma había sido movida.

La miré en la oscuridad previa al amanecer, el vodka olvidado en mi mano. Alguien estuvo en mi estudio. Alguien tocó mis cosas, violó mi espacio, atravesó mis defensas como si no existieran.

Chert voz'mi. Saqué las grabaciones de seguridad en mi celular, rebobinando la noche. Ahí estaban, los mismos intervalos de quince segundos que había notado antes. Los consideré sospechosos, pero no los había relacionado con ella. Demasiado concentrado en la llamada de mi madre, en las lágrimas de Sofia por mi hermano.

Qué demonios.

Subí las escaleras de dos en dos, la rabia creciendo con cada paso.

Y ahora, ella se sienta frente a mí como una reina en su trono, las piernas cruzadas y una pequeña sonrisa en su rostro perfectamente sereno. La tosca bata de algodón se ha transformado en algo que realmente le queda, ajustada en la cintura, recortada para mostrar sus piernas, una abertura a un lado.

El aroma me golpea. Ya no es solo cloro, sino algo más. Ella. Ha cambiado este cuarto estéril solo con su presencia.

—Responde la maldita pregunta —gruño, entrando a la habitación.

Ella ladea la cabeza, estudiándome con esos ojos azules que no dejan entrever nada. Una breve pausa, y luego: —Me dejaste aquí durante horas. Me aburrí.

¿Aburrida? Se aburrió y decidió reinventarse usando herramientas diseñadas para sacar confesiones a asesinos endurecidos.

—Usaste mis cuchillos para hacerte un vestido.

Ella carraspea suavemente antes de contestar. —Las herramientas estaban justo ahí. —Señala la pared donde cuelga mi colección. Cuchillas serradas, ganchos, instrumentos que le han sacado gritos a hombres el doble de su tamaño.—Parecía un desperdicio no usarlas.

No puedo dejar de observar la transformación. La tela resalta curvas que debía ocultar. Ha convertido mi castigo en armadura, mi crueldad en algo casi elegante. La precisión de los cortes, la manera en que recogió el material sobrante. Esto no es trabajo de aficionada.

—Párate.

Ella se levanta, tan grácil como una bailarina, el cuchillo en la mano. Sin miedo. Sin dudar. La luz de la única bombilla encima convierte su piel en perla.

—Dámelo.

Ella lo extiende, con el mango por delante. Demasiado fácil. Demasiado dócil. Lo tomo, buscando el engaño que sé que está ahí, pero no lo encuentro.

—Alguien estuvo en mi estudio esta noche.

Su expresión no cambia.—¿En serio?

—No. —Me acerco, y ella no se mueve ni un centímetro. Su piel irradia una calidez que siento desde aquí.—Una pluma movida. Cámaras con apagones de quince segundos. Los mismos que documenté antes. No fueron fallas aleatorias. Sabotaje deliberado. Y tú— señalo las correas vacías, su vestido modificado, la forma casual en que se ha sentado aquí — claramente no estuviste en esa silla todo el tiempo.

—He estado en este sótano desde que te fuiste. Tus cámaras lo confirmarán.

—Mis cámaras muestran apagones en intervalos exactos. Alguien los creó con un dispositivo. Equipo profesional.

Un silencio. —¿Cableado defectuoso? Este lugar no es precisamente un ejemplo de remodelación moderna.

La evasiva me hace apretar la mandíbula.—¿Dónde está el dispositivo?

—¿Qué dispositivo?

—El que abrió estas cerraduras. El que causó esos apagones en las cámaras. —Ahora la rodeo, depredador evaluando a su presa, buscando algún indicio que la delate. *Ty dumaesh', chto ya durak?* ¿Crees que soy idiota?—No lograste esto solo con buenas intenciones y una oración.

—Quizá quien irrumpió en tu estudio simplemente es ingenioso. —Me sostiene la mirada, firme.—O quizá, simplemente, estás viendo patrones donde no existen.

—Oh, claro que estuviste ahí.

—Pruébalo —dice ella—. Demuestra que estuve en otro lugar que no sea aquí.

El desafío queda flotando entre nosotros. Ella sabe que no puedo. Sea lo que sea que hizo, como lo haya logrado, cubrió perfectamente sus huellas. Aprieto el puño alrededor de su cuchillo.

Cada minuto que se mantiene ahí tan tranquila, se adueña más de esta situación. Más de mí.

Le agarro el brazo y empiezo a arrastrarla hacia las escaleras. Mi agarre le dejará moretones.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar con mejor luz.

—Alexei—

—Camina.

La arrastro por los pasillos que apenas empiezan a moverse con el turno de la mañana. Los guardias miran el vestido transformado, y apartan la vista rápidamente al encontrarse con mi expresión. Bien. Saben que no deben mirar mis cosas.

La puerta de su suite se abre de un solo golpe bajo mi mano. La empujo adentro y cierro con llave tras nosotros. La luz de la mañana se filtra a través de las ventanas enrejadas. Blanca, dura, implacable, lo revela todo.

—Despílete —ordeno, dándome la vuelta para enfrentarla—. Voy a revisarte bien. Voy a encontrar lo que sea que estás ocultando.

Se queda completamente quieta.—¿Qué?

—Me oíste. Quítatelo. Estás escondiendo algo. Una herramienta, un dispositivo, algo que te permitió escapar y meterte en mi despacho. Desvístete, o lo haré yo por ti.—

—Te dije—

—No me dijiste nada.— Me muevo rápido, acorralándola contra la pared, su propio cuchillo en su garganta. No la corto, solo le prometo. —Esto termina ahora. Desvístete.—

Su pulso salta bajo la hoja, pero su voz permanece firme. —Vas a tener que hacerlo tú mismo. No te la voy a poner fácil.—

Algo oscuro se enciende en mi pecho. *Upryamaya devchonka*. Chiquilla terca. Está bien. Si quiere jugar a esto así.

Le doy la vuelta al cuchillo, engancho la hoja bajo la tira que fabricó tan cuidadosamente. Horas de trabajo a punto de ser destruidas.

—Última oportunidad.—

—Hazlo.— Su barbilla se eleva, desafiante hasta el final. —Destruye algo más mío. Eso sí se te da bien.—

El cuchillo corta el algodón como si nada. Una tira cae, luego la otra. Paso la hoja por el centro y la tela se abre, revelando la piel pálida debajo. Ella no se estremece. No se cubre. Solo me mira con esos ojos azules mientras el vestido destrozado se acumula a sus pies.

No lleva nada debajo. Por supuesto que no. No le di nada para ponerse bajo el áspero algodón. Otra pequeña crueldad que ahora se vuelve en mi contra, porque está desnuda y no siente vergüenza, sosteniendo mi mirada como si estuviera completamente vestida.

Huele a desafío y a algo que solo es de ella. No es miedo, nunca miedo con esta mujer.

—Manos en la pared. Abre las piernas.—

Obedece despacio, a propósito, haciéndome esperar cada movimiento. Sus palmas se apoyan contra la pared, los pies separados a la altura de los hombros. La luz dura de la mañana se desliza por su piel, remarcando la piel erizada por el frío. Su piel está fría bajo mis palmas, pero se calienta rápido.

La reviso a fondo, tratando de mantener mi toque profesional. Mis dedos tiemblan mientras rozan sus costillas. Me digo que es por la rabia.

Comienzo por sus brazos. Paso mis manos de hombros a muñecas, buscando algo pegado o escondido. Nada. Después su torso.

Anoto cada curva de manera profesional. Mi cuerpo no entiende de profesionalismo. Mi verga se endurece aunque le ordeno que pare. Se trata de encontrar pruebas. Nada más.

Carajo, su piel es tan suave.

Nada escondido. Nada más que piel cálida bajo mi mano.

Sus caderas, la curva de su cintura, bajando por sus muslos donde estuvo amarrado su cuchillo. La piel ahí todavía tiene las marcas suaves de la funda. La parte trasera y externa de sus piernas, detrás de sus rodillas, sus pantorrillas, tobillos, entre los dedos de los pies.

Nada.

—Date la vuelta.—

Ella lo hace, ahora de frente, con esa misma calma que me dan ganas de sacudirla hasta que algo real se le salga del pecho. Vuelvo a revisar. Ahora por delante. Trato de no notar cómo sus pezones se erizan por el frío, cómo su respiración cambia cuando mis manos rozan ciertos lugares. El hueco de su garganta, sus clavículas, el espacio entre sus pechos.

Bajo sus pechos, a lo largo de sus costillas donde encuentro una cicatriz fina. Mis dedos se quedan ahí, preguntándose de qué otra violencia sería capaz.

Cada centímetro que registro, ella se adueña más de mí. Esto se supone que es sobre control, pero no el de ella.

Y todavía nada.

Mis ojos bajan a sus muslos, al espacio entre ellos. El único lugar donde no he buscado. Podría esconder algo ahí, dentro de…

Llevo mi mano hacia abajo. Ella se tensa. La primera fisura real en su compostura.

Pero paro. Algo me detiene. Siento que está mal, invasivo de una forma en que nada de lo anterior ha sido. Demasiado íntimo. Demasiado parecido a otra cosa.

Bajo la mano. Ella sabe que ganó esta ronda.

—¿Encontraste lo que buscabas?— me pregunta, su voz suave pero con filo de victoria.

—Vístete.—

—Destruiste mi vestido.— No se mueve a cubrirse, solo se queda ahí parada como una diosa esculpida en mármol. —El que pasé horas haciendo.—

—Entonces ponte otra cosa.— Señalo el armario donde cuelgan vestidos idénticos, sin forma. —A menos que planees quedarte

desnuda.—

—¿Quieres que me ponga otro saco para cortármelo después?—

—Quiero que dejes de ser un problema.—

—Entonces no debiste haberme secuestrado.—

Ella toma un vestido limpio del armario, el algodón deslizándose por su piel en un susurro. La tela sin forma esconde sus curvas, volviéndola de nuevo la prisionera que se supone debe ser.

—No sales de esta habitación— le digo, retrocediendo hacia la puerta porque si me quedo, haré una tontería. Algo que mi cuerpo exige aunque todo en mi cabeza diga lo contrario. —Guardias en la puerta todo el tiempo. Cámaras vigilando constantemente. Cada segundo.—

Ella se sienta al borde de la cama, mirándome con esos ojos que ven demasiado. —Revisaste cada centímetro de mi cuerpo y no encontraste nada. Quizás estoy diciendo la verdad. Quizá nunca salí de ese sótano.—

—¿Y la pluma?—

Una pausa mínima. —Tal vez tú mismo la moviste y se te olvidó. Pareces… estresado.—

El tono burlón me tensa la mandíbula. Ganó y lo sabe. No puedo probar nada. *Ona menya unichtozhit*. Ella va a destruirme.

Cierro la puerta de un portazo al salir y activo todas las cerraduras. En el pasillo, me detengo.

Ella se metió en mi despacho. Sé que lo hizo, pero no puedo probarlo. Se quedó desnuda frente a mí y de alguna manera mantuvo el control. No era yo el que mandaba en esa habitación. Era ella, desnuda, revisada y aún así ganando. El expuesto era yo.

8 - Sofia

El vestido llega acompañado de un collar.

La seda roja se derrama sobre mi cama como sangre derramada, la tela tan fina que es prácticamente transparente. A su lado reposa un delicado collar de oro; su cadena, tan sutil como una telaraña hasta que notas el candado. De esos que necesitan la llave de otra persona.

Han pasado horas desde que encontró evidencia de mis paseos nocturnos. Horas de sus ojos pálidos siguiendo cada uno de mis suspiros, buscando grietas en mi actuación. Horas de desvíos cuidadosos, interpretando a la princesa confundida que no podría abrir candados ni desactivar cámaras.

Y ahora, esto.

Levanto el collar y encuentro exactamente lo que sospechaba: un localizador de grado militar, incrustado en el oro. El mensaje es claro: esta noche no asisto a una reunión de la bratva. Esta noche, me exhiben como su pertenencia.

La seda se desliza sobre mi piel como el agua. Está cortado para mostrar mucho más de lo que oculta, el escote cae peligrosamente profundo, la espalda completamente descubierta salvo por finísimas cadenas doradas. Cuando me muevo, el vestido se desplaza como humo, dejando toda mi pierna expuesta por una abertura que sube peligrosamente alto. Debió mandar a alguien a tomar mis medidas mientras dormía.

La puerta se abre sin previo aviso. Alexei aparece en el umbral con un traje negro que hace que sus ojos pálidos luzcan como hielo invernal. Su mirada recorre mi cuerpo lentamente, y lo siento como si sus manos me tocaran.

—Date la vuelta —ordena en voz baja.

Obedezco, dejando que vea lo poco que queda del vestido por detrás. Escucho cómo suelta el aire de golpe, siento el peso de su mirada sobre mi espalda desnuda.

—El collar —dice, su voz más áspera ahora—. Ven aquí, kotyonok.

Sus dedos apartan mi cabello, dejando mi cuello expuesto. El peso del collar se asienta contra mi garganta, el metal frío que comienza a entibiarse al contacto con mi piel. El candado hace clic con una decisión final.

Sus manos quedan un momento en mi nuca, sus pulgares acarician la piel sensible justo bajo mi cabello. Cada caricia dispara chispas por mi espalda, endureciendo mis pezones bajo la tela delgada.

—Perfecta —murmura, su aliento caliente contra mi oído—. Te ves exactamente como lo que eres.

—¿Y qué soy?

Su pulgar recorre el límite entre el metal y mi piel.—Propiedad.

La palabra hace que el estómago se me retuerza, vacío y hambriento.

En el auto, su mano reclama mi muslo, sus dedos se extienden posesivos sobre la seda. Su pulgar traza círculos desesperantes, cada giro manda calor directo entre mis piernas.

—Recuerda las reglas —dice, con la mirada en el frente pero toda su atención puesta en mí—. No hablas con nadie a menos que yo lo permita. No miras a nadie directamente. Eres una princesa Rosetti rota, completamente conquistada, sabiendo cuál es su lugar.

—¿Y si alguien me habla?

Su mano se endurece, dedos clavándose en mi carne suave.—No lo harán. Saben a lo que se arriesgan.

—¿Pero si lo hacen?

Entonces se vuelve hacia mí, y algo depredador en su expresión me corta la respiración.—Entonces yo me encargaré.

La forma en que dice “encargar” me hace pensar en sangre sobre mármol, en huesos quebrándose bajo sus manos. Me estremezco solo de imaginarlo reaccionando así ante sus propios hombres por mí.

—¿Por qué exhibirme públicamente? —pregunto, dejando que la curiosidad real se asome—. Si sospechas que oculto algo, ¿por qué arriesgarte?

Su sonrisa es tan filosa como el invierno.—Porque a veces la mejor manera de sacar los secretos de alguien es aplicando la presión adecuada en público. Te controlas perfectamente cuando estamos solos, sofiyushka. Pero rodeada de mi gente, usando mi collar, actuando como mi pertenencia, ¿cuánto tiempo durará ese control perfecto?

No se equivoca. El peso del collar, el vestido que me hace sentir desnuda, su mano en mi muslo, todo me mantiene desequilibrada. Mis pezones están duros, visibles bajo la tela fina, y sé que él lo nota.

La opulencia de la propiedad abruma los sentidos: candelabros de cristal descomponiendo la luz sobre pisos de mármol, hombres en trajes haciendo negocios en rincones. El aire huele a puros cubanos.

Las conversaciones mueren en cuanto entramos. Todas las miradas se clavan primero en mi collar, luego en el vestido indecente, luego en la mano de Alexei, extendida con posesión sobre la parte baja de mi espalda. Ven exactamente lo que él quiere que vean: Sofia Rosetti, conquistada, luciendo la marca Volkov en la garganta.

Permanezco callada a su lado mientras él hace negocios, desempeñando el ornamento perfecto mientras memorizo cada detalle. Nombres, ubicaciones mencionadas, quién habla con quién. El collar se mueve con cada respiro, recordándome constantemente mi papel. Otras mujeres lucen joyas, pero ninguna la propiedad tan descaradamente.

Capto susurros en ruso: *su mascota, completamente rota, mira cómo ni siquiera pelea*. Debo esforzarme en mantener mi expresión neutral, en que no noten que entiendo cada palabra. Cada comentario moja aún más mi entrepierna, enredando vergüenza y deseo. Si supieran que los entiendo, si Alexei sospechara… Mi comprensión del ruso es un secreto tan valioso como mis habilidades de combate.

Después del tercer trago de la noche, todo cambia.

Un teniente se acerca, borracho y tambaleante. Sus ojos recorren mi cuerpo como si fuera carne en el mercado, deteniéndose en donde mis pezones se marcan contra la seda.

—La famosa Sofia Rosetti —balbucea, acercándose más de lo apropiado. Su aliento apesta a vodka—. Alexei, qué suertudo eres. Cuando termines de domarla, ¿tal vez podríamos hablar de hacer algún arreglo para compartir?

Su mano agarra mi trasero con fuerza, los dedos hundiéndose en mi carne a través de la tela fina.

Mi cuerpo reacciona por puro instinto. Mi mano vuela hacia su muñeca, los dedos encontrando los puntos de presión para hacer una llave articular que lo haría caer gritando. Estoy a un latido de

romperle el hueso cuando mi cabeza reacciona y fuerzo a que mi mano se relaje en su lugar.

Pero Alexei lo vio. Sus ojos pálidos siguen el movimiento de mis dedos posicionados hasta mi rostro, notando el ángulo preciso que elegí, la forma perfecta. Está recalculando todo.

El salón de baile ha quedado en silencio, todos mirando para ver cómo Alexei maneja la ofensa de su teniente.

—Tork —dice Alexei suavemente, con la muerte en la voz—. ¿Mencionaste algo sobre compartir?

El teniente borracho asiente, demasiado ebrio para reconocer el peligro.—Solo lo decía como entre hermanos—

—Permíteme compartirte yo algo, mejor.

Alexei agarra la mano de Tork, la que me tocó, y la alza para que todos la vean.

—Esta mano tocó lo que es mío —anuncia—. Quiero ser muy claro. Ella es mía. No nuestra. No negociable. Mía.

El primer dedo se rompe con un crujido húmedo. Tork grita.

—Este dedo la tocó. —¡Crac! El dedo medio se dobla hacia atrás, el hueso atraviesa la piel.

—Y este también. —El anular sigue el mismo destino, sangre goteando sobre el mármol.

Cada fractura hace que mi sexo se tense, la humedad empapando mi ropa interior. Estoy enferma, rota, excitándome por la violencia hecha en mi nombre.

—Cada. —Crac.—Maldito. —¡Snac!—Dedo.

El meñique se rompe al final. Tork se derrumba, sollozando y sosteniendo su mano destrozada.

—Pídele disculpas —ordena Alexei—. Besa su zapato y suplica su perdón.

Tork se arrastra hacia mí, dejando un rastro de sangre. Yo me mantengo inmóvil mientras él presiona sus labios contra mi tacón, murmurando disculpas. El salón observa en absoluto silencio.

—¿Alguien más —Alexei se dirige a la sala, su mano regresando a mi espalda— piensa que lo que es mío está disponible para discusión?

Silencio.

—Bien. Limpien esto.

Mientras seguridad arrastra a Tork, Alexei se inclina, sus labios rozan mi oído.—¿Te gustó, kotyonok?

—No disfruto la violencia —miento, aunque mis pezones están tan duros que duelen y mi ropa interior está completamente empapada.

Su risa oscura me estremece.—Tu cuerpo dice otra cosa. Tus pupilas están dilatadas. Tu respiración, agitada. —Su voz baja.—Te estás escurriendo de ver cómo lo destruí solo por atreverse a tocarte.

El calor me arde en la cara porque tiene razón. Mi sexo late de necesidad, vacío y dolorido por su brutal despliegue de posesión.

Me arrastra por pasillos de mármol, pasando junto a guardias que estudian las paredes al vernos pasar. Una puerta se abre para revelar un estudio privado lleno de madera oscura, cuero y peligro.

Apenas registro el seco chasquido de la cerradura detrás de nosotros antes de que las manos de Alexei estén sobre mí—una se cierra firme alrededor de mi garganta, por encima del collar, la otra se enreda en mi cabello sobre el cuero cabelludo, inclinando mi rostro hacia arriba hasta arquear mi espalda y forzarme a encontrar sus ojos pálidos como el invierno.

—Esa llave articular —gruñe—. Forma perfecta, precisión militar. ¿Dónde aprendió una princesa como usted algo así?

Mi pulso late salvaje contra su palma. Aspiro aire con dificultad, buscando esa expresión sumisa y vacía que me ha protegido hasta ahora, pero él no se deja engañar. No ahora. No después de lo que vio.

—No sé de qué—

Me interrumpe con una risa cruel, negando con la cabeza como si fuera una gatita traviesa que ha mordido demasiado fuerte.—Vuélveme a mentir y haré que Tork te parezca afortunado. —Su otra mano recorre la línea de mi cuerpo, subiendo el vestido hasta que la seda se agrupa en mis caderas. En un solo movimiento, mete los dedos bajo el elástico de mi ropa interior, encuentra el calor entre mis piernas y aparta el último pedazo de dignidad.

Es brusco, deliberado, como si hubiera estado imaginando esto cada noche desde que me tomó. Dos dedos gruesos se hunden en mí de golpe, sin advertencia. El estiramiento es repentino y obsceno, y mi cuerpo—traidor, traidor, traidor—recibe la invasión con un calor resbaloso que cubre su mano.

—Tu boca miente —escupe, hundiendo sus dedos más profundo —, pero tu coño dice la verdad.

Aprieto los labios, luchando por contener el gemido entre mis dientes. No le pienso dar el gusto. Pero él no se detiene, curva los dedos justo así, rozando ese punto que hace que me tiemblen las rodillas. La mano en mi garganta me sostiene, me mantiene enclavada en mi sitio mientras tortura mi cuerpo sin compasión. Su pulgar rodea mi clítoris, lento al principio, luego más rápido, luego una caricia apenas perceptible que me deja jadeando y desesperada.

—La verdad —dice él, marcando cada palabra con una embestida que hace que chispas recorran mi columna—. ¿Dónde aprendiste a pelear?

—Mis hermanos —logro decir entrecortadamente. Técnicamente es cierto— Nico y Dante, sobre todo, me entrenaron en defensa personal, lo básico de ser heredera de la mafia. Pero eso no es lo que él está preguntando, y ambos lo sabemos. Hay algo en mi agarre, en mi postura, en la forma en que casi le rompí la muñeca a Tork con precisión quirúrgica. Algo que nunca quise que él viera.

Él reduce el ritmo, se acerca hasta que sus labios rozan la concha de mi oído. —Intenta de nuevo, sofiyushka. Tus hermanos te enseñaron a disparar, tal vez a lanzar un golpe. ¿Quién te enseñó a matar?

Es como si pudiera ver directamente el catálogo de rostros en mi memoria: los entrenadores, los tutores, el ejecutor que le enseñó a una niña de doce años a desarmar a un hombre adulto antes de que pudiera cortarle el cuello. Pero no digo nada. Me niego a entregarle mis secretos.

Mueve la mano, encuentra un ritmo que debería ser ilegal, sus dedos me follan cada vez más rápido, su pulgar tortura mi clítoris hasta que mis caderas se sacuden involuntariamente, buscando el placer incluso mientras mi mente intenta negarlo. Los sonidos húmedos son obscenos en el silencio de la biblioteca.

—No es suficiente —gruñe, mordiendo las palabras contra mi cuello—. La protección no enseña llaves articulares tan precisas.

Sus dedos se curvan otra vez, y gimo, con el orgasmo acercándose, letal y brillante. Entonces reduce el ritmo, solo lo justo para mantenerme temblando, para mantenerme deseando más.

—Vas a correrte para mí —dice, y no es una petición, no es una seducción, es una orden—. Vas a venirte en mis dedos usando mi collar, después que cincuenta hombres vieron cómo te marqué como mía. Y después vas a contarme todo.

No se detiene, me lleva aún más alto, hasta que tiemblo en su agarre, tan mojada que puedo escuchar cómo empapo su mano con cada embestida. Estoy desesperada, aferrándome al último hilo de compostura mientras él me empuja cada vez más cerca del borde.

—Dilo —ordena—. Di quién eres realmente.

—Yo soy— —mi voz apenas es un suspiro. Intento resistirme, pero añade un tercer dedo, la apertura casi demasiado, y el dolor-placer rompe mis defensas.

—Dilo —repite, follándome sin compasión.

—Yo soy— —las palabras mueren en mi garganta cuando me golpea el orgasmo, violento y punzante, el placer blanco y ardiente irradiando desde mi centro hasta la punta de mis dedos. Me muerdo su hombro, ahogando mi grito contra la lana fina, probando la tela costosa mientras me estremezco y convulsiono alrededor de su mano.

Él me sostiene en pie, ahora suave, cargando mi peso mientras tiemblo con las réplicas del placer. Su rostro está a centímetros del mío, y en su mirada hay algo como respeto, mezclado con el hambre de siempre.

Retira los dedos lentamente, haciéndome gemir por la pérdida. Luego, sin romper el contacto visual, se los lleva a la boca y los chupa, su lengua recorriendo cada centímetro.

—Tienes sabor a secretos —dice, y luego presiona esos mismos dedos contra mis labios—. Pruébate. Sabe lo que tu cuerpo confiesa aunque tu boca no quiera.

Abro los labios, permitiendo que introduzca sus dedos profundamente en mi boca. Me saboreo en su piel, ácido y vergonzoso. Mi lengua se mueve contra sus dedos sin permiso, y su verga se endurece visiblemente contra sus pantalones costosos.

—El entrenamiento de protección de tus hermanos —reflexiona, follando mi boca con sus dedos, usándolos para girar mi rostro hacia la luz—. ¿Esa es tu historia?

Asiento con la cabeza, sus dedos aún en mi boca, aparentando estar sobrepasada aunque mi sexo ya se contrae, ansiosa por más.

Retira los dedos, deslizándolos por mi mentón, mi garganta, dejando una estela húmeda que me estremece.

—Hay más —afirma con certeza—. Sobre lo que eres realmente debajo de esta máscara de princesa.

Se acerca, sus labios rozan mi oído. —Voy a arrancar cada secreto, capa por capa, hasta encontrar a la verdadera tú. Y cuando lo haga, vas a rogar por contarme todo lo demás, solo para sentir mi verga dentro de ti.

La promesa hace que mi sexo palpite aunque la rabia revolotee dentro de mí. Él piensa que me posee. No tiene idea de que yo elegí esto, que estoy reuniendo información incluso mientras mi cuerpo me traiciona.

—Arréglate el vestido —ordena, retrocediendo y acomodando esa erección tan evidente—. Tenemos otra hora, y vas a actuar como la princesa conquistada perfecta. Todos los hombres allá afuera necesitan verte completamente reclamada, oliendo a sexo y sumisión.

Aliso la seda con manos temblorosas. Huelo a deseo, a vergüenza y necesidad desesperada. El collar pesa más ahora, cálido por el calor de mi piel enrojecida.

—Ah, y Sofia —pausa en la puerta—. La próxima vez que te corras, quiero escuchar mi nombre. Alexei.

Me deja allí, con las piernas temblorosas, el sexo aún apretando alrededor de la nada, tratando de entender cómo se supone que debo recolectar información cuando mi cuerpo lo desea como si fuera una droga.

Tratando de no pensar en cuánto deseo que haya una próxima vez.

9 - Alexei

Todavía puedo saborearla.

Han pasado dos días desde la gala. Dos días desde que la arrastré a ese despacho, metí la mano entre sus muslos y la hice venirse en mis dedos mientras un centenar de personas bailaba en la habitación de al lado. Dos días evitando mi mirada en los pasillos, dos días mandándole la comida a su cuarto porque se niega a bajar. Dos días repitiendo todo en mi mente como un disco rayado que no puedo apagar.

El calor resbaloso de su cuerpo. La manera en que se apretó contra mis dedos cuando los curvaba justo como le gustaba. Ese jadeo que intentó tragarse pero que no pudo contener. Y después, cuando aparté mi mano y lamí mis dedos limpio frente a ella, destrozada, furiosa y todavía temblando.

Tenía el sabor a miel y venganza y algo tan único de Sofia que no logro sacar de mi cabeza.

No la he tocado desde entonces. No confío en mí mismo para estar cerca sin hacer alguna estupidez. Algo que pondría en riesgo todo lo que he construido durante once años.

Estoy de pie junto a la ventana de mi estudio, viendo cómo la luz de la mañana se cuela por Chicago. A la ciudad no le importa mi obsesión. No le importa que cada vez que cierro los ojos vea su cara cuando se vino, esa grieta perfecta en su armadura, la forma en que se mordió los labios hasta hacerse sangrar para no gritar mi nombre.

Hoy tengo dos objetivos. Primero, averiguar quién es realmente. Esa llave articular en la gala no fue cosa de aficionados. La forma en que se mueve, cómo se sostiene, está entrenada. Realmente entrenada. Necesito saber hasta qué punto.

Segundo, ponerle una trampa. Plantar información. Ver si llega a los Rosetti. Si de alguna manera está comunicándose con su familia, lo sabré. Y entonces...

Entonces me encargaré de ello.

Apuro mi café, la amargura no logra borrar el sabor fantasma de ella.

Es hora de ver qué escondes, kotyonok.

Mi sala privada de entrenamiento está en la parte trasera del complejo, separada de donde entrenan mis hombres. Este es mi espacio. Tapetes en el piso, armas expuestas en las paredes, espejos que muestran cada ángulo. El lugar donde resuelvo problemas a golpes cuando pensar no me basta.

Hago que la traigan aquí sin explicación. Entra con otro vestido de algodón sin forma, descalza, el cabello recogido en una sencilla cola de caballo. Sus ojos recorren el lugar de inmediato, notándolo todo. Reflejos de soldado, no de princesa.

La áspera tela se mueve mientras camina y me obligo a no pensar en lo que hay debajo. O en lo que no hay. El recuerdo de revisarla, de no encontrar nada bajo ese vestido destrozado, me arde en la mente antes de poder detenerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta, con la voz perfectamente neutral.

—Sala de entrenamiento.

—Eso lo puedo ver. ¿Por qué estoy aquí?

—Vas a mostrarme lo que sabes hacer.

Inclina la cabeza, fingiendo inocencia con los ojos abiertos de par en par. Su actuación sería convincente si no la hubiera visto casi partirle la muñeca a un hombre con técnica perfecta. —No sé de qué hablas.

—En la gala. —La rodeo despacio, observando cómo sigue mis movimientos sin girar la cabeza. El leve aroma de ella, floral mezclado con algo más oscuro, me llega. —La forma en que te moviste cuando Tork te agarró. Mi teniente. La llave articular en la que casi lo pusiste antes de contenerte.

Mantiene el rostro inocente, esa negación que domina tan bien. —Clases de defensa personal. Mis hermanos pensaron…

—Basta. —Ahora estoy delante de ella, lo suficientemente cerca como para oler ese aroma floral que se adhiere a su piel a pesar del algodón áspero. —Estoy cansado de esa mentira. Muéstrame, o haré que me lo muestres.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

La ataco sin previo aviso. No a toda velocidad, no para lastimarla, solo intento agarrarle la muñeca para probar sus reflejos.

Bloquea. Puro instinto. El movimiento es limpio, eficiente, entrenado. Su brazo desvía el mío con una economía de movimiento que requiere años de práctica.

Nuestras miradas se cruzan. Veo el momento en que nota lo que acaba de revelar.

—Otra vez —digo.

Esta vez voy con más fuerza. Amago por la izquierda y luego un intento real por la derecha. Ella evade, redirige mi impulso, crea distancia entre los dos. Nada de movimientos innecesarios. Sin pánico. Solo una gracia fluida que habla de práctica hasta que el cuerpo responde automáticamente. Nuestra respiración llena la sala, la suya controlada, la mía cada vez más agitada.

¿Quién diablos te entrenó?

Aumento la presión. Poniendo a prueba sus límites, encontrando los bordes de su habilidad. Ella se defiende, nunca ataca, pero su defensa es impecable. Sabe exactamente dónde estar para que mis golpes no la alcancen por centímetros. Lee mi lenguaje corporal como si fuera un libro abierto.

Cuando intento barrerle las piernas, cae pero rueda de inmediato y se levanta lista. La alfombra suena bajo su palma al levantarse de un salto. El vestido se sube mientras se mueve, dejando ver el muslo pálido, y me descubro siguiéndole el movimiento. Cuando la agarro por detrás, el brazo sobre su garganta, baja su peso, lanza un codazo a mis costillas que de verdad me arranca un gruñido y se zafa.

Ambos respiramos agitados ahora, el sonido rebotando en los espejos. Sudor brilla en su sien, la hace oler a esfuerzo y ese maldito aroma floral, ahora más intenso con su calor. El vestido sin forma se le pega en partes donde antes no lo hacía, el algodón se adhiere a su cuerpo por el sudor en lugares que me dejan la boca seca.

Y carajo, verla moverse así, precisa, letal y aún conteniéndose, me pone más duro que en la gala.

—Deja de jugar conmigo —gruño, secándome el sudor de la frente —. Muéstrame lo que realmente tienes.

Algo cambia en sus ojos. Es una decisión. Una máscara que cae.

Ataca.

La velocidad me toma por sorpresa. Un segundo está allí, a la defensiva; al siguiente, viene hacia mí con la intención de lastimar. Un golpe directo a mi garganta que apenas logro bloquear, su mano

como una cuchilla que habría destrozado mi tráquea si hubiera acertado.

Una rodilla va directo a mi entrepierna. Giro, recibo el golpe en el muslo, pero la fuerza igual logra hacerme tambalear. Un codo roza mi mandíbula antes de que pueda recuperarme por completo, haciéndome lanzar la cabeza hacia atrás. Siento el sabor a cobre, la sangre tibia cubriendo mis dientes.

Ahí está.

Sonrío, seguramente luciendo trastornado con la sangre en los dientes. —Ahí está mi chica.

Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, y veo cómo sus ojos se abren un poco. Pero no las retiro. No puedo.

Ahora peleamos de verdad. Sin más pruebas, sin contenernos. Cuerpos chocando, forcejeando, luchando por dominar. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas se mezcla con el golpeteo de piel contra piel, el chirrido de pies descalzos sobre tatamis. Es rápida, más que la mayoría de mis hombres, y su técnica es impecable. ¿Fuerzas especiales? ¿Entrenamiento de inteligencia? ¿Algo completamente distinto?

El vestido limita un poco sus movimientos, pero se ajusta, usándolo a su favor, dejando que oculte su verdadera posición hasta el último instante. Cuando luchamos cuerpo a cuerpo, soy muy consciente de cada centímetro de ella. El calor de su piel a través del fino algodón, la manera en que la tela se desliza, lo que revela y esconde con cada movimiento.

Pelea con la misma violencia precisa que mató a mi hermano. Ese pensamiento debería hacer que la odie aún más. No lo logra.

Soy más fuerte y tengo más alcance, pero ella usa mi tamaño en mi contra. Cuando me extiendo demasiado para agarrarla, ya está moviéndose, usando mi impulso para desequilibrarme. Cuando intento inmovilizarla, encuentra el hueco en mi agarre y lo aprovecha.

Dios, es magnífica. Toda esa gracia letal envuelta en algodón, sudor y furia.

Finalmente le tomo el brazo, uso mi peso para girarla, la estrello contra la pared de espejos y luego la atraigo hacia mí. Su espalda pegada a mi pecho, mi antebrazo cruzando su clavícula, ambos jadeando. Puedo sentir su corazón golpeando fuerte contra mi brazo.

Siento la curva de su trasero pegada al mío. El calor de su piel quema a través del algodón fino, y soy consciente de lo poco que nos separa.

—¿Quién te entrenó? —mi voz suena áspera en su oído.

No responde, pero siento el leve cambio en su peso. Probando. Siempre probando.

Estoy duro contra su trasero y sé que puede sentirlo. La pelea, su habilidad, el calor de su cuerpo, todo se mezcla en algo que no puedo controlar.

—¿Quién te entrenó, Sofia?

—Mi familia.

—¿Cuál de ellas?

—Todas.

La giro de nuevo, ahora queda frente a mí. Le sujeto las muñecas contra el espejo, arriba de su cabeza. La piel bajo mis palmas es suave, delicada, en contraposición con la fuerza que acabo de sentir. Empujo mi muslo entre sus piernas, y me digo a mí mismo que es por control, no porque necesite sentir su calor contra mí.

—Peleas como una asesina.

—Peleo como una sobreviviente.

—En nuestro mundo, es lo mismo.

Su pecho sube y baja con cada respiración. Sus labios están entreabiertos. Tiene un corte en el pómulo donde probablemente la alcancé con mi codo, una línea delgada de sangre que la hace lucir salvaje. Peligrosa.

Quiero lamer esa sangre de su rostro. Quiero arrodillarme aquí mismo y saborearla como se debe. Quiero follarla contra este espejo hasta que ninguno de los dos pueda mantenerse en pie.

—Si puedes pelear así —digo en cambio, luchando por mantener el control—, ¿por qué no has intentado matarme?

Se queda inmóvil. Observo su pulso saltar en su garganta.

—Has tenido oportunidades. El cuchillo en el sótano. Hace un momento, pudiste haberme destrozado la tráquea con ese golpe si te hubieras decidido por completo.

—Quizá no quiero verte muerto.

—¿Por qué no?

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay algo crudo allí. Algo real. —Quizás necesito respuestas que sólo tú puedes darme.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de posibilidades que no quiero analizar.

Suelto sus muñecas, retrocedo antes de hacer alguna estupidez. Mi autocontrol pende de un hilo y ambos lo sabemos.

—Límpiate —logro decir, la voz más áspera de lo que pretendo—. Te espero en mi estudio en veinte minutos.

Me voy antes de que pueda responder, antes de que la visión de ella contra ese espejo, roja y peligrosa, me haga olvidar por qué se supone que debo odiarla.

En la regadera dejo que el agua fría castigue mi piel, tratando de borrar la sensación de ella apretada contra mí, el aroma de su sudor y su calor. No funciona. Nada funciona. Ahora ella está marcada a fuego en mis sentidos.

Veinte minutos después, estoy sereno. Cambiado. El sabor de ella relegado al recuerdo, donde debe estar. Casi.

Ella llega con un vestido limpio, aún de algodón sin forma porque soy así de mezquino, pero de nuevo le hizo algo. Se ceñió la cintura con una tira de tela. Lo hizo suyo, como todo lo que toca.

—Siéntate.

Ella toma la silla frente a mi escritorio. El bonsái está entre nosotros, recién podado, la tierra aún húmeda tras el riego.

—Peleas como alguien que ya ha matado antes.

—¿Eso es una pregunta?

—Es una observación. —Sirvo dos vasos de vodka, deslizo uno hacia ella—. Bebe.

Ella lo toma, da un sorbo, y ni siquiera se estremece. Por supuesto que no lo hace.

—Mis hombres están preocupados por ti —digo.

—Tus hombres tienen miedo de mirarme.

Tomo mi propia copa, dejo que el ardor me centre. —Pero hablan. Piensan que eres una debilidad. Que estoy… comprometido.

—¿Lo estás?

—Lo estoy decidiendo.

Ella deja su vaso sobre la mesa con un suave clic. —¿Qué quieres, Alexei?

Mi nombre en sus labios todavía me provoca cosas que no deberían. —Quiero matarte. Pero primero quiero entenderte. Qué eres. Qué haces aquí.

—Ya te lo dije…

—Me has dicho mentiras envueltas en medias verdades. Ya me cansé de eso. —Me inclino hacia adelante, saco un archivo de mi

cajón—. Así que esto es lo que va a pasar. Voy a darte algo. Información. Y tú te vas a quedar sentada y vas a aceptarlo.

Deslizo el archivo por el escritorio. Ella lo abre, y observo su rostro cuidadosamente. Fotos, manifiestos de embarque, nombres, fechas. Todo inventado, pero ella no lo sabe.

—Los Barones —digo, manteniendo la voz neutral—. Están planeando un movimiento contra tu familia. Dentro de tres semanas. Un embarque llegará al puerto, armas, suficientes para armar a un pequeño ejército. Los alemanes los están apoyando.

Ella lee más rápido ahora, los ojos recorriendo la información falsa que pasé toda la mañana creando. La trampa meticulosamente puesta entre documentos legítimos para que sea creíble.

—¿Por qué me muestras esto?

—Porque quiero que entiendas algo. Los Rosetti tienen enemigos por todos lados. Tus hermanos están peleando una guerra en tres frentes, y la están perdiendo.

—No estamos perdiendo.

—Están sangrando. Despacio. Ese tipo de sangrado que no notas hasta que ya estás muerto. —Tomo de nuevo el archivo, observo cómo sus dedos tiemblan, como si quisiera agarrarlo—. Podría ayudarte. O podría ver cómo caen.

—¿Qué quieres a cambio?

—Todavía no lo decido.

La carnada está puesta. El lugar, la fecha, los involucrados, todo falso pero lo suficientemente creíble para que, si los Rosetti actúan, sabré que ella encontró la manera de comunicarse. Sabré que todo este tiempo me ha estado jugando.

—Puedes irte.

Ella se pone de pie, pero se detiene en la puerta, una mano en el marco. —Los Barones. Si lo que dices es verdad, ¿por qué decírmelo? ¿Por qué no dejar que pase?

—Quizá no estoy listo para que mueras todavía.

—¿Porque no has terminado de jugar conmigo?

Cruzo la mirada con ella, desde el otro lado del cuarto. —Cuando mueras, será por mi mano.

Sostiene mi mirada durante un largo momento, algo indescifrable en esos ojos azules. Luego se va, dejándome con un vaso vacío y una trampa que demostrará su culpabilidad o su inocencia.

De cualquier forma, tendré mi respuesta.

El estudio se siente demasiado silencioso después de que ella se va. Vierto otro vodka pero no lo bebo, solo sostengo el vaso mientras miro el bonsái.

Treinta años de paciente formación. Mi abuelo lo empezó, mi padre continuó, después Mikhail, y ahora es mío. Cada corte es deliberado, cada decisión afecta años de crecimiento futuro. No puedes apresurarlo. No puedes forzarlo. Hay que trabajar con lo que el árbol quiere ser, guiarlo poco a poco hacia algo hermoso.

Hago un pequeño corte en una rama, apenas un suspiro de las tijeras. Para el próximo año, esto cambiará todo el equilibrio del árbol. Paciencia.

Pero mis manos tiemblan levemente al dejar las tijeras, y sé por qué.

El recuerdo de la gala regresa sin invitación. Su jadeo cuando mis dedos la encontraron. La manera en que se arqueó buscando mi mano incluso mientras me insultaba. El calor húmedo, el temblor de sus paredes alrededor de mis dedos, cómo se rompió en mis brazos pero nunca se quebró. La textura de su piel bajo mis manos cuando hoy le sujeté las muñecas, suave sobre acero.

Y su sabor. Dios, su sabor. Dulce y sal y furia femenina que no logro quitarme aunque beba todo el vodka del mundo.

Cierro los ojos, me permito recordarla solo un momento. La forma en que se veía en la sala de entrenamiento, letal y grácil y magnífica. —Ahí está mi chica —le dije, y lo decía en serio. Mía. Aunque vaya a destruirme.

Pienso en la trampa que he tendido. En las próximas tres semanas, o los Rosetti actúan sobre la información falsa y tendré mi prueba, o no lo hacen y tendré que aceptar que quizá ella es exactamente lo que dice, una princesa secuestrada haciendo lo mejor en una situación imposible.

Una parte de mí espera que tome la carnada. Sería más sencillo. Más limpio. Podría matarla por traicionarme y seguir adelante.

Pero la parte más grande, la que todavía puede saborearla en mi lengua, la que se endurece solo de pensar en ella presionada contra ese espejo, esa parte espera que no lo haga. Esa parte quiere que esté aquí por algo completamente diferente. Algo que no tiene nada que ver con la lealtad familiar y todo que ver con la forma en que dijo que necesita respuestas que solo yo puedo darle.

Tomo de nuevo las tijeras, hago otro corte minúsculo. El bonsái no se estremece, no protesta. Acepta la formación, se convierte en lo que yo lo guío a ser.

Sofia no es un bonsái. Es algo salvaje que trato de contener, y ella me está formando tanto como yo intento controlarla.

Algunas cosas toman tiempo, me digo, dejando a un lado las tijeras.

Y algunas cosas valen la pena esperar.

Aunque al final te destruyan.

10 - Sofia

Espero hasta las 2 de la mañana, cuando el recinto se sumerge en su silencio más profundo. La oscuridad aprieta contra mis ventanas como si tuviera vida propia. He estado siguiendo los patrones de los guardias solo por el sonido: pasos en el pasillo, el murmullo lejano de voces cambiando de turno, el zumbido mecánico de cámaras girando en sus soportes.

La seguridad está más estricta ahora. Guardias duplicados. Cámaras monitoreadas constantemente, o al menos eso cree él.

Pero yo me aprendí los ritmos del recinto como el latido de un amante. El guardia que fuma a las 2:15, cigarros turcos que perfuman el aire con clavo, se va de su puesto exactamente siete minutos. La cámara en el pasillo este que tiene un desfase de cuatro segundos cuando gira, el zumbido mecánico apenas audible. La entrada de servicio que tiene alarma pero no vigilancia, su luz roja parpadea como un ojo adormilado.

Esta noche, me muevo.

El ganzúa se desliza desde mi cabello—aleación de titanio, tan delgada como una tarjeta de crédito, tibia por el calor de mi cuerpo. El regalo de Milo se siente como salvación entre mis dedos. Mis pies descalzos no hacen ruido en el mármol frío, cada paso calculado, el peso distribuido como me enseñó Nico. El piso es hielo contra mi piel, entumecedor, pero abrazo la incomodidad. Me mantiene alerta, me impide pensar en cómo las manos de Alexei se sentían lo bastante calientes como para dejar marca.

Por los pasillos que me memoricé, pasando junto al guardia dormido. Otro distinto al de antes—noto el cambio de rotación, lo guardo en la memoria. Sus ronquidos huelen a vodka. La alarma de la entrada de servicio se desactiva con un truco que Nico me enseñó hace años, mis yemas encuentran los puntos justos de presión en el teclado.

Tomo la chaqueta de un guardia de un gancho—cuero y humo de cigarro, demasiado grande pero necesaria—y me la pongo sobre el

vestido de algodón. El peso me recuerda las manos de Alexei en mis hombros después del sparring de ayer, posesivas y reclamando lo que es suyo.

A la fría noche de Chicago. El concreto muerde mis pies desnudos, filoso y entumecedor. Mi aliento se condensa en el aire y saboreo el escape del auto y la lluvia lejana. Sirenas aúllan en algún lugar al sur—otra noche en la ciudad que nunca duerme de verdad. Cada paso alejándome del recinto se siente como traición. Cada paso también se siente como libertad.

Mi cuerpo late con el recuerdo de sus dedos dentro de mí, la forma en que me tocó como si solo él supiera afinarme. Incluso ahora, incluso escapando, sigo mojada de solo pensarlo.

Un estacionamiento, a una milla del recinto. Llego en doce minutos, pegada a las sombras que huelen a orina, evitando las cámaras que barren arcos predecibles. Mis pies están ya completamente dormidos, dejando huellas de sangre en los parches más ásperos del concreto. Tercer nivel, esquina noroeste. Fluorescentes parpadeantes bañan todo de un verde enfermizo. Una SUV negra, luces apagadas, el motor haciendo tic-tic mientras se enfría.

Me acerco por el punto ciego—por costumbre. El concreto manchado de aceite está resbaloso bajo mis pies congelados. Toco dos veces la cajuela, espero, y toco una vez más. Nuestra vieja señal de cuando él me entrenó, cuando yo tenía doce años y creía que saber diecisiete maneras de matar a un hombre me hacía poderosa.

La puerta del conductor se abre con un suave clic.

Nico se desenrolla del asiento como un arma sacada de su funda. Uno noventa, músculo magro que habla de funcionalidad más que de apariencia, cabello negro cortado casi al ras militar. Se mueve con una economía letal, cada gesto deliberado. El hermano de en medio. El que me convirtió en esto—arma, espía, superviviente.

—Te ves hecha mierda —dice, sus ojos ya buscando heridas que no le muestro.

—Yo también te quiero —contesto.

Me jala para abrazarme—breve, feroz, sus brazos con cuidado como si pudiera romperme. Huele a aceite de armas y los caramelos de canela que mastica desde que dejó de fumar. Cuando me suelta, sigue evaluándome tácticamente. —¿Alguna herida?

Me arde la garganta con la presión fantasma, recordando el agarre de Alexei. —Estoy bien, Nico.

—Eso no fue lo que pregunté.

—Lo estoy manejando.

Su mandíbula se tensa, el músculo salta. Puedo ver el esfuerzo que hace por no meterme en la SUV y regresar directo al recinto. Por no entrar disparando y pintar las paredes de sangre rusa. Pero esa no es la misión. Le hice prometer—inteligencia primero, extracción solo si yo lo pido.

Me pasa un teléfono desechable—nuevo, todavía con ese olor a electrónica recién sacada de la caja. —Marco está perdiendo la cabeza. Quiere entrar al recinto a la fuerza.

—Marco siempre quiere entrar a la fuerza a todos lados.

—Dante es quien lo frena. Dice que confíe en ti. —Los ojos de Nico buscan los míos, color avellana bajo esta luz, firmes como la mira de un francotirador. —Confío en ti. Pero necesito saber que estás bien. Que de verdad estás bien.

Sus dedos estaban dentro de mí, Nico. Me deshice en sus brazos y quería más.

Las palabras mueren sin salir, se vuelven ceniza en mi lengua. En vez de eso, saco el papel doblado de dentro de mi vestido—notas hechas en papel higiénico con delineador, escritas en un código que solo nosotros entendemos. El papel está húmedo de sudor, el mío, por haberlo tenido pegado a mi piel durante la huida.

—Me llevó a una gala rusa. Hice un croquis del salón. —Mi voz se mantiene firme aunque mi cuerpo recuerde a Alexei rompiendo los dedos de Tork por tocarme. —Aliados de Volkov. Los Petrovs son de fiar—dinero viejo, lealtad vieja. Aliento a caviar y rencores de siglos. Pero la bratva Kuzmin tambalea. Vi a Viktor Kuzmin al teléfono toda la noche, alejándose de Alexei, evitando el contacto visual como perro apaleado.

Nico toma el papel, lo escanea con ojos que procesan datos tácticos como otros respiran. Su expresión se afila—entra el soldado. —¿Crees que los Kuzmin quieren pasarse de bando?

—Creo que están cubriéndose. Volkov ha estado obsesionado con su venganza contra nosotros. Las otras familias se están poniendo inquietas. Si pudiéramos acercarnos a Kuzmin discretamente…

—Ganar a uno de sus aliados. —La sonrisa que se dibuja en su boca es filosa como cualquier cuchilla.

—O al menos neutralizarlos.

No menciono la información sobre los Barone. La trampa es demasiado obvia—la reconocí enseguida como carnada falsa, sentí a Alexei mirándome leerla, esperando ver si la tomaba. La forma en que sus dedos tamborileaban en el escritorio, paciente como araña.

—¿Qué no me estás contando? —Nico me estudia con ojos que han visto demasiado, y hecho aún peor.

El estacionamiento está demasiado callado. Solo el zumbido lejano de la ventilación y el tic tic de los motores enfriándose. En algún lugar, una rata escarba en la basura. El silencio se estira hasta que escucho mi propio corazón, demasiado rápido, demasiado expuesto.

—Los Barone —digo con cuidado, saboreando cada palabra antes de soltarla—. Alexei me dio información de que se están moviendo contra nosotros. Envío de armas, en tres semanas.

Nico se queda completamente inmóvil. Ese tipo de quietud que precede a la violencia. —¿Y?

—Es falso. Una trampa. Me está probando para ver si tengo contacto externo.—

—¿Cómo lo sabes?

—Porque quería que lo supiera. Prácticamente me lo envolvió para regalo.— Nego con la cabeza, recordando cómo deslizó el expediente por su escritorio, esos ojos pálidos analizando cada microexpresión. —Alexei Volkov no regala ventajas. Si esa información fuera real, la utilizaría él mismo—nos dejaría caminar directo hacia una emboscada. El hecho de que me la entregara significa que es carnada. Carnada de novato.—

Nico exhala lentamente. —Qué listo de tu parte notarlo.—

—Aprendí de los mejores.—

—Aprendiste de Dante. Yo solo te enseñé a matar gente.—

El chiste cae como plomo entre nosotros, demasiado real para ser gracioso.

Nos quedan unos minutos antes de que el riesgo sea demasiado. No debería desperdiciarlos, pero…

—¿Cómo estás, Nico? De verdad.—

Él se encoge de hombros, el movimiento tan controlado como todo en él. —Igual que siempre. Evitando que Marco empiece guerras. Evitando que Luca las termine. Viendo a Dante fingir que está bien cuando no lo está.—

—¿Y tú?

—Estoy bien.—

—Eso no es una respuesta.—

Él deja escapar una risa—sorprendida, oxidada por la falta de uso. —Usando mis propias palabras en mi contra.—

—Tommy viene de visita el próximo mes —dice, cambiando el tema con habilidad—. Trae a su hermana. ¿Te acuerdas, de mi unidad?

—¿La que no dejaba de preguntar por ti en sus cartas?

—Preguntaba por la familia. Por el negocio.—

—Nico.— Veo cómo sus orejas se tiñen de rojo bajo la luz fluorescente. —Ella preguntaba por ti.—

Él desvía la mirada, súbitamente fascinado por una mancha de agua en el techo de concreto. Las puntas de sus orejas arden más, y algo en mi pecho se calienta al ver a mi letal hermano desarmado por la mención de una mujer.

Me lo guardo para molestarlo más tarde—si es que existe un después. Si esto algún día termina.

—Debo irme. Antes de que se den cuenta.—

Nico me agarra del brazo, su agarre firme pero cuidadoso. —Sof. Si esto se pone mal—si necesitas que te saquen, llamas. No me importa lo que diga Marco, ni la misión. Tú llamas, y yo voy por ti.—

—Lo sé.—

—Prométemelo.—

Pienso en el sótano, el cuchillo en mi garganta, la voz de Alexei diciendo *hoy, Sofia Rosetti muere*. Pienso en cómo no llamé entonces, en cómo mi cuerpo lo deseaba aunque la muerte pendía entre nosotros.

—Lo prometo,— miento, y las palabras saben a lodo.

El camino de regreso toma una ruta diferente—protocolo estándar, nunca usar el mismo trayecto dos veces. Mis pies ya no sienten nada, dejando rastros de sangre en el concreto que la lluvia matutina borrará. La chaqueta del guardia se mueve a mi alrededor, demasiado grande, llevando el fantasma de su dueño—colonia barata y cigarrillos aún más baratos.

Chicago respira a mi alrededor, ajena e indiferente. La ciudad suena distinta de noche—más honesta, más peligrosa. Cada sombra podría ocultar a alguien vigilando. Cada sonido podría ser pasos

siguiéndome. Mi cuerpo permanece alerta, entrenado, aunque mi mente gira de nuevo al complejo. A él.

Ahí está mi chica.

El recuerdo de su voz durante nuestra sesión de combate me invade, y mi cuerpo responde antes de que pueda detenerlo, la humedad acumulándose entre mis muslos. Incluso ahora, incluso después de entregarle información a mi hermano para condenarlo, lo deseo.

El complejo se alza frente a mí, una fortaleza disfrazada de civilización. Mi ruta de escape sigue liberada—la luz roja de la puerta de servicio parpadea, constante. Casi llego a mi cuarto cuando los pasos resuenan en el pasillo. Me congelo, cada músculo tenso.

Un guardia dobla la esquina, el haz de su linterna barriendo el lugar. Me pego a una puerta, me vuelvo sombra, me vuelvo nada. Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que me oirá. Pasa a menos de un metro de mí. Su aliento apesta a ajo. El haz de su linterna roza el borde de mi pie desnudo, se detiene.

Sigue de largo.

Espero treinta segundos que se sienten como treinta años. Luego me muevo, rápida y silenciosa. Entro a mi cuarto. Cierro la puerta con los dedos temblorosos. La chaqueta del guardia va al fondo del armario. La ganzúa vuelve a ocultarse en mi cabello, el metal tibio por mi mano.

A salvo. Por ahora.

Me acuesto en la cama, mirando el techo, pero algo se retuerce en mi pecho como una daga entre las costillas. El dato que pasé—la debilidad de los Kuzmin—siento que regalé algo valioso. No información estratégica. Algo personal. La forma en que las manos de Alexei tiemblan apenas perceptible cuando poda su bonsái, pensando en Mikhail. El dolor permanente en sus ojos cuando cree que no lo miro.

Cada dato que paso siento que es como cortar trozos de él. De nosotros. De esto que hay entre nosotros y que no sé a dónde va.

Él es el enemigo. Lo sé. El enemigo de mi familia. El hermano de Mikhail, buscando venganza por la sangre que derramamos.

Pero mi cuerpo no entiende de enemigos. Solo entiende el recuerdo de sus dedos dentro de mí, su voz ordenándome llegar, la forma en que le rompió los dedos a Tork por atreverse a tocar lo que Alexei ya había reclamado como suyo. Su posesividad me hace arder.

Cierro los ojos, y de inmediato estoy de nuevo en ese estudio, en la gala, sus dedos dentro de mí, su voz áspera de deseo. Mi mano baja entre mis muslos antes de poder detenerme, los dedos ya buscando la humedad que sé que está ahí.

Esto es lo que ha hecho conmigo—me convirtió en alguien que se moja por traicionarlo. Alguien cuyo cuerpo anhela la caricia del enemigo más que la seguridad, más que la libertad, más que la lealtad familiar.

Ahí está mi chica.

Las palabras resuenan en la oscuridad, orgullosas, posesivas y todo lo que no debería desear. Cuando por fin le mostré lo que podía hacer en ese cuarto de entrenamiento, cuando nuestros cuerpos chocaron en una violencia casi elegante, cuando sonrió con sangre en los dientes—ese fue el momento en que todo cambió.

Soy un arma. Nico me hizo así.

Soy una espía. Mi familia necesita que lo sea.

Soy una hermana. Eso nunca va a cambiar.

Soy una mentirosa. Cada vez se me da mejor.

Pero en la oscuridad, con la voz de Alexei resonando en mi cabeza y mi cuerpo anhelando su contacto, ya no estoy segura de cuál de todas es de verdad.

O si la verdadera soy algo completamente diferente—una mujer enamorándose del hombre que debería destruirla, que quiere destruir a su familia, que hace que la destrucción se sienta como regresar a casa.

11 - Alexei

Sigo las huellas ensangrentadas que deja ella por la ciudad.

Tres de la mañana. No he dormido desde que llegó. No puedo dormir, sabiendo que está a tres metros, respirando en la transmisión de mis cámaras. Estoy demasiado alterado. Demasiado obsesionado. Demasiado consciente de cada sonido que hace, de cada movimiento de su cuerpo bajo esas sábanas ásperas de algodón.

Así que cuando su puerta se abre a las dos de la mañana, estoy mirando.

No la detengo. No aviso a mis guardias. Simplemente la sigo.

Se desliza por mi propiedad como humo, esquivando cada cámara, calculando a la perfección las rotaciones de los guardias. Ya ha hecho esto antes. Varias veces. Justo bajo mi nariz mientras yo estaba sentado en mi estudio, lo suficientemente arrogante como para creer que la tenía controlada.

Chica lista.

Por la entrada de servicio. Alarmas desactivadas. Sale hacia la noche helada de Chicago.

Va descalza. Ese detalle me llama la atención, me revuelve algo en el pecho. Al principio sus pies dejan huellas en el concreto húmedo, débiles y casi invisibles, luego—

Sangre.

El asfalto le destroza las plantas de los pies, y ella nunca se detiene. Nunca cojea. Solo sigue avanzando con la misma gracia letal que vi en la sala de entrenamiento, dejando manchas oscuras sobre el concreto pálido.

¿Quién demonios eres en realidad, Sofia Rosetti?

La sigo a cierta distancia, manteniéndome en las sombras. Un estacionamiento, a un kilómetro del complejo. Tercer nivel, esquina noroeste. Una SUV negra la espera, luces apagadas.

Observo desde la acera de enfrente mientras un hombre sale del asiento del conductor. Uno ochenta y ocho, porte militar, cabello oscuro rapado. Uno de sus hermanos. Tiene que serlo.

Ella lo abraza. Breve, pero intenso. Le entrega algo. Un papel, doblado en pequeño. Conversan, con las cabezas juntas, en un gesto íntimo y familiar. Estoy demasiado lejos para escuchar las palabras, pero veo la preocupación en su lenguaje corporal, la manera en que intenta revisar si tiene heridas.

Ella les ha estado pasando información todo este tiempo.

Me tiemblan las manos por las ganas de cruzar la calle. Volarle la cabeza de un balazo. Arrastrar a Sofia de vuelta, tomándola del cabello. Hacerle pagar por esta traición.

No lo hago.

Paciencia. Las cosas se moldean lento, a través de los años.

En cambio, la sigo de regreso. La veo entrar al complejo por el mismo camino. Las huellas sangrientas son más oscuras ahora, más marcadas. Está dejando pedazos de sí misma por todo mi propiedad, y ni siquiera sabe que la estoy observando.

De vuelta en mi estudio, sirvo vodka con manos temblorosas. La información de los Barone, mi trampa perfectamente diseñada. ¿Esa era la información que le pasó a su hermano? ¿O fue otra cosa?

Debería matarla. Debí haberlo hecho en el momento en que vi que pasaba ese papel.

En vez de eso, sigo pensando en esas huellas ensangrentadas. La fuerza de voluntad que se necesitó para recorrer un kilómetro sobre pies destrozados sin siquiera vacilar.

Es magnífica.

Y voy a hacer que pague por ello.

Siete de la mañana. La dejo creer que logró salirse con la suya. Que piensa que ganó.

El guardia me deja entrar a su suite sin que toque la puerta. Está despierta, sentada en la cama, observándome entrar como si ya esperara esto. Las ojeras oscuras bajo sus ojos dicen que tampoco ha dormido.

Tomo la silla junto a su ventana, la luz de la mañana entrando entre los barrotes. La torre de cajas de diseñador que mandé traer está a mi lado, esperando.

—Buenos días, kotyonok. ¿Dormiste bien?

Su rostro no revela nada. —Lo suficiente.

—Pensé que hoy haríamos algo diferente. —Abro la primera caja, revelando unos Louboutin de suela roja.— Has estado usando esas

cosas de algodón áspero toda la semana. Ahora me doy cuenta de que he sido un pésimo anfitrión.

No se mueve de la cama, la cobija hasta el cuello. Su cautela llena la habitación como un perfume. Bien. Debería estar alerta.

—Te traje algunas cosas. Ropa. Zapatos. —Levanto uno de los tacones, examinándolo.— Pensé que tal vez quisieras probártelos.

Su postura grita peligro, pero igual baja las piernas al borde de la cama. El vestido de algodón le cubre las rodillas cuando se sienta.

—Dame tu pie.

Ella extiende la pierna derecha. Yo sujeto su tobillo, firme, posesivo. Subo la tela más allá de su rodilla.

Ahí está.

La planta de su pie está destrozada. Cortes cruzados en la piel, ampollas reventadas, sangre seca agrietada en los bordes. El trayecto de un kilómetro sobre pavimento áspero dejó su huella en una carne arruinada.

No digo nada. Solo mantengo su mirada mientras deslizo el Louboutin en su pie destruido.

El cuero debe ser puro tormento sobre cada herida, pero su rostro permanece sereno.

—Ponte de pie. Camina para mí.

Ella se levanta. Tres pasos al frente. Gira. Tres pasos de regreso. Postura perfecta, los hombros erguidos, ni una pizca de dolor en su expresión. Los tacones repiquetean sobre la madera, y veo la sangre empezar a acumularse en el zapato izquierdo.

—Hmm. No es lo adecuado. Probemos otro.

Le quito los Louboutin despacio, notando el rastro de sangre en el interior del cuero. Los dejo a un lado. Abro otra caja.

—Estos siguientes.

Jimmy Choos. Tacón más alto, punta afinada que concentrará su peso en los cortes más profundos. Ella los toma sin decir nada, camina de nuevo. Una gota solitaria de sangre cae al piso.

—Sabes —digo de manera casual, eligiendo un tercer par—, seguí tus huellas ensangrentadas por las calles anoche.

Ella se queda completamente inmóvil. Por primera vez desde que entré, una sorpresa genuina cruza su rostro antes de que pueda ocultarla. Sus pupilas se dilatan, la respiración se le atasca.

Ahí está. Pensaste que eras tan lista.

—Vaya rastro dejaste. Por mi complejo, saliendo por la puerta de servicio, hasta ese estacionamiento. —Ahora me pongo unos Manolos, observando cómo ella asimila esta revelación—. Interesante reunión. ¿Tu hermano, supongo? Porte militar, cabello oscuro. Le diste algo. Un papel, doblado pequeño.

Su compostura se resquebraja, apenas. Un temblor en sus manos antes de que las una.

—¿Tú… tú me seguiste?

—Cada paso.—

El asombro en sus ojos ahora es real, mezclado con algo más. ¿Miedo? ¿Rabia?

—Si vas a matarme —dice en voz baja—, hazlo de una vez.—

—¿Matarte? —Mi risa es oscura—. Si hubiera querido verte muerta, lo estarías en ese garaje. Tu hermano también.—

Los Manolos están completamente empapados ahora, la sangre visible a través de la punta abierta. Pero ella está procesando demasiadas revelaciones como para concentrarse en el dolor.

—¿Entonces, qué quieres?—

Me pongo de pie, cruzo hacia ella. Tomo su barbilla con mi mano. —Quiero que entiendas algo. Estás aquí porque yo lo permito. Respiras porque yo lo permito. Ves a tu hermano porque yo lo permito.—

—Tú no permitiste—

—Te seguí durante noventa minutos y no te detuve. Eso es permiso.— Aprieto más el agarre.—Crees que eres lista. Crees que estás ganando. Pero solo eres libre porque aún no he decidido enjaularte.—

Cuatro pares más. Cada uno peor que el anterior. Se los prueba todos, caminando sobre pies destrozados mientras su mente corre detrás de esos ojos azules, tratando de entender por qué la dejé ir, por qué no la detuve, por qué juego con ella en vez de matarla.

La última caja contiene unas sencillas balerinas. Cuero suave, suela acolchonada. Todo su cuerpo se inclina hacia ellas, sin querer.

Aparto la caja.—No, no creo que esas sean para ti. Volvamos al primer par. Los Louboutin.—

—Alexei—

—Póntelos.—

La furia por fin sale a la superficie. Me sostiene la mirada con un odio puro, pero también hay algo más ahí. La forma en que su

respiración ha cambiado, el rubor extendiéndose por su pecho. Incluso ahora, aún sabiendo que presencié su traición, su cuerpo responde a mí.

La observo. No solo con los ojos, sino con cada centímetro de piel, con cada célula de intuición que he afilado toda mi vida hasta que corta. Esto no se siente como una victoria. No todavía. Ella se pone los Louboutin, la sangre mana en las suelas. La firmeza de su mandíbula dice que me aguantará sin importar lo profundo que vaya.

Quiero romperla. Pero más que eso, quiero que admita que quiere romperse.

Ella espera, sus ojos azules tan fríos que deberían congelarme, pero le veo el pulso en la garganta. Quiero envolver mi mano alrededor de su cuello y apretar hasta que tenga que mirarme con claridad, sin nada de esa altiva indiferencia.

En vez de eso, la rodeo, obligándola a mantener el equilibrio sobre esos pies destrozados. La hago seguirme, dolorosamente, paso a paso entre sangre, mientras abro la siguiente caja de zapatos. Tacones de aguja de diez centímetros, plateados, de esos que ves en una pasarela o una revista, jamás en alguien que sangra así.

—Prueba estos.—

Ella mira la caja. Un destello de asco.

Sus piernas tiemblan, pero mantiene la cabeza en alto. Aquí es donde la mayoría rogaría por piedad o al menos se encogería por el dolor. Ella no. Solo me mira, como si memorizara mi rostro para el día que se vengue de mí.

Esa posibilidad me excita de una manera que no puedo explicar.

Muestra los dientes en una sonrisa tan salvaje como la de un lobo. —Pensé que ya habíamos terminado con el jueguito de disfraces.—

La suelto, doy un paso atrás, mido su reacción.

—Ni siquiera sabes cuál es el juego en el que estamos.— Observo cómo intenta comprender eso, la forma en que sus manos se cierran en puños a sus costados.

—¿Qué quieres de mí? —dice. No es una súplica. Ni siquiera una pregunta, en realidad; es un reto.—

Quiero que lo diga de corazón cuando me llame su amo. Quiero que me desprecie y me necesite en el mismo suspiro. Quiero verla romperse, y después quiero volver a armarla.

Pero sobre todo, ahora mismo, quiero verla arrastrarse.

Un recuerdo: mi padre, borracho un martes, obligando a mi madre a comer sobras del piso como un perro. Su dignidad jamás se quebró, ni por un segundo. Sus ojos ardían con algo antiguo y terrible: odio tan puro como el alcohol. Tenía cinco años. Nunca olvidé cómo se levantó, alisó su vestido y sonrió a mi padre como desafiándolo a intentarlo de nuevo.

Eso es lo que pienso mientras miro a Sofia, que no se parece en nada a mi madre, salvo que su odio podría incendiar toda una ciudad.

Voy al escritorio y tomo un expediente. Lo lanzo sobre la cama frente a ella. Es el informe de la reunión: su hermano, los detalles de su conversación, las fotografías con hora y fecha. Quiero que sepa que no puede ocultar nada.

Ella ni parpadea, simplemente abre la carpeta, revisa la primera página y luego me mira de nuevo.—¿Esto se supone que debe asustarme?—

Una risa se me escapa de los labios. No puedo evitarlo. El sonido es feo, demasiado fuerte. —¿No le tienes miedo a nada, verdad?

—Me da miedo convertirme en ti —responde, con la voz plana—. Eso sí que me da terror.

Las palabras duelen, pero lo disimulo. Así es el juego, después de todo.

—Crees que todavía juegas bajo tus reglas —digo—. Déjame mostrarte cómo se ve cuando pierdes.

No se inmuta, así que me acerco un paso más. La supero en altura. —De rodillas.

Ella duda—medio segundo, tal vez menos. Pero lo noto. El instante en que piensa en negarse.

Le doy la salida. Quiero que la tome. Quiero que pelee.

En vez de eso, hace lo que le digo.

Se arrodilla frente a mí, la sangre acumulándose alrededor de sus pies, su postura perfecta incluso en la derrota. La miro desde arriba —esta mujer que ha vencido a hombres el doble de su tamaño, que ha burlado a asesinos despiadados desde que podía caminar—y siento que el último rastro de mi autocontrol se me escapa.

—Mírame —le ordeno.

Ella levanta el mentón, sostiene mi mirada. Ojos salvajes, labios entreabiertos, el cabello pegado a su mejilla en mechones húmedos de sudor.

—¿Quieres jugar, Sofia? Está bien. Juguemos.

La tomo, entrelazo mis dedos en su cabello y le jalo la cabeza hacia atrás. Eso deja al descubierto su garganta, ese pulso latiendo como las alas de un colibrí. Quiero morderla. Probar ese cobre de su sangre en mi lengua.

En vez de hacerlo, presiono mi pulgar contra su mandíbula y le obligo a abrir la boca.

Ella sabe lo que viene. Su lengua sale, veloz como una serpiente.

—¿Quieres romperme? —susurra, la voz ronca, apenas audible.

—Quiero que recuerdes a quién perteneces.

—Entonces hazlo.

No es una invitación, es un reto. Y lo acepto.

Desabrocho mi cinturón, cada movimiento es calculado. Sus ojos no se apartan de los míos. Incluso ahora, no hay vergüenza en ella, sólo ese odio ardiente de un animal acorralado. Es magnífica, incluso arrodillada en la sangre y el dolor, esperando la siguiente prueba.

Me libero, ya duro. Quiero prolongar el momento, hacerla sufrir, pero no puedo esperar. Sostengo la parte trasera de su cabeza, mi pulgar hundiéndose en su mandíbula, y la penetro.

Ella se abre para mí—amplia, dispuesta, sin vacilar. La primera embestida es brutal, golpeando el fondo de su garganta. Se atraganta, sólo una vez, y después se recupera. Respira por la nariz y me mira hacia arriba.

Le follo la boca con embestidas salvajes, sin darle tiempo para respirar. Quiero que llore, que se rompa, pero no lo hace. Sus manos me tientan los muslos, las uñas enterrándose con fuerza suficiente para dejar marcas. Cada vez que la invado, su mirada se afila, como si cada golpe la templara aún más.

Se está ahogando, pero se niega a apartarse. Las lágrimas le bajan por las mejillas—parte dolor, parte desafío. El rímel corre, manchando su rostro como pintura de guerra. Se asfixia conmigo, pero jamás baja la mirada.

La visión se me nubla. Cada sinapsis de mi cuerpo se activa a la vez. Quiero que me suplique, pero el indefenso soy yo. Esto no es la demostración de poder que planeaba. Esto es rendición, entrega.

Y entonces ella gime, vibrando alrededor de mi miembro. Sus ojos se cierran de placer, y en ese instante lo comprendo: le está gustando, está tomando el control, me está controlando a mí. Sofia Rosetti, de rodillas, sigue siendo más poderosa que yo jamás seré.

El orgasmo me golpea como un choque brutal. Me vengo con fuerza, y ella traga cada gota, sin apartar nunca la mirada. Tiemblan mis piernas, todo mi cuerpo sacudido, y apoyo la mano sobre su cabeza, obligándola a sostenerme dentro hasta que termino.

Cuando al fin la suelto, se recuesta sobre sus talones, jadeando. Su garganta debe estar hecha trizas. Un hilo de saliva y semen le escurre del labio; lo limpia con el dorso de la mano.

Me sonríe. Ensangrentada, rota, pero triunfante.

Retrocedo tambaleante, incapaz de ocultar el temblor de mis manos.

—¿Aprobé tu prueba? —pregunta, la voz ronca, moviéndose un poco para aliviar el dolor entre sus piernas—. ¿O debería probarme más zapatos?

La miro desde arriba, el pecho agitado, más deshecho que nunca. Está de rodillas, ensangrentada y usada, y de alguna forma sigue ganando.

Me abrocho nuevamente con manos temblorosas. —Límpiate. Por hoy hemos terminado.

Ya en la puerta, vuelve a hablar.

—Alexei.

Vacilo, pero no me doy vuelta.

—No fui la única de rodillas hace un momento.

Me voy sin responder, cerrando la puerta de golpe. En el pasillo, me apoyo contra la pared, respiro entrecortado.

Caminó con los pies sangrando durante noventa minutos sin estremecerse.

Se tragó mi verga como si fuera idea suya.

Está convirtiéndome en alguien que no reconozco.

Debería matarla. Debería dejarla ir. Debería hacer cualquier cosa en vez de quedarme aquí, temblando, saboreando su desafío en mi lengua, viendo esas huellas ensangrentadas llevándome a un lugar del que no podré regresar.

El juego se ha convertido en algo que ninguno anticipaba, algo que sabe a sangre, semen y obsesión.

¿Y lo peor? No quiero que se detenga.

12 - Alexei

El hombre de rodillas está llorando, y lo único en lo que puedo pensar es en la boca de Sofia. Aún no decido si le dejaré conservar la lengua.

Artem Semenov. Cuarenta y tres años. Esposa, dos hijos. Lleva ocho meses robando de los envíos de armas. Yo lo sé desde hace siete.

Cuatro capitanes están sentados alrededor de mi mesa de conferencias, el aire cargado de sudor por el miedo y de colonia costosa. Las manos de Artem están atadas, la cara ya ensangrentada desde que lo sacaron de su cama hace una hora. El olor metálico de su sangre se mezcla con su terror, pero no basta para borrar el sabor fantasma de ella de mi lengua.

—Ocho meses, Artem—. Mi voz se mantiene suave. Mientras más bajo hablo, más se inclinan hacia mí. —Has estado robándome.

—Por favor. Tengo hijos.

—Debiste pensar en ellos antes de tocar lo que es mío.

El cuchillo se desliza desde mi cinturón, el peso ya conocido en mi palma. Lo suficientemente afilado para partir la carne como si fuera mantequilla. Me agacho, pruebo el filo con el pulgar mientras Artem solloza.

—Esto es cuestión de confianza—. Obligo su mano derecha a quedar plana contra el piso, la misma que firmó los manifiestos falsificados. —Tú quebraste la mía.

El recuerdo me ataca de golpe. Sofia de rodillas, el rímel corriendo por sus mejillas, la boca abriéndose alrededor de mi verga, la vibración de su gemido haciéndome perder el enfoque. La memoria es tan vívida que estoy medio duro antes de poder detenerme, saboreando su desafío como cobre en la boca.

Parpadeo fuerte. Me obligo a concentrarme.

La hoja atraviesa el hueso como mantequilla. El dedo índice primero. El grito de Artem retumba en las paredes. La sangre salpica caliente sobre la madera. Luego el dedo medio. Más gritos, pero

apenas los escucho sobre el recuerdo de su voz, ronca y quebrada, mi verga aún palpitando tras su boca mientras me sonreía como si hubiera ganado.

Limpio el cuchillo en su camisa, me incorporo en un solo movimiento. —Llévenselo. Si lo vuelvo a ver en Chicago, le quitaré lo que falta, pedazo por pedazo.

Los guardias arrastran a Artem, dejando un rastro rojo sobre mi piso. Los capitanes siguen congelados en su lugar.

Esto es quien soy. Esto es lo que hago.

—¿Eso te molesta?— Su voz fantasma, desafiante incluso después de tragarse hasta la última gota.

Aprieto el mango del cuchillo hasta que los nudillos me crujen.

—Mañana productiva—.

La voz viene desde la esquina, tan suave como vodka Belvedere. Una figura emerge de las sombras. Alto, delgado, el cabello oscuro hacia atrás. Pómulos tan afilados que podrían cortar vidrio. La temperatura baja diez grados de golpe.

Kazimir Volkov. Mi primo. El único hombre en Chicago que podría llamarme débil y seguir vivo. El único que amaba a Mikhail con la misma fuerza que yo.

—Kaz—. Vuelvo a guardar el cuchillo en el cinturón. —No sabía que estabas en Chicago.

—Llegué anoche—. Se sienta sin esperar invitación, el cuero crujiendo bajo su peso. —Pensé ver cómo iba la situación con los Rosetti.

Mis capitanes se miran entre sí, percibiendo el peligro como animales antes de la tormenta.

—Imagínate mi sorpresa—, sigue Kaz, examinando sus uñas perfectamente cuidadas—, cuando me enteré de que ella sigue respirando.

—La chica Rosetti es asunto mío.

—¿Ah, sí?— Sus ojos encuentran los míos, fríos como un invierno en Moscú. —Porque, según escucho, ha sido tu asunto desde hace una semana. Come tu comida. Usa ropa que tú le compras. Va a galas de tu brazo.

Se inclina hacia adelante y huelo su colonia mezclada con tabaco.

—Los hombres están hablando, primo. Dicen que dejas que ella te haga pensar con la verga en vez del cerebro.

Un capitán aspira hondo. Nadie me habla así.

Excepto la familia.

Me muevo rápido. Un segundo estoy de pie, al siguiente estampo a Kaz contra la pared. Mi mano se cierra sobre su garganta, sintiendo su pulso acelerarse bajo la palma. El impacto hace vibrar un cuadro, uno de los paisajes de Mikhail.

—Dilo otra vez.

Kaz no se inmuta, solo sonríe mientras le aplasto la tráquea. —¿Tocaste un nervio?

—Ella es mi problema— gruño—. Mía. No tuya, ni de nadie más. ¿Entendiste?

—A la perfección—. Su voz sale áspera. —Pero si tú no puedes hacer lo que se debe hacer, otros lo harán. Por Mikhail.

La amenaza es clara. Lo suelto, retrocedo antes de hacer algo de lo que no haya retorno.

Kaz se acomoda el cuello del saco con lentitud. —Piénsalo, primo. Mientras más tiempo viva ella, más débil te verás. Y ya sabes lo que les pasa a los hombres débiles en nuestro mundo.

Él se va. El silencio retumba más fuerte que los gritos de Artem.

Los capitanes salen en fila, sin decir una palabra. Me quedo solo en la mesa manchada de sangre, las palabras de Kaz dando vueltas en mi mente como buitres.

Mi celular vibra. Número de Moscú.

—Alyosha.

Katya suena frágil, tensa como un alambre a punto de romperse.

—¿Cómo está ella? —pregunto.

—Le quedan días, tal vez una semana. —Traga saliva—. No deja de pedir por ti. Y por Misha.

Siempre Mikhail.

—Todavía no puedo ir.

—La chica. Ya lo sé. —La frustración tiñe el dolor de mi hermana —. Alexei, la has tenido una semana. Mamá quiere saber que su hijo fue vengado antes de irse. ¿Puedes darle eso?

La verdad arde: no puedo matarla.

—Pronto.

—Siempre dices pronto. —Su voz se quiebra—. La estoy viendo apagarse. No deja de preguntar si Misha puede descansar. ¿Qué le digo?

—Dile que yo me encargo.

—¿De verdad?

Corto la llamada. Presiono las palmas contra mis ojos hasta ver estrellas.

¿Qué me has hecho, Sofia Rosetti?

El recuerdo de ella arrodillada me invade de nuevo, pero esta vez es distinto. Ahora la imagino en mi cama, esa rebeldía transformada en deseo, esos ojos azules y afilados suavizados por el anhelo. Mi verga se endurece con dolor, y me aferro al borde de la mesa hasta que la madera cruje.

Por eso la necesito cerca. No para vigilarla. Para poseerla completamente antes de destruirnos a los dos.

Encuentro a Maksim en la oficina de seguridad, los monitores brillando en la oscuridad.

—La mujer Rosetti. Quiero que la trasladen.

Él se gira, el rostro curtido cuidadosamente inexpresivo.—¿A dónde?

—A mis habitaciones.

El silencio se extiende como una respiración contenida.

—¿A sus habitaciones, señor?

—Esta noche. Antes de la cena.

—Señor, los hombres van a…

—Los hombres harán lo que se les diga. —El hielo se cuela en mi voz—. Ella escapó anoche. Se reunió con su hermano. No puedo vigilarla desde el final del pasillo.

—Con respeto, hay otras maneras.

—¿Te pedí alternativas?

—No, señor.

Camino solo hasta mis habitaciones. El pasillo se siente más largo esta noche, cada paso retumbando con el peso de lo que estoy a punto de hacer. Mi mano tiembla levemente al buscar el picaporte. ¿Cuándo fue la última vez que traje a alguien aquí? Nunca. No desde que reclamé este espacio como mío hace cinco años.

La habitación se abre ante mí como una confesión. Cama California king con sábanas negras, esquinas militares tan precisas como el día en que aprendí a hacerlas. Las paredes desnudas salvo por un cuadro, un paisaje que Mikhail pintó a los dieciséis, trazos audaces y color inesperado. Me lo regaló la Navidad antes de morir.

Recorro el lugar, viéndolo de repente a través de sus ojos. ¿Qué notará primero? ¿La cama que domina el cuarto como una

invitación? ¿El bonsái sobre mi cómoda que he cuidado tres años, cada ramita moldeada por mis manos?

Mis dedos rozan la cómoda, se detienen en el cajón superior. Dentro, envuelta en satén negro, está la pistola Makarov que mató al asesino de mi padre. Ella podría encontrarla. Usarla.

La dejo donde está.

Cruzo hacia el clóset, paso la mano por la hilera ordenada de trajes. Todo en su lugar, medido, dispuesto. Ella va a destruirlo todo con solo respirar aquí. Su aroma va a contaminar cada superficie. Nunca podré dormir sin ahogarme en el fantasma de ella.

El baño me atrae después. Mármol negro, regadera de cristal donde me he tocado pensando en ella más veces de las que admito. Me aferro al lavabo, mirando mi reflejo. Ojeras profundas bajo mis ojos. ¿Cuándo fue la última vez que dormí toda la noche? Antes de ella. Todo era antes de ella.

Abro la regadera al máximo, el agua ardiendo. Me desnudo automáticamente. El agua quema, pero no lo suficiente para borrar el recuerdo de su boca, la forma en que me miró con mi verga entre sus labios, aceptando su castigo y convirtiéndolo en adoración. Mi mano se mueve hacia mi verga antes de poder detenerla, ya duro solo con el recuerdo.

No. Ahora no. Ella llegará pronto y necesito control.

Pero el control ya está perdido. Estoy invitando a mi enemiga a mi cama porque no soporto una noche más con ella a tres puertas de distancia. No soporto la idea de que se escape con su hermano mientras yo me quedo aquí, imaginándola a mi lado.

Cierro el agua, me visto con ropa limpia. Pantalón negro, camisa blanca. Me tiemblan las manos mientras abrocha los botones. ¿Cuándo me convertí en este hombre? ¿Esta criatura desesperada que arriesgaría todo por una mujer que debería estar muerta?

De regreso en la habitación, noto cosas que necesitan ser ocultadas. La foto en mi mesa de noche: Mikhail, mamá y yo, en su cumpleaños número dieciocho. Dos meses antes de que muriera. Llevaba el reloj que le regalé, sonriendo como si hubiera conquistado el mundo.

Debería guardarla. Ella no merece verlo feliz.

Pero la dejo en su lugar, la giro ligeramente para que sea visible desde la cama. Que vea lo que destruyó. Que la persiga como ella me persigue a mí.

La colección de cuchillos en el cajón de abajo se queda.

Reviso las ventanas. Vidrio a prueba de balas, sin acceso a la escalera de incendios. La única salida es por la puerta, pasando los guardias, pasando por mí. Está cambiando una jaula por otra, pero esta es completamente mía.

Un golpe interrumpe mi espiral. —¿Señor? Estamos listos para trasladar a la prisionera.—

Prisionera. La palabra ya no encaja. Ella es otra cosa. Algo que no puedo nombrar sin admitir verdades para las que no estoy listo.

—Cinco minutos.—

Permanezco en el centro de mi cuarto, tratando de calmar el ritmo acelerado de mi pulso. En cinco minutos, Sofia Rosetti cruzará esa puerta. Tocará mis cosas con esas manos letales. Respirará mi aire, aprenderá mis secretos, existirá en el espacio donde más soy yo mismo.

El bonsái llama mi atención. Tres años de paciente formación, cada corte deliberado, diseñado para crear algo hermoso mediante la destrucción controlada. Justo como lo que planeé para ella.

Pero ella no es un árbol para moldear. Es la tormenta que arrasará con todo.

Tomo las tijeras pequeñas y hago un corte diminuto en una rama rebelde. Ahora mis manos están completamente firmes. El ritual me centra, me recuerda quién soy. Lo que se supone que debo estar haciendo.

Venganza. Justicia. Sangre por sangre.

En vez de eso, preparo mi cuarto como un novio nervioso.

El pensamiento me hace reír, oscuro y amargo. Mikhail encontraría esto hilarante. Su hermano, el que nunca dejó que nadie se acercara, a punto de entregarle toda su vida a la mujer responsable de su muerte.

Dejo las tijeras, me acerco a la puerta. Es hora de enfrentar lo que he hecho.

La noche cae como un telón. Espero en el pasillo, el pulso martillando a pesar de mi control.

Los guardias aparecen, escoltándola a cada lado. Otro vestido de algodón alterado, entallado a la cintura, el dobladillo más corto. Incluso con ropa de castigo, sigue siendo ella misma.

Me ve. Se detiene.

—¿Algún problema?—

—Solo estoy apreciando la mejora.— Ese filo burlón que al mismo tiempo me enoja y me enciende. —¿Debería sentirme halagada o preocuparme?—

—Deberías quedarte callada.—

Pero me está estudiando, buscando la trampa. Los guardias se mueven incómodos entre nosotros, sintiendo la tensión eléctrica.

La escoltan hasta mi puerta. Se detiene en el umbral, una mano en el marco, apropiándose de mi espacio de inmediato. El gesto envía calor directo a mi entrepierna, y veo que uno de los guardias nota mi tensión y aparta la vista rápidamente.

—Tu nueva jaula,— logro decir, la voz áspera.

Ella gira. Espero desafío, esa lengua afilada.

En vez de eso, hay algo indescifrable en sus ojos. Comprensión, tal vez. Reconocimiento de lo que esto significa.

Sostiene mi mirada por un largo instante que se estira como la eternidad. Mi cuerpo reacciona solo a su proximidad. Los músculos se tensan, se me corta la respiración, el calor familiar sube. Los guardias quieren estar en cualquier otro lugar, notando la carga entre los dos.

Entonces ella entra a mi dormitorio. A mi espacio. Sus dedos recorren el marco al pasar, y la posesión en ese simple roce hace que mis manos se cierren en puños.

Me quedo en el pasillo después de que los guardias se van, el corazón golpeando contra mis costillas. Detrás de esa puerta, Sofia Rosetti está tocando mis cosas, respirando mi aire, aprendiendo mis secretos. La idea de sus manos sobre mis pertenencias, su aroma mezclándose con el mío en ese espacio, me obliga a sujetarme a la pared para no caer.

A través de la puerta, la escucho moverse. Pasos suaves sobre la madera. Una pausa. Ha encontrado la foto. Otra pausa, el bonsái. El susurro de la tela que podría ser sus dedos sobre mis sábanas.

Cada sonido es una tortura. Cada sonido es anticipación.

Bienvenida a la guarida del lobo, kotyonok.

El pensamiento debería ser triunfante. La tengo exactamente donde la quiero.

Sin embargo, mientras estoy aquí, temblando de deseo, rabia y algo más oscuro, me pregunto quién fue realmente el que cayó en la trampa del otro.

13 - Sofia

Su habitación huele a cedro y algo más oscuro. Tal vez humo, o pólvora. No estoy segura de querer saber cuál.

Han pasado tres horas desde que los guardias me escoltaron hasta aquí. Día ocho de cautiverio, y todo ha cambiado.

Mi bolsa descansa en la esquina donde la dejé—patética, en realidad. Solo vestidos de algodón áspero y artículos de tocador básicos. Pero mi mente sigue registrando todo: rutas de escape, ángulos de las cámaras, el cambio de guardia que observé al llegar. El corredor de la izquierda es el preferido. Patrones antiguos. Aprovechables.

Estoy sentada al borde de la cama, esperando, cuando la puerta se abre.

Alexei entra sin tocar. ¿Para qué lo haría? Al fin y al cabo, es su habitación. La luz del atardecer que entra por la ventana destaca las líneas marcadas de su rostro mientras cruza el cuarto, y no me mira hasta que está junto a la ventana, de espaldas al vidrio, brazos cruzados.

Entonces, esos ojos claros encuentran los míos.

—Entonces —digo, rompiendo el silencio que se ha extendido entre los dos desde que volvió—. Tu habitación. ¿Debería sentirme halagada o preocupada?

Él se gira entonces, esos ojos pálidos evaluando—. Dímelo tú.

Hay algo distinto en él esta noche. Tensión en los hombros que habla de malas noticias, decisiones difíciles. Una rigidez en los ojos que aprendí significa que alguien lo decepcionó. Alguien podría estar muerto por eso.

—Pudiste haber puesto más cámaras en mi cuarto. Más guardias. En cambio… —hago un gesto al espacio entre nosotros— esto.

—Esto —concuerda él, y se dirige a un gabinete—. Necesitamos hablar.

—Eso suena amenazante.

—Todo entre nosotros es amenazante. —Saca una botella del gabinete que había notado ayer cuando inspeccioné la habitación por primera vez. Cerrado, pero fácil de abrir. La etiqueta de vodka está en cirílico. Beluga Gold, si leí bien.

Esta tarde, cuando los guardias me trajeron por primera vez, hice mi reconocimiento después de que se fue. La cama domina el espacio. California king, sábanas oscuras tensas como en el ejército. El bonsái sobre su cómoda que me recordó al de su estudio, aunque más pequeño. Los libros en su mesa de noche: poesía rusa, historia militar, una novela de suspenso con el lomo agrietado. La foto de él con Mikhail y su madre que me apretó el pecho de culpa.

Ahora, solo unas horas después, conozco mejor este cuarto. Sé qué tabla del piso cruje cerca del baño. Sé que la silla de cuero mira hacia la ventana en el ángulo perfecto para ver las amenazas que se acercan. Sé que mi cuchillo está bajo el colchón, donde lo escondí, accesible pero oculto.

—¿Un trago? —ofrece.

—¿Estás tratando de emborracharme?

—Estoy tratando de emborracharme yo. —Sirve dos medidas generosas—. Si quieres, puedes unirte.

Los vasos de cristal son pesados, caros. Deja uno sobre la cómoda cerca de mí, y lleva el suyo a la silla junto a la ventana. El vodka quema, luego florece en mi boca. Suave, complejo. Nada que ver con lo que bebía en la universidad. Esto es lo que se toma cuando el dinero no significa nada.

—Entonces —digo, sintiendo el alcohol calentarme la sangre pese a mi tolerancia—. ¿Y ahora? ¿Vamos a… coexistir?

—Depende.

—¿De qué?

—De si puedes ser honesta conmigo durante cinco minutos.

—He sido honesta.

Su risa es oscura, familiar—. Has sido estratégica. No es lo mismo. —Vuelve a llenar su vaso, me hace señas para que lleve el mío—. Tengo una propuesta.

Cada uno de mis músculos se tensa.—No voy a acostarme contigo.

—No es ese tipo de propuesta. —Pero sus ojos bajan a mi boca por solo un segundo—. Un juego. Pregunta por pregunta. Tú respondes con la verdad, yo respondo con la verdad. Sin desviar, sin mentiras.

Esto es una trampa. Pero ya estoy calculando cómo puedo usarla. Qué puedo aprender. Qué puedo permitirme revelar.

—¿Y si uno de los dos se niega a responder?

Levanta la botella.—En ese caso, bebes. Pero solo tienes tres oportunidades. Después de eso…

—¿Después de eso?

Su sonrisa es afilada.—Después de eso, el juego se pone interesante.

—¿Reglas?

—Nada está prohibido. Pero todo lo que digamos se queda en esta habitación. Nada de usarlo en contra del otro después.

Entorno los ojos.—¿Y vas a cumplirlo?

—Por la memoria de Mikhail.

El peso de esa promesa cae sobre los dos. Lo dice en serio. Lo que pase aquí, se queda aquí.

—Bien. —Tomo mi vaso y voy a sentarme al borde de su cama. El colchón se hunde bajo mi peso, caro y firme.—Pero empiezo yo. ¿A cuántas personas has matado?

Ni pestañea—. ¿Personalmente? Treinta y siete. ¿Por orden? Dejé de contar hace años.

Treinta y siete. Cada uno tenía un nombre, una familia, un momento en que supo que la muerte estaba ahí para él. Mi mente automáticamente clasifica: ¿armas, cuchillos, manos? ¿Rápido o lento?

—Tu turno —dice él—. Misma pregunta.

Podría mentir. Aprieto el vaso mientras calculo probabilidades, ventajas. Pero él lo sabría. Él siempre lo sabe.

—Veintiuno.

Sus cejas se alzan apenas. No es sorpresa. Es confirmación. —Entonces, los rumores de asesina son ciertos.

—No dije que fuera una asesina.

—Veintiún muertes no son defensa propia, kotyonok. Eso es una profesión.— Se inclina hacia adelante. —¿Cuántos años tenías la primera vez?

—Esas son dos preguntas.

—Justo.— Bebe. —Pero me da curiosidad. ¿El número quince era realmente un senador?

La sangre se me congela. ¿Cómo puede saberlo?

—A veces hablas dormida —dice, contestando mi pregunta sin palabras—. No es frecuente. Pero ése parecía perseguirte.

—Vendía niños.— El vodka me vuelve imprudente. —Mi hermano Luca y yo hicimos que durara tres horas.

—Bien.— La aprobación en su voz no debería calentarme, pero lo hace. Se mueve en su asiento y el cuero cruje debajo de él mientras la camisa se tensa sobre su pecho.

—Te toca.— Aparto la vista de su pecho y fijo la mirada en la ventana. —¿Qué escuchaste en el estacionamiento?

—No escuché nada. Estaba al otro lado de la calle, con una mira telescópica, debatiendo si ponerle una bala en la cabeza a tu hermano.— Remueve su vodka. —Decidí dejarte jugar tu juego en su lugar.

La confesión casual de haber estado a punto de asesinar a Nico hace que mi mano se mueva instintivamente hacia donde debería estar mi cuchillo. Él se da cuenta.

—Tranquila. Si quisiera a tu hermano muerto, ya lo estaría.

—¿Por qué no lo está?

—Esa es tu segunda pregunta —dice—. Solo contestaré si bebes.

Le sostengo la mirada mientras me echo otro vaso de vodka y entonces le extiendo el vaso para que lo rellene. —Vamos. Responde.

Parpadea una vez, lento. —Porque quería ver qué harías. Qué información pasarías. Si le dirías sobre el plan de los Barone.

Suelto una carcajada, un sonido nada femenino que normalmente no dejaría que saliera. No estoy acostumbrada a beber algo tan fuerte. —Barone Schmarone. Obviamente falso.

Entrecierra los ojos, notando la nueva información: no caí con su falso dato.

—Cierto.— Nos rellena los vasos. —Me toca. ¿Por qué en verdad me dejaste llevarte?

La pregunta que temía. Mis dedos tamborilean contra el cristal, un gesto que detengo enseguida.

Él ha dado a entender antes que sabía que lo dejé “secuestrarme”, pero aún no lo he admitido. Me tienta mentir, jugar a la princesa inocente, pero ya superamos esa etapa. Además, prometí decir la verdad en este juego, y por alguna razón eso me importa en este momento.

—Necesitaba respuestas —digo, trazando los patrones en el vaso de cristal—. Sobre lo que pasó hace once años. Sobre por qué sueño

con tu hermano.

—Pudiste encontrar respuestas de otra manera.

—¿Pude? Tu familia no es precisamente de las que aceptan reuniones.— Vacío mi vaso para darme valor. —Además. Quería verte.

—¿Verme?

—Conocer al enemigo.— Pero incluso yo capto la mentira en mis palabras.

Intercambiamos preguntas como si fueran golpes. Cada respuesta arranca otra capa. El vodka lo vuelve todo más suave, los bordes empiezan a desdibujarse peligrosamente. Ya usamos los tres pases cada uno. La botella está medio vacía.

—Bueno —digo, sirviéndonos otro vaso—, ya basta de preguntas pesadas. Cuéntame algo ridículo sobre ti.

—Así no funciona el juego.

—Estoy cambiando las reglas. Algo vergonzoso. Algo que nadie sepa.

Él entrecierra los ojos. —¿Por qué?

—Porque eres Alexei Volkov, príncipe de la bratva, señor del crimen aterrador. Y quiero saber algo humano de ti.

Los labios le tiemblan, casi una sonrisa, pero no del todo. Trata de hacerse el indiferente, de que yo crea que esto es solo un juego, pero lo veo en la forma en que su pulgar golpea el borde del vaso. En cómo no me mira por cinco segundos completos. Bebe, hace una mueca, y por un instante raro, fugaz, es solo un hombre averiguando cuánto mostrar de sí mismo.

Aprieta la mandíbula como si luchara consigo mismo.

—Me dan miedo las mariposas —dice, tan bajo que casi no lo oigo. Luego, más fuerte, con ese filo de acero que usa en los negocios —: Me repugnan.

Contengo el aliento, intentando descifrar si está bromeando, pero su cara es de piedra. No parpadea, no sonríe. Solo espera mi reacción, como un condenado esperando su veredicto.

—Perdón, ¿qué?

—Mariposas. También las polillas. Esas alas de papel, la manera tan impredecible en que se mueven.— De verdad se estremece. —Cuando tenía siete años, una se posó en mi cara mientras dormía, esas patitas minúsculas caminando por mis mejillas y ese cuerpo de gusano. Fue asqueroso. No lo superé nunca.

Este hombre. Que le rompió los dedos a Tork uno por uno. Que me sostuvo un cuchillo en la garganta sin temblar. Que suma treinta y siete muertes personales.

—¿Mariposas?

—No.

—No es que…— Pero ya estoy riendo. Me brota sin control, la pura ridiculez de todo esto. —Tú… el sótano… todos esos cuchillos… ¿y te asustan las…— Ahora jadeo, con lágrimas rodando. —¡Mariposas!

—Te voy a sacar de este cuarto.

—¡Tú me trajiste aquí! ¡Ahora tienes que aguantarte!— Me agarro el estómago, doblada sobre su cama, riendo. —Ay Dios. El lobo feroz le tiene miedo a las mariposas.

—Debí dejarte seguir sangrando sobre esos zapatos.

Eso me pone un poco más seria, pero sigo riendo entre carcajadas. Cuando por fin me detengo, limpiando las lágrimas de mis ojos, él me observa con una expresión que no logro descifrar. No es enojo. Es algo crudo. Hambriento.

—Te toca —dice, la voz más áspera—. Algo igual de humillante. Justo es justo.

Contengo el aliento, pienso estratégicamente, incluso a través de la neblina del vodka. Algo real, pero que no pueda usar en mi contra.

—No sé silbar.

—Todos pueden silbar.

—Yo no. He intentado toda mi vida. Mira.— Frunzo los labios y soplo. Solo sale aire.— ¿Ves? Nada.— Lo intento de nuevo, frunzo los labios, y esta vez solo consigo hacer un pequeño ruido como de pedo antes de que me salga saliva de los labios.

Él niega con la cabeza.—Eso no es vergonzoso. Eso da tristeza.

—Excuse me, soy una asesina entrenada que no sabe silbar. ¿Tienes idea de lo difícil que es dar señales durante una operación? Tengo que hacer llamados de aves. ¡Llamados de aves!

—¿De qué tipo de ave?

—Según Nico, una paloma muy enojada.

Él se ríe. Realmente se ríe. No es una mueca ni una risa oscura. Es una carcajada auténtica que transforma su rostro, lo hace parecerse al chico de esa foto con su mamá.

Oh no. Se me aprieta el pecho al verlo, al escucharlo. Esto es peligroso de una manera en que su violencia nunca lo fue. Esto es lo

que te hace olvidar quién es tu enemigo. Te hace bajar la guardia.

Te hace desear cosas que no puedes tener.

La risa se desvanece. Los dos estamos borrachos ya. No torpes, pero sí sin defensas. La botella casi vacía. Debería parar. Debería irme a dormir. Debería mantener cierta distancia.

En cambio, sirvo otra copa para cada uno.

—¿Puedo preguntarte algo?— Su voz ahora es baja, peligrosa de otra forma.— No como parte del juego. Solo… preguntando.

Asiento, sin confiar en mi voz.

—¿Por qué dices 'Misha' cuando duermes?

La pregunta cae como agua fría. Aprieto con tanta fuerza el vaso que podría romperlo.

—No lo sé.— Pura verdad.— No recuerdo haberlo conocido. Pero sueño con él todas las noches. Un niño en un jardín, enseñándome palabras en ruso. Riéndose.

—¿Mikhail te enseñó ruso?

—No lo sé.— Mi voz se quiebra. El control se me escapa.— No recuerdo nada cuando estoy despierta. Solo fragmentos. Su voz diciendo lo mismo una y otra vez.

Alexei se inclina adelante, depredador incluso en su curiosidad.— ¿Qué dice?

Cierro los ojos, intentando atrapar ese sueño que se escurre cada mañana como el humo. El sabor a cobre inunda mi boca. Sangre fantasma de recuerdos fantasma.

—Dice…— Me tiemblan las manos. Dejo el vaso antes de que se me caiga.— 'Prométeme, Sofía. Prométeme.'

—¿Prometer qué?

—No lo sé.— Las lágrimas amenazan. Parpadeo para contenerlas, pero una se escapa.— Nunca escucho el resto. Solo despierto llorando.

El silencio se prolonga. Cuando abro los ojos, él me mira con una expresión que nunca le había visto antes. No es enojo. No es cálculo. Es algo casi como reconocimiento.

—De verdad no lo recuerdas.

—No.

—Pero lo conocías. De alguna forma.

—Tenía quince años. Él, dieciocho. Y al parecer nos conocíamos lo suficiente como para que once años después todavía lo sueñe.— Me río, amarga como el vodka.— Y no recuerdo nada.

Se mueve de la silla a la cama. El colchón se hunde bajo su peso. Está demasiado cerca. No lo suficiente. Mi cuerpo no puede decidir si debe correr o acercarse a su calor.

—Una pregunta más —dice—. ¿Qué quieres, Sofía? De verdad. No lo que tu familia quiere. ¿Qué quieres tú?

Debería esquivar. Darle una respuesta segura. Quiero destruir tu organización. Quiero que mi familia esté a salvo. Quiero volver a casa.

Pero el vodka ha disuelto mis filtros y su cercanía ha hecho pedazos mi entrenamiento.

—Quiero recordar. Quiero saber quién era antes de convertirme en esto… en esta arma. Quiero entender por qué despierto llorando por un niño que no puedo recordar.

Mi voz se quiebra. Caen más lágrimas. No las limpio.

—Y a veces… últimamente… quiero cosas que no debería querer.

—¿Qué cosas?

No respondo. Solo lo miro. Dejo que vea el fuego en mis ojos, cómo ha cambiado mi respiración, la ligera inclinación de mi cuerpo hacia el suyo.

Él inhala con fuerza.

Estamos tan cerca. Puedo contar sus pestañas, ver los destellos plateados en esos ojos tan claros. Trazar el mapa de la cicatriz en su mandíbula, que según la leyenda familiar, yo le hice. Su aliento huele a vodka caro.

Él extiende la mano, sus dedos rozando mi pómulo con una ternura devastadora. Ese roce quema, deja una marca, reclama sin tomar nada.

—Debería odiarte —murmura—. Llevo once años odiándote.

—¿Sí? ¿Todavía?

Su pulgar roza mis labios, y los abro instintivamente. Sus pupilas se dilatan, se le corta la respiración.

—Ya no sé lo que siento. —Su pulgar presiona ligeramente, probando—. Me arruinaste, kotyonok. Antes de ti, estaba seguro de todo.

Debería alejarme. Debería recordarme que este es mi captor, mi enemigo, el hombre que quiere destruir a mi familia. El hombre con treinta y siete muertes y un sótano hecho para torturar.

En cambio, me acerco a su caricia. Dejo que sienta el calor de mi aliento en su pulgar.

—Yo también estaba segura. Ahora no sé ni dónde estoy parada.

Su otra mano sube, sosteniendo mi rostro entre sus palmas. Me sostiene como si fuera algo precioso. O algo que está a punto de romper.

—Si te beso ahora mismo… —Su voz es pura gravilla y pecado.

—Entonces bésame.

Sus manos se tensan. Veo la batalla en sus ojos. Deseo contra control, venganza contra eso que hay entre nosotros. Aprieta la mandíbula. Todo su cuerpo tiembla de contención.

Entonces se aparta. Se pone de pie. En tres pasos cruza hasta la ventana, poniendo la distancia necesaria entre nosotros.

—Deberías dormir. Toma la cama.

—¿Y tú dónde…?

—La silla.

—Alexei…

—Si me meto en esa cama contigo ahora, no voy a poder detenerme. —Me mira de nuevo, y el hambre brutal en sus ojos hace que apriete los muslos—. Y a pesar de lo que pienses de mí… no quiero tomar nada de ti que mañana puedas lamentar.

—¿Y si no lo voy a lamentar?

Sus manos se cierran en puños. —Sí lo harás. Cuando se te pase el vodka. Cuando recuerdes quién soy. Lo que te he hecho. —Vuelve la vista hacia la ventana—. Lo que voy a hacer.

La amenaza me humedece aún más.

Me recuesto en su cama, todavía con mi vestido de algodón áspero. Las sábanas huelen a él. A cedro, a humo y a promesas oscuras. Mi cuerpo duele de deseo, de la ausencia de su tacto.

—¿Alexei?

—¿Hmm? —Ya se está acomodando en la silla, dispuesto a pasar una noche incómoda antes que arriesgarse a tocarme.

—Mañana, haré que también te lo ganes.

Lo escucho inhalar bruscamente. —¿Ganar qué?

—Mi arrepentimiento.

Silencio. Luego, tan suave que casi no lo oigo:

—Ten cuidado con lo que prometes, kotyonok. Siempre cobro lo que me deben.

El sueño tira de mí, pesado y cálido. El vodka vuelve todo blando. La cama ajena se siente extraña; la luz de la luna en las hojas del bonsái, el sonido de su respiración al otro lado del cuarto.

Me hundo más en su almohada, y es raro lo segura que me siento. Aquí, en la cama de mi captor, en pleno territorio enemigo, con mi cuchillo bajo el colchón y las salidas memorizadas. La seguridad no es física. Es otra cosa. Algo en la forma en que eligió la incomodidad antes que aprovecharse de mí.

—¿No puedes dormir? —murmuro.

—Duérmete, kotyonok.

—Te vas a levantar adolorido mañana. En esa silla.

—He dormido en peores lugares.

Por supuesto que sí. Treinta y siete muertes seguramente requirieron reconocimientos incómodos.

—Número veintiuno —digo, el vodka haciéndome temeraria—. Él vendía información sobre mi familia a los federales. Lo obligué a mirar mientras destruía todo lo que amaba primero. Después lo hice lento.

Silencio. Luego: —Buena chica.

La aprobación en su voz hace que apriete los muslos.

El amanecer se arrastra por el piso, tiñendo todo de grises y azules suaves. Su perfil se define con la luz creciente. Esa nariz aristocrática, la curva brutal de su boca, manos que han matado y casi han sabido besarme con la misma destreza.

—¿Alexei?

—Duerme, Sofia.

—Cuando por fin lo hagas… —No tengo que especificar a qué me refiero— ¿lo harás rápido?

Una larga pausa. —No lo he decidido.

—Mentiroso.

—Duerme.

Ya estoy cayendo, arrastrada por el agotamiento, el vodka y la extraña comodidad de estar en su espacio. De saber que me observa. Que vigila. Aunque sea sólo su propio autocontrol.

Por primera vez en once años, no sueño con Mikhail.

No sueño con jardines rusos, ni risas aniñadas, ni promesas que no recuerdo haber hecho. No hay sangre, ni gritos, ni culpa aplastándome el pecho.

En cambio, sueño con mariposas con navajas por alas. Con un hombre en una silla, manos apretadas para no buscarme. Con promesas que suenan a amenazas y amenazas que parecen promesas.

Y no sueño con Mikhail en absoluto.

14 - Sofia

No puedo dejar de pensar en sus manos en mi cara, y eso me vuelve inútil.

Mi primer día completo en sus aposentos, mi primera mañana despertando en su cama. Alexei se fue antes del amanecer para reuniones, negocios, el peso de la responsabilidad que nunca lo deja descansar. Se detuvo en la puerta, mirándome enredada en sus sábanas, y había algo en sus ojos que decía que necesitamos hablar de lo que pasó anoche. Pero no hay tiempo. Nunca hay suficiente tiempo.

Ahora estoy sola en sus aposentos, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. La energía inquieta crece con cada paso de la cama a la ventana, de la ventana al tocador, del tocador a la puerta. Llevo puesta una de sus camisas, la tomé prestada sin preguntar porque me niego a ponerme otro vestido de algodón áspero. La tela blanca me llega a medio muslo, suave contra mi piel. Nada debajo porque mi único par de panties aún se está secando en el baño desde que los lavé anoche. La camisa apenas cubre lo necesario, y cada movimiento me recuerda que prácticamente estoy desnuda en su espacio.

La tela roza mis muslos desnudos con cada paso, un recordatorio constante de mi vulnerabilidad. Mi cuerpo se calienta. Ni siquiera la confusión puede evitar la reacción que tengo al estar envuelta en su aroma. Cedro y humo se aferran al algodón, rodeándome, haciendo que mis pezones se endurezcan bajo la tela delgada.

—¿Y si no me arrepiento?— Eso fue lo que le dije anoche, el vodka dándome valor. ¿Qué clase de cosa es esa para decirle al hombre que te tiene cautiva?

Debería estar planeando. Haciendo estrategias. Recuperando mi poder en esta situación, buscando formas de escapar, conseguir más información. En cambio, no paro de recordar cómo su pulgar rozó mi labio, cómo casi me besó antes de alejarse. Cómo pasó la noche en esa silla en lugar de arriesgarse a tocarme.

La habitación se siente más pequeña con cada vuelta que doy. Siempre cerrada. Siempre vigilando. Las cámaras siguen mi movimiento inquieto, y me pregunto si me estará observando desde donde sea que estén sus reuniones. El pensamiento hace que mi piel se sonroje. Que me vea así, casi sin ropa, vestida con su camisa, inquieta por un deseo que no sé cómo nombrar.

Necesito moverme. Hacer algo. Recordar que soy un arma, no una chica enamorada ahogándose entre camisas prestadas y confusión.

La puerta principal está cerrada, por supuesto. Electrónica, requiere su huella o un código de acceso. Pero hay otra puerta, la que noté cuando los guardias me trajeron por primera vez. Conecta con su recámara, el estudio privado al que he tenido curiosidad de entrar desde el primer momento. No es el lugar donde maneja sus negocios. Es algo más personal.

No debería. Este es su espacio, su santuario. Pero la inquietud le gana a la cautela.

La ganzúa sale de mi cabello, cálida por el calor de mi cuerpo. La chapa de la puerta es buena, hecha en Alemania, costosa, pero no imposible. Cuarenta segundos de trabajo cuidadoso, dejando que la tecnología de Emilio desbloquee la cerradura electrónica.

Clic.

El estudio se abre ante mí, y entro.

Más pequeño que su despacho principal. Más cálido. El aire huele a papel viejo y cuero, partículas de polvo bailando en la luz filtrada. Libros cubren cada pared: literatura rusa, historia militar, volúmenes de arquitectura que parecen fuera de lugar. Otro bonsái descansa en el alféizar de la ventana, más joven que el de su recámara, las ramas extendiéndose hacia la luz.

Soy muy consciente de que este es el espacio privado de Alexei. Su aroma es más intenso aquí, concentrado. Mi cuerpo responde: el pulso se me acelera, la piel me arde bajo su camisa.

Pero son las cajas las que llaman mi atención. Cajas de cartón apiladas contra la pared del fondo, etiquetadas en cirílico. Mi ruso hablado es bastante bueno, lo sé por escuchar a los guardias, pero leer cirílico es diferente. Las letras al principio bailan ante mis ojos, luego poco a poco cobran sentido. Como si mi cerebro recordara algo que alguna vez supo. Objetos personales. Almacenamiento. Y un nombre que me aprieta el pecho: Mikhail.

No debería mirar. Son cosas de su hermano, su dolor vuelto tangible. Pero mis manos ya están abriendo la primera caja, el cartón áspero contra la punta de mis dedos.

Se desparraman fotos. Mikhail en distintas edades. De niño, sonriendo sin uno de sus dientes; de adolescente, serio frente a un tablero de ajedrez; de joven, riendo por algo que está fuera de cámara. Revistas de arquitectura, gastadas y anotadas con una letra ordenada. Un telescopio, pequeño y bien cuidado.

Los restos de un chico que quería construir cosas, no destruirlas.

Hay algo en su expresión en estas fotos que me conmueve. No solo la familiaridad de las imágenes que ya he visto. Es algo más profundo. Como una canción de la que olvidé la letra pero que sigo tarareando sin pensar.

La segunda caja contiene ropa. Una chaqueta que aún huele vagamente a loción. Un reloj, detenido a las 3:15. Y al fondo, envuelto en papel de seda, un diario de cuero.

Me tiemblan las manos al desenvolverlo. El cuero está suave por el uso, tibio entre mis palmas, los bordes gastados por los años. Mikhail Volkov está grabado en cirílico en la portada. No debería leer esto. Es privado, sagrado, el mundo interior de un muchacho muerto.

De todas formas lo abro.

La mayoría de las entradas están en ruso. Las letras en cirílico deberían ser indescifrables, pero mientras las miro, algo cambia en mi mente. Como una puerta que se abre poco a poco. Puedo leerlas, despacio al principio, luego más rápido cuando alguna parte dormida de mi cerebro despierta. ¿Cuándo aprendí a leer ruso? ¿En el mismo momento en que aprendí a hablarlo? ¿En ese jardín que no consigo recordar bien?

Quejas sobre su padre. Notas sobre los libros que está leyendo. Observaciones sobre arquitectura, sobre la luz, sobre cómo los edificios respiran.

Entonces lo encuentro. Una entrada fechada tres meses antes de que muriera:

—S vino al jardín hoy. Está aprendiendo ruso más rápido de lo que esperaba. Su acento sigue siendo terrible pero se ríe cuando la corrijo. Creo que le estoy enseñando más que palabras. Creo que le estoy enseñando a ser valiente.—

Me tiemblan las manos, los bordes del diario dejan marcas en mis palmas de tanto que lo aprieto. S. Alguien a quien él le estaba enseñando ruso.

Paso las páginas hacia adelante, buscando más menciones.

—S me enseñó una palabra nueva en inglés hoy. "Serendipity". Dice que significa encontrar algo bueno cuando no lo estabas buscando. Creo que eso es lo que ella es. Algo bueno que no buscaba —.

Las entradas sobre S aumentan. Ella lo hace reír. Ella entiende sus sueños de construir en vez de destruir. Ella lo ve como algo más que solo el heredero Volkov.

Luego, dos semanas antes de su muerte, la letra se tambalea:

—Tengo que decirle la verdad pronto. Sobre lo que papá está planeando. Sobre la reunión. Debo advertirle, aunque eso signifique que me odie. Aunque arruine todo. Ella tiene que saberlo—.

Y la última entrada sobre S:

—Voy a advertirle esta noche. Pase lo que pase después, no puedo dejar que entre en lo que papá ha planeado. Ella merece la verdad. Aunque me odie por ello—.

La verdad. Advertencia. Los planes de papá.

Un jardín. Clases de ruso. Alguien enseñándome a ser valiente.

El mundo se inclina.

La presión me parte el cráneo desde adentro. No es dolor exactamente, sino algo peor, como si mis recuerdos rasgaran el hueso para volver.

Me desplomo en el piso, las piernas simplemente no me responden. El frío de la madera dura golpea mi mejilla, el diario apretado contra mi pecho, el cuero cortando más profundo mis palmas. El sabor a cobre inunda mi boca. Me mordí la lengua.

Las imágenes me asaltan, violentas y vívidas:

Un jardín. Verano. Rosas trepando por una celosía. Las manos de un chico corrigiendo mi forma de sujetar el lápiz mientras escribo letras rusas. —No, no, así. ¿Ves? La curva es importante—.

—Misha—, me oigo decir. No Mikhail. Misha. El apodo familiar sale de mis labios como si lo hubiera dicho mil veces.

—Vas mejorando, Sofiya—. Su voz, más joven, más ligera que la de su hermano. Burlona. —Pronto vas a hablar ruso mejor que yo—.

—Mentiroso—, río. Quince años. Tan segura de todo. —Pero eres buen maestro—.

—Eres mi mejor amiga—, me oigo decir. —Nunca le diría a nadie sobre nosotros. Lo prometo—.

—Lo sé—, dice él. —Confío en ti—.

La presión en mi cabeza aumenta, algo se quiebra por dentro. Las palabras salen de mí en ruso, fluidas y desesperadas:

—Misha. Misha, lo siento. No sabía. No sabía lo que iba a pasar. Trataste de advertirme y no te escuché. Lo siento, de verdad lo siento —.

No puedo parar. Las palabras salen desgarrando mi garganta en perfecto ruso, un idioma que no se supone que conozca. Mi cabeza parece dividirse, los recuerdos queriendo atravesar once años de muros. La presión crece y crece hasta que quedo hecha ovillo en el piso, temblando, el frío atravesando su camisa.

La puerta del estudio se abre de golpe.

Alexei. Pálido, los ojos desbocados. ¿Cuánto tiempo he estado aquí en el piso? ¿Minutos? ¿Horas?

—¿Sofia?—

Lo miro desde donde he caído, todavía abrazando el diario de su hermano. Las lágrimas nublan mi vista.

—Misha—, digo, y lo veo estremecerse con el apodo. —Él era… nosotros éramos…—

—¿Qué estás diciendo?— Su voz es dura, confundida.

Se arrodilla a mi lado, las manos buscándome de inmediato para ver si estoy herida. Sus dedos en mi cuello buscando el pulso, apartando el cabello de mi rostro para ver mis ojos. Incluso entre el dolor que me parte, soy consciente de sus manos sobre mí, quemando a través de la tela fina de la camisa.

Entonces lo entiendo. He estado hablando ruso. Palabras que no recuerdo haber aprendido fluyendo como agua.

—Lo amaba—. El inglés ahora me parece ajeno, torpe. —Yo era S. La del diario. Yo era…—

La presión alcanza el colmo, una agonía blanca y ardiente que me obliga a encogerme en el piso. Mi visión se fractura en destellos.

La oscuridad avanza desde los bordes. A medias soy consciente de los brazos de Alexei alzándome del piso como si no pesara nada, su pecho contra mi costado, sus dedos apretando mi muslo desnudo donde la camisa se ha subido. Mi cuerpo, aun en crisis, registra cada punto de contacto. Su voz está tensa de algo que podría ser miedo, ladrando órdenes a alguien. ¿Guardias? ¿Un médico?

Fragmentos me llegan entre la neblina:

—…hablando ruso perfecto…— —…la encontré con el diario de Mikhail…— —…llevenla a la cama…—

Trato de aferrarme a los recuerdos. La risa de Misha, el jardín, la promesa que hice, pero ya se están yendo, alejándose como la marea que se retira de la orilla.

No. No, necesito recordar. Necesito saber qué prometí.

Pero la oscuridad gana.

Salgo a flote lentamente, como nadar desde aguas profundas. La cama de Alexei. Afuera es de noche. He perdido horas con lo que pasó en el despacho. Me duele la cabeza, pero ahora es soportable. La presión que me partía ha desaparecido, solo quedan ecos.

Él está en la silla junto a la ventana, velando, mirándome con una intensidad que me oprime el pecho. Sin dormir, sin moverse, solo mirando. La forma en que me observa, como si fuera algo precioso y venenoso al mismo tiempo, hace que me duela el pecho. El diario descansa en sus manos, la cubierta de cuero brillando bajo la luz de la lámpara.

En cuanto ve que estoy despierta, se dirige hacia la puerta, deja su vigilia, me deja a mí, y el pánico me explota en el pecho.

—¿Alexei?—

—Voy a estar en el estudio—. Su mano se tensa sobre el marco de la puerta hasta que los nudillos se le ponen blancos. —No… no vayas a ningún lado—.

Se va al despacho, llevándose el diario y cerrando la puerta con un control cuidadoso que habla de emociones apenas contenidas.

Me quedo sola con el peso de la revelación aplastándome el pecho.

Permanezco en su cama, mirando el techo mientras mi mente da vueltas a fragmentos que no terminan de encajar. El techo no ofrece respuestas, solo sombras proyectadas por la lámpara que se mueven como fantasmas.

Conocía a Mikhail. No solo lo conocía, lo amé, si lo que dice el diario es cierto. Todo este tiempo, pensé que de alguna manera, por descuido, había causado la muerte de un inocente chico ruso. Pero no fue así. Éramos amigos. Tal vez algo más. Él escribía sobre mí como si yo hubiera colgado las estrellas.

Iba a advertirme sobre algo. Los planes de su padre. Una reunión.

La masacre.

Las piezas están ahí, flotando justo fuera de mi alcance. Cada vez que intento agarrarlas, se me escapan como humo entre los dedos. Mi mente ha construido muros tan gruesos que ni siquiera esta revelación logra atravesarlos del todo.

¿Qué te prometí, Misha?

El nombre se siente correcto en mi boca, familiar de una manera que hace que el pecho me duela. En algún rincón de mi memoria rota, una chica de quince años se ríe en un jardín con un chico que sueña con construir cosas hermosas. Se enseñan idiomas, comparten secretos, hacen promesas.

Y después, sangre. Gritos. Mikhail muerto a los dieciocho, sus sueños de arquitectura pudriéndose con él.

Desde el despacho llega el sonido de vidrio rompiéndose. Fuerte, violento. Algo más pesado le sigue. Tal vez madera astillándose o cerámica haciéndose añicos contra la pared.

Cada estruendo me hace estremecerme, como si el sonido también rompiera algo dentro de mi pecho. Otro golpe. Luego silencio. Un silencio largo, denso, que se aferra a mis oídos.

Permanezco quieta, casi sin respirar, cuando escucho que se abre la puerta del despacho. Pasos suaves. Él está volviendo.

La puerta del dormitorio se abre en silencio. Sigo con los ojos cerrados, pero lo siento entrar en la habitación como un cambio en la presión del aire. El piso cruje suavemente bajo su peso. No va a la silla. Se acerca a la cama. Se detiene junto a mí. Siento su mirada como manos recorriéndome la piel, estudiando cada centímetro de la mujer que su hermano amó.

Me falta el aire, pero mantengo los ojos cerrados. El colchón no se hunde. Simplemente está ahí, de pie, observándome. El peso de su mirada hace que mi piel arda. Incluso devastada, incluso sabiendo lo que fui para Mikhail, mi cuerpo reacciona a su cercanía. Mis pezones se endurecen bajo su camisa, y me odio por ello.

—Abre los ojos, Sofia.

Su voz es áspera, devastada, peligrosa.

Los abro. Me observa desde arriba con una expresión que nunca le había visto. Dolor y deseo entrelazados en algo que me corta la respiración. Su camisa blanca está desarreglada, una mancha de sangre en los nudillos. De lo que sea que rompió en el despacho.

—Leí el diario.

No respondo, no puedo.

—Lo amabas. —No es una pregunta.

—Sí —admito.

—Él te amaba.

—Sí.

Su mano se mueve hacia mi rostro, se detiene a centímetros, temblando. Siento el calor irradiando de su palma, tan cerca pero sin tocarme. El espacio entre nosotros chisporrotea con todo lo que no podemos decirnos.

—¿Qué se supone que haga contigo ahora?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una hoja afilada, y no sé si me la pregunta a mí o a sí mismo. Su mano sigue ahí, temblorosa, atrapada entre buscarme o apartarse.

—No lo sé —susurro.

—Dijiste "Lo prometo." Una y otra vez mientras estabas… lo que sea que fuera eso. ¿Qué le prometiste, Sofia?

—No lo sé. No puedo… —Las lágrimas se deslizan por mis sienes hasta mi cabello, frías contra el cuero cabelludo—. No puedo recordarlo. Algo sobre una advertencia. Él iba a advertirme sobre algo.

El silencio se estira entre los dos. Él mira el diario, luego vuelve a mirarme, todavía por encima de mí.

—Mi hermano escribió sobre ti durante meses. Decía que eras lo mejor que le había pasado. —Su mandíbula se tensa, como si luchara contra las palabras—. Y luego murió. ¿Y tú simplemente… lo olvidaste?

La acusación duele porque es verdad. Fuera lo que fuéramos, significáramos lo que significáramos el uno para el otro, lo perdí todo esa noche.

—No elegí olvidar. Y no sé si cumplí la promesa que le hice. No sé si… —Las palabras se me quedan atragantadas como cristales rotos. Lo traicioné. Le fallé. Hice que lo mataran.

Sus ojos se ven húmedos, brillando bajo la luz tenue.—Solo la familia le decía Misha. Y tú.

El peso de eso cae entre nosotros. No fui solo una chica que hizo matar a su hermano. Fui alguien a quien Mikhail amó. Alguien que lo amó de vuelta. Alguien que importaba.

Sus dedos por fin me tocan. Solo las yemas, trazando mi pómulo con una ternura devastadora. El mismo lugar que tocó anoche, antes

de que todo cambiara. Mi cuerpo se arquea ligeramente hacia su mano antes de poder evitarlo, y él contiene el aliento.

—Respondes a mi toque. —Su pulgar recorre mi labio inferior—. Aunque supiste que lo amabas. Incluso ahora.

—No puedo evitarlo. —La confesión se escapa de mis labios—. Intento no hacerlo, pero…

—No lo hagas. —Ahora su mano cubre por completo mi rostro, el pulgar aún sobre mi boca—. No lo intentes. Es lo único que tiene sentido ahora.

El peso de su palma contra mi mejilla, la forma en que su pulgar presiona un poco más dentro de mi boca. No debería excitarme, no después de lo que acabamos de descubrir. Pero a mi cuerpo no le importa el deber ser. Solo reconoce su tacto, su aroma envolviéndome, el calor peligroso en sus ojos.

—Mikhail está muerto —dice él, con voz dura—. Pero tú estás aquí. En mi cama. Usando mi camisa. Respondiendo a mi contacto.

Su pulgar se desliza más profundo y abro mis labios sin querer, dejándolo entrar. El gesto es íntimo, posesivo, incorrecto en todos los sentidos. Sus pupilas se dilatan cuando mi lengua roza su piel.

—¿Qué pensaría él? —Su voz se apaga en un susurro—. Su amante y su hermano…

Quita la mano de golpe, alejándose de la cama. La pérdida de su contacto me hace gemir antes de poder detenerme.

—¿Qué se supone que haga contigo ahora? —repite, como si fuera la única idea que cuenta.

Sin mirar atrás, se da la vuelta y cruza la habitación. La puerta se cierra detrás de él, dejándome sola con el fantasma de su caricia en el rostro y el peso de todo lo no dicho.

15 - Sofia

Cuando por fin recuerdo quién soy, una espía infiltrada de una familia enemiga, no una adolescente enamorada, me obligo a salir de la cama y aprovecho la ausencia de Alexei.

Ni siquiera se molestó en cerrar con llave la puerta de su estudio. Obviamente sabe que puedo entrar ahí, así que ¿para qué detenerme? Su estudio todavía huele a él y, tras aspirar profundamente, sonrío por un instante antes de obligarme a borrar esa expresión.

Entonces me pongo a trabajar.

El horario de reuniones de los Kuzmin está encima de unas hojas esparcidas, su precisión habitual destruida por los demonios con los que luchó mientras yo estaba inconsciente en su cama.

Por fin. Información real que mi familia necesita. Manifiestos de envíos con anotaciones en cirílico. Detalles de seguridad escritos con su letra pulcra. Le saco fotos rápidamente a todo con el celular desechable que me dio Nico.

El teléfono pesa más con cada secreto capturado. Tres ubicaciones para las reuniones de la próxima semana. Rotaciones de guardias. Envió de armas que podría cambiar el equilibrio de poder en Chicago. Mi pulgar flota sobre el botón de enviar. Un toque y esta información salva a mi familia. Un toque y sigo siendo el arma que me formaron para ser.

Pero sigo viendo la cara de Alexei. Ojos destruidos, enrojecidos, que no podían encontrarse con los míos. El hombre que me sostuvo cuchillos en la garganta ni siquiera pudo mirarme después de saber que amaba a su hermano.

Antes de que pueda pensarlo más, marco el número. Nico.

—¿Sof? ¿Qué pasa?—

—Nada. Solo necesitaba reportarme.—

—Eso ya es dos veces en dos días.— Su voz se afila de la manera en que lo hace antes de la violencia.—Después de nuestra reunión, ahora esto. ¿Qué pasó?—

Las palabras se amontonan en mi garganta. El pecho se me cierra como si un puño apretara mi corazón. Descubrí que estaba enamorada de Mikhail. O él estaba enamorado de mí. Quizá ambos. Estaba tratando de advertirme sobre algo. Anoche me desmayé hablando ruso. Me estoy enamorando de mi captor y no recuerdo por qué se supone que debo odiarlo.

—Tengo más información,— digo en cambio, la palma sudorosa contra el teléfono, volviéndolo resbaloso.—Más allá de lo que te di antes. La reunión con los Kuzmin y los capitanes Volkov. Nuevos lugares, horarios, detalles de seguridad actualizados.—

—Envíalo.—

Mi pulgar se mueve hacia las fotos en la pantalla. Un gesto tan simple. ¿Por qué se siente como una traición monumental?

—Sof. Envíalo.—

—Aún estoy verificando. No quiero cometer un error.—

—Dijiste lo mismo sobre la información de los Barone.— Su voz se ha puesto dura, ese tono que usa con los enemigos. Nunca conmigo.—¿Qué está pasando? ¿Él te está haciendo algo?—

Sí. Me está desarmando. Me hace cuestionarme todo lo que creía saber sobre esa noche, sobre mí misma, sobre lo que significa la lealtad. El pulso me late furioso, golpeando contra mis costillas.

—No. Solo necesito más tiempo,— respondo.

—¿Tiempo para qué?—

La pregunta queda flotando entre nosotros, y me doy cuenta de que no tengo una respuesta que tenga sentido. ¿Tiempo para entender por qué mi cuerpo ansía el contacto de mi enemigo? ¿Tiempo para recordar lo que le prometí a un chico muerto? ¿Tiempo para averiguar cómo puedo desear a Alexei a pesar de lo que su familia le hizo a la mía?

—Sofia.— La voz de Nico baja al tono que solía consolarme después de las pesadillas.—Háblame. Sea lo que sea, dímelo.—

—Hay algo más sobre los rusos. Sobre su conexión conmigo.—

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas. El silencio que le sigue se siente eterno.

—¿Qué conexión?—

—Mikhail Volkov. Antes de la masacre. Lo conocía, Nico. De verdad lo conocía. Escribió sobre mí en su diario. Páginas y páginas acerca de alguien a quien llamaba “S.” Era yo.—

—Jesús. ¿Estás diciendo…—

—Lo bloqueé. Los recuerdos. Pero llevo años teniendo fragmentos. Las pesadillas, el ruso que de alguna manera hablo. Fue él quien me enseñó. Siempre fue él.—

—Cristo, Sof.—

—Iba a advertirme sobre algo. La noche antes de la masacre. Y no puedo recordar qué.—

Nico exhala, y puedo imaginarlo pasándose la mano por el cabello como hace cuando todo se complica.—Sof… aunque eso sea cierto, no cambia lo que pasó. Su familia mató a papá. Mataron a los Moretti también. Destruyeron todo.—

—Lo sé.—

—¿De verdad? Porque parece que te estás confundiendo sobre quién es el enemigo.—

La acusación me golpea fuerte. ¿Estoy confundida? Cuando Alexei me toca, cuando me mira con esos ojos pálidos llenos de hambre y de dolor, cuando me deja el café justo como me gusta, ¿es confusión o claridad?

—No estoy confundida. Solo necesito entender. Lo que olvidé. Lo que le prometí.—

—¿Y luego?—

—Y luego regreso a casa. Con todo lo que sé.—

La mentira me quema en la garganta, tan amarga como las verdades que trago para mantener a salvo a mi familia de lo que me estoy convirtiendo.

Después de colgar, me quedo mirando las fotos en mi teléfono. Todo lo que mis hermanos necesitarían para destruir las operaciones de los Volkov.

Borro cada foto. Los Kuzmin. Los cargamentos. Todo lo que mi familia necesita, desaparece con tres toques. La princesa Rosetti jamás haría esto. Pero la mujer que amó a Mikhail, la que tal vez esté empezando a enamorarse de Alexei, necesita respuestas más que venganza. Dios, me odio por esta debilidad.

De regreso en su habitación, la luz de la mañana se filtra a través del vidrio a prueba de balas. Mi cuerpo todavía duele por el colapso de ayer, los músculos sensibles por la convulsión que me atrapó cuando los recuerdos intentaron salir a flote.

Se abre la puerta del dormitorio.

Alexei parece destrozado. No hay otra palabra para describirlo. Su camisa está arrugada, el cuello desabrochado. La barba le

sombreaba la mandíbula. Sus ojos enrojecidos, no sé si por falta de sueño o por otra cosa, y prefiero no averiguar.

Se detiene al verme, algo cruza por su rostro demasiado rápido para descifrarlo.

—Te traje café.— Deja una taza humeante sobre la cómoda en vez de dármela en la mano. El gesto se siente a la vez tierno y lejano, como una disculpa por su ausencia, no por su presencia.

—Gracias— digo, cruzando la habitación para tomar la taza mientras él se retira hacia el pasillo.

—¿Cómo te sientes?— Su voz es ronca, como si hubiera estado hablando con fantasmas toda la noche.

—Estoy bien.—

—Te desmayaste. Tú…

—Dije que estoy bien.—

El silencio se estira entre nosotros, denso por todo lo que no podemos decir.

—Tengo reuniones hoy.— Su voz ahora suena plana, profesional, como si estuviéramos hablando del clima y no del terremoto que acaba de cambiar toda nuestra dinámica.— Te vas a quedar aquí.

—Alexei…—

—Hablamos esta noche.—

Se mueve hacia la puerta sin mirarme a los ojos. Este hombre que me ha puesto cuchillos en la garganta, que me ha hecho sangrar, que ha tenido sus dedos dentro de mí, ahora ni siquiera puede mirarme.

La puerta se cierra con un suave clic. Se acciona la cerradura.

Lanzo la taza de café contra la pared. Trozos de cerámica se esparcen sobre el piso de madera, uno desliza hasta quedar junto a mi pie descalzo, tan afilado como mi culpa. El líquido marrón corre por la pintura blanca como todas las palabras que debí haber dicho.

Las horas pasan en una agonía lenta. Me baño usando su jabón, dejando que su aroma cubra mi piel como si me absuelva de pecados que no dejo de cometer. Los vestidos de algodón áspero cuelgan en el armario como acusaciones, pero hoy no los soporto. No después de todo esto.

En cambio, encuentro otra de sus camisas. Blanca, costosa, el algodón suave de tantas lavadas, nada que ver con el castigo de la tela áspera que me ha obligado a usar. Me llega a mitad del muslo cuando me la pongo, las mangas caen más allá de mis manos. Las enrollo, abrochando los botones con dedos que todavía tiemblan.

El bonsái sobre su cómoda necesita agua. Lo noto en la ligera caída de las hojas. Un arte tan paciente, dar forma a algo hermoso con años de cortes cuidados. Encuentro un vaso en su baño, lo lleno con agua tibia y cuido el arbolito con la misma concentración que uso para limpiar armas.

El ritual calma algo en mí. Cada gota absorbida por la tierra, el árbol bebiendo lo que necesita para sobrevivir otro día de ser esculpido poco a poco en la visión de belleza de alguien más.

Como yo. Como lo que él está haciendo conmigo, corte a corte, momento a momento.

La cerradura suena. La luz del atardecer ahora entra por las ventanas. He perdido todo un día entre la culpa y la espera.

Alexei entra y se detiene en seco al verme.

Estoy sentada en su cama, las piernas cruzadas, su camisa subiendo lo justo para que sea peligroso. La luz del atardecer convierte mi cabello en oro, proyectando sombras que resaltan cada curva que la camisa intenta ocultar.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. Se detienen. Vuelven a subir. Su garganta se mueve en una deglución que me dice todo sobre su autocontrol en este momento.

—Esa es mi camisa.—

—Me cansé de sentirme como una prisionera.—

—Eres una prisionera.—

—No con esta camisa.—

El aire entre nosotros cambia, se espesa como antes de una tormenta de verano. Él todavía está de pie junto a la puerta, la tensión se nota en cada línea de su cuerpo.

—Tenemos que hablar— dice, pero su voz ahora es áspera.

—Lo sé.—

—Sobre Mikhail. Sobre lo que recordaste.—

—Lo sé.—

—Sofia…—

—He estado pensando en eso todo el día.— Me levanto, doy un paso hacia él.— En tu hermano. En lo que olvidé. En esto, lo que sea que esto es entre nosotros.—

—¿Y?—

Otro paso. Ahora puedo olerlo. Su colonia mezclada con la ciudad, con salas de reuniones y decisiones difíciles.

—Y no tengo respuestas. No puedo recordar qué le prometí. No puedo recordar si cumplí la promesa. No sé por qué lo bloqueé.— Ahora estoy lo suficientemente cerca para tocarlo, pero no lo hago. Todavía no.— Pero sé una cosa.—

—¿Qué?—

Lo miro a los ojos, dejándole ver la decisión que tomé. Cada vez que me tocó, fue en sus términos. Su control. Sus decisiones. Pero hoy ya traicioné a mi familia por él. Si voy a condenarme, voy a llevarme algo a cambio.

—Estoy cansada de ser yo la que termina de rodillas —digo, mi voz áspera y temblorosa por el hambre que me he negado a sentir—. Ven aquí.

Él duda, un millón de cálculos destellan detrás de sus ojos. Un músculo le tiembla en la mandíbula, la vena en su sien palpita, pero aún así, no se mueve. Veo la lucha en su interior, la guerra entre su necesidad de control y ese impulso visceral, profundo en los huesos, de obedecerme. Es casi patético, la forma en que lo desea y se odia por desearlo.

—Sofia —dice, como si mi nombre fuera un código que ha pasado toda su vida tratando de descifrar.

—No era una solicitud. —Me acerco a él, lenta y depredadora, y él se estremece como si esperara una bofetada en lugar de un beso.

Casi me hace reír. Casi. En lugar de eso, pongo mi palma en su pecho y empujo. No fuerte, sólo lo suficiente para que sienta mi fuerza, para que sepa que estoy ocupando espacio en este cuarto, en su vida, así como él devoró la mía. Él cede, deja que lo empuje hacia atrás hasta que la parte trasera de sus rodillas choca con el borde de la silla.

—Siéntate.

Él obedece. Tenso, rígido, pero sumiso, lo que es casi más embriagador que si me hubiera enfrentado. Sus manos se aferran a los brazos de la silla. Puedo ver la tensión en sus dedos, toda esa violencia contenida bajo la piel. Me monto sobre él en un solo movimiento, mis muslos enmarcando sus caderas, el dobladillo de la camisa subiendo lo suficiente para sentir el calor que emana de su cuerpo.

Me mira desde abajo, esos ojos pálidos vidriosos de necesidad y miedo. Por una vez, parece pequeño. Humano. Quiero devorarlo.

Sus manos van directo a mis caderas, hambrientas, desesperadas. Atrapo sus muñecas y las sujeto contra los apoyabrazos. Podría soltarse, romperme los huesos como si nada, pero no lo hace. Saberlo hace que cada célula de mi cuerpo chisporrotee de poder.

—No —digo, saboreando la palabra—. Tú no tienes permiso para tocar.

Él traga saliva, la nuez de Adán subiendo y bajando. Ya no hay máscara; sólo queda el hombre debajo, y por un segundo me pregunto qué pasaría si lo llevo más allá de sus propios límites.

Él prueba mis manos, flexiona las muñecas una vez, dos, luego se queda quieto. Hay una especie de adoración en la forma en que se rinde.

—Sofia…

Mi nombre en su boca, desesperado y suplicante, es mejor que cualquier disculpa. Mejor que cualquier venganza. Me inclino, acerco mis labios a su oído, dejo que mi cabello caiga como una cortina dorada, aislándonos del mundo.

—Me has tenido de rodillas. Me hiciste sangrar. Tomaste de mí todo lo que quisiste. —Muerdo su lóbulo, apenas lo suficiente para hacerlo estremecer—. Esta noche, yo voy a tomarte algo a ti.

Su respiración se entrecorta y puedo sentir cómo se endurece debajo de mí, la prueba de su necesidad apretando contra la delgada tela entre nosotros. Muevo mis caderas, lento al principio, saboreando cómo su autocontrol se desintegra molécula por molécula.

—Por favor —dice, y suena como una confesión—. Déjame tocarte.

Casi lo hago. Casi le concedo eso, porque yo también lo deseo. Pero todavía no.

—No.

Cambio mi posición, me froto contra él hasta sentirlo entero, duro e insistente. Él deja escapar un sonido gutural, los puños apretados hasta ponerse blancos sobre los brazos de la silla. Es casi gracioso lo cerca que está de romperse, cuánto desea dejarse llevar.

—Me estuviste viendo todo este tiempo —digo, moviendo mis caderas de forma que lo enloquezco—. Todas esas fotos en la pared. Todas esas noches que pensaste que no te noté parado afuera de mi puerta. ¿Te tocabas pensando en mí?

—Sí. —La palabra le sale arrancada, cruda y sin vergüenza.

—¿Te imaginaste esto?

—Me lo imaginé todo. —Ahora jadea, los ojos dilatados, la voz bañada en devoción y odio hacia sí mismo—. Me imaginé que me matabas. Me imaginé que me cogías. Me imaginé que me salvabas.

No estoy segura a cuál de los dos odia más en este momento.

Sostengo su mirada, le dejo ver exactamente quién tiene el control—. No eres el único que puede tomar, Alexei. No eres el único que sabe cómo hacer daño.

Meto la mano entre nosotros, encuentro su cinturón y lo abro deliberadamente despacio. Él arquea las caderas, desesperado por fricción, pero yo lo mantengo inmóvil. Cuando lo libero, está tan duro que resulta casi obsceno. Lo tomo con mi mano, el calor de su piel me sorprende. Gime, deja caer la cabeza hacia atrás, cuello expuesto.

—¿Sabes cuántas veces he pensado en esto? —Lo acaricio, lento y despiadada, apretando sólo lo suficiente para hacerlo jadear de nuevo—. Cuando me encerraste en el sótano. Cuando me hiciste comer de tu mano. Durante esa maldita prueba de zapatos.

—¿Pensabas en mi verga mientras te hacía sangrar?

Me río, grave y cruel—. Pensaba en hacerte suplicar.

Sus ojos se oscurecen, las pupilas totalmente dilatadas. Se mueve debajo de mí, probando la fuerza con la que sujeto su muñeca, pero aún así no se libera, ni siquiera mueve su mano libre del apoyabrazos. Me está entregando esto, ofreciéndose como sacrificio. Es casi puro.

—Entonces hazme hacerlo —dice, su voz quebrándose en el borde de un gemido.

16 - Sofia

—Dime qué quieres.—

Las palabras salen firmes a pesar del temblor que recorre mi cuerpo. Tengo una de las muñecas de Alexei atrapada contra el apoyabrazos de su silla, y la otra descansa obedientemente sobre el otro, mientras mi mano libre acaricia su verga.

Retiro la mano, llevándola a su otra muñeca, y él gime. Estoy sentada a horcajadas sobre su regazo. No hay nada bajo la camisa que todavía llevo puesta, solo piel desnuda ya resbaladiza por la necesidad, sin barrera entre mi coño empapado y su verga dura como piedra. Este hombre, que rompe huesos sin pestañear, ahora tiembla bajo mis manos.

—Tú.— Su voz se quiebra en la única palabra. —Solo tú.—

—Sé más específico.— Vuelvo a mover las caderas, consciente hasta el dolor del pequeño espacio entre mi clítoris y el borde de su verga. La camisa enorme que llevo puesta se estira entre nosotros, cubriendo mi sexo de su vista, pero puedo sentir mi propia humedad escurriéndose sobre sus muslos desnudos.

Sus manos se flexionan bajo las mías, donde mantengo sus muñecas reprimidas, probando su fuerza. Podría liberarse fácilmente. Los dos lo sabemos. Pero no lo hace. Me deja sostenerlo, me deja tomar lo que he estado ansiando desde que puso su mano alrededor de mi cuello por primera vez.

—Quiero estar dentro de ti,— susurra, sus ojos pálidos oscurecidos por el deseo.—Quiero sentir tu coño apretadito estrujando mi verga cuando te vengas. Quiero saborear tu orgasmo en mi lengua. Quiero cogerte hasta que no recuerdes ni tu propio nombre. Quiero... Pozhaluysta, Sofia.— El ruso brota de sus labios, crudo y desesperado.—Mne nuzhno tebya trogat'.—

Mantengo el rostro neutral aunque mi mente lo traduce automáticamente: Necesito tocarte.

Lo silencio con un beso más posesivo que tierno. Mi lengua invade su boca, saboreando vodka y desesperación. Muero su labio inferior con fuerza suficiente para romper la piel, y el sabor a hierro nos hace gemir a ambos. Cuando me aparto, él jadea, con una fina línea roja en el labio que muero por lamer.

—Por favor, Sofia.— La palabra sale de él hecha trizas.—Déjame tocarte.—

—No.—

Vuelvo a frotarme contra el vacío, tan consciente del roce de su verga cerca de mi clítoris. Mi humedad ha bajado hasta sus muslos, dejando una mancha mojada. La silla de cuero rechina de forma obscena con cada vaivén de mis caderas.

—Me has quitado todo desde que llegué,— susurro contra su garganta, arrastrando los dientes por su pulso hasta que se estremece.—Mi libertad. Mi dignidad. Me obligaste a ahogarme con tu verga mientras mirabas. Esta noche, tú me lo devuelves todo.—

—Tómalo.— Sus caderas se alzan involuntariamente, buscando fricción.—Toma lo que quieras. Úsame.—

—Eso pienso hacer.—

Me enderezo y aparto la camisa, revelando mi coño empapado. Ambos contemplamos, hipnotizados, mis pliegues húmedos a menos de una pulgada de su verga de acero. Su verga salta y él gime, impulsando sus caderas hacia adelante para tratar de alcanzarme, buscando alivio a su presión.

Me pongo de pie despacio, las piernas temblando por el esfuerzo de no dejarme caer directamente sobre su verga. La pérdida de contacto nos hace gemir a ambos. Sus ojos están fijos en la mancha húmeda que mi deseo dejó en sus muslos.

—La camisa se queda puesta mientras miras,— le ordeno, pasando mis manos por el algodón blanco que apenas cubre mi trasero.—No te mueves. No hablas. Solo miras cómo te muestro lo que no puedes tocar.—

Mis dedos encuentran el primer botón, y me tomo mi tiempo. Luego el segundo. Cada uno lo desabrocho despacio, mirando cómo sus nudillos se vuelven blancos sobre los apoyabrazos. Al cuarto botón, la camisa ya se abre lo suficiente para mostrar que no llevo nada debajo, y mis pezones duros se marcan bajo la tela delgada.

Quinto botón. Dejo que una mano baje para cubrir mi seno a través del algodón, pellizcando mi pezón hasta que se me escapa un

jadeo. Su respiración se vuelve errática.

Sexto botón. La camisa ahora cuelga abierta. Me doy la vuelta, dándole la espalda mientras la deslizo por un hombro. Oigo su respiración entrecortada cuando ve que no llevo nada debajo, completamente desnuda.

La camisa cae, haciéndose un montón a mis pies.

—Dios santo,— susurra él, su verga saltando, la punta brillando de tanto líquido.

—Ya me has visto desnuda antes.—

—No así.—Su voz está rota.—No cuando lo eliges. No cuando puedo ver lo increíblemente mojada que estás por mí.—

Me acerco, lo suficiente como para que pueda inclinarse y probarme. Todo su cuerpo tiembla por el esfuerzo de mantenerse quieto.

—Ahora puedes tocar.—

Sus manos se posan en mí al instante, desesperadas y adoradoras a la vez. Sus palmas arden sobre mi piel, explorándolo todo: mi cintura, mis costillas, la curva bajo mis senos. Cuando sus pulgares rozan mis pezones, tengo que morderme los labios para no gemir.

Luego encuentra mis cicatrices. La fina línea sobre mis costillas, recuerdo de una pelea con cuchillo. La recorre con el pulgar antes de inclinarse y pasar la lengua por toda la marca, haciendo que mis rodillas flaqueen.

—Cada cicatriz,— murmura, su aliento caliente contra mi piel.— Cada marca. Dímelo.—

—Después,— jadeo cuando su boca desciende hasta la cicatriz de bala en mi cadera, succionando con fuerza hasta dejar un moretón sobre la herida vieja.

Entrelazo mis dedos en su cabello y le jalo la cabeza hacia atrás.— Ahora eres mío para usar.—

La mirada en sus ojos, pura sumisión en este hombre tan peligroso, hace que mi coño se contraiga en el vacío.

Le arranco la ropa con manos desesperadas. Los botones saltan. Su cinturón cae ruidosamente al suelo. Empujo todo hacia abajo hasta dejarlo desnudo, su verga gruesa y dura, ya goteando líquido preseminal.

Las cicatrices que cubren su torso me hacen detenerme. Tantas historias escritas en carne marcada.

—¿Dónde?— Trazo la larga que cruza sus costillas.

—Chechenia. Tenía diecinueve años.—

El hombro.—¿Esta?—

Su mandíbula se tensa.—Mi padre. Una lección sobre la debilidad.—

Beso esa cicatriz, probando sal, dolor y supervivencia.

—No eres débil,— susurro.—

—Lo soy contigo.—

Lo monto de nuevo, posicionándome para que su verga se deslice entre mis pliegues sin entrar en mí. El contacto nos arranca un gemido a ambos. Piel contra piel, su largo deslizándose entre mi humedad.

—Mierda,— sisea mientras me muevo sobre él, cubriendo de mi deseo su verga.—Estás tan jodidamente mojada.—

Llevo mi mano entre nosotros y lo rodeo bien con los dedos. Es tan grueso que apenas si mis dedos se encuentran, y cuando lo acaricio de la base a la punta, recogiendo el líquido preseminal, emite un sonido como si lo estuviera matando.

—¿Recuerdas el gala? ¿Lo que dijiste?

—Todo.— Sus caderas se empujan hacia mi agarre. —Lo recuerdo todo.

—Dijiste que yo era tuya.— Coloco su punta en mi entrada, dejándole sentir lo caliente y lista que estoy, cómo mi coño se aprieta intentando atraerlo dentro. —Pero esta noche…— Me hundo solo lo suficiente para tomar su glande, mis paredes estirándose alrededor de su grosor. —Eres mío.

—Dilo.

—Ya tvoy.— El ruso sale de él como un desgarrón. —Soy tuyo. Carajo, he sido tuyo desde el momento en que te vi. Desde antes…

Me hundo otro centímetro, cortando sus palabras con un gemido. Es tan grueso que casi duele, ese delicioso estiramiento que hace que mis ojos se vayan hacia atrás.

—No te muevas,— ordeno cuando sus caderas tiemblan hacia arriba.

—Sofia…

—Puedes. Vas a hacerlo.

Lo tomo centímetro a centímetro, devastadoramente, hasta que está completamente dentro de mí, estirándome tanto que apenas puedo respirar. Por un momento solo me quedo ahí, adaptándome a

su tamaño, sintiendo mi coño estremecerse y apretarse a su alrededor.

Entonces empiezo a moverme.

Despacio al principio, subo hasta que solo su punta queda dentro antes de hundirme de nuevo. El roce de su verga contra mis paredes me hace ver estrellas. Marco un ritmo castigador, tomando mi placer de él, usando su cuerpo como él ha usado el mío. Mi clítoris se frota contra su pelvis en cada embestida, y ya puedo sentir mi orgasmo construyéndose.

Él intenta embestir hacia arriba y yo estampo mi mano contra su pecho.

—¿Te dije que podías moverte?

—Por favor,— suplica, sus dedos marcando moretones en mis caderas. —Déjame cogerte como se debe. Déjame…

—No.— Lo monto más fuerte, mis pechos rebotando con cada movimiento. —Vas a tomar lo que yo te doy.

El sonido de mi coño recibiendo su verga llena la habitación. Mojado, obsceno, perfecto. Estoy tan mojada que escurro hasta sus bolas, haciéndonos un desastre a los dos. Sus ojos están desquiciados, mirando donde estamos unidos como si tratara de grabarlo en su memoria.

Llevo la mano hacia abajo y rodeo mi clítoris, sabiendo que estoy cerca.

—Eres tan jodidamente hermosa,— jadea, deslizándose entre idiomas. —Moya koroleva, tomando mi verga tan perfectamente. Joder, tu coño está tan apretado.

—Mírame.

Nuestras miradas se encuentran y lo veo todo. Su necesidad, su obsesión. El orgasmo me golpea como un tren de carga, mi coño apretando su verga mientras olas de placer me atraviesan. Grito su nombre al venirme, hundiéndome para tomarlo lo más profundo posible.

Antes de que las contracciones terminen, el mundo da vuelta. Él se levanta de una sola vez, levantándome con su verga aún enterrada dentro. Mi espalda choca con la cama y de repente él está sobre mí, dentro de mí, embistiendo profundo con una estocada que me hace gritar.

—Mi turno,— gruñe, sujetando mis muñecas sobre mi cabeza con una sola mano. —Ahora es mi maldito turno.

Me folla como si quisiera dejarse marcado dentro de mí. Embestidas profundas, castigadoras, que golpean mi cérvix y me hacen ver blanco. Su mano libre aprieta mi muslo, levantándolo más, cambiando el ángulo para que su verga roce mi punto G en cada embestida.

—¿Esto es lo que querías?— Me folla más duro. —¿Hacerme perder el control? ¿Hacerme desear tu coño con desesperación?

—Sí,— jadeo, sintiendo ya que otro orgasmo se forma con una rapidez imposible.

—Once años,— gruñe entre dientes, su verga hinchándose aún más dentro de mí. —Once años he estado obsesionado contigo. Odiándote. Deseándote. Masturbándome con tus fotos.

—¿Y ahora?

Libera mis muñecas y sujeta mi rostro, obligándome a mirarlo.

—Ahora no sé cómo dejarte ir. Ahora quiero llenar este coño perfecto con mi semen todos los malditos días. Ahora quiero arruinarte para cualquiera más.

—Entonces hazlo,— lo reto, apretándome a su alrededor deliberadamente. —Arruíname.

Gime y su mano se desliza entre nosotros, su pulgar buscando mi clítoris hinchado. La combinación de su verga golpeando profundo y su pulgar acariciando me lleva de nuevo al límite.

—Así es,— gruñe mientras mi coño se contrae a su alrededor. —Ordeña mi verga. Toma todo.

Mi orgasmo provoca el suyo. Siento su verga palpitar mientras se vacía dentro de mí, chorro tras chorro de semen caliente llenándome mientras gime mi nombre. Se desploma sobre mí, ambos temblando y empapados en sudor.

Seguimos unidos, su verga reblandecida aún dentro de mí, su semen comenzando a escurrirse alrededor. La intimidad de eso me aprieta el pecho. Su mano traza patrones en mi cadera mientras yo paso los dedos por su cabello húmedo.

—Llamé a Nico hoy,— digo al fin.

Su cuerpo se tensa. —¿Y?

—Conseguí más información hoy. Todo sobre la reunión con los Kuzmin. Nuevos detalles, seguridad actualizada.— Mi voz se quiebra. —Fotografié todo. Después borré todo. Cada pedazo de información que mi familia necesitaba.

El silencio se hace largo, pesado de significado.

—¿Por qué?

—Porque no podía traicionarte.— Las lágrimas se deslizan por mi cabello. —Soy una traidora para mi propia sangre. Por ti.

Se incorpora para mirarme, su verga deslizándose fuera, seguida de una oleada de su semen que me estremece.

—Me elegiste a mí sobre ellos.

—No lo hagas sonar noble. Soy todo lo que juré que jamás sería.

—Eres humana.

—Se supone que debo ser un arma.

Me besa suavemente, saboreando las lágrimas en mis labios.

—Eres mucho más que eso. Siempre lo has sido.

Me duermo con su semen aún goteando fuera de mí, marcada por dentro y por fuera por nuestras decisiones. Cuando sueño, no es con Mikhail ni con jardines ni con promesas olvidadas.

Es con Alexei entre mis muslos, mirándome como si yo fuera su salvación y su condena a la vez.

Y esa voz susurra: Este es un precipicio del que no puedes volver atrás.

Lo sé.

Igual salto.

17 - Alexei

—Está pidiendo por ti. El hilo de voz de Katya se filtra por el teléfono, mientras el cuerpo desnudo de Sofia arde contra el mío, su muslo presionando mi verga, que ha estado dura desde el amanecer. —Está empeorando. Los doctores están preocupados.

Sofia se mueve en sueños, frotándose inconscientemente contra mi erección, y tengo que morderme el labio para no soltar un gemido. Su aliento calienta mi pecho, justo sobre las iniciales de Mikhail, cada exhalación recordándome lo que hicimos anoche. Lo que le permití hacerme. Lo que le hice yo a ella.

—¿Todavía está compis mentis? —pregunto, logrando mantener la voz firme, mientras mi mano libre baja y toma la cadera de Sofia, deteniéndola antes de que sus movimientos me hagan perder el poco control que me queda.

—No mucho. Está confundida. No deja de preguntar si Misha está ahí. Si lo trajiste a casa. —Mi hermana inhala temblorosamente.— Alexei, tienes que venir a Moscú. Ya.

Mi madre se está desvaneciendo mientras yo estoy aquí, corrompido por la mujer a la que debí matar, la verga aún pegajosa por su humedad. El peso de anoche me aplasta: el sabor de sus labios aún sobre mi lengua, mezclado con la sal de sus lágrimas cuando se vino tan fuerte que lloró. El recuerdo de estar enterrado en su calor apretado hace que mi erección palpite aún más contra el muslo de Sofia. Cómo me tomó como si fuera a morir si no la llenaba. Cómo me arañó la espalda dejando surcos ensangrentados mientras la penetraba en el colchón. Cómo me confesó que borró información que podría salvar a su familia mientras mi semen aún se escurría entre sus piernas.

Y yo le permití adueñarse de mí también. La dejé cabalgar mi verga hasta que le supliqué como un tonto desesperado. La dejé verme romperme cuando se apretó a mi alrededor y susurró mi nombre.

—No. Tengo cosas que resolver aquí.

La llamada termina y arrojo el celular sobre la mesa de noche. Miro el techo, el deber aplastándome como una losa. La mano de Sofia se extiende sobre mi pecho mientras duerme, sus dedos hacen pequeños espasmos. Su contacto quema.

Debería despertarla con suavidad. En vez de eso, la observo a la luz de la mañana: el cabello enredado sobre mi almohada, los labios hinchados por mis besos, por haberse envuelto alrededor de mi verga. Mis marcas de mordida en su hombro dejan claro que es mía.

Los ojos de Sofia se abren poco a poco, ese azul soñoliento que me destroza antes de que despierte del todo. Sonríe—auténtica, inconsciente—antes de que la realidad vuelva. La sonrisa titubea, pero no desaparece.

—Sigues aquí —dice.

Se incorpora, la sábana cae, revelando esos pechos perfectos, los pezones endureciéndose con el aire frío. La boca se me seca.

Se cubre con la sábana, escondiendo la obra maestra. La pérdida es inmediata.

Me incorporo también, dejando que la sábana resbale de mi pecho y se amontone en mi cintura, el aire frío sobre mi piel.

—Este es mi cuarto —digo, y la posesividad sale como un gruñido, más profundo de lo que pretendía. Una parte retorcida de mí quiere que se estremezca, que muestre alguna señal de sumisión, pero Sofia solo ladea la cabeza, el mentón alto, mirándome con una calma distante. Aún tiene el rostro suave de recién despierta, pero sus ojos —fríos, cortantes, como cuchillas—siguen cada movimiento, cada palabra.

Recorro su cuerpo con la mirada, la forma en que la sábana perfila su figura: la curva de sus hombros, la hendidura suave de su cintura, la tensión marcada en sus brazos al aferrarse a la tela contra su pecho. Quiero arrancarle la sábana y sujetarla, comprobar si me va a pelear o rendirse. Quiero marcarla de nuevo, verla intentar ocultar los moretones y mordidas que le dejo. Quiero que sepa cuánto de ella ya me pertenece.

—Todo lo que hay aquí es mío. —Levanto la mirada hasta su cara, dejándole ver el hambre en mis ojos.

Los labios de Sofia se curvan apenas. Tal vez cree que estoy faroleando, o quizá sabe que prefiero devorarla que hacerle daño. Se equivoca. Puedo hacer ambas cosas.

Desvío la vista primero, encogiendo los hombros, fingiendo aburrimiento. Busco el vaso de agua que dejé en la mesita de noche, pero apenas me muevo, ella también—un destello de intención bajo sus modales soñolientos. Su mano se desliza bajo la almohada, luego bajo el colchón en un movimiento rápido y entrenado, y antes de que alcance a registrar la amenaza, la hoja ya está en mi garganta.

Es un cuchillo corto y curvado, el tipo que se usa para destripar y desollar, no para lucirse. Brilla bajo la luz, el filo tan delgado que parece vibrar de anticipación. Lo presiona contra mi cuello, lo justo para que sienta lo firme de su mano, piel cálida y acero frío.

—¿Estás seguro de eso? —Sonríe—dulce, burlona, peligrosa.

La hoja roza mi yugular. Una gota de sangre brota, caliente y lenta. Siento cómo resbala por mi cuello, pegajosa y estimulante. El corazón se me desboca. Bastaría nada para que me abriera la arteria, pero sé que no lo hará, al menos no sin que yo le dé un motivo. La miro desafiante, y por un segundo los dos compartimos el mismo aire, suspendidos en el filo de ese cuchillo, esperando a ver quién parpadea primero.

Presiono contra el cuchillo, cerrando la distancia, desafiándola a terminar lo que empezó. La hoja me muerde la piel, escuece. Las pupilas de Sofia se dilatan y por un instante veo el cálculo en ella: sopesando el riesgo, el costo de la violencia versus el de perder este juego.

Así que simplemente me inclino más, dejo que el cuchillo corte más profundo, que sienta el latido de mi pulso bajo su arma. Quiero que sepa que no le tengo miedo a la muerte, solo a perderla. Quiero que vea que la sangre no significa nada, que puede abrirme y todo lo que va a encontrar es más deseo, más necesidad.

Ella titubea. El cuchillo tiembla. No está acostumbrada a este tipo de enfrentamientos; quizá nunca ha tenido a alguien que quiera el dolor, que lo reciba y lo devuelva. Eso la sacude más que la amenaza de muerte, creo yo.

Finalmente, suelta un siseo de frustración y arroja el cuchillo a un lado. Atrapa el aire girando y cae sobre el piso de madera con un golpeteo metálico, plano. Ella se limpia la palma en la sábana, dejando una leve marca de sudor.

—Oh, claro que sí —le digo, la voz baja y pareja—. Cada hora que pasa estoy más seguro.

Está sentada en la cama con las piernas estiradas, la sábana hasta la barbilla. Me monto sobre ella y la sábana se desliza de mi cuerpo, mi verga dura y orgullosa entre los dos. Mi mano encuentra su garganta, el pulgar apretando un poco más de la cuenta, sintiendo cómo su pulso se desboca. Ella entreabre los labios y sé que ya se está mojando.

Sus pupilas se dilatan, las caderas se ajustan bajo la sábana. Incluso marcada y adolorida, responde a mi violencia como si fuera el preludio del placer.

La callo con un beso brutal, tomando su boca como si me perteneciera. Ella se derrite contra mí, las manos aferradas a mi pecho, intentando acercarme aún más. Cuando nos separamos, ambos jadeamos.

Agacho el cuello y muerdo la sábana, luego la deslizo lentamente por su cuerpo con los dientes, dejando al descubierto sus perfectos senos, su vientre suave y esas caderas que me persiguen en sueños. Ella jadea al sentir el aire frío sobre su piel, o tal vez por la exposición.

Con un dedo firme sobre su esternón, justo entre sus pechos, la presiono hacia abajo hasta que cae sobre el colchón. Mirando hacia ella, veo su vientre suave y plano, y entre las colinas de sus pechos, esa aureola dorada y esos grandes ojos azules observándome. Sus labios están entreabiertos y jadea, cada movimiento hace estremecer sus pechos.

Con una sonrisa pícara, bajo más, tirando de la sábana con los dientes hasta dejar al descubierto su sexo, y entonces abro la boca y me deleito en su perfección rosada. Está húmeda, resplandeciente de deseo, y mi semen todavía es visible en su muslo interior. Extendida frente a mí, parece cada una de mis fantasías más oscuras, y la imagen me pone tan duro que duele.

—¿Quieres que la sábana te cubra? —pregunto

—No —jadea ella.

—¿Por qué tenías la sábana hasta el cuello, printzessa? —Retuerzo una tira de lino blanco entre mis nudillos y la paso despacio por su perfecto muslo, dejándole ver la amenaza en ello, la promesa. Tiene el rubor alto en las mejillas y los labios entreabiertos, aún un poco marcados por mi boca, y no puedo decidir si quiero dejarle más marcas o cubrirla de besos. Quiero ambas. Lo quiero todo.

Me lanza una mirada feroz, los labios torcidos en una sonrisa desafiante y apretada. —Quizá no quería ver tu cara en el instante en que te dieras cuenta de cuánto me necesitas —dice. Su voz es ronca por haber gritado mi nombre anoche, y el recuerdo de eso pone mi verga aún más dura, si es que eso es posible.

Me río—un sonido áspero, cortante—y me arrastro por su cuerpo hasta tomarla por la barbilla. Dedos envueltos en algodón, con suficiente fuerza para recordarle que podría romperle la tráquea si quisiera, pero no lo haré, aún no. —La que lloró fuiste tú, Sofia. No yo.

Ella muerde mi pulgar, y por un instante deseo que me saque sangre. Quiero derramarme por ella, marcarla por dentro y por fuera, pero suelta antes de romperme la piel. Siento su corazón latir en su mandíbula, aleteando como un pájaro atrapado. —¿Qué quieres? —susurra, y no hay temblor en su voz, solo un reto desnudo.

Le contesto hundiendo el dedo envuelto en tela directo en su coño, empujando fuerte para obligarla a arquear las caderas, a sentir cada centímetro mientras la sábana se empapa con su humedad. Está tan mojada que el sonido es obsceno. Giro la muñeca hasta que el lino queda bien apretado dentro de ella, y luego froto mi palma contra su clítoris, solo para hacerla retorcerse.

—Aquí tienes tu preciosa sábana, kotyonok —digo, y su gemido es frenético, prolongado, el tipo de sonido que la mataría en una casa segura, pero aquí en mi casa, las paredes son gruesas y la única persona que podría oírla es ella misma.

Se arquea, aferrando mi hombro con ambas manos, las uñas marcando medias lunas en mi piel. El dolor me marea de deseo. Ella no es el tipo de mujer que alguna vez se someterá por completo, no en verdad, pero voy a romperla un poco más cada día y ver qué clase de monstruo asoma del otro lado.

Me recuesto a su lado para hundir mi verga en el colchón y aliviar algo del dolor, pero solo lo empeora. Su pierna sube por mi cadera y sigue apretando mi dedo, ordeñándolo, y casi pierdo el control en ese momento. No—ella no va a ganar. No hoy.

Deslizo la otra mano por su cuerpo, tomo su seno, y aprieto el pezón hasta que se le llenan los ojos de lágrimas. —¿Esto quieres, Sofia? ¿Quieres ver qué pasa cuando me desafías?

Ella asiente, pero veo la mentira en sus ojos. Quiere esto, pero quiere quitármelo, quiere que yo se lo entregue. Ni lo sueñes.

Saco el extremo empapado de la sábana de su coño y lo arrastro lentamente por su vientre, sobre sus pechos y hasta su boca. Ella abre los labios, obediente por una vez, y le meto la tela húmeda entre los labios, acallando el siguiente gemido. Se atraganta y luego muerde, los ojos se le van hacia atrás mientras sus caderas empiezan a moverse en círculos desenfrenados.

Esa es la mirada que quiero—la mirada de derrota, de furia y de necesidad.

Ya no puedo esperar más, no con la forma en que ella se retuerce, no con la sangre martilleando en mi cabeza y mi verga amenazando con partirse en dos de tanto dolor. Los últimos restos de autocontrol se rompen en mi interior. Le agarro los muslos, con tanta fuerza que le dejaré marcas que sentirá todo el día, y la inmovilizo contra el colchón como si fuera una presa y yo lo único en este mundo que puede devorarla.

La vulva de Sofia ya está empapada, hinchada y hambrienta, brillando en la luz acuosa de la mañana. Su aroma me marea—una oleada de azúcar y sal y algo salvaje debajo. Paso mi lengua desde su entrada hasta su clítoris, despacio al principio, saboreando el gusto: miel, sudor, la acidez de la rendición de anoche todavía escurriéndose de ella. Se sacude como si la hubiera electrocutado, sus piernas patalean, pero presiono mis palmas y la obligo a abrirse más, separándola tanto que ya no puede pelear.

—Mierda—, jadea alrededor de la sábana en su boca, pero casi no se entiende, apenas un quejido desesperado. Sonrío contra su piel y repito, más fuerte, aplanando mi lengua contra su clítoris y agitándola hacia arriba hasta que arquea la cadera contra mi rostro, su cuerpo entero temblando por el esfuerzo de alejarse o buscar más, no sabría decir cuál. No importa. Quiero ambas cosas.

Sus muslos se cierran alrededor de mis orejas y el sonido se vuelve espeso, como bajo el agua. Tal vez quiera asfixiarme, tal vez quiera montar mi cara hasta desmayarse. De cualquier manera, la dejo, porque si así es como muero, está bien. El mundo se reduce al calor de su piel, el desliz de su deseo cubriéndome la boca y la barbilla, el temblor frenético de sus músculos mientras la llevo cada vez más cerca del límite.

Se saca la sábana de la boca y grita mi nombre, el sonido retumba en las paredes.

Sus manos buscan las sábanas, mi cabello, los bordes de la cordura. Me araña el cuero cabelludo y tira, el dolor es agudo y perfecto. Gruño contra su sexo y la vibración la empuja aún más cerca. Está tan sensible, tan expuesta, puedo sentir cada sacudida, cada latido, cada pulso de sangre corriendo por ella mientras el placer crece. Quiero verla perder el control, quiero verla romperse en mi lengua, pero antes, quiero arruinarla un poco.

Me aparto sólo un segundo—lo justo para que ella gima de protesta, para que me fulmine con esos ojos azules eléctricos llenos de furia y deseo. Le acaricio el interior del muslo con el pulgar, suave por primera vez en toda la mañana.

—Haz que me venga, Alexei. Haz que me venga.

La miro hacia arriba, los labios relucientes de ella, para que sepa quién le hizo esto.—¿Le suplicarías al hombre que te tiene prisionera? —le pregunto.—¿Al hombre que va a destruir a tu familia?

Ella se ríe, un sonido salvaje y desesperado, y dice:—No estoy suplicando. Te estoy ordenando. Haz que me venga o, que Dios me ayude, me voy a coger a cada uno de tus hombres hasta encontrar a uno que pueda lograrlo.

La rabia en mí es fulminante, nuclear. Muérdole el montículo suave sobre su pubis, lo suficientemente fuerte para dejarle una marca, y ella chilla, pero el sonido es de agrado, de hambre. La odio y la amo por eso. Quiere el castigo. Quiere todo lo que puedo darle y más.

Escupo sobre su sexo, viendo el líquido deslizarse por sus labios, luego vuelvo al trabajo, succionando su clítoris entre mis labios hasta que solloza. Esta vez agrego dos dedos, los meto duro y los curvo hacia arriba, buscando ese punto que la hace gritar. Ahora tiembla, todo su cuerpo tenso como una cuerda de arco, y puedo sentir que está a punto de venirse.

Quiero que recuerde esto cada vez que intente desafiarme. Quiero adueñarme de sus orgasmos, hacer que su cuerpo la traicione.

Cuando está a punto de venirse, gruño—Ahora, kotyonok—directo en su sexo, y ella explota. Sus caderas se sacuden, sus muslos me aprietan la cabeza, sus uñas bajan por mis brazos y me dejan rastros de sangre. Aprieta mis dedos, apretando tan fuerte que creo que podría arrancármelos dentro de ella.

La vista, el sonido, el gusto—es demasiado. Me froto contra el colchón y pierdo el control, vengo duro y rápido, manchando las sábanas destrozadas con mi propio desastre. Ella lo ve, ve lo que apenas su sabor me ha hecho, y sonríe con los ojos aunque aún tiembla en la oleada del orgasmo.

Me arrastro por su cuerpo, cubriéndola, sujetando sus muñecas a ambos lados de su cabeza. Mi verga sigue latiendo, goteando sobre su estómago. No me importa. Quiero que lo vea, que sepa lo destrozado que me deja.

Ella me mira, respirando entre jadeos irregulares, y dice:—¿Era tan difícil?

Me inclino, mis labios rozando su oído, y susurro:—La próxima vez, te ato a la cama y te hago rogar durante horas.

Ella sonríe sin miedo.—¿Lo prometes?

La beso, profundo y salvaje, y la dejo probarse en mi lengua. Me devuelve el beso, igual de intenso, los dientes chocando contra los míos. Por un momento no hay nada en el mundo más que esto—ella, yo, el sabor a sangre y sal, el dolor en mis huesos, la certeza de que haría lo que fuera por retenerla aquí, aunque implicara romperla mil veces.

18 - Sofia

Lo veo dormir y enumero todas las formas en que he traicionado a mi familia.

La luz de la mañana se filtra por el vidrio a prueba de balas, pintando el rostro de Alexei en suaves tonos grises. Su respiración es profunda, acompasada. El cansancio de anoche, de todo lo que nos hicimos el uno al otro, al fin lo alcanzó. La sábana se amontona en su cintura, dejando al descubierto los rasguños que dejé en su pecho. Prueba de mi entrega total.

La lista sigue creciendo en mi mente, cada elemento otra daga clavada entre mis costillas:

Borré información que podría salvar vidas de los Rosetti. La reunión de los Kuzmin, los detalles de seguridad, todo lo que Nico necesita para proteger nuestras operaciones. Desapareció con tres toques de mi dedo.

Le mentí a Nico. En ese estacionamiento apenas hace unos días, lo miré a los ojos y fingí que todo estaba bien. Y de nuevo ayer por teléfono.

Me estoy acostando con el hombre que me secuestró. No solo me estoy acostando con él, lo elijo, lo deseo, despierto empapada tras soñar con sus manos recorriendo mi cuerpo.

Le conté sobre la información borrada. Le confesé mi traición mientras su semen aún resbalaba por mis muslos.

Y lo peor de todo: esta mañana desperté en sus brazos y mi primer pensamiento fue que podría quedarme aquí para siempre.

El pecho se me aprieta. Me deslizo fuera de la cama, cuidando no despertarlo. Su camisa blanca está arrugada en el suelo, donde la arrojó anoche. Me la pongo, el algodón suave contra mi piel desnuda, su aroma envolviéndome.

De pie frente a la ventana, miro hacia el terreno del complejo. En algún lugar allá afuera, mi familia está planeando. Marco coordinando operaciones desde su penthouse. Nico seguramente ya

despierto, con ese sexto sentido suyo alertándolo, diciéndole que algo anda mal con su hermana.

¿En qué me estoy convirtiendo?

Me criaron para ser un arma. La espada secreta de la familia, afilada a la perfección. Cada habilidad, cada instinto entrenado para proteger a los Rosetti. Mi cuchillo está bajo el colchón, donde lo he estado escondiendo estas últimas noches. Lo suficientemente cerca por si lo necesito, pero no atado a mi muslo como lo estaría si todavía me sintiera cautiva del enemigo.

Demasiado cómoda. Demasiado segura. Demasiado jodidamente estúpida.

Marco nunca perdonaría esto. Lo vería como la peor traición a la memoria de nuestro padre.

Nico… Dios, Nico sabe que algo no está bien. Lo escuchó en mi voz por teléfono. Ese leve quiebre cuando mentí, la pausa antes de decir que todo estaba bien.

—Estás pensando demasiado fuerte.—

Me giro. Alexei está despierto, apoyado en un codo, mirándome con esos ojos claros que ven demasiado. El cabello despeinado por el sueño, la suavidad de la mañana lo hace parecer más joven. Casi vulnerable. Se me contrae la entrepierna al verlo. Incluso ahora, ahogada en culpa, mi cuerpo lo sigue deseando.

—¿Hace cuánto estás despierto?—

—Lo suficiente para verte caer en picada.— Se incorpora por completo, la sábana deslizándose más abajo y dejando ver el sendero de vello oscuro que desaparece bajo el algodón. Se me seca la boca. —Sea lo que sea lo que te estás reprochando, puede esperar una hora.—

—No puede. De verdad no puede.—

—Sofia.— Su voz se suaviza de una manera que me desarma. —Vuelve a la cama.—

Debería resistirme. Debería mantener cierta distancia, una barrera entre nosotros. Pero mis pies se mueven sin permiso, llevándome de regreso a él, de regreso al calor de su cuerpo que me hace olvidar que se supone que debo ser fría.

Me acomodo a su lado, dejando que me acerque a su pecho. Su corazón late firme bajo mi oído, sus dedos se enredan en mi cabello. Sin urgencia, sin desesperación. Solo estar. Pero incluso este contacto me hace endurecer los pezones bajo su camisa, me provoca

humedad entre las piernas. Mi cuerpo ya no entiende la diferencia entre consuelo y deseo. No con él.

—Ya no sé quién soy,— admito, las palabras arrancándose de mi garganta.

—¿Qué quieres decir?—

—Antes estaba tan segura. Sabía exactamente quién era, lo que quería. Ahora me miro al espejo y no me reconozco.— Mi voz se quiebra. —Veo a alguien que se moja cuando su captor entra a una habitación. Alguien que le miente a la única persona a la que juró nunca mentirle.—

Su pecho se eleva con una respiración profunda, y siento su polla estremecerse contra mi cadera. Incluso mi confesión de que él me excita lo afecta. —Conozco esa sensación.—

Permanecemos en silencio un momento antes de que él hable de nuevo. —Cuéntame algo. Sobre tu familia. Algo de verdad.—

Me tenso, todos mis músculos se ponen rígidos. —¿Por qué?—

—Porque solo conozco a los Rosetti como enemigos. Quiero conocerlos como las personas que te formaron.—

Es una petición tan inesperada. Tan humana.

—¿Qué quieres saber?—

—¿A quién eres más cercana?—

—A Nico.— El nombre sale sin dudar, arde en mi lengua como traición. —Él fue quien me entrenó. Después de la masacre.—

—¿Te entrenó?—

—Todo. Combate, armas, cómo leer una habitación, cómo matar sin dudar.— La garganta se me cierra al recordar, pesada de lágrimas que no salen. —Tenía quince años, estaba aterrada, con pesadillas cada noche después de lo que pasó. Nuestro padre muerto, Dante torturado hasta el silencio. Toda la familia destrozada. Yo quería esconderme, desaparecer, pero Nico no me dejó.—

—¿Por qué no?—

—Él tenía diecinueve, acababa de volver de su primera misión. Tenía sus propios demonios. Lo escuchaba gritar por las noches, al fondo del pasillo, reviviendo el infierno que vio en el extranjero. Pero cada mañana, a las cinco, ya estaba en el gimnasio. Esperándome. Decía que nunca me sentiría segura hasta que pudiera defenderme sola. Así que me volvió peligrosa en lugar de dañada.—

—¿Y por eso son tan cercanos?—

—No.— Mi voz baja apenas a un susurro. —Tenía dieciséis. Un año después de la masacre. Las pesadillas seguían siendo horribles. Me despertaba gritando en ruso, palabras que no entendía. Todos pensaban que estaba perdiendo la razón. Marco estaba llamando a clínicas en Suiza, lugares que tratan el trauma, las mentes fracturadas.—

La mano de Alexei se detiene en mi cabello, todo su cuerpo queda en alerta.

—Nico vino a mi cuarto una noche. Se sentó al borde de mi cama mientras yo temblaba y sollozaba. Y me dijo...— Mi voz se corta, al fin caen las lágrimas. —Me dijo: 'Sof, no me importa lo que esté roto en ti. No me importa lo que recuerdes o lo que no. Eres mi hermana, y nunca dejaré que nadie te aleje.'—

El recuerdo crea un vacío doloroso bajo mis costillas.

—Lloraba, no podía parar. Todo mi cuerpo temblaba como si me estuviera desmoronando. Y él me abrazó y dijo: 'Hagamos un trato. Tú y yo. Nunca nos mentimos el uno al otro. Pase lo que pase. Todos los demás pueden recibir las máscaras, la actuación, las mentiras. Pero entre nosotros, solo verdad.'—

—Hiciste un pacto —dice Alexei en voz baja, su pulgar acariciando mi mejilla, atrapando lágrimas.

—Una promesa sagrada. Nunca le he mentido a Nico. Ni una sola vez en nueve años. Es la única persona que conoce cada parte de mí. El arma que forjó, las pesadillas que todavía me despiertan a las tres de la mañana, las partes que escondo de todos los demás.

—Hasta ahora.

Las palabras caen como piedras en mi pecho, aplastando algo vital. —Hasta ahora. Le he mentido dos veces en los últimos días. Escucho su voz en el teléfono y le miento. Me preguntó qué pasaba y le dije que nada. Me preguntó si tú me estabas haciendo daño y le dije que no.

Alexei abre la boca para defenderse, pero no sale ninguna palabra.

—Lo peor es que él lo sabe. Nico siempre sabe cuando algo anda mal conmigo. Puede escucharlo en mi respiración, en el espacio entre las palabras. Probablemente está despierto ahora mismo, repasando escenarios, tratando de descubrir qué estoy ocultando.

No puedo negarlo. La prueba está en la manera en que me tiemblan las manos, en la náusea que sube cuando pienso en

enfrentar a Nico.

—¿Qué le vas a decir?

—No lo sé. —Presiono mi rostro contra el pecho de mi captor, respirándolo, ese aroma a ámbar y humo que está reescribiendo mi ADN—. No lo sé.

Más tarde, los dos estamos vestidos. Yo, con su camisa y unos pantalones suaves que encontré en un cajón; él, con ropa casual que nunca lo había visto usar. Jeans oscuros, una henley gris que se ajusta a su pecho. La cotidianeidad de todo eso crea un calor peligroso en mi vientre, hace que imagine mañanas que jamás existirán.

Me guía hasta el bonsái sobre su tocador, el que cuida todas las mañanas con tanta precisión.

—¿Este también era de Mikhail? —pregunto.

—No —responde, con la voz suave, cargada de recuerdos—. Este lo empecé yo. Solo tiene diez años.

—Muéstrame.

Él se mueve detrás de mí, su pecho pegándose a mi espalda, sus brazos rodeándome para guiar mis manos hacia las ramitas. El contacto de todo su cuerpo me corta la respiración. Puedo sentir cada centímetro de él. Los planos duros de su pecho, la forma en que su polla comienza a endurecerse contra mi trasero. Mi cuerpo reacciona al instante: los pezones se me tensan, la entrepierna se humedece. Incluso este momento inocente se carga de electricidad entre nosotros.

—No cortas al azar. Miras la forma en la que quiere convertirse, luego la ayudas a llegar ahí. —Su aliento remueve mi cabello, sus labios tan cerca de mi oído que me estremezco—. Paciencia. Eso es todo. No puedes forzarla.

—¿Qué pasa si la fuerzas?

—Se muere. O crece mal. Retorcida, atrofiada. —Sus labios rozan mi oreja, haciéndome apretar los muslos—. Hay daños que no pueden deshacerse.

Pienso en mis propios daños. En los recuerdos a los que no puedo acceder. Las partes de mí que he perdido. La promesa a Nico que he hecho trizas.

—Pero puede crecer alrededor del daño —continúa, ajustando mis manos sobre la pequeña tijera, su toque quemando mi piel—. ¿Ves

esta cicatriz aquí? Alguien cortó mal hace años. El árbol la incorporó. La hizo parte de su forma.

—Eso es lo que hacemos —murmuro, hiperconsciente de su erección apretándose contra mí—. Crecemos alrededor de nuestro daño.

—Si tenemos suerte.

Nos quedamos ahí, con sus brazos rodeándome, los dos concentrados en esa pequeña cosa frágil que lo conecta con su hermano muerto. Pero no puedo dejar de notar lo perfectamente que encajo contra él, cómo mi cuerpo se amolda al suyo como si hubiéramos sido tallados de la misma piedra.

Esto es peligroso. Esta dulzura doméstica, este cuidado tan meticuloso de lo que crece. Así es como me pierdo por completo.

Mi estómago ruge, fuerte e innegable, rompiendo el hechizo.

Él se ríe. De verdad se ríe. —¿Cuándo comiste por última vez?

—No me acuerdo.

—Eso no es aceptable. —Me besa la sien, un gesto tan tierno que me arden los ojos—. Hay una cocina al final del pasillo. De este ala. Voy a prepararte algo.

—¿Tú cocinas?

—Mikhail y yo solíamos cocinar juntos en la casa del lago, cuando nuestro padre… —Se detiene, apretando la mandíbula—. Cuando queríamos alejarnos de todo. Voy por algo a la cocina. Veinte minutos.

Me besa rápido y se va. La puerta se cierra detrás de él, pero noto que no suena el clic de la cerradura. La dejó sin seguro.

¿Una prueba? ¿O confianza?

No debería. Debería esperar a que regrese. Pero necesito usar el baño, y el nuestro está bloqueado, esperando a que alguien lo arregle. Hay otro baño justo al final del pasillo. Lo he visto en mis excursiones nocturnas. Seguro que treinta segundos no harán la diferencia.

Salgo al pasillo. Vacío, silencioso, con el leve olor a clavo y humo de cigarro que impregna este lugar. El pasillo está más frío que la habitación de Alexei, y se me ponen la piel de gallina en los brazos desnudos. Me muevo rápido hacia el baño que recuerdo.

—La puta de los Rosetti. Paseando sola.

La sangre se me congela, cada músculo se pone tenso. Me giro lentamente, midiendo la distancia entre nosotros, el ángulo de su

acercamiento, el hecho de que estoy malditamente desarmada.

Instintivamente busco mi cuchillo, y luego recuerdo. Lo dejé bajo el colchón. Demasiado cómoda. Demasiado jodidamente descuidada. El tipo de error que te mata en mi mundo.

Kaz se apoya en la pared como si hubiera estado esperando. Como si supiera que tarde o temprano saldría en cuanto Alexei me dejara sola y sin seguro. Sus ojos son fríos, calculadores, nada que ver con las tormentas invernales de Alexei. Donde Alexei arde frío, Kaz simplemente está vacío.

—Kazimir.

—Recuerdas mi nombre. Me halaga —dice mientras se despega de la pared y se acerca despacio. —El pasillo de repente se siente más pequeño, las paredes se cierran—. Mi primo fue a la cocina. Te dejó sola y sin seguro. Qué descuidado de su parte.

—Volverá en un minuto.

—Un minuto es mucho tiempo. Suficiente para romper un cuello bonito. Suficiente para acabar con esta vergüenza que ha infectado a nuestra familia.

No retrocedo, no le voy a dar el gusto. Pero me maldigo en silencio por no haber traído mi hoja, por haberme sentido lo bastante segura como para ser descuidada. Mi cuerpo no responde a su cercanía como lo hace con Alexei. No hay calor, no hay atracción. Solo el frío cálculo de evaluación de amenazas.

Ya está cerca, demasiado cerca. Su colonia es fuerte, química, me asalta los sentidos. Nada que ver con la calidez de Alexei.

—No te atrevas a tocarme.

—¿No? —Su mano sube, recorriendo mi mandíbula con una ternura fingida. Se me eriza la piel con el contacto, tan distinto a cuando Alexei me toca—. Los hombres están apostando, ¿sabes? Cuánto tiempo antes de que Alexei recupere el juicio. Cuánto antes de que tengas un accidente.

Me obligo a no estremecerme. —Por cada gota de mi sangre que derrames, mis hermanos harán correr mil de la tuya. ¿Conoces a Luca? Va a encantarse de conocerte. Tiene una labia impresionante. — Suelto un suspiro aburrido. —En fin, si fueras a matarme, ya lo habrías hecho.—

—Quizá estoy saboreando la anticipación.— Sus dedos se aprietan un poco más en mi mandíbula, y las náuseas me suben por la

garganta. —Eres guapa. Eso se lo concedo. Pero no lo suficiente como para morir por ti.—

Fuerzo una sonrisa desencantada en mi rostro. —Y tú no eres lo bastante peligroso como para que valga la pena temerte. Supongo que los dos estamos decepcionados.—

—¿Crees que te ama?— La voz de Kaz baja, suave y venenosa. —Los hombres Volkov no aman. Poseemos. Destruimos. Lo llevamos en la sangre.—

—No busco amor, Volkov. Además, no lo conoces.—

—Lo conozco mejor de lo que tú jamás podrás. Crecí con él. Con Mikhail.— El nombre cae como una cuchilla entre mis costillas. —Hasta que murió. Se desangró, ahogándose en su propia sangre.—

Mi estómago da un vuelco, la bilis subiendo por mi garganta. Mis manos empiezan a temblar, la manifestación física de la destrucción emocional.

—Dieciocho años, el pecho abierto por la cuchilla de tu hermano psicópata, intentando respirar a través de la sangre que llenaba sus pulmones.— Kaz se inclina más cerca, su aliento caliente y amargo en mi rostro.

La imagen se graba a fuego en mi mente. Mikhail, el chico que escribió sobre mí con tanta ternura, muriendo asustado y confundido.

Cada detalle es una herida nueva, visceral y precisa.

—Sé todo sobre las debilidades de tu familia,— continúa Kaz, dejando claro que ha hecho su tarea. —La forma en que los Rosetti se aferran entre sí como ratas ahogadas. ¿Cómo crees que se sentirá tu preciado Marco cuando se entere que te estás abriendo de piernas para un Volkov?—

—Basta.— La palabra me desgarra la garganta.

—La verdad duele, ¿verdad?— Me sujeta la barbilla con más fuerza, obligándome a mirarlo a los ojos. —Eres temporal. Una distracción. Cuando Alexei recuerde quién es, lo que le debe a su familia, lo que le debe a la memoria de Mikhail, no serás más que una mancha de semen que se limpia de sus sábanas.—

Unos pasos resuenan desde la dirección de la cocina. Rápidos, decididos. El sonido hace que mi sexo se contraiga involuntariamente. Mi cuerpo reconoce a Alexei aun en mi angustia.

Kaz me suelta, acomodando sus puños de la camisa con precisión casual. La amenaza se disuelve en una neutralidad agradable en

cuanto Alexei dobla la esquina.

La temperatura desciende diez grados. Todo el cuerpo de Alexei se queda inmóvil, depredador, y de pronto entiendo la diferencia. Kaz amenaza con palabras, pero Alexei es violencia hecha carne.

—Primo,— dice Kaz con tono ligero.

—Kazimir.— El tono de Alexei podría congelar la sangre.

Intercambian una mirada que no sé descifrar. Algo pasa entre ellos, en el lenguaje de la familia y viejas heridas. El aire chisporrotea con violencia latente y el calor se acumula en mi vientre ante la furia protectora de Alexei.

Luego Kaz se aleja, silbando suavemente. Ese desprecio casual es casi peor que las amenazas.

Alexei llega a mí en tres zancadas. Sus manos enmarcan mi rostro, buscando daños, su toque calma de inmediato mis temblores.

—¿Qué te dijo?—

—Nada importante.—

—Sofia.—

No respondo. Algunas batallas son mías. Pero mi cuerpo me traiciona, temblando contra él, buscando la seguridad que ahora solo existe en sus brazos.

Me observa durante largo rato, su pulgar acaricia mi mejilla. Algo cambia en su expresión. Una decisión se toma. De esas que lo cambian todo.

—Vístete —dice él—. Ropa adecuada.

—¿Por qué?

—Creo que ya es hora de que veas a tu familia.

Lo miro, segura de haber escuchado mal. —¿Qué?

—Necesitas recordar quién eres. De dónde vienes. —Su pulgar recorre mi labio inferior, un gesto dolorosamente tierno aunque sus ojos arden con algo mucho más oscuro—. Ve a casa, Sofía. Ve a ver a tus hermanos. Cena en la mesa de tu familia. Diles que te escapaste.

—¿Me vas a dejar ir?

—Te voy a dejar visitar. Es diferente. —Algo parpadea en sus ojos. Certeza absoluta. La confianza de un hombre que sabe que ya ganó—. Vas a regresar.

Parpadeo lentamente, pensándolo bien. —¿De verdad?

No responde de inmediato. Solo me mira con esos ojos pálidos que han visto todos mis pedazos rotos y, aun así, me desean.

Lo más aterrador es que tiene razón. Voy a regresar.

Porque la promesa sagrada que le hice a Nico hace nueve años ya está rota sin remedio. Le he mentido dos veces, he escogido a mi enemigo sobre la verdad, traicionado el único pacto que importaba más que la sangre. El daño ya está hecho.

¿Qué importa una traición más?

Pienso en sentarme frente a Nico en la cena, mirar esos ojos color avellana que me conocen mejor que nadie, y mentirle en la cara. Decirle que todo está bien. Que Alexei no me ha hecho daño. Que no me he enamorado completamente y sin remedio del hombre cuya familia nos destruyó.

Mi familia verá a su hermana, su princesa, regresando de su cautiverio. Buscarán moretones, señales de tortura. No verán el daño real. Cómo he arrancado pedazos de mí misma para entregárselos voluntariamente a Alexei. Cómo eliminé información que podría salvar la vida de sus hombres porque no soportaba traicionarlo a él. Cómo se me humedece la entrepierna solo con su voz, cómo mi cuerpo ansía su violencia tanto como su ternura.

—¿Cuándo? —pregunto, apenas en susurro.

—Esta noche. Después de que te limpies. —Su mandíbula se tensa —. Mi chofer te llevará y te dejará a la vuelta de la esquina. Vas a cenar con tu familia. Luego, vas a regresar conmigo.

No es una pregunta. Es una afirmación.

—Van a hacer preguntas —digo—. Sobre ti. Sobre lo que me has hecho.

—Diles lo que sea que te mantenga a salvo. —Me acerca más a él, su frente apoyada en la mía—. Diles que soy un monstruo. Diles que estás reunido información. Diles cualquier cosa menos la verdad.

—¿Cuál es?

Sus labios rozan los míos, un toque tan leve que igual enciende todo mi cuerpo. —Que viniste por tu cuenta, que te colaste bajo mis defensas, que fingiste ser la cautiva. Pero ahora… ahora sí eres mi prisionera.

Tiene razón. Que Dios me ayude, tiene razón en todo.

Entonces lo beso, entregando en ese contacto todo lo que no puedo decir. Mi lengua reclama su boca como él ha reclamado mi cuerpo. El chico que me enseñó a ser fuerte estaría devastado de verme ahora. La promesa que hicimos, solo verdad entre nosotros, yace rota a mis pies.

Pero esta noche volveré a casa. Me sentaré a la mesa de mi familia y mentiré con cada palabra. Les dejaré creer que están recuperando a su hermana y, tal vez, sólo tal vez, encuentre la fuerza para quedarme con ellos en vez de arrastrarme de rodillas de regreso con mi enemigo.

19 - Alexei

Sofia está ocultando algo. Lo veo en la forma en que evita mirarme a los ojos.

Ella está parada frente al espejo en mis aposentos, ajustando el cuello de su blusa por tercera vez. La máscara de princesa Rosetti poniéndose en su lugar con cada pequeño gesto. Sus dedos tiemblan levemente mientras alisa su cabello, y sé que no es por ver a su familia.

—¿Qué te dijo Kaz?

Sus manos se quedan quietas por un instante antes de continuar sus ajustes innecesarios. —Ya te lo dije. Puedo manejarlo.

—Sofia.

—No importa.— Se aparta del espejo, esa compostura perfecta firmemente en su lugar. Como una armadura que se ha soldado a la piel tras años de sobrevivir. —Debo irme. El auto está esperando.

Cruzo hacia ella, sujetando su barbilla entre mis dedos. Haciéndola mirarme. —Él te amenazó.

—Compartió su perspectiva.— Su voz permanece firme, pero su pulso late bajo mi pulgar como un pájaro atrapado. Otra evasión, otro escudo. —Y yo lo amenacé de vuelta.

Me está protegiendo de cualquier veneno que Kaz le susurró al oído. O tal vez se protege a sí misma para no tener que repetirlo. De cualquier forma, mi primo cruzó un límite al acercarse a ella a solas en mi propio complejo.

—El chofer te esperará— le digo, soltando su rostro —el tiempo que necesites. Pero quiero que regreses antes de medianoche.

Algo se enciende en su expresión. Sorpresa, quizás gratitud. —Gracias. Por dejarme ir.

—Vas a regresar antes de medianoche.— No es una pregunta. Es una certeza que se instala en mis huesos como metralla.

¿Pero qué tal si no lo hace? ¿Y si nunca vuelve? Por fin la tengo bajo llave, verdaderamente segura por primera vez, y la estoy dejando ir. ¿Eso me hace un tonto?

—Regresaré antes de medianoche— acepta, y después se pone de puntas para besarme una vez. Suave, breve, pero en ese beso percibo algo parecido a una despedida que me aprieta el pecho.

La observo caminar hacia la puerta, cada línea de su cuerpo perfectamente controlada a pesar del peso que Kaz acaba de ponerle sobre los hombros. Cuando se va, cuando escucho el coche alejarse del complejo, tomo mi decisión.

Es hora de recordarle a mi primo los límites escritos con sangre.

El ala este se siente como un mausoleo. Estas fueron las habitaciones de Mikhail alguna vez, antes.

No termino el pensamiento. No puedo permitírmelo, no cuando necesito la frialdad que precede a la violencia.

Encuentro a Kaz en lo que solía ser la sala de Mikhail, botella de vodka abierta sobre la mesita, tableta en mano como si no acabara de acorralar a mi mujer en un pasillo. La arrogancia casual me hace apretar la mandíbula.

—Primo.— Ni siquiera levanta la mirada. —¿Trago?

—¿Qué le dijiste?

Ahora sí alza la vista, esa sonrisa fría que recuerdo de la infancia extendiéndose por su rostro. La misma que anunciaba que alguien iba a sangrar.

—¿La chica Rosetti? Tuvimos una conversación. Nada siniestro.

—Ella no quiere decirme qué le dijiste.

—Quizá entonces no es tu asunto.

Cruzo la habitación despacio, deliberadamente, y me siento frente a él. Entre nosotros está la mesa de ajedrez de Mikhail, en la que los tres pasamos incontables horas, cuando creíamos que dominaríamos el mundo juntos. Mis dedos pican por el cuchillo en mi cinturón.

—Todo lo que tenga que ver con ella es mi asunto.

Kaz deja la tableta, sirve dos vodkas. Desliza uno por la mesa de ajedrez. El líquido ni siquiera tiembla, su mano así de firme. —¿Recuerdas cuando teníamos doce? Ese verano en la casa del lago?

No toco el vaso. El vodka ardería al bajar, y necesito la lucidez de la sobriedad. —¿Qué con eso?

—Mikhail nos enseñó a los dos a nadar ese verano.— Su expresión se suaviza, genuina por una vez. —Le tenías miedo al agua profunda. No pasabas de la cintura.

El recuerdo asoma sin ser llamado. La voz paciente de Mikhail, sus manos firmes en mi espalda mientras aprendía a confiar en el

agua. El terror a ahogarme, los pulmones ardiendo, antes de que sus brazos me atraparan.

—Misha pasó tres días convenciéndote— continúa Kaz. —Paciente como un santo. Y cuando por fin nadaste hasta el muelle, actuó como si hubieras ganado una medalla olímpica.

¡Lo lograste, Alyosha! Sabía que podías hacerlo.

Me oprime el pecho el recuerdo de su orgullo, puro y sin complicaciones.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque así era él. Paciente. Bondadoso. Lo mejor de nosotros.— La voz de Kaz se vuelve dura como el acero. —Y ella fue quien lo mató.

—No sabemos qué pasó esa noche.

—Sabemos lo suficiente.— Se inclina hacia adelante, la vodka olvidada. —La única razón por la que Mikhail estaba en esa maldita reunión Rosetti-Moretti era por esa chica. Ella. Tu perra Rosetti. Once años, Alexei. Llevamos once años planeando venganza.

Su voz baja, cada palabra precisa como una cuchilla entre las costillas. —Y ahora te la estás tirando en la casa de Misha.

—Esta no es la casa de Misha.

—Se suponía que lo sería. Él iba a heredarla. Él debía ser pakhan.— Su puño golpea la mesa, haciendo saltar las piezas de ajedrez. —En cambio está bajo tierra y tú ocupas su lugar, dejando que la hermana de su asesina caliente tu cama. Escupes en su tumba cada vez que la tocas.

—Yo no—

—Sí, lo haces.— Kaz se levanta de repente, paseando como un animal enjaulado. —Mátala. Mándala de regreso hecha pedazos. ¿Pero esto? ¿Tenerla como mascota, exhibirla en galas, dejarla andar libre por nuestra casa?

—No anda libre.

—Estaba sola en el corredor. Pude haberla matado en treinta segundos.

—Pero no lo hiciste.

Kaz se queda inmóvil, y esa quietud es más peligrosa que su furia. —No. No lo hice.

—¿Por qué no?

—Porque quería ver qué harías. Si la defenderías. Si la elegirías a ella antes que a la sangre.— Su sonrisa se vuelve amarga. —Y aquí

estás. En mis aposentos. Defendiéndola. Ya tengo mi respuesta.

—Kaz.

—¿Recuerdas lo que solía decir tu padre? ¿Sobre los lobos?

Aprieto la mandíbula hasta que siento el sabor metálico de la sangre. No quiero esas palabras saliendo de su boca.

—Un lobo que no protege a la manada ya no es un lobo. Solo es carne.— Toma su vodka, lo bebe de un trago ardiente. —Los hombres están mirando, Alexei. Ven que eliges a una puta Rosetti por encima de la sangre Volkov. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que decidan que eres solo carne?

—¿Eso es una amenaza?

—Es solo una observación.— Deja el vaso vacío sobre la mesa. —Ella te tiene bebiendo de su mano como el perrito perdido de Mikhail. Solo que el tazón de agua está lleno de veneno.

Me pongo de pie, y ahora quedamos cara a cara. Imágenes espejadas de sangre Volkov, de historia compartida, de un dolor que se ha endurecido hasta volverse filo.

—Solo lo voy a decir una vez.— Mi voz baja a ese tono que hace que los hombres adultos se orinen de miedo. —Sofia está bajo mi protección. Mía. Si la tocas, si la amenazas, si siquiera la miras mal, voy a olvidar que somos familia.

—¿Me matarías? ¿Por ella?

Mi mano encuentra el cuchillo en mi cinturón, el que ya ha probado sangre por ofensas menores. Los ojos de Kaz siguen el movimiento, y veo cómo calcula distancias, ángulos, probabilidades.

La respuesta sale sin pensar, la verdad más pura. —Mataría a cualquiera por ella.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, irreversibles. Veo el momento en que Kaz realmente entiende lo que ha pasado, en lo que me he convertido.

Se ríe, suave y triste. —La chica Rosetti colecciona hombres Volkov como trofeos. Primero Misha, ahora tú.

—No la toques —gruño—. O vas a descubrir cuánto lo digo en serio.

—No la voy a tocar. Tienes mi palabra.— Alza la mano, fingiendo rendición. —Pero tampoco la voy a proteger. Y cuando los hombres decidan que es un problema, cuando alguien más haga su jugada, no esperes que yo la defienda.

Salgo de los aposentos de Kaz sin decir una palabra más, con el pulso retumbando en mis oídos. El pasillo se extiende ante mí, y en cada rincón veo los fantasmas de lo que fuimos. Tres chicos con espadas de madera, jurando pactos de sangre que no comprendíamos.

Los hombres que paso me saludan con respeto, pero ahora lo noto. Las miradas que se quedan demasiado tiempo, los susurros que callan cuando me acerco. Están vigilando, juzgando, preguntándose si su pakhan se ablandó por una enemiga en la cama.

Kaz no se equivoca en esa parte. La duda se esparce entre mis filas como sangre en el agua.

Me detengo frente al retrato de Mikhail en el pasillo principal. Pintado cuando tenía diecisiete años, ya preparándose para liderar. Esos ojos cálidos que podían ver lo mejor en todos, incluso en nuestro padre.

Prométeme que cuidarás de ellos, Alyosha. Si me pasa algo.

El recuerdo duele profundo. La noche anterior a la masacre, cuando Mikhail estaba distante y extraño. Yo pensé que solo estaba nervioso por sus exámenes.

Ahora me pregunto qué más sabía. Qué estaba ocultando.

Mi teléfono vibra. Un mensaje del chofer: *Llegamos bien. Ella ya está adentro.*

Sofia. Rodeada de sus hermanos, su familia, la gente que se supone debo destruir. Sentada a su mesa mientras guarda mis secretos, con mis huellas todavía marcando su piel. Todavía siento sus uñas bajando por mi espalda.

Su aroma me embosca en cuanto entro en mis aposentos.

Lo impregna todo. Ese perfume suave mezclado con sexo, con su deseo cuando la hice venir dos veces antes del desayuno. No ha pasado ni una hora desde que se fue y ya su ausencia se siente como si me faltaran órganos.

Me quito la chaqueta, sirvo vodka pero no lo bebo. El vaso se humedece en mi mano mientras miro la cama donde dormimos enredados. La almohada aún conserva la marca de su cabeza. Presiono mi cara contra ella como un hombre desesperado, respirando el olor de su cabello.

El complejo se siente como una tumba sin ella. Demasiado silencio a pesar de estar lleno de hombres armados. Solo paredes, armas y viejos fantasmas que no dejan de susurrar sobre traición.

La verdad me atraviesa: lo que siento por ella tiene un nombre que me he negado a pronunciar, ni siquiera en mi mente.

Amor.

La confesión me sabe a traición para Mikhail, para mi madre que murió sin venganza, para cada promesa que hice. Pero negarlo sería peor. Sería de cobardes.

No solo la deseo. No solo la necesito. La amo con la desesperación con la que un hombre es capaz de incendiar imperios.

¿Cuándo sucedió? ¿Cuando me sonrió en el desayuno? ¿Cuando se le plantó a Kaz? ¿Cuando borró información que podría salvar a su familia porque no podía traicionarme?

¿O estuvo siempre ahí, creciendo como los árboles que Mikhail cuidaba, un corte a la vez, hasta que la forma era innegable?

Me tumbo en la cama vestido, mi verga ya medio dura solo por su aroma. Patético. En unas horas, volverá por esa puerta. O no. Tal vez sus hermanos la convenzan de quedarse. Tal vez recuerde a quién se supone debe odiar.

El solo pensarlo hace que algo violento se levante en mi pecho, oscuro y absoluto.

Si no vuelve.

Prenderé fuego al mundo.

Lo quemaría todo. El complejo, la bratva, cada plan minucioso que he construido en once años. Nada importa sin ella.

Mi celular reposa en silencio sobre el buró. Sin noticias del chofer. Ninguna actualización. Solo yo, solo en sábanas que huelen a la mujer que me ha transformado en alguien que ya no reconozco.

Alguien capaz de traicionar la memoria de su hermano. Alguien capaz de matar a su propia sangre. Alguien que yace aquí como un tonto enamorado, contando los minutos hasta que ella regrese.

Vuelve a mí, kotyonok.

Porque si no lo hace, si ella los elige a ellos en vez de a mí, me convertiré en exactamente lo que Kaz predijo. Un lobo que abandonó su manada. Carne para quien quiera tomarla.

Pero peor aún, seré un hombre sin corazón.

Y eso no se sobrevive.

20 - Sofia

El recinto de los Rosetti huele a ajo y pesto, y por un instante devastador, olvido que soy una traidora.

El chofer, hombre de Alexei, tan silencioso como una tumba, me trajo exactamente como prometió y me dejó a la vuelta de la esquina. —Medianoche —había dicho Alexei, sus labios en mi sien, sus manos todavía posesivas en mi cintura después de la ducha que compartimos—. Ni un minuto después. La amenaza y la promesa en esas palabras me siguen por el conocido sendero de piedra.

Mis tacones resuenan contra las piedras que he caminado desde niña, pasando la fuente donde Alessandro y yo cazábamos luciérnagas, atravesando jardines donde Nico me enseñó a lanzar cuchillos a la luz de la luna. Cada paso se siente como recorrer un museo de quien solía ser: Sofia Rosetti, hermana querida, princesa protegida, arma secreta.

Ahora soy alguien totalmente diferente. Alguien que despertó envuelta en sábanas rusas, marcada por manos rusas, cargando secretos rusos que jamás contaré.

La puerta principal se alza frente a mí, una luz cálida derramándose por las ventanas como miel. A través del vidrio, capto movimiento, sombras de mi familia viviendo sus vidas, sin imaginar que estoy por entrar usando seda de diseñador que oculta las marcas de mordidas de su enemigo.

Mi mano se levanta para tocar, pero la puerta se abre de golpe.

—¡SOFIA!

Alessandro. Por supuesto que es Alessandro, siempre el primero en reír, en perdonar, en hacer lo insoportable soportable. Me envuelve en un abrazo que me levanta del suelo, girándome una vez antes de bajarme. Huele a esa pomada que manda pedir desde Milán.

—Jesucristo, Sof. Cuando te vi entrar por las puertas, pensé que estaba alucinando. —Sus ojos verdes recorren mi rostro, buscando daño que no se ve—. ¿Cómo diablos lograste salir? Marco lleva días planeando escenarios de extracción.

La mentira fluye más fácil de lo que debería. —Encontré una falla en su seguridad. Tercer piso, pasillo de servicio. Tengo quizá cuatro horas antes de que lo noten.

—¿Y te escapaste en tacones y vestido? —pregunta, evaluándome con la mirada.

Me encojo de hombros. —Obvio.

—Esa es mi chica. —Pero sus ojos se entrecierran, notando algo que no oculté del todo—. Te ves…

—¿Cansada?

—Diferente. —Pero sonríe, prefiriendo no insistir. Así es Alex, ve todo pero elige sus batallas—. Vamos. María lleva cocinando sin parar desde que desapareciste. Va a llorar cuando te vea.

La calidez del vestíbulo me envuelve: flores frescas en floreros de cristal, el aroma persistente del espresso de Marco por la tarde, el suave sonido de un piano que se escapa desde algún lugar arriba. Probablemente Dante, tocando lo que no puede decir.

—¡SOFIA ROSETTI! —La voz de María retumba desde la cocina, seguida de un rápido italiano que más o menos significa 'muy flaca, te vas a desaparecer, los hombres no saben alimentar a nadie'.

La garganta se me cierra. Este es mi hogar. O lo era. Ahora se siente como estar en la vida de otra persona, llevando una piel que ya no me queda.

Marco aparece en el pasillo y se me corta la respiración. Mi hermano mayor se mueve con esa quietud que hizo que nuestros enemigos lo apodaran 'Il Silenzio' antes de descubrir que el silencio también puede matar. Sus ojos oscuros hacen su evaluación, observando mi postura, mi respiración, la manera en que me sostengo. Busca fracturas, daños, pruebas de lo que Alexei pudo haber hecho.

No va a encontrar nada. El daño real está por dentro, invisible, irreversible.

—Sofia. —Solo mi nombre, pero cargado de todo: alivio, furia, preguntas que aún no hará.

Abre los brazos y yo acudo a él, dejándolo envolverme en esa seguridad particular que solo los hermanos mayores pueden dar. Su loción es la misma, bergamota y cedro, pero debajo percibo aceite de armas, el aroma metálico de la violencia reciente. Sus manos se deslizan por mis brazos, sutiles pero minuciosas, revisando si tengo heridas bajo la seda.

—Estoy bien —murmuro contra su hombro.

Él se aparta, esos ojos oscuros buscan los míos. —¿De verdad?

No. Estoy tan lejos de estar bien que ni siquiera recuerdo cómo se siente. Pero le doy la sonrisa que necesita, pequeña, tranquilizadora, la hermana que puede con todo.

Más hermanos aparecen como espíritus convocados. Dante surge de la sala de música, tan callado como siempre, pero sus ojos dicen todo lo que las palabras no. Me envuelve en un abrazo cuidadoso que dice más que cualquier frase.

Asiento contra su pecho. Huele a cigarrillos y esa colonia cara que Ana le compra. Cuando se aparta, sus ojos oscuros se detienen en mi garganta donde el maquillaje cubre los moretones de los dedos de Alexei. Dante siempre ve demasiado.

Luca está recostado sobre la barandilla de la escalera, esa sonrisa inquietante asomando en sus labios. —Hermana menor. Veo que sigues respirando.

—¿Decepcionado?

—Jamás. —Se impulsa fuera de la barandilla, se acerca para abrazarme con esa gracia despreocupada que oculta cuán rápido puede pasar de la risa a ser letal—. ¿A quién más molestaría?

Su abrazo es breve pero sus ojos azul claro, tan parecidos a los míos, me examinan a fondo. —Estás diferente —dice en voz baja. No es una acusación. Es una observación, archivada en su mente brillante y retorcida.

—Ha sido una semana larga. ¿Tú?

—Aburrido. Marco no me deja asaltar el recinto de los Volkov. —Pone cara de niño, realmente hace un puchero—. Tenía todo un plan. Muy dramático. Mucho fuego.

—Seguro era hermoso.

—Era ARTE. —Se separa del abrazo. Sus ojos—brillantes, un poco desquiciados—se fijan en mí—. Hueles diferente.

Me congelo. —¿Qué?

—Jabón distinto. Diferente… —huele el aire—. Hombre.

Dios mío.

—He estado viviendo en su recinto, Luca. Por supuesto que huelo diferente.

—Hmm. —Empieza a girar un cuchillo que tenía escondido en algún lado—. Ten cuidado, hermanita. Los enemigos tienen una

forma de meterse bajo la piel. Y luego— —Hace el gesto de cortar una garganta—. Todo se vuelve un desastre.

—¿Eso es un consejo o una amenaza?

—Sí. —Él sonríe y se aleja caminando con esa despreocupación suya.

Luego está Nico. Mi entrenador, mi confidente, el guardián de nuestro pacto sagrado. Se queda rezagado, observando desde el umbral del comedor con esos ojos color avellana que han sido testigos de cada evolución de mi carácter. No se acerca para abrazarme; solo me estudia como si estuviera leyendo un informe táctico.

—Nico —digo, y mi voz se quiebra.

Entonces cruza hacia mí, pero en vez de abrazarme, toma mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo a los ojos. Los callos en sus palmas me resultan familiares: trabajo de armas, de cuchillos, la violencia calculada que él me enseñó.

—Estás mintiendo sobre algo.

Mi corazón se detiene. Por supuesto que lo sabe. Nueve años de absoluta honestidad entre nosotros le han enseñado cada uno de mis gestos, cada microexpresión.

—Nico—

—Hablaremos después. —Me suelta, pero la promesa en esos ojos avellana hace que el estómago se me encoja.— Come primero. María nos mata a todos si la comida se enfría.

El comedor estalla en calidez y caos. Ana brinca a la pequeña Antonia en su regazo, la niña estirando sus deditos regordetes para agarrar el cabello oscuro de su madre. La bebé se parece a Dante, seria incluso con apenas cuatro meses, esos ojitos oscuros registrando todo a su alrededor.

—¡Sofía! —Ana se pone de pie con cuidado, sin soltar a la bebé, y me abraza con un solo brazo. Huele a leche, talco y ese perfume ligero que usa desde Roma.— Hemos estado tan preocupadas.

Faith forcejea para levantarse de su silla, su vientre ya redondo de promesas. Ocho meses, quizá más. La mano de Luca se posa suave en su hombro, manteniéndola sentada. La ternura casual de ese gesto me hace doler el pecho; hasta mi hermano psicópata ha encontrado algo suave para proteger.

—No te levantes —le digo a Faith, inclinándome para besarle la mejilla. Huele a vainilla y libros viejos, probablemente por su trabajo

en la biblioteca, al que se empeña en seguir pese a las protestas de Luca.

—Te ves bien —dice ella, pero hay algo en su mirada, un reconocimiento quizás, de mujer a mujer, de secretos compartidos.

Emma se levanta a pesar de las protestas de Alessandro, moviéndose despacio pero decidida hacia mí. La culpa me atraviesa. Ella recibió un disparo y estuvo al borde de la muerte por mi culpa, por mi debilidad al creer en la trampa de Alexei.

—Me alegra tanto que estés bien —susurra mientras me abraza, y yo quisiera decirle que no lo estoy, que estoy tan lejos de estar bien que ya ni siquiera lo veo.

—¿Cómo vas con la recuperación? —consigo preguntar.

—Bien. Mejor. Volviendo loco a Alex con mi terquedad. —Se aparta y estudia mi rostro con esa mirada aguda que sobrevivió años de servidumbre antes de que Alessandro la reclamara.— Siéntate junto a mí. Quiero escuchar todo.

Todo. La palabra se asienta en mi estómago como plomo.

—No tienes que fingir conmigo. —La voz de Emma es suave mientras las demás voces rugen a nuestro alrededor.— Sé lo que es estar atrapada entre dos mundos.

Mis manos se detienen.— No sé de qué hablas.

—Yo era una sirvienta que se enamoró de un Rosetti. Todo el mundo me decía que era imposible. Que estaba mal. Que traicionaba a los míos. A veces el corazón no entiende de bandos.

Saco la silla junto a ella y me siento.— Emma—

—No te estoy pidiendo que me cuentes nada. Solo digo— —Me sostiene la mirada.— Pase lo que pase, no estás sola. Y no eres tan buena mintiendo como crees.

La garganta se me cierra. No debí haberme sentado junto a Emma; siempre fue demasiado observadora.

Acepto un vaso de agua de Alessandro y, de repente, tengo quince años otra vez, antes de la masacre, antes de Mikhail, antes de convertirme en alguien que le miente a las únicas personas que de verdad importan. María entra agitadamente con bandejas que huelen a infancia: su famoso ragú, pan recién horneado que aún humea, esa pasta de limón y alcaparras que solo prepara para celebraciones.

—¡Muy flaca! —declara mientras amontona comida en mi plato.— ¿Qué te dan de comer allá? ¿Aire? Los hombres no tienen idea de alimentar gente.

Si tan solo supiera cómo me alimenta Alexei, a veces con la mano, observando mi boca tomar cada bocado como si fuera un preludio, haciéndome mojar solo con la atención. Esta tarde me dio de comer fresas en la cama, el jugo escurriendo por mi barbilla, luego lamiéndolo hasta que jadeé su nombre.

—La comida está bien, María —digo, obligándome a comer a pesar de mi estómago revuelto.

—Bah. Bien no es suficiente. Necesitas comida de verdad. Comida para el alma. —Me pellizca la mejilla como si aún tuviera cinco años. — Te hice tiramisú de postre. Tu favorito.

La normalidad de todo esto me dan ganas de gritar. Aquí está mi familia, unida y cálida, preocupándose por mí, mientras yo me siento aquí sabiendo que borré información que podría mejorar sus vidas, fortalecer nuestro control sobre la ciudad. Sabiendo que escogí a su enemigo sobre ellos.

Dios, ojalá encuentre la fuerza para quedarme aquí, dejar que llegue la medianoche y simplemente regresar a mi propia vida.

—Bueno —dice Marco cuando todos ya tienen su comida, su voz cargada de ese peso especial que marca la transición de lo familiar a lo empresarial.— Cuéntanos sobre el complejo.

La mesa se queda en silencio, incluso la pequeña Antonia parece sentir el cambio. Todas las miradas se posan en mí: mis hermanos que confían en mí, sus esposas que me recibieron, esta familia a la que estoy por traicionar con cada palabra.

Recito lo que preparé, lo suficientemente preciso para sonar creíble, pero lo bastante vago para no servir de nada. Rondas de guardias que Alexei ya cambió. Protocolos de seguridad que actualizó en cuanto salí. Les doy los huesos, pero guardo la carne para mí, para él.

—El complejo es una fortaleza —digo, cortando mi pasta de manera mecánica.— Tres niveles de seguridad. Cerraduras electrónicas en todo.

—¿Puntos débiles? —pregunta Nico, pero sus ojos están en mis manos, observando cómo tiemblan apenas alrededor del tenedor.

—El lado este tiene cámaras más viejas. Hay un pequeño retraso en la cobertura. —Una verdad que será mentira mañana; Alexei mencionó que las actualizaría esta semana.

—¿Y Volkov? —La voz de Marco permanece neutral, pero sus ojos son agudos—. ¿Su estado mental?

Entregado. Obsesionado.

—Controlado. Estratégico. —Me obligo a mirarlo a los ojos—. Todavía está de luto por su hermano. Eso impulsa todo lo que hace.

—¿Te está… —Alessandro se detiene, algo raro en él—, ¿te está haciendo daño?

La pregunta flota sobre la mesa como una navaja. Todos esperan: la mano de Ana inmóvil en la espalda de Antonia, los dedos de Faith buscando a los de Luca, Eleanor inclinándose ligeramente hacia adelante.

—No. —La palabra sale más firme de lo que esperaba—. Me necesita viva. Como ventaja.

Pero ese no es el motivo. Me necesita viva porque me necesita. Punto.

—Hay más que no nos estás diciendo —observa Marco, dejando su vino sobre la mesa.

—Siempre hay más —respondo, obligándome a dar otra mordida —. Todavía estoy reuniendo información.

—Hablando de eso —interviene Alessandro, y nunca le he agradecido tanto su puntualidad—. ¿Ya les conté sobre lo de Detroit?

—¿Lo del contenedor de carga? —Luca se anima, con ese brillo maniático en los ojos.

—Mejor. Había una cabra.

Eleanor se ríe—. No había ninguna cabra.

—Claro que había una cabra —dice Alessandro, sonriendo mientras se acomoda para contar la historia—. Este proveedor, ¿ven? Piensa que es muy listo. Dice que el envío se retrasó por 'complicaciones con el ganado'. Yo pensé que era que en el puerto habían encontrado algo, tal vez perros husmeando por ahí.

—¿Pero…? —interviene Faith, ya sonriendo.

—Pero literal, tenía una cabra. Dentro del contenedor. Con nuestras armas —los ojos verdes de Alessandro brillan de diversión —. Esta cabra, lo juro por Dios, se había comido tres cajas y estaba dándole a la cuarta cuando la abrimos.

—Te lo estás inventando —insiste Eleanor, pero se está riendo.

—¡Luca estaba ahí!

Luca asiente solemne—. De verdad había una cabra. Quería quedármela.

—Por supuesto que sí —firma Dante, el gesto de fastidio visible en su cara.

—¿Qué? Tenía carácter. Se comió tres cajas de evidencia. Eso es impresionante.

—No nos vamos a quedar con una cabra —dice Marco, pero una ligera sonrisa se asoma en sus labios.

—Nunca me dejas divertirme —protesta Luca, y sí, realmente hace un puchero, este hombre con maestría en química que usa sobre todo para métodos creativos de tortura.

—Tienes diecisiete cuchillos —firma Dante.

—Los cuchillos no son mascotas, Dante.

—¡Las cabras tampoco!

La risa que estalla alrededor de la mesa se siente tan normal, tan auténticamente *nosotros*, que por un momento olvido todo lo demás. Olvido que les estoy mintiendo. Olvido que elegí a su enemigo. Olvido que tal vez ésta sea la última vez que me siento a esta mesa.

Pero entonces veo a Nico observándome, veo cómo se da cuenta que apenas como, que solo muevo la comida en el plato. Nota la manera en que sigo tocándome la garganta, donde los dedos de Alexei dejaron una marca invisible. Ve todo lo que trato de ocultar.

—Necesito un poco de aire —digo de repente, apartando la silla de la mesa.

—Voy contigo —dice Nico de inmediato.

Marco nos mira a ambos, leyendo la situación con esos ojos oscuros que no se le pasa nada. Pero asiente—. Diez minutos. Aún no hemos terminado de hablar.

Las puertas de la terraza se cierran detrás de nosotros, cortando el cálido caos familiar. La noche en Chicago está cargada de humedad, el aire sabe a tormenta inminente. Camino hacia la baranda de piedra, aferrándome con fuerza hasta que la superficie áspera me muerde las palmas, un pequeño dolor para concentrarme en vez del mucho mayor que aplasta mi pecho.

—Me has mentido dos veces —dice Nico sin preámbulos. Sin rodeos, sin suavidad. Va directo al punto—. Por teléfono. Y ahora mismo, en la cena.

No me doy la vuelta. No puedo enfrentar esos ojos avellana que han visto cada versión de quien soy—. Nico…

—Tenemos un pacto, Sof. Nueve años sin más que verdad entre nosotros. —Su voz carga el peso de todas esas sesiones de entrenamiento al amanecer, todos esos silencios compartidos, todos

esos momentos en los que solo nos teníamos el uno al otro—. ¿Por qué lo rompes ahora?

Las palabras se quedan entre nosotros como una cuchilla, filosas e innegables. Pienso en aquella noche cuando tenía dieciséis, temblando de miedo por pesadillas de sangre y voces rusas, y Nico manteniéndome entera solo con su presencia y una promesa de honestidad.

—No puedo —susurro.

—Quieres decir que no quieres.

—Quiero decir que no puedo. —Mi voz se quiebra—. Porque decirte la verdad lo cambia todo entre nosotros.

—Algo ya cambió. —Se coloca a mi lado, y veo su reflejo en el vidrio oscuro: cansado, preocupado, ya de luto por lo que estamos perdiendo—. No puedo perderte —susurra Nico—. No con él. No con nadie.

—No vas a perderme. Sigo siendo tu hermana. Sigo siendo la chica que no puede silbar y hace cantos de pájaros en su lugar.

Casi se ríe. Casi.

—Si te hace daño…

—Entonces vas a asaltar el complejo con Luca y su cabra. Ya lo sé.

—Hablo en serio.

—Yo también. —Le aprieto la mano—. Tengo que volver. Y tienes que dejarme. Ya he escapado varias veces, puedo hacerlo de nuevo si lo necesito.

Otra mentira.

—¿Por lo menos… me avisarás si estás en peligro? Peligro real?

—Sí. —Eso sí es verdad—. Esa promesa la cumplo.

Me abraza. Fuerte. Desesperado.

—Te quiero, pajarita.

—Yo también te quiero.

Y siento tanto por todas las maneras en las que estoy a punto de romperte el corazón.

21 - Alexei

No han pasado ni tres horas desde que se fue, pero se siente como si fueran tres años.

Estoy sentado en mi estudio, intentando revisar las cámaras de seguridad del complejo, decidiendo en quién de mis hombres aún puedo confiar. La botella de vodka suda a mi lado, la condensación formando un charco sobre la caoba. Un vaso servido, intacto. Tengo la garganta tan apretada que no puedo tragar nada más que dudas.

Tres horas desde que salió a encontrarse con ellos. Tres horas sin saber si va a elegirlos a ellos en vez de a mí.

Mi teléfono vibra. Katya llama otra vez desde Moscú. Sus mensajes se amontonan, cada uno más urgente que el anterior sobre el estado cada vez peor de nuestra madre. Debería contestar. Debería decirle que estoy ocupándome aquí primero. Pero no puedo formar las palabras, no puedo explicarle que estoy esperando a una mujer Rosetti como si mi vida dependiera de ello.

Podría quedarse. Ellos son su sangre, su verdadera familia. Recursos, protección, la vida para la que nació. ¿Qué tengo yo? Un complejo lleno de hombres que quieren verla muerta, el fantasma de un hermano que no me deja dormir, y esta obsesión que ha reescrito hasta mi ADN.

Reviso la rotación de los guardias en mi pantalla. Hay algo extraño en el patrón de esta noche. Pavel está en el corredor equivocado, Boris tomó su descanso diez minutos antes. Cosas pequeñas. Las guardo en la cabeza, demasiado distraído para analizarlas bien.

El cursor parpadea sobre un informe de envío de armas desde Praga. Las palabras se mezclan. No existe nada excepto preguntarme si ese auto alguna vez va a regresar.

Patético. El gran Alexei Volkov, pakhan de la bratva de Chicago, reducido a esperar como un adolescente enamorado. Esperando a una mujer que tiene todas las razones del mundo para desaparecer.

Las palabras de Kaz resuenan: *Ella colecciona hombres Volkov como trofeos*.

Aprieto tanto la mandíbula que podría romperme los dientes. *Mudak*. No. Lo que pasó entre nosotros fue real. La forma en que borró esa información, me eligió a mí sobre la seguridad de su familia. La forma en que se desmoronó en mis brazos, susurrando mi nombre como si fuera una oración.

Real. Tiene que ser real.

Las luces de un auto barren la ventana.

Mi corazón se detiene y luego late al doble de velocidad. Ya estoy en la ventana antes de saberlo, viendo cómo la SUV negra cruza los portones. Ella está aquí. Regresó. Me eligió.

Me levanto demasiado rápido, los vasos de vodka tintinean. Camino de la ventana al escritorio y regreso, ya pensando en lo que sigue. Si ella volvió después de que intentaron retenerla, puede que venga represalia. Actualizo los protocolos de seguridad, escribo a mis hombres de mayor confianza para que estén listos.

Veinte minutos se sienten como veinte años hasta que llega a mis habitaciones.

Hogar. ¿Cuándo se convirtió este lugar en su hogar? ¿Cuándo empecé yo a necesitar que lo fuera?

La puerta se abre y todo lo demás deja de importar.

Sofia está de pie en el umbral y con solo mirarla lo entiendo todo. Está destrozada. Rota por dentro, como si le hubieran quitado pedazos en esa mesa. El maquillaje impecable, el cabello recién cepillado, el vestido de seda sin una sola arruga, pero de alguna forma parece que viene de la guerra.

—Volviste —digo, la voz más ronca de lo que esperaba.

—Dije que volvería—

Nos miramos desde lados opuestos del cuarto. Quiero preguntar qué pasó, quién dijo qué, por qué tiene esa cara de duelo. Pero está aquí, eligió esto, me escogió a mí, y eso es lo único que importa.

—Pudiste haberte quedado —logro decir.

—Lo sé—

Cruza la habitación en tres pasos y se lanza sobre mí. Su boca encuentra la mía, desesperada y hambrienta, sabe a sal y necesidad. Mis manos se enredan en su cabello, la atraigo más, necesito cada centímetro de ella pegado a mí.

Esto no es tierno. Es posesivo. Sus uñas rasguñan mi espalda por encima de la camisa, lo suficiente para hacerme sangrar. Le muerdo el labio inferior, trago su jadeo, la llevo de espaldas contra la puerta.

—Querían que te quedaras —gruño contra su cuello, necesitando confirmación.

—Sí—

—Pero no lo hiciste. Volviste por mí—

—Volví por respuestas —me corrige, y esa diferencia me destroza.

Subo su vestido, no encuentro más que piel desnuda. Ya está mojada, lista, y ese descubrimiento me hace gruñir.

Sus manos luchan con mi cinturón, bajando todo lo necesario, apenas lo justo.

Cuando la penetro, es salvaje, rápido, sin preparación porque los dos lo necesitamos. Necesitamos sentir algo real, algo que nos ancle cuando todo lo demás se desmorona. Ella me rodea la cintura con las piernas, sus tacones se clavan en mi espalda.

—Más fuerte —exige, mordiéndome el cuello.

La follo contra la puerta. Cada embestida hace temblar la madera, el eco se extiende por el pasillo. Bien. Que todos oigan. Que sepan que ella regresó a mí.

—Mía —le gruño al oído—. Ahora eres jodidamente mía—

No me dice que está de acuerdo, pero gime, su coño apretando mi verga.

Su orgasmo detona el mío, grita mi nombre mientras la lleno hasta el fondo. Nos deslizamos al piso, los dos jadeando, la ropa desordenada, los cuerpos aún unidos.

Más tarde, en la cama, recorre con el dedo los arañazos que dejó en mi espalda mientras yo juego con su cabello. El silencio se siente frágil, como cristal a punto de romperse.

—Duerme, kotyonok. Aquí estás segura—

La mentira tiene un sabor amargo incluso cuando la digo.

El sonido está mal.

Tres de la mañana, Sofia cálida contra mi pecho, los dos medio dormidos. Pero algo en el pasillo no cabe. Un paso donde no debería haber uno. La ausencia de la patrulla habitual de Boris, la que noté antes, ahora cobra un sentido horrible.

Mis instintos reaccionan antes de que esté completamente despierto. Empujo a Sofia con fuerza, rodándola de la cama al piso justo cuando la puerta vuela en pedazos.

Disparos rasgan la oscuridad. Dos tiros, casi al unísono, atraviesan el espacio donde Sofia dormía segundos antes. Plumas de las almohadas destrozadas flotan como nieve, el olor acre de la pólvora llena el aire.

Ya me estoy moviendo. El asesino piensa que me va a encontrar aturdido, enredado en las sábanas. En vez de eso, lo golpeo bajo y rápido, metiendo mi hombro en su abdomen. Chocamos contra la cómoda, la madera se astilla, el golpe seco se mezcla con su gruñido de sorpresa.

Su arma resbala por el piso. Le pongo las manos alrededor del cuello, veo su rostro a la luz de la luna. El hermano menor de Pavel. Uno de mis malditos hombres.

La traición arde más fuerte que la rabia. Le quiebro el cuello, el chasquido húmedo retumba en el silencio repentino. Su cuerpo cae, peso muerto golpeando la madera, la sangre empieza a formar un charco.

—¿Sofia?—

Ella está agachada junto a la cama, cuchillo en mano. Por supuesto que tiene una hoja. Siempre le quito los cuchillos, pero ella encuentra la manera de armarse desde el primer día, seguro que tomó este de la cocina cuando yo preparaba comida, o lo trajo del manor Rosetti. Así es mi chica, siempre lista.

—¿Te dieron?—exijo, pasando las manos por su cuerpo, buscando sangre, sintiendo su corazón acelerado.

—No. ¿Y a ti?—

—Estoy bien.—

Sus ojos se clavan en el cadáver. —Lo mataste.—

—Él intentaba matarte.—

Mi mente va a mil, la evaluación táctica es automática. Un trabajo interno. Alguien lo envió, alguien que conocía nuestras rutinas, cuándo estaríamos vulnerables. Las irregularidades en la rotación de guardias que antes pasé por alto.

—La próxima vez déjame encargarme a mí—, dice, el cuchillo aún listo.

—No habrá una próxima vez. Voy a matar a cualquiera que te mire mal.—

—Eso no es práctico.—

—Vas a ver cómo lo hago práctico.—

Los guardias inundan el pasillo, tarde y sin servir de nada. Sus ojos recorren el cuerpo, el arma, a Sofia con su cuchillo, a mí con las manos ensangrentadas.

—Despejen el cuarto—, ordeno. —Encárguense del cuerpo. Silencio.—

Cuando quedamos solos, me quedo mirando la sangre que se acumula en el suelo. Alguien lo envió, alguien dentro de este recinto que quiere a Sofia muerta lo suficiente como para sacrificar a un soldado.

Las palabras de Kaz resuenan: *No esperes que los detenga.*

La decisión se cristaliza al instante. No podemos quedarnos. Mi propia casa se volvió una trampa mortal.

—Empaca tus cosas—le digo a Sofia.

No pregunta, solo empieza a recoger ropa con rapidez y eficacia mientras yo saco dinero de la caja fuerte, armas de compartimientos ocultos. Cada movimiento es táctico, ensayado. No solo nos vamos. Estamos abandonando todo lo que construí, el liderazgo de la bratva, mi posición. Todo.

Por ella.

Mi teléfono vibra otra vez. Katya, otro mensaje sobre mamá. La culpa me retuerce como una daga. Mi madre se está muriendo, pidiendo por mí, y yo huyo de Chicago con la mujer cuya familia mató a Mikhail. Pero si voy a Moscú ahora, Sofia muere. No hay opción real.

—¿A dónde vamos?—

—A la casa del lago. Era el lugar favorito de Mikhail. Nadie va ahí ya.—

Ella se estremece al escuchar el nombre de mi hermano, la culpa cruza su rostro. Pero sigue empacando, entiende lo que significa que la lleve a su santuario.

—¿Por qué no?—

—Demasiados fantasmas.—

La observo doblar mi camisa y meterla en una bolsa, el gesto doméstico se siente surrealista contra la violencia que todavía flota en el aire. Alguien en mi organización acaba de dar la orden de ejecución. La traición duele hondo, pero no tanto como el miedo de que la próxima vez no sea lo suficientemente rápido.

—Voy a encontrar a quien ordenó esto—prometo, la voz bajando a ese tono que hace rezar hasta a los hombres de verdad. Empezando

por ese cabrón, Pavel. —Voy a obligarlos a ver cómo desarmo su conspiración, capa por capa, ensangrentada.—

—Nos vamos ahora—, le digo. —Por la entrada de servicio. La misma que usaste para tus escapes nocturnos. Ya no podemos confiar en las rutas principales.—

Ella asiente, luego levanta el cuchillo que sigue aferrando. —Menos mal que guardé este.—

—¿Y de dónde diablos sacaste ese?—

—Este es de casa.—La sombra de una sonrisa, incluso ahora. —El que escondí en el fondo del clóset es de tu cocina. Estabas distraído, hablando de las recetas de Mikhail.—

Dios, esta mujer.

La entrada de servicio huele a cigarro de los guardias. Sofia conoce esta ruta mejor que yo. La ha usado suficientes veces. Cada sombra podría ocultar otro asesino, cada eco, otra traición.

Salimos cerca del garaje, nos deslizamos a mi auto sin que nadie nos vea. Mientras manejo, la mano de Sofia busca mi muslo, cálida y firme, anclándome cuando todo parece estar desmoronándose.

Chicago queda atrás, las luces de la ciudad se diluyen hasta el negro de la autopista. Mi teléfono vuelve a iluminarse con el número de Katya, pero lo desvío al buzón. Los mensajes de mi hermana son cada vez más desesperados. Mamá se apaga rápido, puede que ni llegue al fin de semana. La culpa me carcome, pero la vida de Sofia importa más que las últimas palabras de mi madre. Mikhail lo habría entendido, al menos.

—¿Estás seguro de esto?—pregunta Sofia, aunque ambos sabemos que ya es tarde para volver atrás.

—Estoy seguro de que no puedo protegerte ahí—, digo, asintiendo hacia el recinto que desaparece en el retrovisor. —Y estoy seguro de que no vas a morir estando yo aquí.—

Ella aprieta mi muslo, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento. Reconocemos que ahora ambos somos huérfanos, separados de nuestras familias por decisión y por circunstancias.

El camino se extiende adelante, oscuro e incierto. En el espejo, juro que lo veo. Mikhail, observando desde el asiento trasero, esa sonrisa suave que siempre lograba hacerme sentir que le fallaba. Llevando a la hermana de su asesina a su santuario, a punto de vivir con ella en su espacio.

El fantasma de mi hermano nos sigue en la oscuridad, y me pregunto si está horrorizado o, de alguna manera imposible, si comprende.

—¿Cuánto falta?—pregunta Sofia.

—Dos horas.—

Dos horas hasta entrar a los sueños abandonados de mi hermano con la mujer que elegí por encima de su memoria. Dos horas para averiguar si los fantasmas pueden perdonar. Dos horas antes de tener que explicarle a Katya por qué no estoy en un avión a Moscú, por qué elegí a una Rosetti sobre los últimos deseos de nuestra madre moribunda.

Conduzco en la oscuridad con su mano sobre mi muslo y el fantasma de mi hermano en el retrovisor, dejando todo atrás por la mujer que me quitó todo y, aun así, se volvió mi todo.

22 - Sofia

Dos horas de silencio, y ahora la casa del lago emerge de la niebla matutina como algo sacado de un cuento de hadas ruso. Tengo las piernas entumecidas por el viaje, por haber estado sentada al lado de Alexei mientras él aferraba el volante y guardaba silencio, perdido en los fantasmas que ya lo perseguían mucho antes de que llegáramos.

La estructura de madera se levanta entre la bruma, con un porche que la rodea, la arquitectura tradicional rusa suavizada por un abandono evidente. Incluso desde aquí, puedo ver las desventajas tácticas: demasiadas ventanas, múltiples puntos de entrada, una ubicación aislada sin rutas alternas de escape. Mi mano se desliza inconscientemente hacia mi muslo, donde debería estar mi cuchillo, y solo encuentra la suave tela de mi vestido.

Alexei apaga el motor. Ninguno de los dos se mueve.

—Ha estado vacía por años —dice, la voz áspera por la falta de uso.

Lo sigo subiendo los escalones crujientes del porche, memorizando cada sonido para futuras referencias. El tercer escalón rechina, el quinto es silencioso. Mis dedos recorren la baranda donde unas iniciales están talladas a profundidad en la madera. M.V. en cirílico, los cortes suavizados por años de caricias. El fantasma de Mikhail nos recibe antes de que siquiera entremos.

La puerta principal se atasca, hinchada por la humedad. Alexei la empuja con el hombro, y noto que la cerradura es antiquísima, podría forzarla en segundos. No hay sistema de seguridad. Estamos completamente expuestos aquí.

El olor nos golpea de inmediato. Pino y agua de lago, algo floral que se ha vuelto rancio con el tiempo. Motes de polvo bailan en los haces de luz de la mañana que atraviesan las ventanas sucias. Todo está congelado, preservado, un museo de veranos de infancia que terminaron en sangre.

Los hombros de Alexei se tensan, pero no dice nada. Se mueve por el espacio tirando de las sábanas blancas que cubren los muebles, como si destapara cadáveres. Cada nueva revelación muestra sillones de cuero gastado, un juego de ajedrez a medio jugar sobre la mesa, algunas piezas cayéndose por la intromisión. La escena me aprieta el pecho con una culpa que se ha vuelto mi sombra constante.

Fotos cubren las paredes. Dos chicos y una chica creciendo juntos en veranos de tonos sepia. Sonrisas chimuelo, cañas de pescar, pasteles de cumpleaños y fogatas. Mikhail en todos lados, riendo, construyendo, existiendo de formas que nunca pudo acabar.

Mi cuerpo responde al dolor de Alexei de manera inapropiada, como siempre lo hace. La violencia controlada con la que arranca las fundas de polvo hace que el calor se acumule bajo en mi vientre. Incluso roto, incluso aquí en el santuario de su hermano, lo deseo. Reconocerlo me hace odiarme un poco más.

Me detengo en la ventana donde un bonsái descansa, sus ramas esqueléticas, la tierra cuarteada como promesas rotas. La maceta de cerámica es hermosa, pintada a mano con pequeñas grullas, pero el árbol está más allá de cualquier salvación.

—De Mikhail —dice Alexei a mis espaldas, tan cerca que siento el calor de su cuerpo—. Lo traía cada verano. Decía que el aire del lago le hacía bien.

Toco una rama quebradiza y se desmorona en polvo entre mis dedos. Como todo lo que Mikhail tocó, muerto por mi culpa.

La estantería me atrae. Volúmenes de arquitectura, lomos agrietados por el uso. Saco uno y unos bocetos caen flotando. Edificios que existen solo en lápiz y sueño, estructuras imposibles intentando tocar cielos que nunca alcanzarán. Una foto se desliza. Mikhail, tal vez de diecisiete años, riendo, con el brazo alrededor de alguien a quien sacaron cuidadosamente del marco. El borde recortado ya está liso de tanto pasar los dedos.

—Papá decía que la arquitectura era débil. Impráctica —dice Alexei, su voz con esa aspereza particular que hace que mis pezones se endurezcan bajo el vestido. Incluso su tristeza le queda bien, y me repugna notarlo.

—Pero guardó los libros.

—Guardó todo lo que importaba. Incluso cosas que podían meterlo en problemas.

¿Como yo? El pensamiento se mete sin que lo invite. ¿Me mantuvo en secreto, aunque eso lo matara?

Me deslizo hacia lo que debió ser el cuarto de Mikhail, revisando las líneas de visión desde el pasillo. Demasiado expuesto, sin cobertura si alguien entra. Adentro, es un altar a los sueños interrumpidos de un chico de dieciocho años. Más libros de arquitectura, una mesa de dibujo con un boceto inconcluso aún pegado, una maqueta a medio construir de algo que quizá hubiera sido una sala de conciertos. La cama está tendida con dobleces militares, esperando a alguien que ya nunca la va a desordenar.

—Se quedaba despierto toda la noche dibujando —dice Alexei desde la puerta, llenando el marco de una manera que me hace sentir mi falta de armas y de defensa contra lo que él provoca en mi cuerpo solo existiendo—. Lo encontraba desmayado en ese escritorio, el lápiz aún en la mano, babeando sobre los planos.

La imagen me saca una sonrisa a pesar del peso que me aplasta el pecho. —¿Qué más?

—Todo. Nada. —Alexei pasa a mi lado para abrir las ventanas, y su loción se mezcla con el aire del lago. Incluso aquí, incluso ahora, mi coño se contrae por su proximidad—. Juntaba piedras de la orilla, las organizaba por color. Me enseñó a pescar, aunque yo nunca tuve paciencia. Construyó una casa en el árbol que se cayó en la primera tormenta.

—¿Y tú?

Se detiene, las manos llenas de tela polvorienta, y hay algo en su postura que me hace querer tocarlo, consolarlo, follarlo hasta que ninguno de los dos recuerde por qué estamos aquí.

—Fui quien Mikhail necesitaba que fuera. Su alumno, su público, su sombra. —Se da la vuelta—. No recuerdo si alguna vez fui solo yo.

Estamos en el porche con café que ya se enfrió, mirando cómo la mañana se derrite en la tarde sobre la superficie del lago. Ya revisé el perímetro dos veces. No hay sensores de movimiento, ni cámaras, nada más que bosque y agua. Estamos solos y desprotegidos, y esa vulnerabilidad me eriza la piel.

El celular de Alexei vibra sobre la mesa de madera. Él lo mira y la mandíbula se le tensa al ver el nombre que aparece. Lo silencia.

Vuelve a sonar de inmediato. Después otra vez. La insistencia habla de emergencia.

—Deberías contestar —digo en voz baja, aunque cada instinto me grita peligro ante llamadas inesperadas.

Lo toma en la cuarta llamada, levantándose para caminar hacia el borde del porche—. Katya.

No escucho sus palabras, pero veo cómo su lenguaje corporal cambia, como si estuviera viendo un edificio colapsar en cámara lenta. Sus hombros se encogen. Su mano libre se aferra a la barandilla hasta que los nudillos se le ponen blancos. Ese leve vaivén, casi imperceptible, pero estoy entrenada para notar cada cosa de él.

—¿Cuándo? —Su voz se quiebra.

Palabras metálicas. Baja la cabeza hacia adelante como si le hubieran cortado los hilos.

—¿Ella estaba… hizo…?

La respuesta lo hace cerrar los ojos, y sé lo que va a decir antes de que lo diga.

—*Ya ponimayu*. Lo entiendo. —El ruso sale solo, crudo.— Gracias por estar ahí. *Spasibo*, Katya.

La llamada termina. No se mueve, simplemente se queda ahí, mirando el lago con el teléfono colgando de la mano como si hubiera olvidado cómo soltarlo.

—¿Alexei?

—Se fue. —Las palabras salen huecas—. Mi madre. Temprano esta mañana, hora de Moscú. Katya ha tratado de localizarme desde el amanecer.

Me levanto, me acerco despacio, como Dante me enseñó a acercarme a los animales heridos. A los peligrosos.

—Lo siento mucho.

—Murió pidiéndolo a él. —Su voz se rompe por completo—. A Mikhail. Katya dice que seguía llamando su nombre. ‘*Gde moy mal'chik? Gde Misha?*’ ¿Dónde está mi niño?

El ruso lo hace peor de alguna manera. Más real. El pecho se me cierra por una culpa que es como ahogarse.

—Debería haber estado ahí. —Todavía no quiere darme la cara—. Ella suplicó durante semanas. Y yo elegí quedarme contigo en vez de ir.

El peso de esa confesión se instala entre nosotros como una cuchilla. Su madre murió sola, pidiendo a los hijos que no pudieron venir. Uno al que ayudé a matar, uno que me eligió a mí en vez de a sus últimos momentos.

Alargo la mano para tocarle la espalda, pero él se aparta como si lo hubiera quemado.

—No. —Su voz ahora es peligrosa, ese filo que normalmente me moja pero que hoy solo me duele—. Solo… no.

Algo se va acumulando entre nosotros, una presión como el aire antes de que estalle la violencia. Sus hombros tiemblan por el esfuerzo de contener algo, y cuando se rompe, es con la fuerza de años.

—Mi padre. —Escupe la palabra como veneno—. Viktor.

Ese nombre hace que se pase completamente al ruso, palabras que fluyen rápidas y salvajes. Entiendo cada sílaba amarga: *chudovishche*, monstruo. *Sdelal yeye*, la hizo. *Koleni*, rodillas. *Zastavlyal yest' iz ruk*, le hacía comer de sus manos. *Nakazal*, la castigaba.

—La obligaba a arrodillarse. —Regresa al inglés, palabras que le arrancan como balas de heridas—. Mi madre. La hacía arrodillarse durante horas, en las cenas. Le hacía comer de su mano delante de todos. Como si fuera un perro. Menos que un perro.

El estómago se me revuelve, pero guardo silencio.

—Si miraba a otro hombre, aunque fuera sin querer, la encerraba en su habitación por días. Si hablaba sin permiso… —Se detiene, se aferra más fuerte a la baranda—. Las cosas que le hacía. Y ella nunca se defendió. Nunca se fue. Lo amó hasta el final, o estaba demasiado rota para saber la diferencia.

Entonces se gira hacia mí, y su rostro está destruido. Lágrimas le corren, algo roto detrás de sus ojos que hace que mi cuerpo reaccione de todas las maneras equivocadas. Quiero abrazarlo, besarlo, dejar que me folle hasta arrancarse el dolor.

—Los zapatos. —Su voz se quiebra—. Hacerte caminar con los pies sangrando mientras yo miraba. Contando cada paso.

Dios. La semejanza me golpea como agua helada.

—La comida. —Ahora solloza, feo y crudo—. Mis dedos en tu boca, obligándote a tomar lo que te daba. Igual que él. Exactamente igual.

—Alexei…

—El collar. —Apenas puede articular las palabras—. En la gala. Exponiéndote. Mostrándole a todos que eras mía.

Las rodillas le fallan. Se desploma en el porche, el cuerpo estremecido por sollozos que parecen arrancados de su pecho. El

sonido es horrible, hermoso, y mi sexo se aprieta aun cuando el corazón se me quiebra.

—*Ya stal im. Me convertí en mi padre.*— Me convertí en él. Me convertí en mi padre.

—Lo siento.— Jadea entre sollozos.—Sofía, lo siento tanto. El sótano, el cuchillo, cada vez que te hice sentir menos. Lo siento, lo siento…

Me dejo caer a su lado sobre la madera áspera, tomando su rostro entre mis manos. Él intenta alejarse pero soy más fuerte de lo que parezco.

—Mírame.— Mis pulgares limpian las lágrimas de sus mejillas.— Alexei, mírame.

Sus ojos al fin se encuentran con los míos, pálidos, destrozados y hermosos en su ruina.

—Tú no eres él—digo con firmeza.

—SÍ SOY…

—Te detuviste.— Mantengo su cara atrapada entre mis palmas.— Estás aquí, de rodillas, llorando y pidiendo perdón. ¿Viktor alguna vez pidió perdón?

Nikogda. Nunca.

—¿Alguna vez reconoció que lo que hacía estaba mal?

—No. Él creía que era su derecho.

—Entonces no eres él.— Me acerco más, nuestras frentes se tocan, su aliento caliente roza mi boca.—Tú viste en lo que te estabas convirtiendo y supiste detenerte. Esa es la diferencia.

—¿Cómo puedes perdonarme?

—Te perdono porque así lo elijo—respondo.

Permanecemos ahí en el porche hasta que sus sollozos se apagan en respiraciones entrecortadas. Cuando está vacío, agotado y hueco, lo ayudo a levantarse.

Adentro, logro que coma. Unos huevos mal cocidos que harían llorar a María, pero igual los traga a la fuerza. Nos sentamos en el viejo sofá mientras la luz de la tarde se cuela por las ventanas empolvadas.

Me cuenta sobre su madre antes de que Viktor la rompiera. Su risa, su fatal forma de tocar el violín, las nanas rusas que le cantaba. La mujer que pudo haber sido.

—A ella le habrías caído bien—dice de repente.

—¿Tú crees?

—Siempre esperó que encontrara a alguien suficientemente fuerte como para pelear de vuelta.

Toma mis manos, sujeta con desesperación.—Nunca volveré a tratarte así. Nunca. Solo te arrodillarás si lo eliges. Nunca me temas. Pasaré el tiempo que tengamos ganándome lo que me has dado.—

La promesa se posa entre nosotros, pesada y real.

Esa noche, hacemos el amor en la cama que nunca fue de Mikhail pero igual parece embrujada. No se parece en nada a antes. Sin violencia, sin juegos. Sus manos tiemblan mientras aprenden mi cuerpo de nuevo, sin poseerlo. Cuando me penetra, es con una ternura que me hace llorar.

Después, enredados entre las sábanas, reviso una vez más las ventanas. Siguen sin asegurar, seguimos vulnerables. Mañana tendremos que enfrentar Moscú, funerales, consecuencias. Pero esta noche, en esta casa del lago llena de fantasmas, somos solo dos personas rotas sosteniéndose mutuamente.

Mi cuchillo descansa debajo del colchón, a donde lo trasladé desde mi funda del muslo al llegar, por pura memoria muscular de todas aquellas noches en la habitación de Alexei. Incluso en sus brazos, incluso sintiéndome más segura que nunca, sigo siendo la que Nico entrenó.

Es aterrador y perfecto y está totalmente jodido.

Lo cual lo hace exactamente lo indicado para nosotros.

Su mano se desliza por mi muslo mientras duerme, los dedos se aferran posesivos aún en sueños. Mi cuerpo responde al instante. Pezones endureciéndose, mi sexo estrechándose con ese anhelo conocido. Caigo en cuenta, con oscura satisfacción, de que su promesa de no hacerme arrodillar de nuevo no significa que haya dejado de ser peligroso.

El pensamiento me moja, me hace echarme hacia atrás contra él hasta sentir su verga endureciéndose contra mi trasero. Él se mueve, sin despertar del todo, pero su mano sube más, los dedos rozando el calor entre mis piernas. Incluso inconsciente, incluso roto por el dolor y la culpa, sigue siendo dueño de las respuestas de mi cuerpo.

—Sofía…—murmura a medias dormido, y en su voz hay algo. Posesión, necesidad, ese filo de violencia que nunca terminará de desvanecerse.

Bien. No quiero que desaparezca.

Porque la verdad es que yo lo necesito peligroso. Necesito esa amenaza siempre acechando bajo su ternura. Es lo que acelera mi corazón, lo que me hace sentir viva de maneras que nada ni nadie logra.

Sus dientes rozan mi garganta y me arqueo hacia él, ya imaginando el mañana. Cómo el dolor puede afilar de nuevo sus bordes, cómo sus promesas tal vez se doblarán pero no se romperán, cómo dejaré que me destruya y me arme de nuevo de formas que horrorizarían a cualquiera que diga amarme.

Mis dedos buscan el borde del colchón donde descansa el mango de mi cuchillo, no por protección, sino como un recordatorio. Estoy eligiendo esto. Lo elijo a él. Elijo arrodillarme cuando inevitablemente lo pida, aunque haya prometido lo contrario.

Porque hay hambres que no se pueden domar, solo alimentar.

Y los dos estamos hambrientos.

23 - Sofia

Mis dedos encuentran la pulsera en mi muñeca, el dije de medio corazón de plata que descubrí en mi antiguo cuarto hace apenas unas semanas. El metal está frío contra mi piel, todavía se siente extraño, y lo giro distraídamente mientras miro el lago. Me la puse esta mañana sin pensar, atraída por este pedazo de mi pasado que no termino de recordar.

La voz de Alexei se desliza desde su estudio, hablando en ruso con alguien en Moscú sobre los arreglos del funeral al que no asistirá. Su madre murió ayer pidiendo a Mikhail, y ahora él maneja las consecuencias con la misma eficiencia que aplica a todo. Excepto cuando se derrumbó en el porche, soltando sollozos y disculpas en mi piel, comparándose con su padre, viendo su propia crueldad reflejada de vuelta.

La casa del lago cruje a mi alrededor, la madera vieja asentándose en el aire de la mañana. El amanecer llegó hace horas, pero yo sigo aquí sentada en el sofá, incapaz de quitarme la sensación de que algo está por romperse. Mis manos no dejan de temblar. El café sigue frío y sin tocar en la mesa auxiliar.

Debería comer algo. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que estoy a punto de hacer.

La puerta del cuarto de Mikhail se encuentra apenas entornada al final del pasillo.

He evitado ese cuarto desde que llegamos, demasiado pesado, demasiado embrujado. Pero ahora, con Alexei ocupado, ya no puedo resistir la necesidad de entrar. Mis pies descalzos se deslizan en silencio sobre los pisos de madera mientras me acerco, aunque cada tabla cruje bajo mi peso, como si intentara advertirme que retroceda.

La puerta se abre al tocarla.

El cuarto preserva la juventud como un insecto en ámbar. Libros de arquitectura llenan estantes que llegan al techo, los lomos desgastados de tanto uso, esquinas dobladas para marcar pasajes importantes. Maquetas de edificios imposibles abarrotan todas las

superficies: puentes que se curvan como cintas, torres que se enroscan hacia el cielo, una sala de conciertos que parece hecha de alas de vidrio. Los sueños de un adolescente plasmados en balsa y pegamento cuidadosamente aplicado.

La luz de la mañana entra por las ventanas polvorientas e ilumina todo como si estuviera bañado en miel. Incluso las motas de polvo bailan con propósito, girando en patrones que se sienten deliberados.

Me siento en su cama, el colchón crujiendo bajo mi peso. Respiro el aire viciado que aun así lleva su aroma: virutas de lápiz y la colonia que los chicos adolescentes usan en exceso, algo verde y lleno de esperanza.

No busco. Solo siento.

Pero mis ojos se detienen en el clóset, la puerta abierta dejando ver cajas apiladas en el estante superior. Una se ha movido hacia adelante, como si estuviera esperando.

Me levanto sin decidirlo, la bajo. Objetos personales, dice la caja en cirílico desvanecido. Mis manos ya tiemblan aunque no sé por qué.

Dentro, papel de seda tan viejo que se deshace al tocarlo. Cartas en ruso que puedo leer. Fotos de personas que no reconozco pero siento que debería. Y debajo de todo eso…

La visión se me estrecha.

Un dije de medio corazón en una cadena rota. Plata deslustrada, el tamaño y la forma exactos de—

Mis manos tiemblan violentamente mientras me quito la pulsera. Los uno con dedos que no paran de temblar.

Encajan.

Perfectamente.

Dos mitades de un solo corazón.

El cuarto se inclina de lado. El pecho se me constriñe, el aire me sale en jadeos cortos y dolorosos. Y el muro en mi mente, el que se ha ido resquebrajando desde que encontré el diario de Mikhail, se rompe por completo.

Los recuerdos no llegan poco a poco. Me arrollan como la ruptura de una represa, pero estos no son los fragmentos que recuperé antes. Esto es algo más profundo, más oscuro, la parte que mi mente escondió incluso de esos recuerdos parciales.

El jardín donde recuerdo que él me enseñaba ruso, pero ahora hay más.

Su voz, urgente, desesperada: —Esto lo cambia todo, Sofia.—

No solo clases de ruso. No solo amistad. Algo más.

La noche anterior.

No. No, no, no.

Pero el recuerdo llega de todos modos, imposible de detener ahora que la última barrera ha caído.

Su rostro. Desesperado. Distinto. Ojeras profundas, manos temblorosas. No en el jardín esta vez, sino al borde de nuestra propiedad, cerca de las rejas donde a veces nos encontrábamos en secreto.

—Mi papá está planeando algo. Mañana en la noche. En la reunión con los Moretti.—

—¿Qué tipo de 'algo'?—

—Una masacre, Sofia. Van a matar a todos. A tu padre. A tus hombres. A los Moretti. A todos.—

El pecho se me aprieta. No puedo respirar. El cuarto da vueltas.

Esto. De esto era de lo que él intentaba advertirme. La advertencia de la que recordaba solo fragmentos, pero nunca el fondo.

—Tengo que advertirles—

—NO.— Sus manos aferrando las mías tan fuerte que duele, la desesperación lo vuelve brusco. —Si los adviertes, sabrán que hay una fuga. Sabrán que fui yo.—

—Misha, no puedo simplemente dejar que mi familia muera—

—No todos estarán ahí. Solo tu papá y los hombres mayores. Pero Sofia, escúchame—

—Mi papá—

—Si esto me lo achacan a mí, mi papá— Su voz se quiebra, verdadero miedo en ella. —Me va a matar. Lentamente. Tú sabes quién es Viktor Volkov. Has oído las historias.—

El aire nocturno del recuerdo de pronto se siente sofocante. El olor a cigarro de un guardia al pasar me produce náuseas.

—Tiene que haber otra manera—

—Prométeme que no vas a advertirles.—

Las palabras caen como puñetazos. Estoy en el suelo del cuarto de Mikhail. ¿Cuándo me caí? Las rodillas me duelen sobre la madera, las palmas presionadas como si intentara sostenerme al mundo.

—Prométeme que no vas a estar ahí. Solo quédate en casa. Mantente a salvo. Déjame encontrar otra forma.—

—No hay otra manera—

—PROMÉTEME.— Su rostro deformado por el terror que nunca he vuelto a ver. —Por favor, Sofia. Voy a buscar cómo detenerlo. Voy a salvar a tu papá. Haré algo. Solo dame tiempo. Un día. Prométeme. —

Y yo—

Dios mío.

Lo prometí.

Prometí quedarme en silencio.

Prometí quedarme en casa.

El recuerdo corta más profundo, más afilado, como si sacara sangre de mi alma. Sentada en la mesa esa noche. Mi papá besando mi frente antes de irse. —Pórtate bien, principessa. No me esperes despierta.— Marco, con apenas veintidós años pero ya tan serio, yendo con él. Otros hombres que he conocido toda mi vida. Hombres que me enseñaron a andar en bicicleta, que me pasaban dulces a escondidas, que me llamaban su princesita.

Caminando hacia su muerte.

Y yo lo sabía.

Lo sabía y no dije nada.

El sabor a cobre inunda mi boca. Me mordí la lengua hasta sangrar para no gritar una advertencia. Viéndolos irse. La última sonrisa de mi padre, cálida, confiada y completamente ajena a que su hija lo estaba enviando a la muerte.

Porque un chico al que amaba me pidió que guardara silencio.

Porque tenía quince años y estaba enamorada y pensé que un día haría la diferencia.

La consecuencia me invade como una ola: despertar entre gritos. Las manos de Luca ensangrentadas, Dante tomado prisionero. —Papá está muerto. Todos están muertos.—

Diecisiete Rosettis. Muertos.

Porque cumplí mi promesa.

Porque elegí a Mikhail sobre mi propia sangre.

La culpa era tan aplastante que me rompió la mente. Barreras se levantaron de golpe. Recuerdos enterrados tan profundo que, incluso cuando recuperé fragmentos, el jardín, las lecciones de ruso, su manera de enseñarme con ternura, mi mente mantenía esta parte bajo llave. La promesa. La traición. La decisión que destruyó todo.

Once años de pesadillas. —Prométeme, Sofia. Prométeme.— Una y otra vez. No era memoria, sino culpa, llorando en inglés con acento ruso. El fantasma de mi traición persiguiendo mis sueños.

Sigo en el suelo, las dos mitades del corazón presionando mi palma donde las aprieto. La sangre brota entre mis dedos, goteando en el piso de Mikhail, marcando su habitación con mi verdad.

Todo este tiempo. Incluso después de recordarlo a él, de recordar nuestra amistad, pensé que había algo más que había olvidado. Algo sobre la razón de su muerte. Pensé que no había cumplido mi promesa a Mikhail y que por eso había muerto.

La verdad es mucho peor.

Cumplí mi promesa.

Cumplí mi promesa y mi padre murió.

Cumplí mi promesa y diecisiete hombres que confiaban en nosotros murieron.

Cumplí mi promesa y me convertí en el peor tipo de traidora.

Cada muerte. Cada funeral. Cada año de Marco cargando el peso del liderazgo siendo tan joven. La voz de Dante arrancada por la tortura que soportó por intentar protegernos de un ataque sobre el que yo podría haberlos advertido. La mente de Luca quebrándose bajo la violencia, volviéndose algo afilado y peligroso. Nico regresando de la guerra para encontrar a su familia diezmada, obligado a convertirse en nuestra arma.

Porque le hice una promesa a un chico en un jardín.

No traicioné a Mikhail.

Traicioné a todos los demás.

Por él.

La náusea sube tan rápido que apenas logro llegar al baño. Vacío mi estómago hasta que no queda más que bilis y odio hacia mí misma. La mujer que veo en el espejo es una extraña: ojos huecos, labios aún hinchados de los besos de Alexei esta mañana, pareciendo una mujer que merece amor cuando en realidad soy un monstruo que dejó morir a su padre.

Yo soy la razón por la que mi padre está muerto.

Se abre una puerta en algún lugar. Los pasos de Alexei en el pasillo, buscándome. —¿Sofia? Kotyonok, ¿dónde estás?—

No puedo. No puedo enfrentarlo. No puedo decírselo.

¿Qué siquiera le diría?

—Elegí a tu hermano sobre mi familia.—

—Dejé morir a mi padre porque Mikhail me lo pidió.—

—Soy la verdadera villana en esta historia.—

—Cada muerte, cada pérdida, cada pedazo roto de nuestras familias, todos los familiares muertos de Ana, todo recae sobre mí.—

Mi cuerpo se mueve sin pensar, puro instinto tomando el control. Me pongo los zapatos a la carrera, sin siquiera buscar calcetas. Tomo la chaqueta de un gancho junto a la puerta trasera. Salgo antes de que me encuentre, antes de tener que ver el reconocimiento encenderse en esos ojos pálidos.

—¡Sofia!— Su voz detrás de mí, preocupada pero aún no alarmada.

Pero yo ya estoy corriendo.

El lago se extiende oscuro a pesar de la luz de la mañana, su superficie parece vidrio negro. El bosque es aún más oscuro, oprimiéndome de todos lados. Corro sin dirección, sin plan. Solo la necesidad animal de escapar. Del fantasma de Mikhail. De los ojos de Alexei cuando sepa la verdad. De mí misma.

De la niña que cenó sabiendo que su padre moriría en tres horas y no dijo nada.

Las ramas desgarran mi chaqueta, dejando marcas que no siento. Las raíces atrapan mis pies, haciéndome tropezar. Me aferro a una corteza áspera que rasga mis palmas, pero solo sigo corriendo. El dolor físico no es nada comparado con lo que me desgarra el pecho.

Mi mente grita con cada paso:

Asesina.

Traidora.

Monstruo.

Maté a mi padre. No con una pistola. No con un cuchillo. Con silencio. Con una promesa a un chico que me hizo elegir entre su vida y la de mi familia.

Y lo elegí a él.

¿Cómo puedo enfrentar a Marco? ¿Decirle que lo sabía? ¿Decirle que estuve ahí comiendo la pasta de Maria mientras nuestro padre manejaba hacia la muerte? ¿Decirle que elegí a un chico ruso sobre nuestra sangre?

¿Cómo puedo mirar a Nico? El hermano que me sacó de los escombros, que me enseñó a ser fuerte, que hizo conmigo un pacto de verdad. ¿Decirle que yo era ese desastre todo este tiempo? ¿Que toda mentira se queda pequeña junto a la que he vivido?

¿Cómo puedo enfrentar a Dante, que perdió su voz tratando de protegernos de una emboscada que yo pude haber evitado con cinco palabras?

¿Cómo puedo enfrentarme a mí misma?

Los recuerdos siguen llegando, implacables ahora que la represa se ha roto. El rostro de Mikhail aquella última noche, lágrimas en sus ojos. —Voy a arreglar esto. Encontraré otra forma. Solo no digas nada. Por favor, Sofia. Confía en mí.—

Y lo hice. Confié en él por encima de cada instinto que gritaba que advirtiera a mi padre.

Corro hasta que mis piernas ya no responden, los músculos se acalambran y los pulmones arden. Me desplomo contra un árbol, a kilómetros de la casa del lago. El sol ya avanzó por el cielo. Han pasado horas sin que me diera cuenta. El bosque es denso aquí, y no hay camino de vuelta aunque quisiera regresar.

La pulsera de medio corazón ya no está, se me cayó en algún lugar detrás de mí. Perdida en el bosque o de vuelta en ese cuarto donde todo se rompió. Apenas semanas llevándola después de encontrarla en mi habitación vieja, y ahora por fin entiendo lo que significaba. Lo que siempre significó. Una insignia de mi traición.

Ahora entiendo todo.

Y ojalá no lo entendiera.

24 - Sofia

No puedo quedarme aquí para siempre. Tengo que seguir moviéndome, y de repente lo hago, abriéndome paso a trompicones entre la maleza hasta que los pulmones me arden, las ramas desgarrando mi ropa. Las horas pasan como un borrón de movimiento.

Al final llego a una carretera, hago señas a un camión que va rumbo a Chicago, murmuro algo con los labios entumecidos. El conductor no hace preguntas; quizá ve a alguien tan roto que ya no hay manera de ayudarle.

El viaje de dos horas se convierte en una eternidad. Ya está oscureciendo cuando llegamos a los límites de la ciudad. Camino lo que falta, con los pies palpitando en cada paso, la sangre empapando mis zapatos tras kilómetros de asfalto. No he comido, no he dejado de moverme desde que salí corriendo de la casa del lago, impulsada solo por un pensamiento que arde en medio del entumecimiento: Marco necesita saber la verdad antes de que termine por destruirme por completo.

Los guardias en la entrada me reconocen, pero dudan.

—¿Señorita Rosetti? —La voz de Lipi tiembla—. ¿Deberíamos… deberíamos avisar antes?

Me encojo de hombros, sin confiar en mi voz. Ellos hacen la llamada mientras yo permanezco ahí tambaleándome. Finalmente, recuerdo quién soy, Sofia Rosetti, y avanzo hacia la mansión, luchando por no verla como mi hogar. No estoy aquí por perdón; estoy aquí por juicio, para confesar el pecado que me está devorando por dentro.

El estudio de Marco huele a su espresso de la tarde, esa mezcla que importa desde Sicilia. El aroma familiar hace que la bilis me suba a la garganta. No me esperaba, su rostro pasa del alivio a la preocupación y luego a la alarma al notar mi aspecto: la ropa desgarrada del bosque, el cabello enmarañado, algo fundamentalmente roto en mi expresión.

—¿Sofia? Dios, ¿qué pasó? ¿Dónde está—?

—Necesito decirte algo. —Mi voz se quiebra con cada palabra.

Se levanta de detrás de su escritorio de caoba, acercándose con ese instinto protector que lo define desde que papá murió—. Siéntate. Pareces a punto de—

—No. —Me alejo de su mano extendida, quedándome en el centro de su alfombra persa como una acusada esperando sentencia. El diseño bajo mis pies se vuelve borroso cuando las lágrimas amenazan con salir—. No puedo. Necesito decir esto de pie.

—Sofia, me estás asustando.

—Sabía lo de la masacre.

Las palabras quedan colgando entre nosotros como una cuchilla. Marco se queda completamente inmóvil, esa quietud peligrosa que precede a la violencia.

—¿Qué quieres decir con que lo sabías? —Su voz es suave, cuidadosa, como si temiera haber entendido mal.

—Mikhail me advirtió. La noche anterior. —Cada palabra me corta la garganta—. Sobre lo que planeaba su padre. Me rogó que le prometiera que no se lo contaría a nadie.

El silencio se alarga entre nosotros. Veo como la comprensión se abre paso en su rostro etapa por etapa: confusión, incredulidad, realización, y luego algo peor. Algo que se parece a la traición.

—¿Cuándo? —La palabra sale áspera—. ¿Cuándo exactamente te lo dijo?

—La noche anterior. En el límite de la propiedad. Donde solíamos encontrarnos.

—Solían encontrarse. —Está procesando, esa mente táctica suya conectando las piezas—. ¿Cuánto tiempo llevabas viéndote con él?

—Meses. Él… me enseñaba ruso. Éramos amigos. Tal vez algo más.

La mano de Marco busca el borde de su escritorio, lo agarra hasta que los nudillos se le ponen blancos—. Y te dijo que iban a atacar la reunión.

—Dijo que su papá planeaba algo. Una masacre. Que todos morirían. Papá, los hombres mayores, los Moretti, todos. —Mi voz se rompe por completo—. Me rogó que no avisara a nadie. Dijo que si lo hacía, su padre sabría que había una filtración, que era él. Que lo mataría lentamente.

—Así que elegiste quedarte callada.

Palabras para defenderme llegan hasta la punta de mi lengua, pero me las trago y solo digo—. Sí.

—Docenas de los nuestros murieron esa noche, Sofia. —Su voz es demasiado baja, demasiado serena, y veo cómo su mano aprieta el escritorio hasta que pienso que la madera podría astillarse—. Docenas de Rosetti.

—Lo sé—

—¿De verdad? —Ahora está totalmente erguido, y por primera vez en mi vida, le tengo miedo a mi hermano—. El tío Enzo. El primo Matteo. Giovanni, el hermano de Tommy. Hombres con esposas, hijos, vidas. Hombres que confiaban en que nos cuidaríamos entre nosotros.

Las lágrimas resbalan por mi rostro, pero no las seco. Me lo merezco. Me merezco algo peor.

—Papá te dio un beso de despedida esa noche —continúa Marco, su voz con un filo que corta—. Te sentaste a cenar sabiendo que iba hacia su muerte. Comiste la comida de María, te reíste con las bromas de Alex, y no dijiste nada.

—Pensé—

—No. —Su palma golpea el escritorio con tal fuerza que me sobresalto, el sonido retumba en el estudio—. No me digas lo que pensaste. No me des excusas de que eras joven, o tenías miedo, o estabas enamorada de un ruso.

—Marco, por favor—

—Papá está MUERTO por tu culpa. —Sale disparado de su silla, avanzando hacia mí, y lo veo ahora: no solo ira, sino un odio genuino —. Yo me convertí en Don a los veintidós porque no quedaba nadie más. Veintidós años, tratando de mantener los pedazos rotos de nuestra familia mientras cargaba con el peso de diecisiete funerales.

Mis piernas tiemblan pero me mantengo de pie, aceptando cada palabra como los latigazos que merezco.

—A Dante le quitaron la voz a base de tortura, y tú pudiste haberlo evitado todo —continúa, rodeándome ahora como un fiscal.

—Lo sé, lo sé— —Las palabras salen entre sollozos.

—No lo sabes. —Se detiene justo delante de mí, y la mirada en sus ojos me hace desear morirme—. No solo guardaste silencio, Sofia. Fuiste cómplice. No fuiste una víctima que sobrevivió. Fuiste la razón por la que quedamos vulnerables.

La palabra 'cómplice' me deja sin aire en los pulmones.

—Cada muerte, cada gota de sangre, cada año de duelo. Todo se remonta a tu decisión de proteger a un Volkov antes que a tu propia sangre.—

No tengo defensa. Tiene razón. Cada palabra es una verdad grabada en mis huesos.

Marco da un paso atrás, estudiándome como si mirara a una desconocida con la cara de su hermana. Cuando vuelve a hablar, su voz suena hueca, definitiva.

—Sal de mi casa.—

—Marco—

—¡LÁRGATE!— El rugido hace temblar las ventanas y me obliga a retroceder tambaleando. —Tú no eres mi hermana. Mi hermana murió esa noche junto con todos los demás. Solo eres el fantasma que nos ha estado atormentando desde entonces.—

Me doy la vuelta y salgo sin decir una palabra más, mis piernas avanzando de forma mecánica por pasillos llenos de retratos de los que ya no están. Hombres que podría haber salvado con solo advertirles a tiempo. Mi cuerpo recuerda el camino incluso cuando mi mente se quiebra. El mármol donde di mis primeros pasos ahora presencia los últimos en esta casa.

Detrás de mí escucho el cristal estallar. Un decantador contra la pared, el sonido del dolor de Marco finalmente estallando en soledad. Ese eco me sigue afuera, una despedida final del hermano que me salvó de las pesadillas, sin saber que yo era la pesadilla desde el principio.

Me detengo a tres cuadras del complejo, apoyando la palma de la mano en un muro de ladrillo frío para no caer. El aire del atardecer es espeso y húmedo. Mi teléfono vibra. Alexei, probablemente, dándose cuenta por fin de que me fui, pero no puedo contestar. No puedo decirle que yo soy la razón por la que Mikhail murió tratando de detener lo que yo podía haber evitado con una advertencia.

Mi traicionero corazón susurra su nombre, pero no puedo regresar. ¿Cómo dejar que me toque sabiendo que estas manos dejaron morir a decenas de inocentes?

Las calles vacías de Chicago se vuelven borrosas mientras camino sin rumbo, el aire helado de la noche atravesando mi ropa delgada, aunque estoy demasiado vacía para sentirlo. La gente termina sus días normales. Dueños de restaurantes bajan las cortinas, corredores

con audífonos, una madre empujando un cochecito. Vidas normales con problemas normales mientras yo paso como humo.

No me doy cuenta del auto siguiéndome durante tres cuadras, mis instintos de supervivencia tan muertos como todo lo demás, hasta que ya es demasiado tarde. El sedán negro se detiene a mi lado, las puertas se abren y aparecen soldados Volkov en la acera. Están armados, profesionales, obviamente esperando resistencia de alguien entrenada como yo.

Mi mano tiembla hacia donde debería estar mi cuchillo, pero no lo tengo. Lo dejé bajo el colchón en la casa del lago, como la tonta que soy. E incluso si lo tuviera, ¿para qué? ¿Qué vale la pena pelear si Marco tiene razón? Soy cómplice. Tal vez la justicia de Kazimir es lo que merezco.

Se acercan con cautela, desconcertados por mi quietud. Uno me toma del brazo y no opongo resistencia, ni siquiera tenso el cuerpo. Solo me quedo ahí, vacía y esperando, una parte de mí pensando que quizá así es como debe terminar. La chica que eligió mal, por fin enfrentando las consecuencias.

Kaz sale del asiento trasero con esa sonrisa fría que recuerdo del pasillo del complejo, observando mi estado roto con obvia satisfacción. Su loción es fuerte, química; nada parecido al calor de Alexei que aún se aferra a mi piel.

—Sofia Rosetti— dice, rodeándome lentamente.—Caminando sola por Chicago después del anochecer. Qué conveniente.—

No respondo. No encuentro palabras en el vacío donde debería estar mi voz.

—Mi primo te ha estado buscando.— Su tono se vuelve burlón.— En realidad está frenético. Es vergonzoso ver lo desesperado que está, llamando a todos sus contactos, amenazando a sus propios hombres. Todo por ti.—

Aún así guardo silencio. Parada ahí como si ya estuviera muerta, solo esperando a que mi cuerpo lo entienda.

Kaz estudia mi rostro, sus ojos pálidos tan parecidos a los de Alexei, pero sin nada de su fuego.—Algo se rompió en ti.— Inclina la cabeza, evaluando.—Bien. Eso hace esto más fácil.—

Sus hombres me guían hacia el auto y no resisto, mis pies se mueven automáticamente, con ese mismo andar mecánico que me sacó del despacho de Marco. En alguna parte lejana de mi mente, la parte que Nico entrenó, grita que debería pelear, que debería correr,

que debería hacer algo. Pero la parte más grande, la que se ahoga en la verdad, piensa que tal vez merezco cualquier justicia que Kaz tenga preparada.

La puerta del auto se cierra con dramatismo. Los asientos de cuero huelen a nuevos. Mi teléfono vuelve a vibrar en el bolsillo, ahora con insistencia, pero no lo busco. Déjalo creer que huí de él. Mejor eso que enfrentar la verdad: soy la chica que destruyó a ambas familias antes incluso de conocernos.

Kaz se acomoda a mi lado, esa sonrisa satisfecha sin desvanecerse.—Sabes, yo estaba preparado para una pelea. Tenía planes de contingencia para alguien con tu entrenamiento. ¿Pero esto?— Hace un gesto hacia mi estado vacío.—Esto es mucho mejor. Sofia Rosetti, rota antes de que yo siquiera tuviera que intentarlo.—

El auto gira hacia el distrito industrial. A través de los vidrios polarizados, Chicago pasa de largo. La ciudad se duerme, con problemas normales como el tráfico, la cena quemada y reuniones que no terminan en sangre.

—Mikhail estaría fascinado,— continúa Kaz, mirando mi rostro en busca de reacción.—Saber que la chica por la que murió resultó ser una decepción. Todo ese potencial, desperdiciado.—

Las palabras deberían doler, pero ya estoy más allá del dolor. Solo escucho la voz de Marco retumbando en mi cabeza: —Cómplice. Cómplice. Cómplice.—

—¿Nada que decir?— Kaz suena casi decepcionado por mi silencio.—¿No vas a suplicar? ¿No vas a negociar? ¿Ni siquiera quieres saber qué pienso hacer?—

¿Para qué? Nada de lo que él planee puede ser peor que vivir sabiendo lo que sé ahora. Los nombres Rosetti grabados en mis huesos. La última sonrisa de mi padre antes de dejarlo ir hacia su muerte. Mikhail muriendo porque guardé una promesa que al final mató a todos.

El auto reduce la velocidad, la grava cruje bajo las llantas. Donde sea que estamos, es silencioso. Aislado. Perfecto para lo que Kaz tenga planeado.

25 - Alexei

Tres horas. Tres malditas horas desde que descubrí que se había ido, el cuarto de Mikhail destruido, esa puerta trasera oscilando como una acusación.

El haz de la linterna corta la penumbra, mostrando sólo el bosque vacío y mi furia contenida. Mi camisa está desgarrada por las ramas, los nudillos sangran de empujarme entre la maleza que no debería ser tan densa. Cada árbol se ve igual en la oscuridad. Cada sombra podría ser su cuerpo colapsado.

Tengo la voz gastada de tanto gritar su nombre, pero sigo buscando. Metódico. Sistemático. Como cuando cazo a los hombres que creen que pueden esconderse de mí.

—¡Sofia!

Nada. Sólo mi eco muriendo entre árboles que se cierran más con cada paso. La casa junto al lago queda detrás de mí, ventanas apagadas, guardando el secreto que la hizo huir.

Vuelvo a barrer el suelo del bosque con la luz. Ramas rotas, hojas removidas, la leve marca de pies descalzos en la tierra blanda. Primero fue por aquí, luego retrocedió. Chica inteligente. Pero no lo suficiente. Ahí, atrapado en una rama baja, un hilo de esa camisa enorme que usaba para dormir. Mi camisa. Lo arranco, la tela suave entre mis dedos ensangrentados.

Ella estuvo aquí. Tal vez confundida. Corriendo sin rumbo.

Luego el muelle. Donde nos sentamos ayer por la mañana, sus piernas colgando sobre el agua mientras me contaba del pacto de honestidad con Nico. La madera cruje bajo mi peso, aún húmeda por el rocío. No hay rastro de ella. Pero puedo verla ahí, como un fantasma, volteándose hacia mí, el sol enredado en su cabello. —Te perdono —me dijo sobre la crueldad de mi padre que se desbordaba en mí.

Mentiras. Huyó en cuanto pudo.

El lago se extiende negro en la oscuridad. Si hay sangre, prendo fuego a todo el bosque.

La neblina matutina se aferra a la superficie, ocultándolo todo debajo. Me interno hasta las rodillas, el agua fría empapándome los zapatos, la linterna recorriendo la superficie vidriosa. Busco ondas que no deberían estar. El destello pálido de piel bajo el agua oscura.

La imagen me ataca: Sofia flotando boca abajo, el cabello extendido como algas doradas. El pecho se me aprieta tan fuerte que siento que las costillas se van a quebrar.

No hay cuerpo. Bien. Aún está ahí afuera para que yo la encuentre.

De vuelta a la casa. El cuarto de Mikhail, tratando de entender qué provocó esto. Cajas desparramadas, fotos por todas partes, papel de seda roto como si hubiera estado buscando algo específico. Uno de los libros de arquitectura de Mikhail abierto en una página con el bosquejo de una sala de conciertos, sus prolijas notas en los márgenes sobre acústica y líneas de visión. Ella miraba esto. Leyendo sus sueños.

Entonces las veo: dos mitades de un corazón de plata en el suelo, las cadenas de las pulseras enredadas.

Dos mitades de un solo corazón. Como algo que compartirían los amantes.

La mano me tiembla al levantarlas. El metal está opaco, viejo. Una pieza tiene iniciales grabadas tan tenues que casi las paso por alto. M.V. en cirílico. La otra pieza tiene S.R.

¿De mi hermano? ¿Y de ella? El metal quema, frío, en mi bolsillo.

El recuerdo que esto desbloqueó la hizo huir de mí. Después de que sollozara en sus brazos. Después de mostrarle todos mis fragmentos rotos. Después de contarle sobre mi madre, mi padre, todo lo vergonzoso que he hecho.

Huyó.

El camino a Chicago se extiende adelante, tan vacío como el asiento del pasajero donde debería estar. Su aroma aún impregna mi camisa de anoche: flores, sexo y promesas que ninguno de los dos sabía cómo cumplir. La noche cae pesada sobre la autopista, los faros del auto mostrando lo que la oscuridad intenta esconder. Tengo las manos destrozadas sobre el volante. Cortes de abrirme paso entre maleza, tierra bajo las uñas por revisar troncos huecos donde podría ocultarse una mujer herida.

La he llamado veintitrés veces. Apagado o muerto, no importa. El silencio ya es respuesta suficiente.

Mis contactos en la ciudad reciben la misma orden: encuéntrenla. Una mujer a pie, probablemente desarreglada, posiblemente herida. Cada hospital, comisaría, terminal de autobuses.

Nada. Nada. Nada.

Entonces suena mi teléfono. El informante que tengo dentro del recinto Rosetti.

—Estuvo aquí. Esta tarde. Vio a su hermano mayor en el despacho. Salió hace como una hora.

Las palabras me golpean como agua helada en los pulmones. Fue con ellos. Después de todo, los eligió a ellos.

—¿Cómo la viste?

—Destrozada. Como si algo dentro de ella se hubiera roto. —Pausa—. Solo estuvo adentro veinte minutos. Sea lo que sea que pasó en ese despacho… Marco rompía cosas cuando ella se fue. Oí el cristal quebrándose desde el pasillo.

Veinte minutos. Sea la confesión o revelación que tuvo, le bastó ese tiempo para destruir su relación con su hermano.

—¿Y para dónde fue?

—Hacia el este. Caminando. Parecía sonámbula.

Antes de que pueda procesarlo, mi teléfono vibra de nuevo. Gleb, mi jefe de seguridad.

—Señor, tenemos un problema.

El volante de cuero cruje bajo mi mano. —¿Qué pasa?

—Kaz sacó un equipo esta mañana. Sin autorización.

La temperatura cae de golpe. —¿A dónde?

—A Chicago. Levantaron a alguien en la calle.

Cada músculo en mi cuerpo se tensa. El recuerdo me arrolla: Sofia anoche, su rostro cuando hablé del bonsái de Mikhail. Cómo se acurrucó contra mí cuando le mostré cómo podarlo, su cuerpo cálido y confiado junto al mío.

—¿A quién?

—A la chica Rosetti, señor. Su… la mujer del recinto.

El tiempo se detiene.

—¿A dónde se la lleva?

—Al almacén viejo. El que usamos para… tribunales.

Ejecuciones. Donde los traidores mueren gritando. Donde mi padre llevaba a los que traicionaban a la bratva. Donde los desagües del suelo corren rojos.

Me orillo de golpe, las llantas chillando contra el asfalto. Mi puño atraviesa la ventanilla de un golpe, el vidrio estallando alrededor de mis nudillos. El dolor no significa nada. Es limpio. Me aclara. La sangre gotea sobre el cuero caro mientras los pedazos de ventana caen como lluvia congelada.

Está ahí. En ese almacén. Con Kaz.

Mi madre está muerta. Murió llamando a Mikhail mientras yo sostenía a la mujer responsable. No estuve ahí. La elegí a ella en vez de la última respiración de mi madre. La culpa arde como ácido en mi pecho.

Le di a Sofia todo. La verdad sobre mi padre. Mi vergüenza. Mi debilidad. La forma en que me quebré en ese porche, llorando como el niño que nunca pude ser. Y ella huyó sin decir palabra.

Ahora Kaz la tiene. Tiene lo que es mío.

La rabia no se disipa. Se cristaliza en algo útil. En la furia fría que me ha mantenido con vida hasta ahora. Cada marca que dejé en su cuerpo probablemente ya se está desvaneciendo mientras Kaz planea su ejecución. La idea me da ganas de destrozar el mundo con mis propias manos.

Ella no va a morir. No hasta que explique. No hasta que yo entienda. No nunca.

Vuelvo a marcar a Gleb. —¿Cuántos hombres tenemos? No leales a la familia. Leales a mí personalmente.—

Su pausa dice más que mil palabras. —Treinta, seguro. Tal vez cuarenta si llamo a los que me deben favores.—

—Llama a todos. Armados y listos en cuarenta minutos.—

—Señor, si se mueve contra Kaz abiertamente…—

—Él tomó lo que es mío.—

—Esto podría dividir a la familia para siempre. Los viejos aún respetan su derecho por ser primo. Si lo ataca directamente…—

—Entonces que se divida.—

Silencio. Luego, en voz baja: —¿Ella lo vale? ¿Destruir todo lo que construyó su padre?—

La pregunta queda flotando entre nosotros. Pienso en ella, en mi cama hace dos noches, cómo recorría mis cicatrices con los dedos y preguntaba por cada una. Cómo besó la que me hizo mi padre, como si pudiera sanarla con la boca.

—Mi padre construyó un imperio basado en el miedo. Que arda.— Mi voz cae a temperatura cero absoluto. —Ella es lo único que vale la

pena rescatar de las cenizas.—

Las llamadas salen rápido. Primero a Sergei, uno de los viejos lugartenientes de mi padre que me enseñó a disparar cuando tenía siete años.

—Alexei.— Su voz es cuidadosa. —Me enteré de lo de su madre. Mi más sentido pésame.—

—Necesito a tus hombres, Sergei. A todos.—

Una pausa larga. —¿Contra quién?—

—Kaz.—

—Carajo.— El sonido de un cigarro encendiéndose. —Me estás pidiendo elegir entre sangre y sangre.—

—Te pido que recuerdes quién sacó a tu hijo de ese almacén en Minsk cuando estaba en llamas.—

El recuerdo queda entre nosotros: su hijo, dieciséis años y tonto, atrapado en la trampa de una familia rival. Yo entré cuando todos decían que ya estaba muerto.

—Mis hombres son tuyos,— dice Sergei al fin. —Los doce.—

Después, Dmitri, quien controla el territorio sur. Su hija está comprometida con el primo de Kaz por el lado materno. Este va a doler.

—No puedo, Alexei. Sabes que no puedo.—

—Entonces mantente fuera de mi camino.—

—Esta mujer…— Su voz baja. —¿Vale una guerra civil?—

Pienso en ella parada en mi cocina ayer por la mañana, haciendo huevos horribles usando mi camisa. Cómo se rió cuando traté de salvarlos, echando demasiada sal. Al final terminamos pidiendo comida a domicilio, comiendo comida china en la cama mientras me contaba sobre la vez que Luca intentó enseñarle química y casi incendia su cochera.

—Sí.—

—Hoy vas a perder hombres. Buenos hombres.—

—Entonces los perderé.—

La tercera llamada es a Pavel, quien se encarga del arsenal. Joven, ambicioso, lo suficientemente inteligente para temerme.

—Lo que necesite,— dice antes de que termine de explicar. —El arsenal completo si es necesario.—

—¿Por qué?— pregunto, genuinamente curioso. —Podrías mantenerte neutral.—

—Porque he visto cómo eres desde que ella llegó. Diferente. Casi…— busca la palabra. —Feliz. Si ella logra que seas lo suficientemente humano para ser feliz, entonces vale la pena protegerla.—

La observación duele. Feliz. ¿Eso era yo?

El convoy se forma detrás de mí en el acotamiento de la autopista. Camionetas negras acomodándose como en un cortejo fúnebre. A través del retrovisor, capto mi reflejo: sangre en mis manos por la ventana rota, muerte en la mirada. Este soy yo de verdad. No el hombre que lloró en sus brazos. No el hombre que le mostró cómo cuidar un bonsái con infinita paciencia. Esto.

El horizonte de Chicago se alza frente a nosotros como una promesa de violencia. El distrito de almacenes se extiende, pura decadencia industrial y terreno perfecto para matar. Mi teléfono vibra con actualizaciones. Kaz está atrincherado con quince hombres. Nada se sabe de ella.

La incertidumbre me arde en la garganta. Cobre y ceniza, el sabor de todo lo que estoy a punto de destruir.

Hago una última llamada. A Sasha, quien supervisa nuestro equipo médico.

—Te necesito en el almacén en noventa minutos. Equipo de trauma completo.—

—¿Quién está herido?—

—Nadie todavía.— Miro la ciudad borrosa pasar al lado. —Pero lo estarán.—

—Alexei…— Su voz es prudente. —Me enteré de lo de su madre. Y también de que Kaz se llevó a la chica.—

—¿Y?—

—Nada. Solo… tenga cuidado. El dolor hace que los hombres hagan estupideces.—

—Esto no es dolor.— Aunque lo es: dolor por mi madre, por Mikhail, por la mujer que huyó de mí. —Esto es cálculo. Kaz dio su golpe. Ahora me toca a mí.—

El convoy toma la salida hacia el distrito de almacenes. Ahora son cuarenta y tres vehículos, según la cuenta en mis espejos. Hombres que han elegido mi bando en lo que está a punto de ser una guerra civil familiar. Algunos por lealtad, otros por miedo, otros porque creen que voy a ganar.

Tienen razón. Voy a ganar. Porque ya no me queda nada que perder excepto a ella.

El almacén se alza al frente, rodeado por los vehículos de Kaz. Probablemente esté adentro, explicándole a Sofia cómo funciona la justicia en nuestro mundo. Cómo la sangre exige sangre. Cómo los culpables deben pagar.

No está equivocado. La sangre sí exige sangre.

Pero ella ya es mía. Su sangre, su cuerpo, sus mentiras, sus verdades. Mía para castigar o para perdonar. Mía para mantenerla viva.

El convoy se detiene. Salgo a la mañana de Chicago, el vidrio cruje bajo mis zapatos por la ventana destrozada. La sangre todavía gotea de mis nudillos, dejando un rastro mientras camino hacia el almacén.

A mis espaldas, las puertas se abren. Revisan armas. Cargadores deslizándose en su sitio. El sonido de hombres preparándose para la guerra.

No sé por qué huyó. No sé qué recuerdo despertaron esas mitades del brazalete. No sé qué le dijo a Marco que lo hizo romper el vidrio.

Pero sí sé esto: está en ese almacén, probablemente pensando que merece lo que Kaz tenga planeado.

Se equivoca.

Lo único que merece es a mí. Mi furia, mi obsesión, mis promesas rotas, mi amor violento.

Es hora de recordarle a mi primo por qué me llaman pakhan.

Es hora de teñir ese almacén de rojo.

Es hora de recuperar lo que me pertenece.

Aunque ella pase el resto de su vida odiándome por ello.

26 - Sofia

El almacén está frío. Un frío industrial, de ese que se filtra por la piel y se asienta en la médula de los huesos. La silla de metal atraviesa mi vestido delgado donde me han atado, las bridas de plástico me cortan las muñecas detrás de la espalda. Sujetadores estándar. Mi pulgar encuentra la articulación de forma automática. Treinta segundos para dislocarla, zafarme y tomar el arma del Guardia Dos. El Arma dentro de mí susurra los movimientos como una promesa de amante.

Pero obligo a mis manos a quedarse quietas. ¿De qué sirve sobrevivir cuando vivir significa enfrentar lo que he hecho?

Kaz me rodea como si fuera algo fascinante, sus pasos resuenan en las paredes de concreto manchadas de óxido y de cosas más oscuras. El almacén apesta a sangre vieja y aceite de máquina, miedo impregnado en los cimientos. El sabor metálico recubre mi lengua aunque aún no me han golpeado. El lugar perfecto para una ejecución.

—Sofia Rosetti —dice, su voz rebotando en las vigas metálicas—. ¿Sabe usted por qué está aquí?

Miro a la nada. Hay una grieta en el piso a dos metros. Me concentro en eso mientras el Arma evalúa las salidas. Portón enrollable a la izquierda, salida de emergencia detrás de Kaz, ventanas a diez metros de altura. Información inútil. No voy a ningún lado.

—Sus crímenes contra la familia Volkov. —Se detiene frente a mí, los zapatos de diseñador lustrados como espejos, a pesar de la suciedad del lugar. Su colonia es aguda, química, nada parecida a... Detengo ese pensamiento antes de que tome forma—. ¿Quiere que se los enumere?

Silencio. Mi silencio. Tan vacío como el lugar donde antes latía mi corazón.

—Seduciste a Mikhail Volkov. —Su voz se vuelve cortante—. Le diste información sobre las operaciones de tu familia. Lo volviste

débil. Lo llevaste a la muerte.

La acusación debería doler. Debería hacerme defenderme, explicar que él lo tiene al revés, que Mikhail me enseñaba ruso en jardines secretos mientras yo me enamoraba de su alma bondadosa. Que fui yo la que traicionó a mi familia por él, no al revés.

¿Pero para qué? Mis crímenes reales son mucho peores. El recuerdo de la última sonrisa de mi padre atraviesa el entumecimiento. Cálida, confiada, completamente ajena a que su hija lo estaba enviando a la muerte.

—Luego —continúa Kaz, entusiasmándose con su papel de fiscal —, pasaste semanas prostituyéndote con mi primo. Lo debilitaste desde adentro. Destruiste los cimientos de esta familia con tus—

Sigue hablando. Yo dejo de escuchar. Las palabras caen sobre mí como ruido blanco mientras mi cuerpo me traiciona con recuerdos sensoriales. Las manos de Alexei suaves en mi rostro junto al lago, enseñándome a cuidar el bonsái. Antes de recordar que soy veneno. Ese toque fantasma hace que algo se quiebre en mi pecho.

—¿Nada que decir? —Kaz me agarra la barbilla, obliga mi rostro a mirar hacia arriba. Sus dedos están fríos. Todo aquí es frío, excepto los lugares donde recuerdo haber sentido calor—. ¿Ninguna defensa? ¿No vas a suplicar?

—No.

Me abofetea. Fuerte. Mi cabeza gira hacia un lado, el cobre inunda mi boca donde los dientes cortan mi mejilla. La silla se tambalea pero no se cae. Sofia el Arma registra el ángulo, la fuerza, lo archiva aunque yo intente permanecer vacía.

Vuelvo mi rostro al centro. Lo miro como si no estuviera.

—¿No tienes nada que decir? —La frustración se filtra en su voz. Quiere el espectáculo. Las lágrimas, la súplica, la negociación. La función final de cada condenado.

—¿Serviría de algo?

—No. —Su sonrisa se afila—. Pero disfrutaría verte intentarlo.

—Entonces no te daré ese placer.

Otra bofetada. La otra mejilla esta vez. La sangre gotea de mi labio partido sobre el concreto entre nosotros. Una gota. Dos. Su calor contrasta con el aire helado, y pienso absurdamente en cómo Alexei me besó en la casa junto al lago, tan suave después de desmoronarse por su madre. Sólo unas horas atrás. Como si hubiera sido en otra vida.

Aun así no le doy nada. Sólo ojos vacíos en un rostro vacío, esperando un final que quizá sea la única justicia que queda.

Eventualmente me dejan sola. Tres guardias son visibles desde mi posición. Uno en la puerta, uno paseando por la pared opuesta, otro apoyado en una viga jugando con su teléfono. El Arma comienza a calcular antes de que pueda detenerla, esa parte entrenada de mí que nunca duerme del todo.

Guardia Uno en la puerta: cuchillo en el cinturón, lado izquierdo. Favorece la pierna derecha cuando cambia de peso. Una lesión vieja, tal vez la rodilla. Vulnerable a una zancadilla. Tres segundos para tumbarlo, dos para tener el cuchillo. Sé exactamente cómo caería su cuerpo.

Guardia Dos, paseando: amateur. La pistola mal enfundada, probablemente el seguro sigue puesto. Sigue revisando su teléfono cada treinta segundos, distraído. El olor de sus cigarrillos baratos flota hasta mí, haciéndome fruncir la nariz. Podría tener su arma antes de que se enterara de que me moví.

Guardia Tres apoyado en la viga: la única amenaza real. De hecho me observa aunque tiene el teléfono; lo usa de excusa mientras sus ojos vigilan la sala. Pero está demasiado cerca de esa viga. Hay un punto ciego justo detrás de él, si pudiera llegar ahí.

Tres rutas de escape aparecen de golpe en mi mente, cada una eficiente y letal. Incluso exhausta, incluso con este vacío que me consume por dentro, esa parte de mí nunca deja de calcular cómo sobrevivir.

Pero la mujer dentro del Arma no quiere sobrevivir.

¿Para qué escapar? ¿Ir a dónde?

La voz de Marco resuena en mi cabeza: —Lárgate de mi casa. El estrépito del cristal estrellándose contra la pared de su despacho todavía retumba en mis oídos. Mi hermano que me abrazaba tras las pesadillas, que sacrificó su juventud para criarnos, que piensa que soy cómplice de la muerte de nuestro padre. No se equivoca. El recuerdo de su rostro, el amor convirtiéndose en repulsión, me obliga a cerrar los ojos.

La casa junto al lago de Alexei ya no es hogar. No puede serlo, no cuando tendría que decirle la verdad. Que escogí a Mikhail por encima de mi propia sangre. Que cada muerte esa noche se remonta a mi silencio. Él está de luto por su madre, todavía desgarrado

después de mostrarme sus heridas. ¿Cómo decirle que yo soy el filo que corta a quien se acerca?

No hay adónde ir. Nadie que quisiera tenerme una vez que supiera todo.

Kaz quiere ejecutarme por crímenes contra los Volkov. Ni siquiera conoce el verdadero. Dejar morir a decenas de personas para proteger a un chico que igual murió. La sangre de mi padre en mis manos por amar a un ruso más que a mi propia familia.

La mujer piensa: tal vez esto es justicia.

El Arma piensa: cuarenta y cinco segundos para la libertad.

Gana la mujer.

Así que me quedo quieta, dejando que las ataduras se claven más hondo en mis muñecas, surcos rojos que dejarán cicatriz. Dejo de calcular salidas y empiezo a aceptar que quizá algunas personas merecen su final.

El Guardián Tres me observa, nota que no intento escapar y frunce el ceño, probablemente preguntándose por qué estoy tan quieta. Por qué la infame Sofia Rosetti, con vaya uno a saber cuántas bajas confirmadas, se sienta tranquila como un cordero rumbo al matadero.

Si tan solo supiera que el Arma grita por dentro, suplicando que la deje salir, que la deje sobrevivir como siempre lo ha hecho. Pero la encierro bajo recuerdos del último beso de despedida de mi padre, de decenas de familias destruidas por mi silencio.

Cierro los ojos y espero lo que venga.

Disparos.

Lejanos al principio, como fuegos artificiales o el escape de un auto. Luego más cerca, el golpe seco de armas automáticas haciéndome zumbar los oídos. Después gritos en ruso, chillidos, el sonido de cuerpos chocando contra el concreto.

Los guardias se ponen en alerta de inmediato, olvidándose de sus teléfonos. El radio estalla en conversaciones, pánico y confusión. Aun con el zumbido en mis oídos, capto fragmentos.

—¿Qué carajos—?

—¡Nos están atacando! La entrada este está—

—¿Cuántos son?

—¡Docenas! Están entrando por—

El radio se corta y solo queda estática. Guardián Tres ya tiene el arma afuera, apuntando a la puerta. Los otros dos corren a

posiciones, de repente profesionales. El aire ahora sabe a metal y miedo, la adrenalina ardiendo en mi lengua.

Ya lo sé. Incluso antes de que la puerta explote hacia adentro, la madera astillándose como si fueran fósforos, ya sé quién viene. El deseo se eleva, sin permiso—el calor invadiendo mi pecho, la respiración atascada.

Alexei.

Entra por el vano destrozado como algo bíblico, como violencia divina hecha carne. Nunca lo he visto así. Camisa blanca empapada de sangre —que no es suya—, un arma en cada mano, el rostro completamente vacío. No está enojado. No está desesperado. Solo vacío de todo menos de propósito.

Verlo, terrible y hermoso en su violencia, logra romper algo en mi pecho a pesar del entumecimiento.

El Guardián Dos cae primero. Un solo tiro, al centro, ni siquiera llegó a quitarle el seguro a su arma. El sonido intensifica el zumbido en mis oídos, todo se apaga como bajo el agua.

El Guardián Uno logra sacar su cuchillo. Alexei le dispara en el hombro, lo hace girar, luego se acerca y le quiebra el cuello con la mano libre. El chasquido resuena contra el concreto, y el Arma registra el movimiento con una apreciación profesional, aunque la mujer se estremezca.

El Guardián Tres realmente opone resistencia. Dispara dos veces, las balas silban muy cerca, astillas de concreto vuelan. Una me corta la mejilla, sangre tibia mezclándose con el frío. Alexei acorta la distancia y forcejean, el entrenamiento del guardia contra la furia de Alexei.

Huele a pólvora cuando pasan golpeándose junto a mi silla y, debajo de eso, increíblemente, ese perfume de ámbar y humo que hace que mi cuerpo recuerde cosas que no debería. No ahora, no aquí, no cuando él mata por una mujer que no lo merece.

Todo termina con las manos de Alexei alrededor del cuello del guardia, apretando hasta que algo se rompe. El guardia cae, retorciéndose.

Más hombres irrumpen detrás de él. Sus hombres, avanzando en formación, disparando a todo lo que se mueve. El almacén se llena de disparos y gritos. Alguien llora, suplica en ruso. Las palabras me recorren. Ruegos de piedad, promesas de lealtad, ofertas de

información. Alexei ya sabe que entiendo ruso. Ya no hay razón para fingir.

No me estremezco. No me agacho. El Arma quiere que me mueva, que busque cobertura, pero me quedo completamente inmóvil mientras la guerra estalla a mi alrededor. Una bala golpea el concreto a menos de un metro. Otra pasa silbando cerca de mi oído. El calor, el aire desplazado, hace que mi cabello se mueva.

Una parte de mí desea que la próxima me encuentre. Que resuelva el problema. Que lo termine todo.

—¡ALTO!

La voz de Kaz corta el caos desde arriba. Está en la pasarela, el arma apuntando directamente a mi cabeza.

Todo se congela.

—¡Un paso más y le vuelo la cabeza!

Alexei levanta la vista hacia su primo. La sangre gotea de sus manos al concreto. Sangre de otros hombres, derramada por mí. Su pecho sube y baja, pero su voz es firme, casi casual. Su calma resulta más aterradora que cualquier rabia.

—No lo harás.

—Inténtalo.

—Si fueras a dispararle, ya lo habrías hecho.— Alexei avanza un paso. El arma de Kaz tiembla apenas en su mano. —Querías un tribunal. Un espectáculo. Querías que yo viera cómo la mataban.

La mandíbula de Kaz se tensa.— Ella mató a Mikhail. Ella merece —

—Es MÍA.—

Las palabras retumban en el almacén, rebotando entre el metal y el concreto hasta llenar cada rincón. A pesar de todo, mi cuerpo responde. El calor se acumula en lo profundo, ese anhelo familiar incluso ahora, incluso aquí. Me odio por eso.

—Mía para castigar. Mía para juzgar. Mía para matar si así lo decido. NO tuya.

—La familia—

—YO SOY la familia.— La voz de Alexei desciende a ese tono que pone a rezar hasta a los hombres más rudos.— Soy el pakhan. Y acabas de cometer traición al tomar lo que me pertenece.

Las palabras posesivas no deberían afectarme. No deberían hacerme recordar sus manos en mí en la casa del lago, suaves y

reclamando lo suyo. Pero mi cuerpo no entiende de contexto, solo recuerda su roce.

El arma en la mano de Kaz vacila. Solo por un instante.

—Misha hubiera querido—

—No.— Alexei levanta su propia arma, el pulso firme a pesar de la sangre que le escurre por la empuñadura.— No te atrevas a hablar por mi hermano.

Uno de los hombres de Alexei ha ido acercándose por la pasarela. Se lanza sobre Kaz por detrás, el arma cae y resbala por el almacén. Luchan, pero ya está decidido. Más hombres suben las escaleras. Kaz cae gritando maldiciones en ruso, prometiendo venganza, prometiendo que Alexei se arrepentirá.

Alexei ni siquiera lo mira. Ya viene hacia mí, el corazón me late más fuerte con cada paso.

Corta mis ataduras con el cuchillo del guardia muerto. La hoja aún está tibia por la mano de su antiguo dueño. Las bridas de plástico caen, dejando surcos profundos que rezuman sangre. El Arma registra el daño. Días para sanar, posible afectación de nervios. A la mujer no le importa.

No me muevo. No puedo moverme. No puedo mirarlo.

Respira agitado. Sangre por todas partes. En sus manos, su rostro, salpicando la camisa blanca que estaba limpia esta mañana cuando me preparó el desayuno en la casa del lago, cuando me besó como si fuera algo valioso. Sangre de otros hombres, pintada en él como pintura de guerra. El olor a cobre se mezcla con su loción, violencia y ternura compartiendo la misma piel.

—¿Estás herida?

—No.

Sus dedos ensangrentados sujetan mi barbilla, obligando mi rostro hacia arriba. Me hace encontrarme con esos ojos pálidos. La tibia humedad de la sangre se transfiere a mi piel, marcándome.

Espero sentir alivio. Tal vez ternura. Ese hombre dulce que sollozó en mis brazos hablando de su madre, que me enseñó a cuidar un bonsái con infinita paciencia, cuyas manos temblaron cuando me habló sobre convertirse en su padre.

Pero, en cambio: pura furia.

—Corriste.

La palabra se rompe entre nosotros como un latigazo.

—Alexei—

—Corriste al maldito bosque. Sin decir ni una palabra.

—Tenía que—

—¿Tenías que qué? —Su agarre se vuelve más fuerte, y siento sabor a cobre donde mis dientes cortaron el interior de mi mejilla—. ¿Ir con Marco? ¿Elegir a tu familia en vez de a mí? ¿Otra vez?

Me estremezco. La palabra "otra vez" duele porque ni siquiera sabe lo equivocado que está. No sabe sobre la primera vez que elegí a su familia sobre la mía, agua antes que sangre, y por eso murieron todos.

—Me rompí por ti. —Su voz se quiebra en las palabras, y escuchar su dolor duele más que cualquier golpe físico—. Te mostré cosas que jamás le he mostrado a nadie. Te hablé de mi padre, de mi madre. Lloré en tus brazos como un niño. Y corriste.

—Lo sé.

—¿Por qué?

La palabra pesa entre nosotros, tan densa como los hombres muertos enfriándose sobre el concreto. Las palabras se amontonan en mi garganta como vidrios rotos. Elegí a Mikhail antes que a mi padre. Dejé que todas esas personas murieran. Yo soy la causa de todo.

Pero vuelvo a ver la cara de Marco, cómo el amor se convirtió en desprecio en sus ojos. No puedo soportar ver que eso le pase a Alexei. No puedo perderlo también, aunque ya lo haya perdido al huir.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Solo… no puedo explicarlo. No ahora. No así. —No cuando estás cubierto de la sangre que derramaste por mí. No cuando me miras como si ya hubiese roto tu corazón.

Suelta mi barbilla. Da un paso atrás. Y la expresión en sus ojos, como si yo hubiera roto algo que no se puede reparar, como si le hubiera confirmado todas las dudas que alguna vez tuvo sobre confiar en alguien.

La distancia entre nosotros se siente infinita. Un metro, pero podría ser un océano. Este hombre mató a los suyos para llegar hasta mí, está cubierto con su sangre, y todo lo que le he dado a cambio es silencio.

Se vuelve hacia sus hombres, su voz adoptando ese tono de mando. Da órdenes cortantes en ruso y en inglés. Kaz debe ser asegurado, no matado. Los sobrevivientes, desarmados. Que se

encarguen de los cuerpos. Que limpien todo antes de que llegue la policía.

Profesional. Eficiente. Frío.

Cuando vuelve a mirarme, la furia se ha enfriado en algo peor: nada. Solo vacío donde hace unas horas había tanto calor que podía consumirnos a los dos.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Entonces, camina.

Eso es todo. No extiende una mano. No me rodea la cintura con el brazo. No se asegura de que realmente esté bien a pesar de mi respuesta. Solo da la vuelta y camina, esperando que lo siga.

Y lo hago. Con piernas temblorosas que recuerdan envolverse alrededor de su cintura, avanzando entre cuerpos aún calientes, su sangre mezclándose con la suciedad industrial. Uno de ellos gime cuando paso. Sigue vivo. Los hombres de Alexei se encargarán de él.

Detrás de nosotros, Kaz grita mientras lo arrastran.—¡Ella es veneno! ¡Te va a destruir! ¡Ya verás! ¡Va a quemar todo lo que toques!

Alexei no responde. Ni siquiera mira atrás. Solo sigue caminando y yo lo sigo porque no tengo adónde más ir.

El aire nocturno golpea frío cuando salimos del almacén, haciéndome temblar después de ese interior calentado con adrenalina. El auto espera afuera, el motor encendido. Subo porque ¿qué otra cosa me queda? Los asientos de cuero están impecables, sin rastro de la violencia de adentro. Solo Alexei y yo y el silencio entre los dos, tan denso como un muro físico.

Sus manos sobre el volante siguen sangrientas, dejando huellas color óxido en el cuero. Maneja por las calles de Chicago mientras la gente normal vive vidas normales, sin idea de lo que acaba de suceder en ese almacén. A través de las ventanas polarizadas, veo parejas tomadas de la mano, familias saliendo de cenas tardías, un mundo que sigue girando aunque el mío se haya detenido.

Me salvó la vida. Mató por mí. Trajo a sus hombres a la guerra contra su propio primo por mí.

Y yo no siento nada. Ni alivio. Ni gratitud. Ni un destello de amor o ternura. Solo este vacío que me está devorando por dentro desde que recordé la verdad.

Excepto que eso es una mentira. Lo siento junto a mí, cada respiro, cada mínimo movimiento. Mi cuerpo registra el espacio entre nosotros, quiere cerrarlo aunque mi mente sabe que no puedo. En la casa del lago me abrazó mientras dormía, susurró dulzuras en ruso contra mi cabello. Ahora ni siquiera me mira. El vaivén me oprime el pecho.

Las palabras se amontonan en mi garganta mientras manejamos. Elegí a Mikhail antes que a mi padre. Pero me trago la verdad como vidrios rotos y dejo que me corte por dentro.

Su teléfono vibra. Lo ignora. Vibra otra vez. Y otra vez. Lo apaga con un solo movimiento brusco que me hace estremecer.

—Pudiste haberte quedado con ellos. —Su voz rompe el silencio, plana y sin emoción—. Marco. Tu familia. Pudiste haberte quedado.

—Él no me quiere.

—¿Y yo sí? —Hay algo punzante en la pregunta, un dolor disfrazado de enojo—. ¿Después de que huiste? ¿Después de que los elegiste a ellos?

No tengo una respuesta que tenga sentido. No puedo explicar que volví no por él, sino porque no tenía a dónde más ir. Que estoy aquí porque la alternativa era morir en ese almacén, y alguna parte estúpida de mí, probablemente el Arma, todavía quiere vivir aunque no lo merezco.

—¿Por qué viniste por mí? —pregunto en su lugar.

—Porque eres mía. —Simple. Plano. Como quien habla del clima —. Alguien tomó lo que era mío.

No porque me ame. No porque estuviera preocupado. Sino porque soy una posesión que alguien le arrebató.

Su mano ensangrentada toma la palanca de velocidades y recuerdo esos mismos dedos en mi interior, haciéndome olvidar hasta mi propio nombre. Ahora han matado por mí. La contradicción, violencia y ternura en las mismas manos, me oprime el pecho. Odio que mi cuerpo aún quiera que me toque, incluso cubierto de sangre, incluso cuando apenas puede mirarme.

Quizás ser su posesión es todo lo que merezco ser.

27 - Sofia

El asiento de cuero debajo de mí podría estar hecho de vidrios rotos por toda la comodidad que me ofrece. Diez minutos manejando en silencio, las manos ensangrentadas de Alexei aferradas al volante mientras yo miro la nada a través de las ventanas polarizadas. Chicago se desliza a mi lado en un desfile borroso de farolas y sombras, y no puedo obligarme a hablar. No puedo mirarlo. No puedo hacer nada más que existir.

El olor a pólvora se pega a él, mezclándose con esa colonia que aún hace que mi maldito cuerpo reaccione. Incluso ahora, ahogándome en culpa, el calor se enrosca bajo en mi vientre. Me odio por seguir deseándolo cuando estoy destruyendo todo lo que hay entre nosotros.

Él me salvó. Mató a sus propios hombres para llegar hasta mí. Y todo lo que le he dado a cambio es este silencio asfixiante.

Una SUV nos cierra el paso sin advertencia.

Negra, sin placas, bloqueando completamente el camino. Alexei frena de golpe, los neumáticos chillan contra el asfalto. Mi cuerpo se lanza hacia adelante, el cinturón cortándome el pecho, pero apenas lo siento por el entumecimiento.

Dos figuras bajan de la SUV. Al principio sólo son siluetas en los faros, pero los reconozco antes de verles los rostros. Su forma de moverse: uno con precisión militar, el otro con esa gracia silenciosa que dice más que las palabras.

Nico. Dante.

La mano de Alexei va hacia su pistola.

—No lo hagas.— Mi voz sale ronca, la primera palabra que digo desde el almacén. —Son mis hermanos.—

Alexei saca su arma de todos modos y sale del auto en un solo movimiento fluido. La puerta se azota con tanta fuerza que el eco rebota en los edificios vacíos a nuestro alrededor. Un enfrentamiento perfecto, tres hombres esperando a que alguien dé el primer paso.

¿Cómo nos encontraron? La pregunta flota en mi mente pero no puedo asirla, no me importa. Tal vez hayan estado vigilando la zona de los almacenes. Tal vez tienen contactos que vieron el tiroteo. Tal vez no importa. Las notas de la Arma aparecen automáticamente: doce pies hasta el arma de Nico, ocho hasta la de Dante. Tres segundos para desarmar a cualquiera. Pero la mujer en mí solo quiere colapsar.

Nico y Dante están armados pero sin apuntar, un pulso perfecto donde todos esperan que otro tome la iniciativa.

—¿Cómo supieron dónde encontrarnos?— La voz de Alexei es plana, controlada, pero escucho el filo debajo.

No respondo porque no sé. No me importa.

Nico camina hacia el auto con las manos a la vista pero listo, ese equilibrio cuidadoso entre no ser una amenaza y estar preparado para la guerra. El aroma de su chicle de canela me llega incluso con la ventana cerrada. Dejó de fumar hace años pero nunca superó la fijación oral. Dante permanece atrás, observando todo con esos ojos oscuros que no se pierden nada. Siempre viendo, siempre entendiendo más de lo que nadie quisiera.

Nico se detiene junto a mi ventana y me mira a través del cristal. Sus ojos color avellana recorren mi rostro, notando la sangre en mi mejilla desde antes, la expresión vacía que llevo. Veo el instante en que lo entiende. Marco debió llamarlo. Contarle lo que confesé. La culpa se instala como vidrios rotos en mi garganta, cortándome cada trago, cada respiración.

Pero en su rostro no hay asco. Solo una pena tan profunda que me duele en el pecho.

Alexei se posiciona entre su vehículo y Dante. Tres asesinos en una calle oscura, y me rompe el corazón saber que soy la razón por la que pueden destruirse entre ellos.

—Nos la llevamos a casa,— dice Nico, su voz tiene ese filo de sus días militares. Ese tono que significa que negociar es opcional, pero obedecer no.

—Ella YA está en casa.— Las palabras de Alexei salen como balas. —Está conmigo.—

Incluso así, destruida y cubierta de sangre, mi cuerpo reacciona a su reclamo. El matiz posesivo en su voz provoca humedad entre mis piernas, y me odio por ello. ¿Cómo puedo seguir deseándolo después de haber destrozado lo que había entre nosotros?

Las manos de Dante se mueven en signos rápidos y precisos. Nico traduce sin apartar la vista de Alexei: —No parece que ella quiera estar contigo.—

No es una acusación. Es solo la verdad, dicha con esa marca personal de Dante para atravesar todas las mentiras. Porque estoy sentada en este auto como un cadáver, incapaz de mirar a nadie, incapaz de querer nada más que esto termine.

—La secuestraste,— continúa Nico, dando un paso más cerca. —La tuviste como prisionera. Ahora la arrastras a una guerra con tu propia familia.—

—Acabo de salvarle la vida.— La voz de Alexei baja a ese registro que hace que mi cuerpo se tense de placer. —Maté a mis propios hombres para sacarla de las manos de mi primo.—

—Tu primo. Tu desastre.— La mandíbula de Nico se tensa. —Esos juegos retorcidos de tu familia que la siguen arrastrando.—

—¿Y dónde estaba SU familia cuando mi primo se la llevó de la calle?— Las palabras azotan como un látigo. —¿Dónde estaban cuando ella necesitaba protección? ¿Dónde estaba Marco?—

Nico se estremece. Sabe que hay algo más allá de esto, algo que no está bien. El silencio que sigue pesa con todo lo que no decimos. Las palabras de Marco resuenan en mi memoria: *Vete*. Ahora estoy dejando otro hogar, otro hombre que no me querrá una vez que sepa la verdad.

—Nueve años de verdad entre nosotros, Sof —dice Nico en voz baja, y el dolor personal en su voz me atraviesa—. Nueve años. ¿Y elegiste romper eso por él?

Dante se adelanta con esa autoridad silenciosa que lleva consigo, la clase de presencia que hace que todos se detengan y escuchen aunque él no diga una sola palabra. Su sola presencia cambia la dinámica, convierte esto de un enfrentamiento en algo distinto.

Me hace señas a través de la ventana, movimientos suaves pero firmes. Nico no traduce esta vez. Estas palabras son solo para mí. *¿Qué quieres, hermanita? ¿Quieres irte con él o venirte con nosotros?*

La pregunta queda flotando en el aire como una cuchilla. ¿Qué quiero? Debería querer a Alexei. Debería querer al hombre que acaba de destruir a su propia familia por mí. Pero no puedo mirarlo. No puedo enfrentar lo que he hecho, lo que escondo. La verdad sobre

Mikhail se asienta como veneno en mi garganta, y cada vez que trago siento el sabor metálico de la sangre.

Y Nico, quien me entrenó, quien me hizo prometer que nunca mentiría, quien me mantuvo entera cuando me estaba desmoronando. Está aquí. Incluso sabiendo que algo terrible ocurrió, vino.

Abro la puerta del auto. El sonido es demasiado fuerte en el silencio tenso, el metal crujiendo. Mis piernas tiemblan al bajarme, mis zapatos son opacos contra el asfalto frío. Mis pies siguen sangrando por mi huida en el bosque, y cada paso me envía dolor hasta las piernas. El suelo áspero me hace perder el equilibrio, y tengo que concentrarme para mantenerme en pie.

El viento golpea mis piernas desnudas, y recuerdo sus manos allí hace apenas unas horas en la casa del lago. Mi cuerpo me traiciona, respondiendo a los recuerdos mientras mi corazón se rompe. Mi piel anhela su tacto aunque me obligue a permanecer de pie.

—Sofia. —La voz de Alexei se quiebra al decir mi nombre, y su respiración cambia. Puedo oírla, áspera e irregular, como si estuviera luchando por controlarse.

Casi lo busco. Mi mano incluso se mueve antes de que logre detenerme, mis dedos cerrándose en un puño. El Arma susurra que podría acabar esto de tres maneras distintas, pero la mujer dentro de mí apenas puede mantenerse en pie.

Sigo sin poder mirarlo.—Necesito irme con ellos.

—¿Por qué? —La sola palabra encierra tanto: confusión, traición, una necesidad desesperada de entender.

—Porque no puedo explicártelo. —Las palabras saben a ceniza, y estoy conteniendo las lágrimas con tanta fuerza que la garganta me arde.—Todavía no. Tal vez nunca.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que tengo.

Estoy eligiendo a mis hermanos. La última vez elegí el amor equivocado, el bando equivocado, la lealtad equivocada. No puedo volver a hacerlo.

Espero rabia. Espero que me agarre, que me recuerde que soy suya, que me pertenece de maneras que van más allá de la posesión. Pero, en vez de eso, obtengo algo mucho peor.

Dolor. Un dolor crudo, sangrante, que finalmente me obliga a mirarlo.

Su rostro sigue salpicado con sangre de otros hombres, la camisa blanca arruinada sin remedio. El olor a pólvora es más fuerte ahora, mezclado con sudor y violencia. Pero son sus ojos los que me destruyen. Pálidos y destrozados, mirándome como si le hubiera arrancado algo esencial del pecho.

—Estás dejándome. —No es una pregunta. Es una afirmación que suena a sentencia de muerte.

—Te estoy dando tiempo para que te des cuenta de que no deberías quererme.

—Yo siempre…

—No. —Mi voz se quiebra. —No digas algo de lo que no puedas retractarte.

Porque si dice que siempre me querrá, que siempre me amará, quizá no encuentre la fuerza para irme. Quizá confiese todo aquí mismo en esta calle oscura y vea cómo la última persona que importa se aleja con asco. Mi cuerpo grita por correr de regreso a él, dejar que me abrace mientras le confieso todo, pero me obligo a mantenerme firme.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con todo lo que no podemos decir. Sus manos se abren y se cierran a sus costados, y puedo ver que pelea contra cada instinto que le dice que debe retenerme.

Dante avanza, y ahora le hace señas directamente a Alexei. Los movimientos son simples, lo bastante claros para que incluso alguien que no conoce el lenguaje de señas pueda entender el significado. De todos modos, Nico traduce en voz baja:—La amas.

No es una pregunta.

—Por eso la vas a dejar ir —continúa Dante a través de la traducción de Nico.

—¿Y si no lo hago? —La voz de Alexei es violencia apenas contenida.

—Entonces averiguaremos cuántas personas más tienen que morir esta noche. —Nico entrega las palabras de Dante con una calma perfecta, pero su mano descansa sobre su arma.

La tensión se enrosca entre los edificios como electricidad. Un solo movimiento de Alexei y esta calle se convierte en un baño de sangre. El enfrentamiento se mantiene durante tres latidos, cuatro, cinco. Puedo oír la respiración de Alexei, dura y entrecortada, el sonido de un hombre en guerra consigo mismo.

Entonces Alexei da un paso atrás. Uno. Luego otro.

—Vete. —La palabra sale áspera, rota—. Antes de que cambie de opinión.

—Alexei…

—VETE.

Camino hacia la SUV de mis hermanos, cada paso se siente como si muriera. Como si dejara pedazos de mí en el asfalto entre nosotros. Mis zapatos resuenan contra el concreto, el sonido demasiado fuerte en el silencio, marcando mi camino lejos de él. El brazo de Nico me rodea, sosteniéndome cuando mis rodillas amenazan con doblarse. Su aroma familiar a canela debería reconfortarme, pero solo me recuerda todo lo que he traicionado. Dante abre la puerta trasera y subo, mi cuerpo moviéndose en piloto automático.

Miro atrás una vez. Solo una vez.

Alexei está solo en la calle, la sangre aún en su rostro, en sus manos. Sangre de otros hombres, derramada por mí. La luz de la calle lo envuelve en sombras duras, hace que parezca sacado de una pesadilla o un cuento de hadas oscuro. El príncipe que rescató a la princesa solo para verla elegir irse de todos modos.

Él me salvó y yo lo estoy dejando atrás, igual que abandoné la verdad sobre la muerte de mi padre, igual que abandono todo lo que importa cuando se vuelve demasiado difícil de enfrentar.

La imagen se graba a fuego en mi memoria. Él allí, destruido y solo, viéndome irme. Se suma a todas las otras imágenes que nunca podré olvidar. La última sonrisa de mi papá. Mikhail enseñándome ruso. Marco diciéndome que me fuera.

Ahora esto. Alexei dejándome ir porque me ama demasiado como para obligarme a quedarme.

La SUV arranca y lo veo desaparecer en el espejo lateral hasta que la calle lo engulle por completo. Nico se sienta a mi lado en la parte de atrás mientras Dante maneja; su presencia sólida y familiar, aunque todo lo demás parece desmoronarse.

El silencio dura exactamente tres cuadras antes de que Nico hable.

—Marco nos contó lo que pasó. Lo que confesaste.

Cierro los ojos, saboreando la sal de unas lágrimas que no pienso dejar caer. —Y vinieron de todas formas.

—Eres nuestra hermana.

—No lo merezco…

—Basta. —Su voz se endurece, pero de inmediato se suaviza—. Lo vamos a resolver. Pero no esta noche. Esta noche solo descansa.

Las manos de Dante se mueven, haciendo señas en el retrovisor donde puedo ver: "Tenías quince años."

—Eso no justifica…

Más señas: "No justifica nada. Pero lo explica todo."

Quince años. Una niña enamorada de un chico que le pidió guardar un secreto. Una chica que pensó que un día podía hacer la diferencia. Que creyó que podía tener las dos cosas: cumplir su promesa a Mikhail y salvar también a su padre. Que estaba equivocada en todo.

No tengo energía para discutir. No tengo fuerzas para explicar que ser joven no me hace menos culpable. Buenos hombres murieron porque me quedé callada. Mi papá me besó para despedirse y yo lo dejé ir. La culpa se queda como vidrios rotos en mi pecho, cortando con cada latido.

Nico quita una mano del volante y la extiende hacia atrás para apretar mi rodilla. —Te tenemos, Sof.

Quiero creerle. Quiero creer que queda algo por salvar, alguna parte de mí que no esté envenenada por lo que he hecho. Pero lo único en lo que pienso es en la estela de destrucción que dejo a mi paso.

Mikhail, muerto porque lo quise lo suficiente como para guardar su secreto.

Papá, muerto porque guardé ese secreto demasiado bien.

Marco, destrozado porque su hermanita eligió a un ruso por encima de su propia sangre.

Y ahora Alexei, de pie en una calle oscura, cubierto de sangre que derramó por alguien que ni siquiera puede decirle la verdad. Incluso ahora, a kilómetros de distancia, mi cuerpo lo extraña. El recuerdo de sus manos, su boca, la forma en que me miraba como si yo valiera la pena quemar el mundo por mí.

Rompo a todos los que toco. Quizá Kaz tenía razón. Soy veneno, destruyendo todo lo bueno que se me acerca demasiado.

Chicago pasa por las ventanas. Gente normal viviendo vidas normales, completamente ajena a que hay decisiones que no tienen vuelta atrás. Hay traiciones que cortan demasiado profundo para sanar. Hay verdades que son demasiado terribles para decirse en voz alta.

Atrás, en algún lugar de la noche, probablemente Alexei sigue ahí. O tal vez ya maneja rumbo a algún escondite, lavándose de las manos mi ausencia junto con la sangre. Todavía puedo olerlo en mi piel. Pólvora y ámbar, violencia y ternura mezcladas.

Me pregunto si me va a perdonar cuando se entere de la verdad.

Me pregunto si alguna vez voy a poder perdonarme.

Ya conozco la respuesta a ambas.

28 - Alexei

Me quedo parado en esa calle vacía durante dieciocho minutos después de que su SUV desaparece. Cuento cada uno. El camino de regreso al complejo se estira como una herida.

El complejo se ve mal sin ella.

Entro por las puertas con sangre secándose bajo mis uñas, el asiento del pasajero vacío burlándose de mí. El cuero todavía conserva el fantasma de su calor de hace treinta minutos, cuando eligió a sus hermanos en vez de a mí. Otra vez.

El caos me recibe adentro. Hombres eligiendo bandos tras la guerra civil, algunos leales a mí, otros a lo que la bratva debería ser. Camino entre ellos como si ya estuviera muerto, dando órdenes que ni siquiera escucho salir de mi boca. Boris necesita atención médica. El equipo de Pavel requiere nuevas asignaciones. El almacén debe limpiarse antes del amanecer.

Nada de eso importa.

Mis aposentos se alzan al final del pasillo. Me detengo en el umbral, incapaz de entrar, incapaz de alejarme. Su aroma se asoma, ese perfume floral mezclado con algo únicamente suyo. Las sábanas donde nos enredamos hace tan poco aún tienen la huella de su cuerpo.

Sirvo vodka con manos que no dejan de temblar. El vaso permanece intacto sobre la mesa auxiliar mientras yo sigo congelado en la puerta. Ella me dejó. Después de que maté por ella en ese almacén. Después de que la elegí a ella antes que a mi propia sangre.

Las mitades del brazalete pesan en mi bolsillo. Las saco, observando la plata deslustrada bajo la luz de la lámpara. Dos mitades de un corazón. El suyo y... Cristo, tiene que ser el de Mikhail. ¿Qué más la habría hecho salir corriendo de la casa del lago como si su mundo se hubiera hecho pedazos?

Encontró esto en la habitación de él. Encontró algo que la rompió tan completamente que ni siquiera pudo mirarme. Y ahora ya no

está, llevándose sus secretos, dejándome solo con preguntas y el sabor de su ausencia.

Mi madre ya no está. Mikhail se fue hace once años. Todo lo que me queda son los secretos de un muerto y dos mitades de un corazón roto.

El estudio de Viktor no ha sido tocado desde que murió. La puerta rechina al abrirse, liberando el olor a polvo, cuero y habanos cubanos. He evitado este cuarto, este santuario al peculiar tipo de crueldad de mi padre.

Esta noche no me queda nada que evitar.

Su escritorio reposa como un monumento al mal organizado. Cada papel en su lugar, cada carpeta etiquetada con su letra precisa. Nunca las revisé. No podía enfrentar qué brutalidades podían estar documentadas allí. Pero ella huyó de algo en la habitación de Mikhail, algo conectado a esas mitades de brazalete, y si hay respuestas en algún lugar, es aquí.

Comienzo con los archivos obvios. Enemigos. Aliados. Disputas territoriales. Nada sobre los Rosetti que no sepa ya. Mis manos dejan huellas sangrientas en los folders manila, marcando el legado de mi padre con la evidencia de la violencia de esta noche.

El cajón con llave se burla de mí desde debajo del escritorio. Por supuesto que hay un cajón con llave. A Viktor siempre le encantaron sus secretos. Tomo un abrecartas y hago palanca hasta que la madera se astilla, hasta que la cerradura cede con un crujido que suena a huesos rompiéndose.

Adentro: una carpeta. Sin marcar. Lo bastante gruesa para guardar años de secretos.

La primera foto me corta el aliento. Mikhail en un jardín, joven, vivo y sonriéndole a alguien fuera del cuadro. La fecha en la esquina: hace once años, tres meses antes de la masacre. Paso a la siguiente foto y la sangre se me vuelve hielo.

Una chica. Rubia. Quince, quizá dieciséis años. Riendo por algo que Mikhail dice, su mano tocando su brazo con una intimidad natural.

Sofia.

Me tiemblan las manos mientras esparzo las fotos de vigilancia sobre el escritorio de Viktor. Docenas de ellas. Mikhail y Sofia reuniéndose en jardines secretos, tomados de la mano, él

enseñándole algo de un libro. En una, ella lleva media parte de un corazón colgando en una cadena alrededor de su cuello.

Tomo el siguiente documento, buscando pruebas de que todo esto es un error.

El memo está escrito a máquina en el membrete personal de Viktor, fechado dos días antes de la masacre:

—M se ha visto comprometido. El apego emocional a la chica Rosetti representa una vulnerabilidad operativa. Opciones: (1) Eliminar a la chica. (2) Redirigir la lealtad de M por métodos tradicionales. (3) Permitir que la situación se resuelva de forma natural. Recomendación: Opción 3. Es probable que M asista a la reunión para advertir a los Rosetti. Daño colateral aceptable para un éxito operacional mayor.—

Mi visión se estrecha al leer "daño colateral aceptable." Las palabras se mezclan, se enfocan, vuelven a desvanecerse. Un sabor metálico me llena la boca, una rabia tan pura que tiene sabor propio.

Daño colateral aceptable. Mi hermano. Mi padre escribió esas palabras sobre su propio hijo.

Los registros de seguridad siguen, letras de Viktor en los márgenes. —Ordené al equipo del perímetro retirarse 20:00–02:00. M salió 20:42.— La sangre de mis nudillos cortados gotea sobre el memo, marcando el cálculo de Viktor con la violencia de esta noche. Pudo haberlo detenido. Pudo haber evitado que entrara en esa carnicería. Viktor eligió dejarlo ir.

Me tiemblan las manos con tanta violencia que apenas puedo pasar las páginas. El sudor frío hace que la camisa se me pegue a la espalda, mientras cada documento construye la verdad como una torre de huesos. Viktor rastreando los movimientos de Mikhail. Viktor leyendo cartas interceptadas donde Mikhail escribía sobre advertir a la familia Rosetti. Viktor calculando la probabilidad de la muerte de su hijo y encontrándola aceptable.

La carta está al fondo, nunca enviada, con la letra de Viktor. El papel tiembla entre mis manos, crujiendo cuando aprieto el puño:

—Alexei, si estás leyendo esto, estoy muerto y encontraste lo que mantuve oculto. Sí, sabía sobre Mikhail y la chica. Sí, lo dejé ir esa noche. Era débil, sentimental, incapaz de liderar la bratva hacia el futuro. Siempre fuiste el más fuerte, el que podía hacer lo que debía hacerse. La muerte de Mikhail te hizo pakhan. Te endureció hasta convertirte en el arma que nuestra familia necesitaba. Todo gran

líder se forja en la pérdida. Considera su sacrificio como mi último regalo para ti. De nada. V

De nada.

Por dejar morir a mi hermano. Por orquestar su muerte. Por usar su sangre para convertir a este que soy.

El grito me rompe la garganta antes de que siquiera lo note, animal, sin palabras, once años de duelo transformados en rabia. Agarro el escritorio de Viktor y lo lanzo contra la pared. Los papeles explotan por todo el cuarto como aves blancas huyendo. La madera se astilla, los cajones esparcen secretos sobre las alfombras persas.

Destruyo todo lo que alcanzo. La silla de cuero va directo por la ventana. Los libros llueven de los estantes como una sentencia. Cada foto, cada recuerdo, cada huella de la existencia de Viktor queda hecha pedazos por mis manos.

El olor áspero de mi propio sudor se mezcla con el polvo. Los papeles se rompen bajo mis dedos, el sonido como uñas sobre un pizarrón, como promesas muriendo.

Cuando al fin la rabia se vacía, estoy de rodillas en medio de los escombros, todavía con esa carta en la mano.

Ella guardó el secreto de Mikhail para protegerlo de Viktor, el verdadero monstruo que de todas formas ya planeaba su muerte. Dios. Estaba tratando de salvarlo del padre que ya lo había dado por perdido como una baja aceptable.

El teléfono ya está en mi mano antes de pensarlo.

—¿Alexei?—la voz de Katya desde Moscú—. ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas tan tarde?

—Él mató a Misha.

Silencio. Luego: —¿Qué?

Le cuento todo. Las fotos. La nota donde llaman a nuestro hermano “daño colateral aceptable”. Los registros de seguridad que muestran que Viktor lo dejó caminar hacia su muerte. La carta dándome las gracias por convertirme en el monstruo que nuestro padre siempre quiso.

Katya ya está llorando cuando termino, ese sonido horrible al descubrir que toda tu vida era una mentira.

—Estás mintiendo. Dime que mientes, Alexei.

—Tengo su carta. Es su letra. Escribió ‘De nada’, Katya. Como si la muerte de Misha fuera un regalo.

Una larga pausa. Solo su respiración, entrecortada y rota. Después: —Me alegra que mamá muriera sin saberlo. Eso la habría matado otra vez.

—Quémala —dice Katya, con voz dura como el invierno en Moscú —. Quema cada palabra que ese desgraciado escribió. Quema su estudio si es necesario.

Así que lo hago. La chimenea ruge mientras le entrego años de mentiras. Las fotos se enrollan y ennegrecen, el olor agrio de los químicos quemados llena la habitación. Guardo solo las pruebas. Todo lo demás se convierte en humo.

El amanecer se cuela por las ventanas, pintando el estudio destruido en tonos dorados y sombras. Me paro entre las cenizas de los secretos de mi padre, la verdad comiéndome por dentro como ácido.

Viktor orquestó todo: la muerte de Mikhail, mi transformación en pakhan, la destrucción de Sofia. Incluso desde la tumba, ese desgraciado seguía moviendo nuestros hilos.

Mi mujer está allá fuera, ahogándose en la culpa por los pecados de mi padre. Es mía para protegerla, mía para sanar, y la dejé ir pensando que era veneno cuando solo era una chica queriendo salvar al chico que amaba.

Incluso ahora, destruido por la verdad, sigo su rastro como un adicto. La necesidad de encontrarla arde por encima de todo: la rabia, el dolor, la horrible comprensión de lo que era mi padre.

La confesión me golpea mientras estoy en los escombros: la amo. No solo la deseo, no solo la necesito. La amo con esa desesperación que hace a los hombres quemar el mundo. Y ella está allá fuera pensando que merece todo el dolor que el universo pueda darle.

Viktor me quitó a mi hermano. No va a quitarme también a mi mujer.

Dejo el fantasma de Viktor entre las cenizas, donde pertenece.

Pero yo estoy vivo. Ella está viva. Y quemaré el cielo y el infierno antes de dejar que su veneno la destruya un día más.

Voy a grabar la verdad en cualquiera que intente impedir que la alcance.

La amo. Ella va a saber la verdad. Y entonces, que Dios me ayude, jamás voy a dejarla ir de nuevo.

29 - Sofia

Me escondo entre las paredes rosadas de mi cuarto de la infancia, mientras me provocan con su inocencia. Apenas he puesto un pie aquí desde la noche de la masacre; he preferido dormir en el pasillo. Pero aquí estoy.

Los carteles de ballet me observan desde donde los pegué cuando tenía doce años, bailarinas congeladas en posiciones perfectas que ya nunca podré lograr. Este santuario a la niña que no sabía que destruiría todo ahora se siente como una tumba. Tengo la garganta tan apretada que tengo que obligar a pasar cada respiración sobre el dolor que se ha alojado ahí como vidrios rotos. Las manos no dejan de temblarme desde que Marco me dijo que me fuera.

La bandeja que Nico trajo esta mañana sigue intacta en mi viejo escritorio. Pan tostado y frío, café con una película en la superficie. El aroma me revuelve el estómago. ¿Cómo puedo comer cuando la última comida de mi papá fue interrumpida por balas que pude haber evitado?

Reviso mi celular otra vez. Nada de Marco. Su silencio resuena más fuerte que cualquier acusación.

Un golpe. Firme, decidido. Nico otra vez.

—Reunión familiar —dice desde el otro lado de la puerta, su voz con ese filo militar—. Abajo. Ahora.

No me muevo de donde estoy acurrucada en la estrecha cama, con las rodillas al pecho, todavía con la misma ropa desgastada con la que llegué. El algodón se pega a mi piel húmeda de sudor y lágrimas secas. —No tengo hambre.

—No se trata de comida, y no es negociable. Reunión familiar. Ahora.

Algo en su tono me obliga a mirar hacia arriba. Este no es el Nico tierno que suele checar cómo estoy. Este es el soldado dando órdenes.

—¿Marco? —pregunto, ya sabiendo la respuesta, la palabra raspando mi garganta herida.

Una pausa que lo dice todo. —Él no va a venir.

Las palabras caen en mi pecho como piedras, cada una pesando más que la anterior hasta que apenas puedo respirar. Mi hermano mayor, el que nos crió a todos después de que papá murió, el que mantuvo unida a esta familia solo por fuerza de voluntad, ahora se niega a estar en la misma habitación que yo.

—Cinco minutos. No me obligues a cargarte —dice Nico.

Escucho sus pasos alejarse. Me descruzo lentamente, las articulaciones protestando por haber estado tanto tiempo en la misma posición. El espejo en mi antiguo tocador me muestra un fantasma: ojos huecos, cabello enredado, el aspecto general de alguien que se está ahogando en culpa. El fantasma de las manos de Alexei sigue ardiendo en mi piel. Mi cuerpo lo recuerda, aunque mi corazón esté demasiado roto para importarle.

Bajar las escaleras se siente como acercarme a mi ejecución. Cada peldaño de esta escalera familiar me devuelve mil recuerdos de bajar corriendo de niña, retando a Alessandro para ver quién llegaba primero al desayuno, deslizándome por el pasamanos hasta que María nos descubría. El mármol está frío bajo mis pies descalzos, cada paso me recorre una corriente por las piernas. Ahora bajo como una condenada, con el frío metiéndoseme en los huesos.

La puerta de la sala familiar está abierta. Me detengo en el umbral, observando la escena que me hace encoger el estómago. El aroma a cuero y barniz de madera que usualmente me consuela, hoy me asfixia.

Dante está junto a la ventana, tan inmóvil como siempre, la luz de la tarde dibujando su perfil con nitidez. El olor a cigarro se aferra a su ropa, más fuerte de lo habitual, como si no hubiera dejado de fumar en todo el día. Hay algo en su postura que habla de decisiones tomadas. Luca camina de un lado a otro contra la pared del fondo, como una fiera enjaulada, su habitual gracia perezosa cambiada por una violencia apenas contenida. Cada pocos segundos su mano se mueve hacia donde guarda sus cuchillos. Alessandro está sentado en el sofá de cuero, mirando sus manos, incapaz o sin deseos de mirarme al entrar.

Y ahí, en la cabecera de la mesa donde ha estado los últimos once años, la silla de Marco está vacía.

La ausencia es más ruidosa que cualquier acusación. Esa silla nunca había quedado vacía durante una reunión familiar. Ni una sola

vez desde que papá murió. Incluso cuando Marco fue herido de bala, él estuvo ahí, sangrando sobre las vendas pero presente. Ahora está deshabitada, como un monumento a mi traición.

Nico me conduce hasta una silla con una mano en mi codo, gentil pero firme. El cuero está frío contra mis piernas desnudas y me hace temblar. Él se coloca a mi lado, sólido y cálido, un muro entre mí y lo que venga. Guardián. Protector. El hermano que hizo un pacto de verdad conmigo y que yo rompí irremediablemente.

—Siéntate —dice en voz baja, con ese aroma a chicle de canela tan suyo, tan dolorosamente familiar.

Me hundo más en la silla, subiendo las rodillas aunque sé que me hace ver como una niña. La habitación se siente demasiado grande, demasiado vacía. Faltan personas. La ausencia de Marco crea un vacío que nos jala a todos, desestabilizándolo todo.

Este es mi juicio. Mis hermanos como juez y jurado. Y ya sé cuál será el veredicto.

Dante rompe el silencio, dándose vuelta desde la ventana con esa gracia líquida que hace que la gente olvide que no puede hablar, hasta que recuerdan que nunca lo ha hecho. El suave murmullo de su ropa moviéndose en el aire es el único sonido.

—Tenemos que hablar de lo que le dijiste a Marco —firma, cada movimiento es preciso, sus manos cortan la luz de la tarde.

Me preparo para las acusaciones. Para que Luca explote, para que Alessandro enumere a cada miembro de la familia que murió, para que enumeren mis pecados con doloroso detalle. Mis hombros se tensan solos, los músculos preparándose para el golpe.

En lugar de eso, Dante cruza la habitación y hace algo inesperado. Se agacha frente a mi silla, poniéndose por debajo de mi vista, haciéndose más pequeño. No amenazante. Es lo que se hace con animales asustados o niños traumatizados. Su loción, esa cara que le compra Ana, me envuelve por completo.

—Necesito decirte algo —firma despacio, asegurándose de que lo esté mirando—. Y no te va a gustar.

Mi pecho se aprieta, las costillas se sienten a punto de quebrarse. ¿Qué podría ser peor de lo que ya confesé?

Sus manos se mueven con paciencia contenida, el roce de piel por el aire suena casi musical. —Hace años que sé de tu promesa a Mikhail.

La habitación queda completamente inmóvil. Incluso Luca deja de caminar, congelado en un solo paso. Las palabras no tienen sentido. No pueden tenerlo.

—Después de que papá murió, revisé tu cuarto —continúa Dante, sus ojos oscuros no se apartan de los míos—. Encontré una carta de Mikhail escondida en tu escritorio. Ahí detallaba todo. El plan de la masacre, su advertencia para ti, la promesa que te hizo dar de no contarle a nadie.

—No hubo ninguna carta —susurro, la voz quebrándose por el desuso y la garganta ardiendo—. Yo habría—

—La destruí —signa él.

La confesión me sacude y me echa hacia atrás en la silla, el cuero crujiendo, un sudor frío cubriéndome la piel.

—Para protegerte —firma rápido, al ver mi rostro—. Ya habías bloqueado todo. Tu mente te estaba protegiendo del trauma. Si hubieras encontrado esa carta, si hubieras descubierto la verdad cuando aún estabas tan frágil…

—¿TÚ LO SABÍAS? —Las palabras se arrancan de mi garganta, ásperas y sangrantes—. ¿Todo este tiempo, lo sabías?

—Sí.

—¿Y nunca me lo dijiste?

Él no se inmuta ante mi acusación. —No lo recordabas. Tu mente te protegió de la única forma que pudo. Yo pensé— —Se detiene, vuelve a empezar, las manos moviéndose más despacio—. Pensé que si nunca lo recordabas, nunca tendrías que cargar con eso.

—¡He estado tratando de recordar durante once años! —Ya estoy de pie, la silla cae hacia atrás con un estruendo que resuena—. ¡Desde los catorce años he estado luchando con fragmentos, con pesadillas, con una culpa que no podía nombrar ni entender! ¿Y TÚ LO SABÍAS?

Todo mi cuerpo tiembla, los músculos sacudidos por la rabia, la traición y algo que se siente como ahogarse.

Luca emite un sonido, bajo y peligroso. —¿Tú sabías que ella nos traicionó y no dijiste nada?

Dante se pone de pie lentamente, ahora frente a Luca pero aún firmando para que yo pueda verlo. —Sabía que era una chica de quince años que tuvo que tomar una decisión imposible.

—¡Ella dejó morir a Papá! —La voz de Luca se eleva, su famoso autocontrol rompiéndose como hielo bajo presión.

—Era una niña —las manos de Dante se mueven bruscamente, enojadas, cortando el aire con una precisión violenta—. Una niña enamorada a la que le pidieron elegir entre su padre y un chico que moriría si hablaba. ¿Tú qué habrías hecho?

—¡Yo habría elegido a la familia!

—¿Incluso si se tratara de Faith? —firma Dante, y Luca se detiene a mitad de paso—. Los dos sabemos que habrías elegido a Faith antes que a cualquiera. Además, Mikhail también le prometió que detendría la masacre.

—Lo cual no hizo —dice Alessandro.

Dante vuelve la mirada hacia mí, su expresión ahora más suave. —Te perdoné hace años, Sofía. Antes de que siquiera supieras que había algo que perdonar.

—¿Cómo puedes—? —Las palabras se atorán en mi garganta, el sabor salado de las lágrimas ardiendo en mis labios.

—Porque tenías quince años. Porque un chico al que amabas te rogó que confiaras en él, que le dieras tiempo para encontrar otro camino. Porque si hubieras sabido que Papá realmente moriría, si hubieras sabido que no había otra manera, tal vez habrías elegido diferente —hace una pausa, las manos quietas por un momento—. O tal vez no. Pero eras una NIÑA.

—Murieron decenas de personas —susurro, las palabras apenas audibles por la opresión en mi garganta.

—Sí. Y tú has estado muriendo poco a poco desde entonces. ¿No es suficiente castigo?

El silencio que sigue es tan pesado que parece capaz de romper huesos. Entonces, Luca explota.

Cruza la habitación en tres zancadas y, de pronto, saca un cuchillo de algún lugar de su ropa. La hoja aparece en su mano como magia mortal, muerte plateada capturando la luz de la tarde. Mi cuerpo reconoce ese cuchillo, ha visto cómo tiñe de rojo las paredes, ha visto cómo actúa con precisión quirúrgica.

—¡Culpamos a los Moretti durante años! —Su voz se quiebra, lágrimas reales en esos ojos azul pálido que nunca lloran—. Luego a los rusos. Y todo este tiempo Sofía pudo haberlo evitado. ¡Dante, tu propia esposa quiso matarte por esto!

—Y no se lo permití —firma Dante con calma—. Así como no voy a dejar que tú lo hagas.

Luca está más cerca ahora, lo suficiente para que vea su mano temblar. No es miedo. Es una rabia tan pura que hace vibrar todo su cuerpo como un diapasón golpeado.

—Papá MURIÓ. Tío Enzo. Primo Matteo. Veintitrés años y una esposa embarazada. ¡Por qué ella se estaba acostando con un Volkov!

—¡Luca…! —Nico se interpone entre nosotros en un solo movimiento fluido, su cuerpo una pared entre mí y esa hoja temblorosa. El movimiento desplaza el aire, su calor bloqueando de golpe el frío del aire acondicionado.

—Quítate de mi camino, Nico.

—No.

La palabra queda suspendida en el aire, como un desafío. Dos hermanos, ambos letales, ambos entrenados para matar, enfrentándose por mí. La tensión vuelve el aire eléctrico, como el instante antes de que caiga el rayo.

—Es una TRAIDORA.

—Es nuestra HERMANA.

—Dejó de ser nuestra hermana cuando eligió a un Volkov antes que a nuestra sangre.

Finalmente Alessandro habla, la voz agrietada. —Luca. Deja el cuchillo.

—No me digas qué hacer, Alex —los ojos de Luca no dejan los míos, por encima del hombro de Nico—. Tú no estuviste ahí. No viste el cuerpo de Papá. No viste lo que le hicieron.

Nico no se mueve, tan firme como una roca entre nosotros. —Si quieres hacerle daño, primero tienes que pasar por mí.

Luca titubea, apenas. El cuchillo baja un poco.

—Estás protegiendo a una traidora.

—Estoy protegiendo a nuestra hermana. A la chica que entrené. A la chica que lleva once años teniendo pesadillas por algo que ni siquiera podía recordar. A la chica que se ha castigado todos y cada uno de los días desde que murió Papá.

—No es SUFICIENTE.

—Entonces, ¿cuánto es suficiente, Luca? —la voz de Nico baja, mortalmente tranquila—. ¿La quieres muerta? ¿Quieres ser tú quien lo haga? ¿Quieres mirarla a los ojos y clavarle ese cuchillo en el pecho? Porque te lo digo de una vez, si le clavas ese cuchillo, más vale que me lo claves a mí también. Yo no voy a vivir en una familia que mata a los suyos.

El enfrentamiento se estira, todo pendiendo de un hilo. La mano de Luca tiembla aun más, la hoja brillando al temblar. Su cara está empapada, verdaderas lágrimas corren por sus mejillas, y me doy cuenta de que jamás he visto llorar a Luca. Ni en el funeral de Papá. Ni cuando Dante no podía hablar. Ni después de su primer asesinato… Mikhail. Nunca.

El silencio se siente físico, presionando contra mis tímpanos.

Entonces, con un sonido como de algo que se quiebra, él gira y lanza el cuchillo. La hoja cruza la habitación y se incrusta en la pared con un golpe seco, vibrando por la fuerza. Polvo de yeso cae como nieve. El silencio que sigue es ensordecedor.

Luca sale hecho una furia, azotando la puerta con tanta fuerza que un cuadro cae de la pared, el vidrio estrellándose contra el mármol.

Alessandro todavía no me mira directamente, pero cuando habla, su voz es firme. —No… no puedo entenderlo. Todavía no.— Finalmente cruza su mirada con la mía, y el dolor en sus ojos hace que el pecho se me hunda. —Pero no quiero que estés muerta.—

No es perdón. Pero tampoco es nada.

Un alboroto estalla afuera. Gritos. Guardias movilizándose. El sonido de pies corriendo sobre la grava, órdenes gritadas en inglés e italiano. Los comandos se superponen como ráfagas, creando caos.

Dante es el primero en acercarse a la ventana, con esa gracia mortal que lo hace deslizarse por el piso. Se queda completamente quieto.

—Tienes que ver esto,— señala, sin apartar la vista de lo que sea que está afuera.

Nos amontonamos junto a la ventana, incluso Alessandro se acerca atraído por la urgencia en la quietud de Dante. A través del vidrio blindado, veo nuestro portón principal, los guardias con las armas levantadas, todos apuntando hacia algo.

El corazón se me detiene.

Una figura camina por nuestra entrada. Solo. Manos levantadas por encima de la cabeza. Y no lleva nada puesto más que un bóxer. La piel pálida expuesta al sol de la tarde, cada centímetro de él vulnerable, mostrando a todos que no tiene armas, ni refuerzos, ni ningún plan salvo este gesto demente.

Alexei.

Mi cuerpo me traiciona en el acto. Los pezones se me endurecen debajo de la camisa arrugada, ese anhelo familiar entre las piernas. Incluso ahora, rodeada de armas y la furia de mi familia, mi cuerpo reacciona ante él como si ya me estuviera tocando. El recuerdo de sus manos sobre mí en la casa del lago vuelve de golpe, haciendo que mi piel arda.

Sigue avanzando a pesar de que los guardias le gritan que se detenga, que se arrodille, que se identifique. Su paso nunca cambia. Firme. Decidido. Las manos en alto, pero la cabeza erguida, esos ojos pálidos recorriendo, buscando.

Buscándome a mí.

—¿Ese es—?— Luca aparece de nuevo en el umbral, atraído por el ruido.

—Volkov,— indica Dante, y hay algo en su expresión que no logro descifrar.

—Está loco,— susurra Alessandro.

—Está enamorado,— dice Nico en voz baja.

Todos se giran a mirarlo.

—Es la única razón por la que un hombre entra así en territorio enemigo. Sin armas. Sin apoyo. Sin más ventaja que la esperanza.— Los ojos de Nico cruzan con los míos. —Está apostando todo por ti.—

Mis pies ya se están moviendo antes de que lo decida. La arma que llevo dentro me grita que esto es una trampa, que nadie es tan tonto ni tan vulnerable. Pero la mujer sabe más. Sabe lo que le cuesta caminar casi desnudo hacia el corazón del territorio Rosetti donde cada hombre tiene órdenes de disparar a los rusos en cuanto los vean. Su pecho expuesto me seca la boca. La franja vulnerable de su abdomen, la definición de los músculos que he recorrido con mi lengua, ahora ofrecidos a las balas de mi familia.

Nico me agarra del brazo en la puerta. —Sofia—

—Vino por mí,— digo, mi voz más firme de lo que ha estado en días. —Desarmado. Solo.—

—Podría ser una trampa.—

—No lo es.— Lo sé en los huesos, en el mismo lugar donde supe que Mikhail me amaba incluso cuando no podía recordar su rostro. —No lo es.—

Dante cruza hacia nosotros, señala rápido. —Déjenla ir.—

—Dante—

—Si quisiera hacernos daño, no vendría anunciándose en ropa interior. O es valiente o es idiota o está desesperado. Tal vez las tres. Pero no vino a atacarnos.— Los ojos de Dante se encuentran con los míos. —Déjenla ir.—

Me suelto del agarre de Nico y corro. A través de la casa que he conocido toda mi vida, paso retratos de familiares muertos, paso junto al comedor donde papá gobernaba, entre recuerdos que se difuminan de tan rápido que voy. Mis pies desnudos retumban contra el mármol, luego la piedra áspera cuando cruzo la puerta principal y salgo al sol de la tarde.

La luz me ciega por un momento, cálida sobre mi rostro. Cuando la visión se aclara, lo veo bien. La grava se clava en mis pies descalzos, filosa y real. Alexei está en medio de nuestro semicírculo, rodeado de al menos una docena de guardias con las armas apuntándole. Su bóxer es azul oscuro, todo lo demás completamente expuesto.

Los guardias le gritan que se tire al piso, que obedezca, que se detenga. Él los ignora a todos, la cabeza girando lentamente, buscando.

Entonces me ve.

Todo se detiene. Los gritos de los guardias se desvanecen en ruido blanco. El sol parece quedarse quieto en el cielo. Hasta el viento contiene la respiración. El corazón me late tan fuerte que lo siento hasta en la punta de los dedos.

Deja de caminar. Solo se queda ahí, las manos aún en alto, rodeado de hombres que no desean otra cosa más que tener una excusa para dispararle. Y sonríe.

No es la sonrisa fría que recuerdo de los primeros días. No es la sonrisa de depredador de cuando me tenía atrapada. Esto es algo roto, esperanzado y aterrorizado al mismo tiempo. Una sonrisa que dice que sabe perfectamente lo estúpido que es esto y aún así lo hace.

—Sofia,— dice, y mi nombre cruza el espacio entre nosotros como una oración.

Me quedo en las escaleras del hogar donde aprendí a ser un arma, donde aprendí a mentir, donde aprendí que el amor puede costarlo todo. Detrás de mí, siento a mis hermanos observando. La quietud de Dante. La preocupación protectora de Nico. La confusión de Alessandro. Incluso Luca ha aparecido, llamado por la locura de que un Volkov se haga tan vulnerable.

Alexei espera en la mira de una docena de armas, casi desnudo bajo el sol de la tarde, todo expuesto y sin defensa. La luz del sol hace brillar su piel, resalta cada lugar que he besado, cada sitio que he marcado. No hay cartas para jugar salvo la verdad que está por ofrecer.

Por mí.

El hombre que me poseyó, que me puso un collar, que me obligó a arrodillarme, ahora está despojado de todo lo que lo hacía poderoso. Solo carne y hueso y las palabras que ha traído para salvarnos a los dos.

30 - Alexei

Doce armas apuntan a mi pecho. El concreto frío muerde la planta de mis pies descalzos, la grava afilada se clava en una piel que nunca ha conocido este tipo de vulnerabilidad. El sol de la tarde en Chicago quema mis hombros y mantengo las manos en alto, palmas abiertas, mostrando a todos que no tengo nada. Solo carne, hueso y la verdad que me está devorando desde que la descubrí.

Los guardias siguen gritando. —¡De rodillas! —¡No te muevas, carajo!—. Sus voces se entrelazan, creando un caos que decido ignorar. Ninguno de ellos importa. Solo ella.

Sofia está paralizada en las escaleras, y, carajo, se ve destrozada. Ojos vacíos, cabello enredado, la misma ropa de cuando se alejó de mí en aquella calle oscura. Pero salió. Está AQUÍ, y eso es lo único que importa.

—Tengo algo que decirte —grito, manteniendo la voz firme a pesar de las armas que siguen cada uno de mis movimientos—. Algo sobre la muerte de tu padre que lo cambia todo.—

Nico aparece detrás de ella, su mano posándose en el hombro de Sofia. Protector. Analítico. Sus ojos color avellana perciben cada detalle: mi falta de armas, mi estado expuesto, la locura de caminar hacia territorio enemigo vistiendo solo boxers. Una ráfaga de viento cruza el camino de entrada y siento cómo cada centímetro de mi piel desnuda se eriza. El sudor me recorre la espalda a pesar del frío, acumulándose en la pretina de los boxers, que de pronto parecen la única barrera entre yo y la humillación absoluta.

Dante aparece en el umbral, silencioso como siempre, esos ojos oscuros que ven demasiado. Que comprenden demasiado. Luego Luca atraviesa la puerta con fuerza, sus ojos pálidos brillando con violencia.

—Dispárenle —dice Luca, con una voz tan casual como si hablara del clima—. O puedo partirlo como partí a su hermano.—

—¡ESPEREN!— La voz de Sofia se quiebra pero lleva consigo una orden. Los guardias dudan, miran entre ella y Luca, confundidos sobre quién manda.

Ella baja las escaleras hacia mí. Cada paso es deliberado, con cuidado, como si se acercara a algo que podría romperse. O estallar. La luz de la tarde se cuela por su cabello, lo vuelve dorado, y el pecho se me encoge de lo hermosa que se ve incluso destrozada.

Se detiene a tres metros de mí, y mi cuerpo responde como siempre: deseo inmediato, violento, que me hace querer caer de rodillas por razones muy distintas. Incluso ahora, rodeado de armas, noto cómo la luz de la tarde hace brillar su piel, cómo su respiración se entrecorta cuando mira mi pecho desnudo. Está lo suficientemente cerca para ver la piel de gallina en mis brazos, la vulnerabilidad de estar casi desnudo ante hombres que quieren matarme. Sus ojos recorren mi cuerpo, notando cada centímetro expuesto, y algo titila en su expresión. No es deseo. Estamos más allá de eso. Tal vez reconocimiento. De lo que significa este gesto.

—¿Por qué estás aquí?— pregunta.

—Porque necesitas escuchar la verdad. Y tu familia también.—

Sus labios se curvan apenas. —¿No pudiste ponerte un pantalón? —

A pesar de todo—las armas, los gritos, el peso de lo que estoy a punto de revelar—casi esbozo una sonrisa. —Necesitaba que supieras que no vine a pelear.—

Alessandro da un paso al frente desde detrás de Dante, y noto la forma cuidadosa en que se mueve, la postura protectora. Su esposa Emma debe seguir recuperándose del tiroteo. Por supuesto ella no estaría aquí para este enfrentamiento. No después de haber estado al borde de la muerte por culpa de la violencia entre nuestras familias.

—Esto es una locura —dice Alessandro, pero hay algo en su voz. No es exactamente apoyo, pero tampoco es condena.

Un auto derrapa en la entrada, las llantas lanzando grava por los aires. Un sedán negro, demasiado rápido, frena de golpe. La puerta se abre antes de que el coche se detenga por completo.

Marco.

Sale tempestuoso, mira la escena: yo, rodeado por sus hombres, Sofia demasiado cerca, sus hermanos acomodados como si observaran una obra de teatro. Su rostro se pone blanco, después

rojo, y luego algo más oscuro. Seguro le avisaron de lo que estaba pasando y vino volando.

—¿Qué carajo hace aquí ese imbécil?—

Empuja a los guardias a un lado y se para frente a mí, tan cerca que huelo su loción, tan cerca que veo el odio en sus ojos oscuros. Lo suficientemente cerca como para agarrar el arma de un guardia y acabar con esto antes de que pueda pronunciar una palabra.

—Tienes diez segundos para explicarme por qué no debería dar la orden de convertirte en queso gruyere.—

—Porque tengo información sobre la muerte de tu padre. La verdad. No la versión que todos hemos creído durante once años.—

Aprieta la mandíbula, el músculo saltando. —Mi hermana ya me dijo la verdad.—

—Ella te dijo lo que creía que era cierto.— Mantengo la voz firme, luchando contra el impulso de alejarme de su furia.— Estaba equivocada. Todos lo estábamos.—

—Tú la secuestraste. La torturaste. Dios sabe qué más.—

—Sí.—

La confesión queda suspendida entre nosotros. Sin excusas. Sin justificaciones. Solo verdad.

—¿Y ahora apareces medio desnudo esperando qué? ¿Perdón?—

—No vine por perdón. Estoy aquí porque Sofia ha estado cargando una culpa que nunca le perteneció. Y puedo probarlo.—

—Te escucho. Eso es más de lo que mereces.—

Marco mira a Sofia, algo cambia en su expresión al ver cómo nos observa. No intenta detenerlo. No me defiende. Solo espera. Entonces, vuelve a centrar su atención en mí.

—Tienes cinco minutos. Adentro. Un movimiento en falso y estás muerto.—

—Por supuesto.—

Se vuelve hacia sus hombres. —Si intenta algo, dispárenle primero a las rodillas. Quiero que viva lo suficiente para gritar.—

Guardias me flanquean mientras avanzamos hacia el interior. Sus armas no vacilan nunca, y siento las miras en mi espalda con cada paso. El piso de mármol está frío bajo mis pies, un choque después del concreto ardiente. Todo en el complejo de los Rosetti grita riqueza antigua y poder, tan diferente de mi fortaleza funcional.

Pero no me importa nada de eso. Solo me importa la mujer que camina junto a sus hermanos, sin mirarme pero tampoco alejándose.

Cinco minutos para cambiar once años de una creencia equivocada.

Cinco minutos para liberarla.

La sala familiar se siente como una sala de juicios. Yo en el centro, rodeado de hombres que celebrarían mi muerte. Alguien me lanza una manta. Nico, sorprendentemente. Me la envuelvo en la cintura. No es mucha dignidad, pero es algo. Los papeles están húmedos por el sudor pero siguen doblados junto a mi cadera, donde los había guardado con cuidado, sabiendo que tendría solo una oportunidad con esto.

Sofia se acurruca en la esquina, observando todo con esos ojos vacíos. Marco toma su asiento en la cabecera de la mesa, finalmente ocupando la silla vacía que decía tanto sobre su fractura. El Don presidiendo la corte sobre lo que podría ser mi ejecución.

—Habla.—

Saco los papeles doblados de mi cintura. Están húmedos de sudor, pero son legibles. Mis manos se mantienen firmes mientras los despliego, aunque mi corazón late tan fuerte que podría romperme las costillas.

—Mi padre sabía sobre Mikhail y Sofia. Desde el principio.—

Le paso los primeros documentos a Marco. Informes de vigilancia, cada uno fechado, sellado con el emblema de mi padre.

Los hermanos se agrupan alrededor de la silla de Marco, leyendo por encima de su hombro. Veo que la expresión de Dante cambia primero, la comprensión amaneciendo. Luego Alessandro. La quijada de Nico se tensa. Luca solo parece confundido, luego enojado.

—¿Por qué?— La voz de Marco suena mortalmente tranquila.

Le entrego el memo. El que me hizo destruir el despacho de mi padre.

Marco lo lee en voz alta, su voz volviéndose más áspera con cada palabra: —M ha sido comprometido. El apego emocional hacia la chica Rosetti representa una vulnerabilidad operacional. Opciones: (1) Eliminar a la chica. (2) Redirigir la lealtad de M mediante métodos tradicionales. (3) Permitir que la situación se resuelva de manera natural. Recomendación: Opción 3. M probablemente asistirá a la reunión para advertir a los Rosetti. Daños colaterales aceptables para un éxito operacional mayor.—

Las manos de Marco se aferran al papel hasta que lo arruga en los bordes. —Daños colaterales aceptables.— Las palabras salen como si

se estuviera ahogando con vidrios rotos. Detrás de él, Luca se ha quedado completamente inmóvil. Nunca es buena señal.

La sala se queda en silencio. Incluso Luca deja de moverse.

Saco los registros de seguridad. Señalo la entrada resaltada. —Ordenó al equipo del perímetro que se retirara. Se aseguró de que nadie impidiera que Mikhail entrara directo a esa masacre.—

Saco el último documento. La carta de Viktor para mí, la que rompió algo fundamental en mi entendimiento del mundo.

La leo yo mismo, cada palabra sabe a veneno: —La muerte de Mikhail te hizo pakhan. Te endureció hasta convertirte en el arma que nuestra familia necesitaba. Todo gran líder se forja en la pérdida. Considera su sacrificio como mi último regalo para ti. De nada. V—

Sofia emite un sonido. Pequeño, herido, como si algo se rompiera dentro de su pecho.

—¿Tu padre escribió "de nada" acerca de la muerte de su propio hijo?— firma Dante, con Nico traduciendo, incrédulo.

El silencio se estira hasta que Luca lo rompe, la voz afilada por la rabia restante. —Esto no cambia lo que ella hizo. Igual se quedó callada. Nuestro padre igual murió.—

—Tu padre murió porque Viktor Volkov quiso que muriera,— le respondo. —Si Sofia los hubiera advertido, Viktor simplemente habría cambiado el plan. Habría encontrado otra forma. La masacre iba a ocurrir de todas formas.—

—Eso no lo sabes.—

—Conozco a mi padre. Tenía contingencias para las contingencias. El silencio de Sofia no mató a nadie. Viktor lo hizo.—

Alessandro habla en voz baja, casi para sí mismo. —Ay, Sofia.—

—Alex,— empieza Luca, pero Alex lo interrumpe con un gesto de la mano.

Nico se acerca a Sofia, toma su mano. Ella llora en silencio, las lágrimas cayendo por su rostro.

—Lo escuchaste,— dice Nico suavemente. —No fue tu culpa.—

—Igual cumplí la promesa. Igual…—

—Eras una niña. Él era un monstruo. Esa es la verdad.—

Marco se pone de pie, camina hacia mí con esa violencia contenida que lo hace tan peligroso. Ahora estamos cara a cara, Don frente a pakhan, dos hombres que heredaron coronas ensangrentadas que ninguno quiso.

—No te perdono,— dice con claridad. —Por lo que le hiciste a mi hermana. Por lo que tu familia le costó a la mía.—

—No estoy pidiendo perdón.—

—Entonces, ¿qué sí estás pidiendo?—

Miro más allá de él, hacia Sofia, que sigue sosteniendo la mano de Nico, pero nos observa. Mía. Incluso parada ahí, rodeada del odio de sus hermanos, incluso después de haberla destruido y reconstruido, incluso después de que huyó, sigue siendo mía. La verdad solo confirma lo que mi cuerpo ha sabido desde siempre.

—Te estoy pidiendo que dejes de culpar a Sofia por algo que nunca fue su culpa. Y te la estoy pidiendo a ella. Que la dejes elegir. Sin culpa.—

Marco se vuelve para mirar a su hermana. Ahora sí la observa de verdad, como si fuera la primera vez desde que ella confesó. Algo cambia en su expresión. No es ternura exactamente, pero tal vez reconocimiento. Del peso que ella ha cargado. De la verdad que acabo de revelar.

—¿Esto es lo que quieres?— le pregunta directamente. —¿A él?—

Ella no duda. —Sí.—

—¿Incluso después de todo?

—Por todo.

Las palabras me golpean fuerte. Después de lo que le hice, el sótano, la humillación, los juegos, ella todavía me elige. No porque deba hacerlo. No porque no tenga a dónde más ir. Sino por todo lo que hemos vivido.

Marco exhala, como si algo en sus hombros se liberara. —Sigues siendo mi hermana. Eso no cambia.

—Marco…

—Necesito tiempo. Todos lo necesitamos. Pero sigues siendo familia.

No es perdón para mí. No es aceptación de lo que hice. Pero es aceptación de su decisión, y eso es más de lo que me atreví a esperar.

Sofia no se mueve de inmediato. Permanece en el centro de la habitación, con las lágrimas aún frescas en el rostro, mirando a cada uno de sus hermanos. La observo catalogarlos—a esta mujer entrenada para notarlo todo, que ahora memoriza a las personas que está a punto de dejar.

Nico aún sostiene su mano. La aprieta una vez, luego la acerca a sus labios y besa sus nudillos. Un gesto tan tierno que hasta parece

una invasión presenciarlo. Le dice algo en voz baja, solo para ella, y sea lo que sea, le corta la respiración. Luego la suelta, da un paso atrás, y la pérdida de contacto es visible en la forma en que sus dedos se cierran en el aire vacío.

Dante es el siguiente. No se acerca a ella—simplemente levanta las manos y le dice algo con señas. No sé las palabras, pero veo el rostro de Sofia desmoronarse y recomponerse en un suspiro. Ella responde con señas, una frase corta, y Dante asiente una vez. Tiene la mandíbula apretada, pero los ojos suaves. Lleva dos dedos al pecho y los extiende hacia ella. Hasta yo puedo leer ese mensaje: amor.

Alessandro no la mira. Se queda mirando el piso, brazos cruzados, emanando la desdicha particular de alguien que quiere estar enojado pero no puede lograrlo. Aun así, Sofia cruza hacia él y se detiene a un paso de distancia.

—Alex.

Él niega con la cabeza. Sigue sin mirarla.

—Alex, por favor.

Cuando por fin levanta la vista, tiene los ojos enrojecidos. —De verdad te vas. —No es una pregunta.— De verdad lo eliges a él.

—Me estoy eligiendo a mí. —Su voz es firme aunque le tiemblan las manos.— Por primera vez en once años, elijo lo que quiero en vez de lo que creo que merezco.

El rostro de Alessandro se tensa. Luego la estrecha en un abrazo fuerte y breve, su mano acunando la nuca de ella como si todavía fuera la hermanita que solía llevar en los hombros. Le oigo decir —Cuídate— entre su cabello antes de soltarla y darse la vuelta, levantando una mano para cubrirse el rostro.

Luca no se mueve de su posición contra la pared. Tiene los brazos cruzados, el rostro esculpido en granito. De todos los hermanos, él es el que más parece querer clavarme un cuchillo—y con lo que sé de él, eso no está tan lejos de la realidad.

De todos modos, Sofia se le acerca, deteniéndose justo fuera de su alcance. Inteligente. —Luca.

—No.

—Sé que estás enojado—

—No estoy enojado. —Su voz es plana, controlada, de una forma mucho más inquietante que si estuviera gritando.— Enojarme era lo que sentí cuando desapareciste. Enojarme fue lo que sentí cuando

supimos que te habían tomado. ¿Esto? —Señala entre ella y yo.— Esto es otra cosa.

—¿Qué es?

Permanece en silencio un largo momento. Luego: —Duelo. Eres mi hermana, y te vas por esa puerta con el hombre que te lastimó, y no puedo detenerte. Así que sí. Duelo.

Sofia extiende la mano, despacio, con cuidado, y le toca el brazo. Él se estremece pero no se aparta. —Te quiero, Luca. Eso no deja de ser cierto solo porque me voy.

—Sí. —Aún no la mira.— Para mí tampoco deja de serlo. Ese es el problema.

Ella se pone de puntas y le besa la mejilla. Él permanece rígido, aceptándolo sin responder, pero veo su garganta moverse. Un trago difícil. La única grieta en esa fachada de granito.

Entonces se gira.

La habitación contiene el aliento—o quizá solo soy yo, observándola cruzar hacia mí en el estudio de los Rosetti, dejando a sus hermanos atrás con cada paso. Marco inmóvil como una estatua. Nico con la mano sobre el hombro de Dante. Alessandro aún de espaldas. Luca sin despegarse de la pared.

Y Sofia atraviesa todo eso, caminando hacia mí, sus ojos fijos en los míos.

Sofia cruza la habitación, toma mi mano. Sus dedos están fríos, tiemblan un poco, pero cuando nuestras manos se tocan, algo en mi pecho se libera por primera vez desde que ella huyó.

Salgo del complejo Rosetti exactamente como entré: casi desnudo, vulnerable. Pero todo lo demás ha cambiado.

La mano de Sofia en la mía lo hace todo diferente. Sus dedos se entrelazan completamente con los míos, y el contacto me atraviesa como siempre: eléctrico, necesario. Incluso después de todo, mi cuerpo reconoce el suyo como hogar. Aprieto sus dedos con fuerza, pero ella no se aparta. Nunca se aparta, ni siquiera cuando debería hacerlo.

Los guardias siguen con las armas en la mano, aún siguiendo nuestro avance hacia la reja. Cualquiera de ellos podría decidir que esta ofensa es imperdonable, podría dispararme por la espalda antes de que crucemos el límite de la propiedad. Pero todos miran a Marco, de pie en los escalones, observándonos marchar.

Detrás de nosotros, Marco mira desde los escalones. No está perdonando. Lo veo en la tensión de sus hombros. Pero tampoco nos detiene. No es absolución, pero es permiso, y ahora, con la mano de Sofia en la mía y la verdad por fin ardiendo a la luz, es suficiente. Tiene que ser suficiente.

31 - Sofia

El conserje del Langham mantiene su sonrisa profesional a pesar del hombre medio desnudo a mi lado. La tarjeta negra de Alexei dice más que cualquier pecho desnudo podría decir jamás.

—La suite presidencial —dice Alexei, con la voz firme a pesar de estar en el lobby del hotel usando solo boxers y una mueca—. Ahora mismo.

Los dedos del conserje vuelan sobre el teclado, sin una sola pregunta sobre la sangre que aún se ve en las manos de Alexei, o mis ojos vacíos, o el desastre general que representamos los dos. El dinero habla. Las tarjetas negras gritan.

—Por supuesto, señor Volkov. Síganme, por favor.—

El trayecto en el ascensor parece eterno. La mano de Alexei encuentra la mía, cálida y firme, la única cosa sólida en un mundo que se tambalea fuera de su eje. Ahora solo me mantiene la pura adrenalina, la caída viene rápido. Mi reflejo en los espejos dorados del ascensor muestra a un fantasma: cabello enredado, vestido arrugado del galpón, ojos que han visto demasiada verdad demasiado rápido. Nunca antes había estado en público viéndome así. Lo detesto.

Pero también lo veo observarme en ese espejo, y por supuesto, mi cuerpo reacciona.

La puerta de la suite se cierra detrás de nosotros con un clic suave que suena a punto final.

Ventanas de piso a techo enmarcan la silueta de Chicago, el sol de la tarde bañando todo en oro. El espacio es obscenamente lujoso, mármol y seda y una cama que parece hecha de nubes. Me quedo en medio de todo eso, sin saber qué hacer con mis manos, con mi cuerpo, con esta libertad que él me ha dado.

Alexei se apoya contra la puerta, mirándome con esos ojos pálidos que lo ven todo. Puedo ver la línea de vello oscuro perdiéndose bajo sus boxers. Se me seca la boca.

Ninguno de los dos dice nada. El peso de todo descansa entre nosotros: la maldad calculada de Viktor, la inocencia de Mikhail, la muerte de mi padre que siempre iba a suceder sin importar mi silencio. Once años creyendo algo equivocado, destrozados en minutos por los documentos que él encontró en el estudio de su padre.

—Necesitas ropa —digo por fin, porque la observación mundana es más fácil que enfrentar todo lo demás.

Sus labios se curvan apenas.— Necesito muchas cosas. La ropa está al final de la lista.—

—¿Y qué está al principio?—

Él se separa de la puerta, cruza hasta mí, se detiene a un pie de distancia. Sin tocarme. Espera. Siempre espera a que yo elija ahora. Pero puedo sentir el calor que irradia su pecho desnudo, oler su piel, ámbar y masculina.

—Tú. A salvo. Aquí. Esa es toda la lista.—

La risa que se escapa de mí sale rota, medio sollozo. Mis piernas ceden, demasiado tiempo corriendo solo con adrenalina y culpa, y ahora que él me liberó, ni siquiera puedo mantenerme en pie.

Él me atrapa antes de que toque el mármol, levantándome como si no pesara nada, y de pronto está pegado a mí, toda esa piel desnuda haciendo que mi cuerpo cante.

—Te tengo —murmura contra mi cabello mientras me lleva al sofá —. Te tengo, kotyonok.—

Me sostiene mientras tiemblo. No lloro, solo tiemblo, mi cuerpo finalmente soltando la tensión que cargó durante años. Sus manos acarician mi espalda, mi cabello, pacientes y dulces de una manera que habría sido imposible semanas atrás. Pero siento cómo se endurece contra mi cadera, la respuesta inevitable de su cuerpo a nuestra cercanía, y eso hace que me acerque más en vez de apartarme.

—¿Qué necesitas? —pregunta cuando los temblores por fin disminuyen, su voz áspera.

—No lo sé.— Mi voz suena extraña, hueca.— Ya no sé nada.—

—Entonces lo averiguamos. Juntos.—

—Juntos —estoy de acuerdo.—

—Cuando te cazaba todos esos años, me decía a mí mismo que estaba honrando a Mikhail. Vengando a mi familia. Pero la verdad es que…— Se detiene, la mandíbula trabajando como si las palabras le

costaran.— La verdad es que estaba huyendo de mi padre. De convertirme en él. Y de todas formas me convertí en él.—

—Te detuviste.—

—Solo por ti.— Al fin me mira, y la crudeza en sus ojos me aprieta el pecho y me humedece entre las piernas.— Porque me miraste como si pudiera ser más que un monstruo.—

—Eres más.—

—¿De verdad?— Su risa es amarga.— Te encerré en un sótano. Te hice sangrar. Te hice…—

—También lloraste en mis brazos por tu mamá. Me enseñaste sobre el perdón. Quemaste el legado de tu padre para liberarme de una culpa que no era mía.— Me acurruco más en él, y sus ojos se oscurecen.

—Literalmente. Y él no merece un legado. Merece ser olvidado.—

—Tu familia…—

—Ahora tú eres mi familia.— Las palabras flotan entre nosotros, pesadas de significado.— Si me quieres.—

Se me corta la respiración. La oferta está ahí, la vulnerabilidad en un hombre que antes tomaba todo por la fuerza. Mis pezones están tan duros que duelen, y sé que puede verlos a través del fino vestido de algodón.

Me muevo primero. Mi mano sube a su rostro, siguiendo el rastro del agotamiento, el moretón en su mandíbula del enfrentamiento en el galpón aún color púrpura oscuro.

—Mataste por mí.—

—Lo haría de nuevo.—

—Renunciaste a todo.—

—Renunciaría a más.—

—¿Por qué?—

Él atrapa mi mano, presiona sus labios contra mi palma. El gesto es tan tierno que siento que algo se quiebra en mi pecho y la humedad se derrama entre mis muslos.

—Porque te amo.—

Las palabras detienen todo. Mi respiración, mi corazón, el tiempo mismo. Nunca lo ha dicho. Yo tampoco. Lo hemos rodeado, insinuado, mostrado en miles de maneras violentas y tiernas. Pero las palabras reales…

—Dilo otra vez.

—Te amo, Sofia. Sujeta mi mano con más fuerza, como si se aferrara a este momento. —Te amo con cada parte de mi alma rota.

Entonces lo beso. Suave, temblorosa, nada parecido a nuestra posesiva desesperación de antes. Contra sus labios susurro: —Yo también te amo.

Él deja escapar un sonido como si le hubiera dado un puñetazo, sus dedos se enredan en mi cabello desordenado, tirando lo justo para arrancarme un jadeo.

—Intenté no hacerlo —continúo entre besos—. Traté con todas mis fuerzas de no hacerlo.

—Lo sé.

—Me secuestraste. Me torturaste. Me hiciste sangrar.

—Lo sé.

—Y aun así estoy aquí —digo—. Siempre voy a volver contigo.

Desata mi vestido cruzado como si estuviera desenvolviendo algo sagrado. Sus dedos tiemblan ligeramente al trabajar el nudo, y ese pequeño signo de nerviosismo en este hombre peligroso hace que me moje aún más. La tela se abre, cae, se amontona a mi alrededor sobre el sofá de cuero.

Estoy completamente desnuda debajo, y el suspiro agudo que escapa de él hace que mi piel se sonroje. Sus ojos recorren mi cuerpo lentamente, con reverencia, pero también con ese hambre conocida que me obliga a juntar los muslos.

—Carajo —exhala—. Eres jodidamente hermosa.

Presiono mi mano contra su pecho desnudo, necesitando sentirlo, todo él. Mis dedos trazan las cicatrices que ya me sé de memoria: la que tiene en las costillas de Chechenia, la línea delgada en el hombro que le dejó su padre. Luego bajo el elástico de sus boxers, deslizándolo hacia abajo. Su verga salta libre, ya dura y húmeda en la punta, y se me hace agua la boca al verla.

—Ahora sé de dónde viene cada una de estas —digo, tocando una cicatriz en su cadera.

—Algunas me las diste tú.

Mis dedos encuentran los rasguños que dejé en su espalda hace apenas unos días, todavía sanando. —Bien.

Él se ríe, sorprendido. —¿Bien?

—Te los merecías.

—Merecía cosas peores.

—Probablemente. Me inclino hacia adelante, beso la cicatriz sobre su corazón, luego más abajo, dejando un rastro de besos por su pecho. —Pero ya terminé de castigarte.

Él gime cuando envuelvo su verga con mi mano, acariciándolo despacio. —Sofia…

—Déjame —susurro, y lo tomo en mi boca.

Sabe a sal y a deseo, y el sonido que hace cuando lo tomo profundo hace que mi sexo palpite. Lo trabajo con mi lengua, con mi mano, hasta que sus dedos se clavan en mi cabello y comienza a maldecir en ruso.

—Detente —jadea, tirando de mí—. Quiero estar dentro de ti cuando me venga.

Me levanta en brazos, llevándome a la cama que domina la suite. Las sábanas de satén están frías contra mi piel ardiente mientras me recuesta con infinito cuidado. Se inclina sobre mí, apoyando su peso en los codos, solo mirándome.

—Te he quitado tanto —dice, la voz áspera por la emoción—. Esta noche quiero darte.

—Entonces hazlo.

Empieza por mi frente, sus labios apenas rozando mi piel. Besa cada párpado, haciendo que se cierren. Mis mejillas, las lágrimas que empiezan a correr sin mi permiso.

—¿Por qué lloras?

—Porque jamás creí que tendría esto —mi voz se quiebra—. Alguien que lo sepa todo y aun así se quede.

—No voy a irme. Nunca. Otro beso, esta vez en mi nariz, casi me saca una sonrisa. —Te vas a tener que aguantar conmigo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Su boca baja, buscando ese lugar donde mi pulso late con fuerza en mi garganta. No muerde, no reclama como antes, solo siente los latidos de mi corazón en sus labios. Sus manos recorren mi cuerpo con devoción, como si quisiera memorizarme solo con el tacto.

Cuando su boca encuentra mi pecho, arqueo el cuerpo sobre la cama. Se lleva mi pezón a la boca, lo rodea con la lengua, lo roza con los dientes lo justo para sacarme un jadeo. Su mano encuentra mi otro pecho, su pulgar y dedo girando mi pezón hasta que me retuerzo debajo de él.

—Por favor —gimoteo—. Alexei, por favor…

—Shh —murmura contra mi piel, besando mi vientre—. Déjame adorarte.

Abre mis muslos, y ya estoy tan mojada que lo siento escurriendo hasta las sábanas de satén. Gime al verlo.

—Perfecta —exhala—. Tan jodidamente perfecta.

El primer roce de su lengua me hace gritar. Me devora como un hombre hambriento. Su lengua dibuja círculos perezosos sobre mi carne más sensible mientras empuja dos dedos bien adentro, encontrando esa cresta oculta que dispara descargas eléctricas por mi columna y hace que los bordes de mi visión se borren.

—Me encanta lo mojada que te pones para mí —dice contra mi sexo, la vibración hace que me apriete aún más alrededor de sus dedos—. Me encanta tu sabor, cómo suenas cuando estás a punto de venirte.

Agrega otro dedo, estirándome, follándome con ellos mientras su lengua trabaja sobre mi clítoris. La presión crece rápido, demasiado rápido.

—Voy a…

—Ven para mí —ordena, y me quiebro.

El orgasmo me atraviesa, arqueando la espalda, su nombre en mis labios. Él me sigue trabajando, haciéndolo durar hasta que tiemblo y la sensibilidad me abruma.

Vuelve a arrastrarse sobre mi cuerpo, besándome con profundidad, para que pueda probarme en su lengua. Su verga presiona mi entrada y ambos gemimos al contacto.

Cuando me penetra, los dos nos detenemos. Solo respiramos. Nuestras frentes se tocan, compartiendo el aire, este momento que se siente más grande que nosotros. Es tan grueso, me estira a la perfección, me llena por completo.

—Mírame.

Abro los ojos y encuentro los suyos fijos en mí, ese gris pálido intenso, que antes era furia y ahora es algo completamente distinto.

—Te veo —susurra él, comenzando a moverse con una lentitud dolorosa. Cada embestida es profunda, deliberada, tocando todos los puntos sensibles dentro de mí—. Te veo toda. El arma. La hermana. La chica que hizo una promesa imposible. La mujer que sobrevivió a todo.

—¿Qué más ves?

—A mí mismo. En ti.

Se mueve tan despacio al principio, tan profundo, nada que ver con la posesión desesperada de antes. Esto es distinto. Esto es adoración. Esto es dos personas rotas eligiendo ser completas juntas. Pero entonces mis uñas se clavan en su espalda, y enrosco mis piernas alrededor de su cintura.

—Más fuerte —suplico—. Por favor, necesito…

Me da lo que necesito, embistiendo más profundo, más rápido, pero aún con esa reverencia, ese cuidado. Su verga golpea mi cérvix con cada estocada, ese borde perfecto de dolor que lo hace todo más intenso, mejor.

—Mierda, se siente tan bien —gruñe él—. Tan apretada, tan mojada. Hecha para mí.

—Sí —jadeo—. Tuya. Sólo tuya.

Su mano encuentra mi clítoris, dibujando círculos al ritmo de sus embestidas, y siento otro orgasmo construyéndose. Este es más profundo, comienza en mis dedos de los pies y se expande como fuego.

—Te tengo —susurra contra mi boca.

—No me sueltes.

—Nunca. —Me besa entre palabras—. Lo prometo.

—Lo prometo.

Construimos juntos, sin prisas a pesar de la desesperación. Su nombre se escapa en mi garganta, pero no el formal y frío que usé para mantener distancia. El íntimo, el que lo hace familia.

—Alyosha…

Él gime contra mi cuello, sus embestidas volviéndose erráticas—. Dilo otra vez.

—Alyosha. Por favor… ya casi…

—Juntos —jadea—. Ven conmigo.

Su pulgar gira con la presión perfecta, su cuerpo tensándose contra el mío, y nos rendimos juntos. Me aprieto a su alrededor mientras él palpita dentro de mí, nuestros cuerpos enlazados en un ritmo perfecto de liberación. Nos aferramos uno al otro a través de las olas de placer, negándonos a permitir que siquiera un suspiro nos separe.

No nos movemos durante mucho tiempo. No podemos. Estamos enredados en la enorme cama de hotel, las sábanas de satén retorcidas a nuestro alrededor, su semen escurriendo de mí sobre la tela costosa. Su mano traza patrones en mi espalda, círculos y líneas

que quizás sean palabras en ruso, o quizás no signifiquen nada en absoluto.

Mi cabeza reposa en su pecho, el latido de su corazón constante bajo mi oído. Real. Vivo. Aquí. Su verga aún semi-erecta dentro de mí, y cada pequeño movimiento nos hace temblar a los dos.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—Ahora descansamos.

—Me refiero a mañana. A la próxima semana. Al resto de nuestras vidas—.

Su verga palpita dentro de mí al escuchar "el resto de nuestras vidas", y lo aprieto alrededor de él sin querer.

—Lo resolveremos juntos. —Sus dedos encuentran mi cabello, acariciando los mechones húmedos—. Lo que quieras. Donde quieras estar.

—Quiero estar contigo.

—Entonces ahí es donde estarás.

Nos gira un poco, aún dentro de mí, para poder besarme de verdad. Comienza suave, pero pronto el beso se torna ardiente de nuevo, su verga endureciéndose completamente en mi interior.

—¿Otra vez? —jadeo contra su boca.

—Siempre —dice él, comenzando a moverse—. Nunca me cansaré de ti.

Esta vez es más lenta, más perezosa, pero igual de intensa. Nos mecemos juntos, promesas susurradas entre besos, hasta que ambos volvemos a venirnos, más suave pero igual de desbordante.

Después, cuando por fin nos separamos, él nos limpia a ambos con una toalla tibia del baño, tierno y minucioso. Luego volvemos a la cama, enredados uno en el otro como si no pudiéramos soportar ni un centímetro de distancia.

La ciudad brilla afuera de las ventanas. Chicago de noche, hermosa y peligrosa.

Como nosotros.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por entrar a la mansión de mi familia en ropa interior.

La risa que retumba en su pecho es real, sin reservas—. ¿Por ti? Lo haría otra vez.

—¿Sólo en ropa interior?

—Completamente desnudo si es necesario. —Su mano desliza hacia abajo y toma mi trasero, apretándome más contra él—. Aunque la encogida sería lamentable.

Me río, de verdad, por primera vez en días—. Te amo.

—Yo también te amo.

Las palabras se asientan entre nosotros, alrededor y a través de nosotros. Tres palabras que nunca pensé que diría. Nunca pensé que escucharía. Nunca pensé que creería.

Pero aquí, en esta habitación obscenamente cara de hotel, envueltos en satén y en el uno al otro, aún pegajosos de sudor y semen, son las cosas más verdaderas que hemos dicho jamás.

Cierro los ojos, dejando que su calor y su corazón me arrullen hacia el sueño. No hay palabras en ruso atorándome en la garganta. No hay niño en un jardín rogándome una promesa. No hay última sonrisa de mi padre rondándome.

Sólo calidez. Seguridad. Él.

Afuera, el mundo espera. Mis hermanos, seguramente planeando contingencias. Su organización, probablemente fracturándose sin un liderazgo claro. El complicado enredo de nuestras familias entrelazadas.

Pero esta noche, nada de eso importa.

Esta noche, sólo existe esta habitación. Esta cama. Este hombre que quemó el legado de su padre para salvarme de ahogarme en culpa.

Y tres palabras que lo cambian todo: Te amo.

Por primera vez en once años, Sofia Rosetti duerme sin fantasmas.

32 - Sofia

El salón principal del complejo Volkov se llena de hombres que han matado por su familia. Cada capitán, cada teniente, cada hombre de peso está presente como testigo de lo que está a punto de suceder. Llegamos aquí esta mañana desde el Langham, Alexei insistiendo en que debíamos regresar para enfrentar este ajuste de cuentas en su propio territorio. Estoy de pie a su derecha, sobre la plataforma elevada, la Arma vestida con un traje de diseñador y una daga atada al muslo, mientras los susurros recorren la multitud reunida como veneno diluyéndose en el agua.

—La chica Rosetti. —La asesina de Mikhail. —Su puta.

Los susurros duelen, pero mantengo la barbilla en alto, observando quién sostiene mi mirada y quién aparta los ojos. La Arma siempre calculando, incluso mientras la mujer soporta su juicio. Años de forjar mi templanza me han traído hasta aquí, y no voy a quebrarme ahora. Este es el momento para el que nací.

Kaz está arrodillado, atado en el centro del salón, magullado y cubierto de sangre, pero aún desafiante. El mismo hombre que me amarró a una silla con cinchos en aquel almacén, ahora enfrenta su propio juicio. No dejo de notar la ironía. Detrás de él, ocho traidores sobrevivientes están alineados contra la pared, con las manos atadas, hombres que eligieron el bando equivocado y ahora esperan su destino. Siento el peso de la historia en estos muros. Ya han visto sangre antes, pero jamás un Volkov juzgando a otros Volkovs mientras una Rosetti está a su lado.

La mano de Alexei roza la mía mientras él da un paso al frente. Un contacto breve que envía calor por mi cuerpo incluso aquí, incluso ahora, rodeada del juicio de sus hombres.

—Todos saben por qué estamos aquí —su voz atraviesa los murmullos, fría y autoritaria—. Kazimir Volkov dirigió una facción contra mí, secuestró a una mujer bajo mi protección, intentó ejecutarla sin mi autorización.

—Ella merecía— —empieza Kaz desde su posición arrodillada.

—SILENCIO.

La palabra resuena como un látigo en el aire, y aun estando atado y de rodillas, su primo guarda silencio, aplastado por el peso de esa sola palabra.

Alexei levanta los documentos. Los archivos de Viktor, la prueba que lo cambió todo. Los papeles crujen en su mano mientras se dirige a la sala. —Durante once años, creímos que Sofia Rosetti llevó a mi hermano a la muerte. —Asentimientos, murmullos de rabia vieja agitada—. Nos equivocamos.

El silencio que sigue es absoluto.

No explica. No resume. Simplemente pasa los documentos a su capitán más cercano.

—¡MENTIRAS! —grita Kaz desde sus rodillas, el rostro deformado por la furia—. Está mintiendo para proteger a su puta—

Alexei se mueve como un rayo. Su puño conecta con la mandíbula de Kaz en un golpe seco que me hace estremecer el pecho, pese a todo lo que he presenciado. La sangre salpica el piso mientras la cabeza de su primo se va hacia atrás; el olor metálico es inmediato y familiar. Kaz escupe sangre, riendo con los dientes manchados de rojo. —Ella te volvió un idiota. Igual que Mikhail.

—Mikhail no era un idiota. Fue el mejor de nosotros. Y nuestro padre lo asesinó.

Los capitanes estudian los documentos, pasándolos de mano en mano, y observo cómo cambian sus rostros. El horror les ilumina la mirada, la lealtad se sacude. Uno de los capitanes—mayor, con canas en las sienes—se persigna. Otro suelta una maldición en ruso. Nico estaría analizando cada reacción, cada cambio de lealtad. Pensar en mi hermano me hace doler el pecho, incluso mientras permanezco aquí eligiendo a alguien más.

Alexei baja de la plataforma y camina frente a la fila de traidores atados. —Eligieron a Kazimir por encima de su pakhan. Eso es traición. Y la traición se paga con la muerte.

Su pistola aparece en su mano. Sin ceremonias, sin discursos. Solo eficiencia. El primer disparo resuena contra las paredes de piedra, haciendo que mis oídos zumban. El estallido es seguido por el sonido húmedo de un cuerpo chocando contra el suelo antiguo. Y luego otro. Y otro más. El olor de la pólvora me arde en las narices, mezclándose con ese aroma metálico de sangre que ya se vuelve

demasiado familiar. El tercer hombre gime antes del disparo, un sonido que me perseguirá en sueños.

Cada disparo me hace estremecer el pecho, aunque me obligo a mirar. Esto es distinto a mis propias muertes. Público, ritual. He quitado la vida muchas veces, siempre con cálculo y propósito, pero siempre en las sombras. Esta demostración abierta de justicia es algo distinto. Uno a uno, seis hombres caen, sus cuerpos marcando el ritmo del juicio. No aparto la mirada mientras los ejecuta, la sangre formando patrones que veré cada vez que cierre los ojos esta noche.

Así es él. Este es el hombre que elegí. El que quema legados, pero que todavía lleva la muerte en sus manos cuando hace falta.

Cuando por fin baja el arma, solo dos hombres permanecen en pie, y desde aquí alcanzo a oler el sudor frío del miedo. —Ustedes dos siguieron órdenes, creyendo que venían de mí —dice Alexei, examinándolos—. Kaz se las dio, ustedes obedecieron. Eso no es traición, es lealtad mal dirigida. —Los hombres perdonados tiemblan de alivio mientras él continúa—. Tienen una oportunidad. Júrenme lealtad solo a mí o únanse a los demás.

Juran con gratitud desesperada, estos dos que ahora serán sus soldados más leales, atados por la deuda de haberles perdonado la vida. Veo la estrategia incluso a través de la sangre. Piedad como cálculo. Dante apreciaría la precisión psicológica de esto.

Mientras estoy aquí, presenciando ejecuciones y sintiendo no horror, sino orgullo, seguridad, amor, pienso en mis hermanos. La furia de Marco cuando confesé. La rabia protectora de Nico. La comprensión silenciosa de Dante. Alex sin poder mirarme a los ojos. Luca con su cuchillo en la pared. Elegí a este hombre sobre ellos. Sigo eligiéndolo, incluso cuando su ausencia duele.

Cuando Alexei regresa de las ejecuciones, lleva una salpicadura de sangre en el cuello de la camisa. Me pican los dedos por limpiarla, esa intimidad de cuidar de él después de la violencia.

—Deberías estar muerto —le dice Alexei a Kaz, volviendo a plantarse frente a su primo atado—. Por cada ley de nuestra familia, te lo ganaste.

Kaz se ríe, quebrado y amargo. —Entonces hazlo. Termina lo que empezaste.

—No. —La palabra sorprende a todos, incluso a mí—. Querías a Mikhail. Todo lo que hiciste, el odio, la traición, vino de ese amor.

—Entonces sabes que yo tenía RAZÓN.

—Sé que estabas equivocado. Igual que yo. —La voz de Alexei resuena por el salón—. No te voy a matar por amar a nuestro hermano. Pero tampoco voy a dejarte quedar. Exilio. Tienes cuarenta y ocho horas para salir del país. Si vuelvo a ver tu cara, en cualquier parte, en cualquier momento, yo mismo te meto una bala.

Cortan las ataduras de Kaz y él se levanta despacio, mirándome con puro odio. —Ella te va a destruir, igual que destruyó a Mikhail. Es lo que hacen las mujeres Rosetti. Nos hacen amarlas, y luego nos ven morir por ello.

Hablo por primera vez desde que entré al salón: —El único que destruía a los Volkov era Viktor. Estás demasiado ciego de dolor para darte cuenta.

Se va, llevándose su derrota al exilio, pero algo en su mirada promete que esto no ha terminado de verdad.

El salón no se vacía rápido. Los hombres de Alexei se mueven con eficiencia entrenada, pero seis cuerpos toman su tiempo. Miro desde mi lugar junto a la tarima mientras los envuelven en lona y los sacan por la entrada lateral, donde espera un camión. El capitán más viejo —el que se persignó—supervisa la limpieza, con el rostro tallado del mismo granito que estas paredes.

Debería ayudar. Debería hacer algo más que estar aquí catalogando detalles como me enseñó Nico. Pero la mano de Alexei encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y firme, y entiendo: mi tarea ahora es dejarme ver. Estar a su lado mientras sus hombres procesan lo que acaba de ocurrir. La mujer del pakhan, imperturbable ante la violencia necesaria.

No es mentira. He matado más silenciosamente que esto, en las sombras, donde nadie vio. Esta exhibición pública es distinta—casi ceremonial—pero la sangre huele igual. Los cuerpos caen del mismo modo. No me horroriza. Estoy… recalibrando. Aprendiendo la forma de esta vida nueva que elegí.

Cuando el salón se vacía y limpian la sangre, Alexei se para en la ventana mirando hacia su complejo. Ahora sí es suyo. La luz de la tarde acaricia los planos de su rostro, sin suavizarlos en lo más mínimo. Parece agotado de una manera en la que nunca lo había visto—no físicamente, sino en un lugar más profundo. El precio de matar hombres que sirvieron a su padre, aunque fueran traidores, aunque fuera por las razones correctas.

Deslizo mi mano dentro de la suya, y él la cubre de inmediato, su pulgar acariciando mis nudillos.

Me tiemblan las manos. No de miedo, sino por el peso de todo esto. —¿Es demasiado? —pregunta en voz baja, sintiendo el temblor.

—No —le digo, y lo siento de verdad—. Solo… estoy asimilando en quién me he convertido.

—¿Y quién es esa?

Pienso en la pregunta. La Sofia que se sentaba en la mesa de su padre hace once años, inocente y enamorada, ya no está. También se fue el Arma que mataba a oscuras y fingía ser normal en las cenas de domingo. La mujer que está aquí es alguien nueva—alguien que vio ejecuciones y no sintió horror, sino reconocimiento. Que eligió a un hombre por encima de su sangre y lo haría de nuevo.

—Alguien que te vio ejecutar a seis hombres y pensó en cómo Dante habría apreciado tu eficiencia. —Giro nuestras manos para entrelazar los dedos—. Eso es en lo que me he convertido.

Su risa es suave, sorprendida. —¿Tu hermano criticaría mi técnica?

—Diría que en el tercer disparo te delataste un poco. Tensión en el hombro. —No sé por qué hablo de esto—de Dante, de técnica—excepto porque es verdad. Así proceso todo esto. Los detalles. El análisis. Ese marco clínico que mantiene todo bajo control.

Alexei se vuelve para estudiarme, algo cambia en su expresión. —Estás pensando en ellos.

—Siempre estoy pensando en ellos.

No ofrece consuelos vacíos. Solo espera, su pulgar sigue trazando círculos lentos sobre mis nudillos.

—Nico me tomó la mano —digo—. Cuando les enseñabas los documentos a Marco. Él solo… se acercó y la tomó. No dijo nada. —La garganta se me cierra—. Siempre sabe lo que necesito antes que yo.

—Él te ama.—

—Todos lo hacen. Incluso Luca, a su manera.— Pienso en Alex, incapaz de mirarme a los ojos. En la comprensión silenciosa de Dante al otro lado del salón. En la furia de Marco, que en realidad solo era dolor vestido de armadura. —Y yo me fui.—

—Fuiste hacia algo. Eso es diferente.—

—¿De verdad?—

Él no responde. Permanecemos en silencio un largo momento, observando cómo sus hombres se mueven por el complejo abajo. Equipos de limpieza, guardias regresando a sus puestos, la maquinaria habitual del poder reanudándose tras la violencia. El sol ya ha comenzado a descender, bañando todo de ámbar y oro.

—¿Y ahora qué pasa?— pregunto al final.

—Ahora reconstruimos. La familia, el negocio, todo lo que Viktor corrompió. Pero te necesito, Sofia. No como trofeo ni posesión, sino como compañera.—

Él se vuelve completamente hacia mí, y su voz baja a ese tono que hace que mi cuerpo reaccione, incluso después de todo lo que hemos presenciado hoy. —La esposa, si me aceptas.— Su pulgar recorre mi dedo anular, y tiemblo ante la promesa de ese simple contacto.

—¿Me estás preguntando algo, Alexei Volkov?—

—Todavía no.— Sus ojos claros se anclan en los míos, y lo veo ahí: el futuro que imagina. —Algún día, cuando no haya sangre en el suelo ni fantasmas en la habitación, te lo pediré como se debe. De rodillas, si así lo quieres.— Sus labios se curvan, apenas. —Algún día. Pero solo si tú lo quieres. Solo cuando estés lista.—

—Pídemelo algún día,— le digo, sintiendo cómo mi pulso se acelera ante el fuego de su mirada. —Verás lo que respondo.—

Su mano se desliza de la mía a mi cintura, atrayéndome hacia él. Yo voy sin resistencia, apoyando mi mejilla en su pecho, escuchando su corazón. Firme. Fuerte. El corazón de un hombre que acaba de ejecutar traidores y ya piensa en anillos.

—No te merezco,— murmuro contra su camisa.

—Probablemente no. Yo tampoco te merezco a ti.— Su barbilla descansa sobre mi cabeza. —Podemos ser indignos juntos.—

Más tarde, mientras permanecemos juntos viendo el atardecer sobre el complejo, su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome contra su costado, no puedo evitar pensar en mis hermanos.

—Los voy a extrañar,— digo. —Todos los días.—

—Lo sé.—

—Marco solía venir a verme en la noche. Después de la masacre, cuando las pesadillas eran peores. Solo se sentaba en la puerta hasta que yo volvía a dormir. Nunca decía nada. Solo… estaba ahí.— El recuerdo vuelve, tan afilado y preciso que dejo que duela. —Tenía veintidós años, acarreando diecisiete funerales, y aun así se sentaba en mi puerta.—

El brazo de Alexei se tensa a mi alrededor.

—Nico me enseñó a disparar. Luca me enseñó a pelear sucio. Dante…— Mi voz se quiebra.—Dante me enseñó a escuchar. A leer el silencio. Pasaba horas solo sentado conmigo, contándome historias con señas, y aprendí que no todo son palabras.— Me aferro más al costado de Alexei, necesitando su calor.—Alex solía colarme helado después de la cena. Decía que era nuestro secreto, como si no supiera que lo hacía por todos.—

—Sofia…—

—No te pido que lo arregles. Solo necesito… decirlo. En voz alta. Que tuve todo eso, y aún así me fui. Tal vez algún día me perdonen y pueda volver a ser parte de la familia.—

—Tal vez. El tiempo sana. O no. Pero no lo enfrentarás sola.—

Pienso en la silla vacía en la mesa de los Rosetti, la que espera a una hermana que eligió el amor en vez de la sangre. Marco me dio una elección. Ellos o él. Y yo elegí a Alexei. Ese dolor pesa incluso ahora que estoy aquí, apretada contra el hombre que amo, sintiendo su corazón a través de la tela.

Ahora cargo con todo. La muerte de mi padre, el amor de Mikhail, los rostros de mis hermanos cuando me marché, la crueldad de Viktor, la redención de Alexei, mis propias decisiones imposibles. Memoria de sangre, como decía mi madre. Las cosas que llevamos en los huesos.

—Te amo, Alexei Volkov,— le digo, apretándole la mano.

—Te amo, Sofia Rosetti. Pronto serás Sofia Volkov, si de mí depende.—

—Tan posesivo,— murmuro, pero me pego más a él, necesitando su calor sólido.

—Siempre.—

Aquí, de pie, su mano en la mía, la sangre todavía secándose en el piso del salón de reuniones, la ausencia de mis hermanos doliendo como un miembro fantasma, por fin lo siento. El clic de convertirme en quien estaba destinada a ser. No solo suya, aunque mi cuerpo siempre responderá a él como si me perteneciera. Sino también mía. Sofia Rosetti, la que eligió el amor sobre la sangre y vivirá con el triunfo y la pena de esa elección para siempre.

Suya.

Y, finalmente, increíble y perfectamente, mía.

33 - Epílogo: Nico

Tres semanas después

Cuatrocientos doce.

Cuatrocientos trece.

Cuatrocientos catorce.

La barra de dominadas se clava en mis palmas, la piel ya está en carne viva desde las primeras trescientas. Mis hombros arden. Mis dorsales gritan. Sigo adelante.

Cuatrocientos quince.

Sofia solía llamar a esto mi "modo de procesamiento". Cuando las palabras fallaban y los sentimientos no tenían salida, me colgaba de una barra y jalaba hasta que mis músculos se rendían antes que mi mente. Ella lo entendía, incluso cuando los demás no. Entendía que algunos hombres se desmoronan en la quietud, y que la única forma en que sigo entero es a través de la destrucción controlada de mi propio cuerpo.

Cuatrocientos dieciséis.

Lleva tres semanas lejos. Salió del complejo con la mano entrelazada en la de Alexei Volkov, y la dejé ir. La vi marcharse y no dije nada porque, ¿qué había que decir? Ella eligió. Yo le enseñé a tomar decisiones difíciles, a comprometerse por completo una vez tomada una decisión. Jamás imaginé que elegiría irse de nuestro lado.

Cuatrocientos diecisiete.

Mis brazos se rinden en la repetición número cuatrocientos veintitrés. Caigo al suelo de concreto de mi departamento, el pecho agitándose, el sudor acumulándose debajo de mí. El ardor es bueno. Puro. Más fácil que el hueco que dejó mi hermana menor.

La luz del amanecer se cuela por la única ventana, pintando un rectángulo gris sobre el piso gris. Mi departamento es lo que parece: un sitio para dormir entre misiones. Colchón en el suelo, esquinas militares. Un estante de pesas. La barra de dominadas que instalé yo mismo, atornillada en una viga de carga. Una pequeña cocina que

casi no uso—proteína en polvo, huevos, agua. Nada de arte en las paredes. Ninguna fotografía. Nada suave.

Marco lo llama "monk cell". Luca dice que es "deprimente como el carajo". Sofia solía traer plantas cada vez que venía, convencida de que podía hacer el espacio más habitable. Todas morían en una semana. No tengo lo que se necesita para mantener vivas las cosas suaves.

Me ducho con agua tan fría que me duelen los dientes. Otra forma de disciplina. La comodidad alimenta la complacencia, y la complacencia mata. Eso me lo enseñó el ejército. Ocho años de Marine, cuatro de despliegue, dos en Reconocimiento de Fuerzas antes de regresar a casa y encontrar a mi familia rota y a mi hermanita convertida en el fantasma de la niña que dejé atrás.

Así que la transformé en alguien capaz de sobrevivir. Le enseñé a disparar, a pelear, a mentir con todo el cuerpo. Le enseñé a matar, cuando hizo falta. La convertí en un arma porque las armas no se quiebran como la gente.

Y aun así, se fue de nuestro lado, de la mano del enemigo.

Me visto a oscuras: pantalón táctico negro, camiseta negra, botas para correr o pelear. Mi cuerpo sigue la rutina sin que tenga que pensarlo. Cuatro años en este mismo departamento, la misma secuencia cada mañana, y podría hacerlo con los ojos cerrados. Lo he hecho a oscuras, en esos días en que los dolores de cabeza de mi último despliegue hacían que la luz se sintiera como agujas de hielo.

El desayuno son seis huevos revueltos, sin condimentos. Un batido de proteína que sabe a gis y arrepentimiento. Como de pie en la barra porque sentarme solo a la mesa se siente como admitir algo que no estoy listo a aceptar.

Mi celular vibra. Marco.

Pienso en no contestar. Es domingo. Incluso los soldados tienen derecho a un día de descanso, y llevo tres semanas supervisando la seguridad mientras la familia asimila lo que significa la partida de Sofia para nuestras alianzas, nuestras vulnerabilidades, nuestro futuro. Estoy cansado de formas que no tienen nada que ver con las cuatrocientas veintitrés dominadas.

Pero también soy un Rosetti, lo que significa que respondo cuando el Don llama.

—¿Qué pasa?

—A mi oficina. En una hora.— La voz de Marco es seca, de negocios. —Tengo un trabajo para ti.

—Ya estoy haciendo como doce cosas.

—Delegas. Este es prioridad.

Algo en su tono me tensa los hombros. No es peligro, exactamente—sé cómo suena Marco cuando hay una verdadera amenaza. Esto es otra cosa. Algo que no está diciendo.

—¿Qué tipo de trabajo?

Hace una pausa. Eso no es propio de Marco. Mi hermano no duda; decide y actúa. El hecho de que esté buscando palabras me dice que no me va a gustar lo que venga.

—Servicio de protección—, dice al fin. —Un VIP. Largo plazo.

—No soy niñero.

—Ahora sí lo eres.— Hay un dejo de humor negro en su voz que me gusta todavía menos que la vacilación. —Una hora, Nico. No llegues tarde.

Cuelga antes de que pueda discutir.

Me quedo mirando el teléfono un buen rato. Servicio de protección. Un VIP. El tipo de encargo que solemos dar a los chicos nuevos, los que aún están construyendo reputación. No es insulto, pero tampoco es un cumplido.

A menos que el VIP sea alguien lo suficientemente importante como para necesitar a un operador veterano. Alguien vinculado con la familia, o con algún trato que Marco esté negociando. Alguien cuya seguridad tenga implicaciones políticas más allá de solo mantener con vida un cuerpo.

Guardo las conjeturas y me concentro en lo que puedo controlar: llegar preparado. Una hora me da tiempo de revisar mis armas, checar los archivos que Marco mande y mentalizarme para la curva que mi hermano está a punto de lanzarme.

El complejo Rosetti está a veinte minutos. Llego en quince, porque las leyes de tránsito son sugerencias y hoy no estoy de humor para ser paciente. Los guardias en la entrada me dejan pasar sin revisar el ID. Uno de los pocos privilegios de ser jefe de seguridad de la familia: todos conocen mi cara y saben que no deben detenerme.

La oficina de Marco está en el segundo piso, con vista al patio donde jugábamos de niños. Recuerdo a Sofia ahí abajo, tal vez de diez años, tratando de seguirle el ritmo a sus hermanos mayores. Terca ya entonces. Negándose a llorar cuando se caía, levantándose

con las rodillas peladas y una mueca que retaba a cualquiera de nosotros a decir algo.

Dejo el recuerdo a un lado y toco la puerta.

—Adelante.

Marco está sentado tras su escritorio, luciendo casi tan cansado como yo me siento. El sillón del Don le sumó una década en un solo año; perder a Sofia le sumó otra década en tres semanas. Pero sus ojos siguen tan afilados como siempre cuando me hace señas para que tome la silla frente a él.

—Cierra la puerta.

Obedezco, luego me siento. Espero.

Marco desliza una carpeta por el escritorio. Delgada. Solo unas cuantas hojas.

No reconozco el nombre, pero la dirección en Miami me dice suficiente. Esto está fuera de nuestro territorio. Muy fuera.

—¿Quién es ella?

—Está conectada con personas con las que estamos haciendo negocios. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora.— La mandíbula de Marco se tensa. —Ha estado recibiendo amenazas. Amenazas serias. Alguien quiere usarla como moneda de cambio, y las personas que deberían protegerla no son de fiar.

—Así que confían en nosotros.

—Confían en *ti*. Específicamente.— La expresión de Marco se complica. —Ella es… difícil. Son sus palabras, no las mías. Quieren a alguien que no pueda ser manipulado ni encantado. Alguien disciplinado.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el único en quien confío para que esto no empeore.

Abro la carpeta.

La foto de arriba detiene mi mano a mitad de movimiento.

Es hermosa. Es lo primero que noto, y odio notar eso. Cabello dorado cayendo sobre hombros desnudos. Una sonrisa que promete problemas. Ojos color miel, inclinados hacia la cámara con una expresión que solo puedo describir como *atrevida*. Está en algún tipo de club, por la iluminación, lleva un vestido que es más una sugerencia que una prenda, una copa de champaña levantada en un brindis hacia quien la fotografía.

Paso a la siguiente página. Una impresión de un tabloide. El titular grita algo sobre “HEREDERA DE FIESTA HASTA EL

AMANECER”—no me molesto en leer el resto.

Página siguiente. Otro tabloide. Fin de semana salvaje en yate. Fotos exclusivas. Más piel que ropa.

Página siguiente. Un blog de chismes. “¿QUÉ HIJA DE MILMILLONARIO FUE VISTA SALIENDO DE UN CLUB A LAS 4 AM CON *DOS* ACOMPAÑANTES?”

Cierro la carpeta.

—No.

Marco alza una ceja. —No era una petición.

—Busca a alguien más. No voy a pasar mis días persiguiendo a una princesita fiestera por Miami mientras se gasta el dinero de papi y suma seguidores en Instagram.

—Nico—

—Hablo en serio.— Le empujo la carpeta por el escritorio. —Esto es cuidar a una niña malcriada. Dáselo a alguien que necesite llenar el currículum. Yo tengo asuntos reales de seguridad que manejar. Vulnerabilidades en la red, amenazas que evaluar, una familia que todavía está sangrando por—

Me detengo. No digas su nombre.

La expresión de Marco se suaviza un poco. Solo por un momento. Luego vuelve el Don, todo negocios.

—Esto importa, Nico. No te mandaría si no fuera importante. Manténla viva, mantenla fuera de los tabloides y no preguntes quién es ni por qué necesita protección. Cuanto menos sepas, más limpio será todo.

No me gusta. Nada de esto me gusta. Pero Marco nunca me ha llevado por mal camino.

—Manda a Tommaso. Es bueno.

—A Tommaso le falta tu paciencia.

Casi me río de eso. —¿Crees que tengo paciencia para *esto*?— Doy un golpecito en la carpeta. —¿Para una mujer que cree que las cuatro de la mañana es una buena hora para dormir y que la ropa es opcional?

—Creo que eres el único que no terminará en su cama o en un tabloide.— La voz de Marco se endurece. —Necesito a alguien que no pueda ser seducido, sobornado ni encantado. Alguien que no se deje deslumbrar por el estilo de vida ni tentar por los accesos. Ese eres tú, Nico. Te guste o no.

—No me gusta.

—Anotado.— Me empuja la carpeta de nuevo. —Tu vuelo sale mañana a las seis de la mañana. Estarás radicado en Miami mientras dure esto. Te conseguí un departamento cerca de su residencia. Los detalles están en el archivo.

No recojo la carpeta. —¿Cuánto tiempo?

—El necesario para neutralizar la amenaza.

—Eso puede tomar meses.

—Sí.

Marco se reclina en su silla, estudiándome. —Hay algo más. Mientras estés allá, necesito que revises un lugar llamado La Sirena. Es un cabaret—de lujo, solo para socios. Tenemos intereses en ese lugar.

—¿Qué tipo de intereses?

—Del tipo en que invertimos mucho y quiero asegurarme de que nuestra inversión esté siendo manejada como debe.— Hace un gesto con la mano. —Tendrás acceso total. Úsalo si necesitas una base de operaciones, o solo mantén vigiladas las cosas. Avísame si notas algo raro.

Un cabaret. En Miami. Justo el tipo de excesos que he evitado toda mi vida adulta.

—¿Algo más? ¿Quieres que aprenda a bailar salsa mientras estoy allá?

—No me tientes.

Pienso en mi apartamento. La barra de dominadas. Las paredes grises y los pisos grises y las mañanas grises que se han vuelto mi vida desde que Sofia se fue. Quizás Marco tiene razón. Tal vez necesito un cambio de aires, aunque ese cambio venga con una socialité bañada en champaña y un cabaret reluciente que también tendré que cuidar.

O tal vez esta es su manera de sacarme de Chicago. Alejarme del fantasma de nuestra hermana, de la silla vacía en las cenas familiares, del recordatorio constante de lo que perdimos.

De cualquier manera, no tengo opción. Cuando el Don da una orden, la cumples. Incluso cuando el Don es tu hermano y la orden es una estupidez.

Tomo la carpeta.

—Si se mata haciendo alguna estupidez, no será mi culpa.

—No lo hará.— Los labios de Marco se curvan, lo más cerca que ha estado de una sonrisa en días. —Dicen que es más lista de lo que

parece.

—Claro.— Vuelvo a abrir la carpeta, miro esa sonrisa de champaña, esos ojos que lo saben todo. —Y seguro es una monja encubierta que pasa sus fines de semana en comedores comunitarios.

—Solo trata de no matarse mutuamente.— Casi se le borra la sonrisa a Marco. —Necesito que esto salga bien, Nico. Y necesito que tú lo logres.

Cierro la carpeta y me pongo de pie. No hay nada más que decir. Dio la orden; la voy a cumplir. Es lo que hago. Es lo que siempre he hecho.

En la puerta, la voz de Marco me detiene.

—Nico.— Hace una pausa. —Ella no es Sofia. No esperes que lo sea.

No me doy la vuelta.

—Sé exactamente lo que es,— digo, y salgo con la carpeta bajo el brazo y un dolor de cabeza ya formándose detrás de los ojos.

Princesa fiestera. Recurrente en los tabloides. Dolor de cabeza profesional.

Y un cabaret lleno de brillo y pecado.

Vuelo a Miami a las seis de la mañana.

Esto va a ser un desastre.

Gracias por leer la historia de Sofia y Alexei. Tenía muchísimas ganas de escribir a una heroína que organiza su propio secuestro—y a un hombre que se toma la venganza tan a pecho que se convierte en obsesión. Él castiga. Él posee. Quemaría la ciudad entera por ella. Sofia Rosetti creía que estaba buscando respuestas. No esperaba encontrarse con un monstruo que la recuerda mejor de lo que ella se recuerda a sí misma.

A continuación en la serie Rosetti Family: Nico. Un militar controlado, curtido por la batalla. Cero tolerancia al caos. Hasta que le ordenan cuidar de una fiestera imprudente de Miami, que se ríe del peligro y se niega a tenerle miedo. Él es disciplina. Ella es desastre. Y cuando la protección se vuelve posesiva, todo se oscurece

muy rápido. Si te gustan los romances de guardaespaldas grumpy/sunshine con un filo peligroso, Unhinged Justice es para ti.